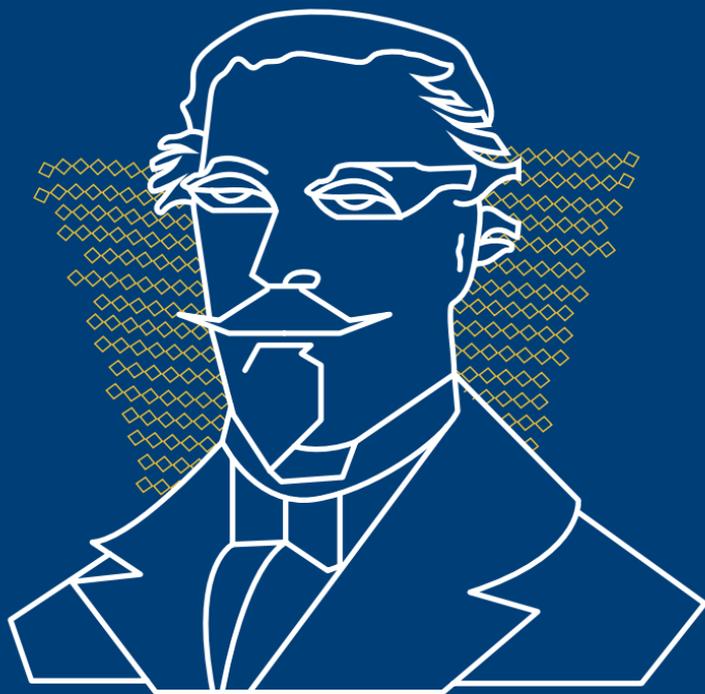


# Cuadros de costumbres guatemaltecas

José Milla y Vidaurre



BICENTENARIO  
**GUATEMALA**  
1821-2021



LECTURAS BICENTENARIAS | N.º 5

# Cuadros de costumbres guatemaltecas

JOSÉ MILLA Y VIDAURRE



BIBLIOTECA NACIONAL DE GUATEMALA  
“LUIS CARDOZA Y ARAGÓN”

863.7291

M645 Milla y Vidaurre, José  
Cuadros de costumbres guatemaltecas / José  
Villa y Vidaurre.—  
Guatemala: Ministerio de Cultura y Deportes de  
Guatemala, 2021.  
410 p.; (Colección: Lecturas Bicentenarias, N.º 5/21)

1. Narrativa guatemalteca
  2. Literatura guatemalteca
- I. t.

PRIMERA EDICIÓN | Guatemala, 1861-1871.

*Obra de dominio público.*

- © Por la presente edición, Ministerio de Cultura y Deportes de Guatemala, 2021.

\* EDICIÓN AL CUIDADO DE EDITORIAL CULTURA \*  
Francisco Morales Santos—Carlos Arrazola, asesor  
editorial—M. A. Guzmán, P. Méndez-Moreno;  
S. Alaya, K. Contreras, M. F. Toledo, corrección—  
M. Díaz, W. González, A. Reyes, diseño de  
colección—A. Reyes, ilustraciones de portada.

Impreso en Guatemala  
*Printed in Guatemala*

ISBN | 978-9929-774-45-2

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, binario u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

JOSÉ MILLA Y VIDAURRE

Cuadros  
de costumbres  
guatemaltecas

LECTURAS BICENTENARIAS | N.º 10

MINISTERIO DE CULTURA Y DEPORTES

Felipe Amado Aguilar Marroquín  
MINISTRO DE CULTURA Y DEPORTES

Cristhian Calderón Santizo  
VICEMINISTRO DE CULTURA

Luis Adolfo Mijangos Recinos  
DIRECCIÓN GENERAL DE LAS ARTES

Esta colección es posible gracias  
al apoyo del Banco de los Trabajadores

Guatemala, 15 de septiembre de 2021

Estimadas amigas y amigos:

La conmemoración del Bicentenario de nuestra Independencia patria se constituye como una inmejorable oportunidad para que, como guatemaltecos, reflexionemos sobre los retos que hemos superado y, a partir de estas experiencias, construir juntos las condiciones necesarias que nos permitan transitar, como conciudadanos de esta bella patria, hacia el bienestar y el desarrollo del país.

En el marco de la conmemoración de esta fecha, el Gobierno de Guatemala a través de Editorial Cultura y el Banco de los Trabajadores, se complace en presentar la colección *Lecturas Bicentenarias*, la cual nos permite hacer un recorrido histórico por algunas de las principales obras de las letras guatemaltecas.

La publicación de este catálogo de obras es el resultado de un minucioso trabajo de selección, edición y diseño —liderado por el Ministro de Cultura y Deportes—, cuyo principal objetivo es el de reconocer el extraordinario aporte de

nuestra literatura a la literatura universal y contribuir al entendimiento de los distintos procesos que han configurado nuestra historia.

Les invito a conmemorar esta fecha a través de la lectura de estos fascinantes títulos, esperando que puedan compartirlos con familiares y amigos, a fin de contribuir a su amplia difusión, y que entre todos generemos un acervo que nos permita reconocer y apreciar la tradición literaria guatemalteca.

Atentamente,



Alejandro Eduardo Giammattei Falla  
Presidente de la República de Guatemala

LECTURAS BICENTENARIAS:  
UN RECORRIDO HISTÓRICO POR  
LAS LETRAS GUATEMALTECAS

La obra que tiene en sus manos forma parte de la colección literaria Lecturas Bicentenarias, un homenaje y reconocimiento por parte del Ministerio de Cultura y Deportes a los hombres y mujeres que a través de sus letras han enaltecido el acervo cultural de Guatemala a lo largo de su historia. La colección forma parte de los actos simbólicos de la conmemoración del Bicentenario de la Independencia, y tiene como fin resaltar la riqueza literaria que se ha producido en el país desde antes de ser una nación independiente.

La historia política de Guatemala ha sido registrada en diversos espacios, en donde miles de hombres y mujeres han plasmado sus ideas, propuestas e impresiones sobre lo que significa este país, su gente, su identidad, su esencia y sus contradicciones. Políticos, intelectuales y artistas, cada uno desde su perspectiva ideológica y visión personal, han contribuido al enriquecimiento de las letras guatemaltecas y aportado a la literatura universal.

Esta colección no es una lista definitiva, ni mucho menos; es apenas una reducida muestra de algunas de las obras más emblemáticas. Faltan muchos nombres, pero no sobra ninguno. Desde la primera traducción al español del *Popol Vuh*, libro sagrado del pueblo K'iche', hasta *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)* —un recorrido histórico del antes, durante y después del proceso de emancipación—, especialmente escrito para conmemorar la efeméride por el maestro Enrique Noriega.

La línea gráfica de la colección se inspira en el majestuoso diseño arquitectónico del Centro Cultural Miguel Ángel Asturias, una de las máximas expresiones artísticas del país, que forman parte de nuestra identidad.

Guatemala, 15 de septiembre de 2021.

## PRESENTACIÓN EDITORIAL

La tradición literaria de Guatemala es una de las más complejas, ricas y extensas de la región. Parte de la oralidad primigenia hasta alcanzar el texto escrito, atravesando y testimoniando su tiempo; a la vez que se asienta en la amplia diversidad de espacios culturales y lingüísticos sobre los que se cimienta la identidad de la nación.

En torno a los títulos que integran esta selección titulada *Lecturas Bicentenarias*, es necesario manifestar que, dado el contexto antes mencionado, resulta difícil hacer justicia a la totalidad de autores destacados en narrativa y poesía, por lo que todo intento antologador no es sino una aspiración, en lo posible, a resaltar los relieves del mapa de la literatura guatemalteca.

Esto no impide que, con motivo del Bicentenario de la Independencia de Centroamérica, nos hayamos propuesto integrar esta colección, de modo que sirva como una muestra representativa de los últimos siglos de la literatura nacional.

En tal sentido, este esfuerzo editorial abarca la antigua historia de los pueblos de Iximulew, la colonia, el proceso de independencia, el modernismo, las vanguardias estéticas y el pleno desarrollo de una variedad de estilos e influencias a lo largo del siglo XX.

El primero de los libros que conforman estas *Lecturas Bicentenarias*, redactado en el siglo XVIII, recupera la palabra milenaria de los pueblos mayas y evidencia la continuidad de la antigua expresión poética mesoamericana. Para suerte nuestra no fue Diego de Landa, sino el dominico fray Fran-

cisco Ximénez (1666-1729), quien como párroco de la iglesia de Santo Tomás Chichicastenango conoció el manuscrito original en k'iche' del libro que hoy conocemos como el *Popol Vuh* y lo tradujo al castellano.

Casi medio siglo después, en 1767, como resultado de la expulsión de los jesuitas en los territorios bajo el dominio de Carlos III, Rafael Landívar (1731-1793), miembro de la compañía, se exilió en Bolonia, donde escribió en latín eclesiástico una de las obras fundacionales de la poética de la Nueva España, la *Rusticatio Mexicana —Por los campos de México—*, título con el que se propone nombrar los reinos ocupados de dicha región, tal y como el mismo lo manifiesta al escribir:

*Intitulé este poema Rusticatio Mexicana, ya porque casi todo lo en él reunido a los campos mexicanos atañe, ya también porque advierto que comúnmente en Europa toda la Nueva España recibe el nombre del de México, sin que se tome para nada en consideración la diversidad de reinos.*

*Mas en este opúsculo no tendrá cabida alguna la ficción, si se exceptúa la que presenta a los poetas cantando a la orilla del lago mexicano. Lo que vi, refiero, y lo que me han manifestado testigos oculares, por otra parte veracísimos. Cuidé, además, de verificar lo más singular de lo asegurado por la autoridad de los testigos oculares.*

Seguido de este magno poema, se revisita las obras de tres representantes del siglo XIX: María Josefa García Granados —*la Pepita*— y José Batres Montúfar, cuyas infancias transcurrieron en la última noche del período colonial; y José Milla y Vidaurre, nacido justo un año después de la declaración de la Independencia.

La Pepita (1796-1848), nacida en España, es por derecho propio una figura fundamental para la poesía satírica y polémica.

mica, además de ser el primer antecedente documentado del feminismo guatemalteco, tal y como lo afirma la académica Aida Toledo en las páginas preliminares del volumen que reúne su obra. Por su parte, José Batres Montúfar (1809-1844), miembro de un familia aristocrática en descenso, políglota, ilustrado en la poesía europea, dejará una obra breve pero considerada central en el canon de nuestra región, en especial por sus *Tradiciones de Guatemala* y por el que es, probablemente, el poema más memorizado en la historia del país: “Yo pienso en ti”. La obra de este poeta fue recuperada gracias al esfuerzo de su amigo José Milla y Vidaurre (1822-1882), quien, por su parte, con sus novelas de carácter histórico es el primero en cultivar de manera sistemática el género narrativo.

En estos tres autores se evidencia una cultura muy amplia, un lenguaje puro y una imaginación aguda, que más que mover a los lectores a la hilaridad los lleva a conocer ciertas peculiaridades de la sociedad en las que les tocó vivir.

En el alba del desarrollo de la literatura guatemalteca de comienzos del siglo XX, resalta la influencia de varios escritores latinoamericanos; siendo el primero de estos el poeta nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), cuya primera estancia se registra entre junio de 1890 y agosto de 1891, con visitas recurrentes entre 1892 y 1915, quien además, con apoyo del Estado guatemalteco, fundó *El Correo de la Tarde* en diciembre de 1890, diario que, a pesar de su corta vida, registró el encuentro entre el padre del modernismo y la emergente figura de Enrique Gómez Carrillo (1873-1927).

Al destacar rápidamente como periodista, Gómez Carrillo encuentra en este espacio la oportunidad para salir de Guatemala e iniciar su trayectoria como corresponsal y trotamundos, que lo llevó a ser reconocido como el “Príncipe de los cronistas”. Su bibliografía registra alrededor de ochenta libros, de géneros variados, y su labor periodística abarcó paí-

ses de Europa, África del Norte, Asia y América, estableciendo un estilo propio por el cual fue elogiado en innumerables prólogos, estudios y reseñas de autores como Benito Pérez Galdós y Maurice Maeterlinck. Así mismo, en España dirigió la revista *Cosmópolis* (1919-1921) donde abrió las puertas a las primeras publicaciones y traducciones de jóvenes escritores latinoamericanos de la talla de Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro y Enrique González Martínez.

Ante la irrupción del modernismo y de las vanguardias estéticas, Guatemala aporta una serie de escritores, de los cuales rescatamos para este tramo de la colección a Rafael Arévalo Martínez, Miguel Ángel Asturias, César Brañas y Luis Cardoza y Aragón.

Rafael Arévalo Martínez (1884-1975), el gran escritor modernista, realiza una mordaz sátira al sistema político de su tiempo con *La Oficina de Paz de Orolandia*, aunque su fama como gran prosista ya era ampliamente reconocida en el continente desde la aparición de su cuento “El hombre que parecía un caballo” en 1915. Miguel Ángel Asturias (1899-1974), el Gran Lengua, posiblemente el más universal de los escritores guatemaltecos, segundo escritor latinoamericano en ganar el Premio Nobel de Literatura, recrea un universo simbólico que rompe con las formas establecidas, convirtiéndole en uno de los pilares del realismo mágico. César Brañas (1899-1976), por su parte, fue un escritor prolífico quien desde su posición en *El Imparcial* impulsó el discurso literario emergente de la Guatemala de su tiempo. Sus libros *Viento Negro* y *Figuras en la arena* constituyen los más destacados de su extensa obra poética. Sin embargo, hemos optado por recuperar una faceta menos conocida de su escritura, como lo es su narrativa corta. Finalmente, cerramos la sección dedicada a los albores del siglo XX con una selección poética de Luis Cardoza y Aragón (1901-1992), con la intención de

evidenciar el papel y la influencia de este gran autor en los movimientos posteriores, tendientes a la vanguardia y experimentación, que surgirían a lo largo de la segunda mitad de la centuria.

A partir de este momento, se abren paso un sinnúmero de hombres y mujeres como Manuel José Arce y Valladares (1907-1970) —quien vuelve al verso clásico español—, Humberto Hernández Cobos (1905-1965) —cuyo poema *El Resucitado* publicamos con un riguroso estudio de la poeta y crítica literaria Delia Quiñónez—; Francisco Méndez (1907-1962), quien en *Cuentos de Joyabaj* recupera una parte importante de la oralidad de los pueblos del norte del Quiché; y Augusto Monterroso (1921-2003), premio Príncipe de Asturias de Letras del año 2000, máximo exponente del cuento corto, tanto dentro como fuera de las fronteras de nuestra lengua.

Gracias a los cambios suscitados durante los años 40 y 60, el clima literario guatemalteco ve surgir un estallido de voces y movimientos generadores de obras que serán relevantes para comprender las décadas siguientes. Para esta segunda mitad de siglo, incluimos textos de tres de las máximas exponentes de la poesía de su momento, protagonistas privilegiadas de los cambios que darían forma a nuestra sociedad actual: Margarita Carrera (1929-2018), quien además de ensayista y académica reconocida, fue consagrada por su desbordante y melancólica poesía, sobre todo por *Del noveno círculo* (1977); Ana María Rodas (1937), quien se catapultó al escenario de la literatura latinoamericana con *Poemas de la izquierda erótica*; e Isabel de los Ángeles Ruano (1945), poeta inabarcable, dueña de un exquisito lirismo que surca entre lo clásico y lo contemporáneo.

El viaje por la literatura de nuestro país continúa con *Cárcel de árboles*, una de las obras más representativas de Rodrigo

Rey Rosa (1958); y finaliza con dos obras que presentan una nueva escritura: *Eva y el tiempo* de Lorena Flores Moscoso (1974) y *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas* de Sabino Esteban Francisco (1981), escritor q'anjob'al, uno de los representantes más recientes de la continuidad de la poesía maya; cerrando así, el ciclo iniciado con el *Popol Vuh*, mas no la colección, a la cual se suma un estudio titulado *La Independencia: Su bicentenario (1821-2021)*, comisionado al poeta Enrique Noriega, con el fin de dar contexto a estas obras y de hacer un sumario desde la visión histórico-política del devenir del proceso de Independencia.

Así pues, *Lecturas Bicentenarias* es tan solo una breve panorámica de las obras que conforman nuestra tradición literaria, mas su importancia es de primer orden, tanto por la diversidad de obras como por el número de autores que la integran.

Estamos conscientes de que faltan muchos nombres importantes y esperamos la oportunidad para seguir añadiendo obras que permitan poner a disposición de los lectores guatemaltecos aquellos libros fundamentales para entender nuestro presente, desde el entramado de la memoria colectiva y la historia que compartimos.

El editor.

## JOSÉ MILLA COSTUMBRISTA

José Milla, (1822-1882) nace en el albor de la República: ella, el 15 de septiembre de 1821, él al siguiente año el 4 de agosto. Crecerán juntos y pasarán por vicisitudes análogas. Educado en el colegio Seminario a la sombra tutora del canónigo Castilla prócer de la patria y de la cultura, entra muy joven al servicio del Estado, se codea con la gente importante de la época, adquiere prematuro aire de respetabilidad y asciende a los más encumbrados puestos, hasta el triunfo del partido liberal y de la Reforma, en junio de 1871, en julio marcha a los Estados Unidos y Europa y llena su exilio de tres años con la ilustración de los viajes y los estudios y al regresar, deseoso de dar a conocer un poco los países visitados a los centroamericanos que no han tenido oportunidad de salir de su tierra, entrega a la publicidad una narración cuajada de datos y descripción y, lo que es más valioso, que el arquetipo del guatemalteco popular, la feliz creación de Juan Chapín, especie y mezcla de escudero y sirviente, inspirada en similares acompañantes de célebres viajeros y aventureros novelescos, pero original y representativo por toda la savia guatemalteca de dichosa simplicidad, socarronería y buen juicio que le insufló el autor, al punto de que Juan Chapín sigue viviendo con la misma lozanía de 80 años atrás y a despecho de las mudanzas de tiempos y gustos, adentrado en el corazón del pueblo. Los pueblos se complacen y enorgullecen de verse representados tan fielmente, y no importa que hasta mordaz y aun ridículamente en retrato como ese hijo del fértil numen de sus escritores y artistas.

*Un viajero a otro mundo pasando por otras partes*, fue así una obra afortunada que consagró la popularidad de Milla consolidada ya en las novelas históricas que todos los guatemaltecos leyeron con placer. La *Historia de la América Central*, que escribía por encargo del gobierno liberal —encargo honroso para el autor, pero sobremanera para aquel gobierno— y que la muerte le impidió concluir, dio la muestra más vigorosa de su ecuánime juicio y de su laboriosidad de su estudioso. Pero hay otros florones en la obra de Milla, no bien apreciados aun como su caudalosa labor periodística, que permanece inexplorada, y su poesía, para la cual la crítica ha sido más que poco generosa, implacable. Y los *Cuadros de costumbres* y *El Canasto del Sastre*, considerados obras menores capaces, sin embargo, de ilustrar la reputación de un literato menos modesto, como que muchos han sobresalido con producciones de valor aún más relativo.

Los *Cuadros de costumbres* tienen, al margen de sus méritos, la importancia de haber constituido ejercicio fecundo, ejercicio placentero de las dotes que observador y narrador, precioso aprendizaje, o entrenamiento según se dice en nuestros días, para la tarea más amplia y rigurosa de la novela de gran aliento que iba a conferir a Milla el título de padre de la novela guatemalteca con que se le designaría justicieramente a la hora de su muerte.

Este particular, parte principal del proceso de preparación y de adquisición de pericia, parece no ser muy notado en la valoración de la otra obra toda del gran escritor, no obstante que, desde el punto de vista de la crítica literaria, permite juzgar mejor la evolución creadora hacia más complejas formas, hacia realizaciones más ambiciosas. Evolución que en los mismos *cuadros* puede advertirse (ya que en lo general mantuvo al reunirlos en volúmenes y así se han conservado en las reediciones, el orden cronológico de publicación, que

presumiblemente fue el orden de su redacción). Se siente el progreso en estilo y recursos. Y no desvirtúa lo dicho el que haya escrito cuadros excelentes con posteridad a las novelas.

El beneplácito del público, los aplausos efusivos del círculo amistoso, los estímulos cordiales que el autor recibía al apareamiento de cada *cuadro*, fortalecían en él la confianza en su aptitud para empeños mayores. Y al fin de cuentas, idéntica acción ejercerían las amargas censuras, reproches y hasta vituperios y calumnias de quienes imaginaronse indirectamente aludidos puestos en caricatura, descubiertos en la intimidad de sus pasiones y flaquezas por las zagas pluma que trazaba cada semana mejores e incluso magistrales figuras, rezumantes de gracia zumbona. En ese ejercicio se aguzaban sus facultades de percepción y observación de rasgos físicos y caracteres espirituales de gentes que convivían en su pequeña ciudad, agitadas por toda suerte de preocupaciones, señalándole el venero inagotable, la fauna copiosa que había de nutrir el mundo de sus novelas. Y no poco útil debió de serle el acopio de impresiones y recuerdos, de experiencias vitales, que le depararan el trato con numerosa y variadísima gente en su larga carrera de hombre público, de cuyas acciones tan a menudo tendría oportunidad de desentrañar los secretos móviles.

Naturalmente, para la labor grande de novelista pero y aún para esa menor y como simplemente recreativa de los cuadros costumbristas y sus artículos, ponía a contribución muchas más de sus dotes, todo el caudal de su progresiva cultura, formada en los clásicos latinos y españoles al igual que en las letras europeas y americanas de sus años. Los románticos imprimieron huella profunda, más el realismo de raíz hispana era el fondo de su temperamento y de él manaba lo más firme y duradero de su obra. Hugo y Lamartine; Walter Scott y Dickens —citados siempre a propósito de sus novelas—; el Duque de Rivas y Espronceda y Zorrilla prendería tal cual flama en

sus versos y en sus narraciones: era inevitable; pero su complacencia la hallaba desbordada en Cervantes y Quevedo, y más acá, en Larra y Mesonero Romanos, prosistas y sutilísimos observadores, burladores de las miserias humanas, reidores impenitentes del espectáculo de la gran comedia humana.

En punto a las influencias reconocidas se ha dicho con razón que la de Larra, a quien Milla admiraba sin reserva, fue menor en él, por que su espíritu tendría a la bondad y la indulgencia y no era susceptible a los venenos del escepticismo, aun en épocas y circunstancias que pudieron haberlo arrastrado a sorber los más acres juegos del desaliento. Por lo mismo, otra de las indudables influencias de que se benefició, y ha sido escasamente indagada, la de un nacional insigne, José Batres, operó más en lo formal y accesorio que en los íntimos. Milla fue amigo entrañable de Batres. A él se debió la publicación póstuma de las poesías, lo imitó declaradamente en algunos trabajos, como en él *Don Bonifacio*, mantuvo encendido su recuerdo y lo citó con frecuencia con inequívoco cariño.

La influencia predominante y más constante en Milla costumbrista fue la de don Ramón de Mesonero Romanos, con quien por cierto tuvo muchos otros puntos de coincidencia, hasta en el morir en el mismo año 1882, y casi súbitamente también, como el famoso madrileño, tan conocido por su seudónimo de “el curioso parlante”, como Milla por el anagrama de “Salomé Jil”. *Cuadros de costumbres* están inspirados, en efecto, en la abundantísima galería de mesonero, producción de 1832 a 1860. Los dos autores son afines en bondad, optimismo y agudeza; lo son en fecundidad y en alejamiento de la política en sus letras, pasión apenas indicada en raras reticencias, aunque en esto ambos experimentaron el influjo de cohibidoras circunstancias parecidas.

José Rodríguez Cerna enjuicia a su gran compatriota en

este aspecto, así, certeramente: “... como gran costumbrista —costumbrista excelso— si bien no llega a Larra porque su mismo carácter le impedía dichosamente llegar al fondo amargo de las cosas y de los hombres y le faltó esa especie de byronismo que reacciona en crueldad y en grito—, así alcanza las cumbres, las familiares proporciones de Mesonero Romanos, por ejemplo. A sus inquisitivas gafas llegó dócil, como una solícita servidora, aquella luz que hirió las del madrileño parlante. Sobre las ondulaciones de su vida contemporánea cabrilleó su curiosidad siempre alerta y se posó su anhelo de penetrarse en la realidad ambiente y circundante, de captar las sístoles y las diástoles del corazón popular. Ojeamos sus *Cuadros de costumbres* como un álbum de recuerdos, los colores se han desvanecido un poco. Más la vida se mantiene intacta y entre amarillo de las hojas del otoño está en pie el humano bosque de la realidad”.

¿Qué son los *Cuadros de costumbres*? Un género ligero que en su mismo nombre insinúa su definición: Artículos periodísticos llenos de observaciones y movimientos en que se bosquejan las costumbres del medio social, puntualizando sus características sustanciales y más acusadas, y por lo regular con finalidades expresas o tácticas de enmendarlas haciendo fija la atención de sus aspectos ridículos mediante la sátira o la moralidad, la sátira moral. Los *Cuadros de costumbres* se han escrito de antiguo y aún se escriben; pero el siglo pasado, con su inserción en el periodismo, fue su edad de oro, cuando se les modeló y explotó a maravilla, llevados a la perfección, y al amaneramiento. España tuvo legión de sabrosos costumbristas entre quienes descuella Mesonero quien los elevó a profesión, dándoles tan madrileñísimo gusto, semejante al que, a merced de recursos más amplios, logra el costumbrismo en el teatro, y no fue azar que Mesonero en su juventud haya sido laborioso aficionado al teatro y refundidor de clásicos para la

escena. En América el género tuvo incontables prosélitos, y no fue menos en ello Guatemala si bien pocos alcanzaron las “amables cumbres”, y casi todos cayeron en olvido. Milla los señorea siguiendo con fidelidad el magisterio del autor de las *Escenas matritenses*. Y si no se tomara a vanidad nacionalista, podría decirse que algunos cuadros del guatemalense igualan y algunos aventajan a algunos del maestro. Mejor aún que el modelo, Milla encontró en su país inexplorado del campo de la descripción de costumbres, aunque la sociedad fuera más imitada.

La afinidad de temas y de colores en la pintura es notoria en los dos autores; lo que en Milla hay de imitación entusiasta se valora sin embargo, con personales distintivos; lo más importante es la afinidad de sentimientos: probidad y bondad detrás de la anchurosa risa festiva: eran hombres de espíritu delicado, de dignidad y entereza a prueba; jamás llegarán a la procacidad, a lo grosero o lo escabroso, y no es que los detuviera mojigatería, escrúpulo del medio social y la época, o infatuación de ampulosa respetabilidad de académicos: era escrúpulo moral de buena ley: de buena cuna y de buena educación viril. Más de uno de los elogios de Juan Eugenio Hartzenbusch a Mesonero —y así de otros biógrafos y panegiristas— resulta en todo aplicable a Milla, verbigracia: “La concisión y el gracejo urbano, ese gracejo que agrada más cuando más al descuido se vierte, caracteriza principalmente el modo de decir del Curioso Parlante; pero aún es quizá más de elogiar en él su carácter inofensivo. Las *Escenas matritenses* son una prueba irrecusable de que se puede escribir en el género festivo sin emplear groserías, dicitrios ni suciedades; sin hacer agravio a las leyes ni a las personas y sin pedir al idioma francés elegancias que en el nuestro no son de recibo”.

El procedimiento de los cuadros, como su lenguaje llano y sin afectación, salpicado de oportunos provincialismos, es

sencillo. Principiara con breve preámbulo de condensadas consideraciones morales o filosóficas o sociales casi siempre y se desarrollan en animadas rápidas escenas, diálogos, descripciones, cartas y digresiones más o menos oportunas y felices, y de ordinario terminan en velada moraleja sin muchas precisiones. En Milla, las cartas casi siempre se prolongan en jocosa posdata, sobre todo si son cartas de mujer a semejanza de lo usado con tan divertido éxito por Batres. Pero los personajes son lo más agudo, pintoresco y eutrapélico de los *cuadros*: en pocas páginas huyen personajes variados, diseñados a grandes pero segurísimas plumadas, que no hay más que pedir; palpitan de humanidad en su facha, sus defectos, y sus peculiaridades, en el de vestir, en el hablar, o lo representativo de las costumbres, pasiones, vicios, manías, que el autor ridiculiza o ensalza mordazmente.

Esos protagonistas también siguiendo el ejemplo del creador de las *Tradiciones de Guatemala*, lucen nombres antonomásticos en que el humorismo se deforma en crueldad y extravagancia, en afán de sacar partido, demasiado fácil de lo cómico de la connotación de apelativos en consonancia o en contradicción hilarante con las peripecias y situaciones en las que se hace figurar a sus generalmente desventurados portadores. Tales nombres van desde lo pueril y lo candoroso a lo exorbitante: Cándido Tapalcate, Zenón Tragabalas, Prudencio Corrientes, Canuto Delgado, Judas Malaobra, Perfecto Cumplido, Patallana, Cuernavaca, Hambrona, Trampea, Lenguaraz, Pleitín Machaca, Marcos Apretado y cien más, que configuran a otros tantos tipos de pelmas, complacientes, embrollones, petardistas, maldicientes, litigantes, avaros, etcétera. Tratase de un repertorio inacabable de una fauna prodigiosa.

Pero aquí llegamos a un punto en que la crítica no se deja sobornar por lo humorístico. El autor, evidentemente, abusa del gracejo familiar de ese recurso revejido, y a la larga fatiga

su reintegración aún cuando no decaigan la amenidad y la agilidad del relato y el lector recorra en volandas los matices de la sonrisa a la carcajada. Al uso excesivo de ser de ese recurso se añade la continuada exageración también como procedimiento, la hipérbole que vuelve inverosímiles sucesos y expresiones. También en la hipérbole de Milla pudierase descubrirse influencia decisiva de la hipérbole de Batres, a que fue tan adicto y que tan bien la manejó en la ductilidad de su versificación. Claro que es normal en el costumbrista y en todo escritor cómico el exagerar, como es usual en ellos apodar estrambóticamente a sus personajes y adornarlos en las posibles condiciones de ridículo; pero suele pasarse de la medida, y entonces la crítica, aún la del lector menos exigente, repara y se incomoda. Es el peligro de todo humorista y más todavía cuando escribe pensando demasiado en su público, en cierto modo en un público un tanto cuanto aldeano, acaso subestimándolo, y, en todo caso, ansioso en extremo de su pronta comprensión y cálido aplauso.

¿Cuál era el público de Milla? Desde luego había un círculo letrado provisto de gran cultura, pero muy reducido en número y Milla evidentemente buscaba un público más amplio; el periodista vacacional que era lo impulsaba a escribir en ese fin: en España, hubiera arribado al teatro, esto condicionaba su lenguaje a una llaneza y familiaridad que chocaría con el engolamiento de otros escritores coetáneos suyos; pero no descendía a bajezas de expresión y aunque se le censuraran estas incorrecciones o aquellos neologismos — como acontece a todo académico —, su prosa resultaba siempre fresca y castiza, y nos lo parece ahora mucho más por la evolución del mismo lenguaje. Prosa enjundiosa y amena, sin complicaciones y arrequives, como para que la entendiera, por su difícil facilidad, el pueblo, el poco pueblo alfabeto de esos tiempos, y que regodearía íntimamente al buen lector melindroso he-

cho a clásicos y barnizado de lecturas francesas en boga.

Cuando Milla, en sus cuarenta años: 1862, escribe los primeros *Cuadros de costumbres*, la capital de Guatemala, con todas sus presunciones hereditarias, no llegaba sino trabajosamente a los cincuenta mil habitantes, y cuando se practica el censo del 31 de octubre de 1880 —dos años antes de la muerte del costumbrista— quienes redactaron la reseña preliminar se ufanaban, para escarnio de los escépticos, de que se hubiese demostrado con aquel empadronamiento que “57,928 habitantes fueron anotados, suma a que agregaba las de las poblaciones de San Pedro, Ciudad Vieja y Villa de Guadalupe, situada en el mismo valle, y en el antiguo ejido, hacen la de 60,375 habitantes, que resultan en la capital. Si a esto se agrega el 3 por ciento calculado que se debe inscribir, aparecerá que debemos considerar la población con 1811 habitantes más, o sean 62,186”. Y el área urbana que los planos topográficos del medio siglo, levantados por don Julián Rivera exageran un tanto patrióticamente dando por edificadas manzanas solo trazadas, corría “desde la pila de La Habana hasta la del Martinico y desde la laguna de San Juan de Dios hasta el Callejón del Judío”, términos que el propio Milla adjudicaba a la difusión de las hazañas del Chico Araña, parajes localizables aún dentro de la actual democracia de la metrópoli, exceptuada la “laguna” de que no queda ni recuerdo, a orillas del hospital y del antiguo cementerio.

\*

En esa ciudad y en el país correspondiente, restaurados en largos años de tranquilidad y luego sacudidos por la reforma liberal del 71, Milla inició la publicación de los *Cuadros de costumbres* en el periódico *Hoja de Avisos* —*Diario de Avisos* se llamó uno de los periódicos de Mesonero—, editado por

J. H. Taracena del 13 de diciembre de 1861 al 28 de julio de 1862. Aparte comentarios anónimos debidos a su pluma, allí aparecieron diez y siete *cuadros*: desde las presentaciones — en que hace la suya con el “Quién soy yo y por qué me doy a escritor de costumbres”, bajo el anagrama que se perpetuaría, de Salomé Jil— hasta “Un amigo, más una circunstancial carta de censura al servicio de correos”, excluida con buen acuerdo a la hora del libro, pese a los capciosos argumentos con que la hicieran pasar donosamente por “cuadro”.

La segunda serie vio luz en un periódico más personal de Milla y más duradero, *La Semana*, el cual alcanzó trecientos números, desde el 1º de enero de 1867 al 19 de junio de 1871. Hubo una tercera serie —también las *Escenas Matritenses* la tuvieron— dada a la stampa en el *Diario de Centro América*, fundado el 1º de agosto de 1880, y en algunas revistas; pero estos últimos son menos cuadros y más artículos o ensayos breves, muchos de ellos de indudable elevación de pensamiento y galana erudición: estaban de por medio experiencias, sufrimientos, tres años de exilio e ilustración en el viejo mundo, vicisitudes que no apagaron la vena humorística ni agriaron el optimismo del escritor para fortuna de nuestras letras.

Milla, como Mesonero, toma muy en serio, profesionalmente, la tarea que a voluntad se impone de escribir sobre las costumbres, no para ganar renombre, según declara, sino para contribuir siquiera en mínima parte a mejorarlas “y matar el tiempo, cosa que en otra parte vale mucho y de la cual acá no sabemos deshacernos...” y porque ama profundamente a su tierra —“Cuento como una de mis imperdonables debilidades, el hacendado amor que tengo a este pícaro país donde me tocó salir a luz... digo, nacer”— confesará por allí el gran burlón que no deja de ser, aunque no quiera aparentarlo, un buen sentimental. Por supuesto, no perdona de mofa y de donaire a su trabajo, como cuando se dice reprendido por su

padrino que le enseña el arte inefable de saber vivir con ponderaciones estupendas: no sabrá explicar a punto fijo qué son los artículos de costumbres, pero ha de entenderse “una cosa que divierte a algunos; que no gusta a otros, y de la cual la mayor parte no hace caso”, a lo cual el vividor de su padrino imaginario le responderá que es necesario “hacer únicamente aquello que agrade a todo el mundo”, exponiéndole su vivo ejemplo de absoluta ductilidad.

Como todos los costumbristas sinceros y como todos los fabulistas sinceros, Milla es un moralista, ante todo; pero un moralista sonriente que soslaya la gravedad, el gesto magisterial y la irritación permanente de los moralistas adocenados. La eficacia de su lección es indiscutible, más ha de proporcionarle sinsabores porque en el pequeño mundo de su ciudad tan provinciana, serán docenas quienes se sientan aludidas por su ingenio, quienes se encuentran retratados y ofendidos y se descubran bajo los transparentes velos del arte y las ocurrencias del costumbrista, sorprendidas las deformidades morales que ocultan o ignoran, y como los comentarios revolotearán a cada nuevo *cuadro* y estos serán ampliados y retocados por la malicia y la malignidad, los resentimientos crecerán y se encresparán contra el autor, en espera de ocasión propicia a manifestarse y cobrar supuestos agravios. Los resentidos, como los engreídos, miran agravios en el aire, y los agrandan para su propia mortificación. No le valdrá de mucho al costumbrista el curarse en salud la preocupación de incluirse de algún modo en los varapalos, el decirse testigo presencial o actor incidental en cuantas escenas condimenta, ni el atribuir a ficticios amigos y parientes los lances más grotescos y las expresiones de mayor ridículo. La susceptibilidad es implacable y no perdona. Y los que reían a más y mejor cuando veían denunciados defectos y ruindades de otros, serán los más irritados y sombríos a su turno. Ahora, todo eso per-

tenece al pasado. Quedan la gracia, la vida y la ejemplaridad.

Por eso el ilustrado prologuista de los *Cuadros de costumbres*, señor Vela Irisarri, podría afirmar ya en 1897, entre tantas dignas cosas, a propósito de Milla, esta verdad: “De la lectura de cualquiera de los *cuadros* sale uno sin saña en el corazón. Ve uno la ridiculez, sin odiarla. La risa es cosa bonachona, como cuando se juega alguna mala pasada a un amigo, por solo divertirse. Los *cuadros* cosquillean, pero no arañan; aprietan, pero no estrujan. Hacen oficio como de rubefaciente que excita la piel; no de vejigatorio que levanta ampolla”.

Ello amén de muchas otras cualidades gracias a las cuales Milla nos dejó, pintadas con tanta vivacidad y penetración, en un dilatado panorama, modalidades del carácter, de la conducta y de la época de sus compatriotas: lo peculiar y lo temporal vuelto universal y permanente por el arte. Hizo más: con descripciones oportunas, desenfadadas, rescató del olvido tipos, costumbres, maneras, dichos y hasta prendas que ya en sus días estaban desapareciendo y de lo que hoy apenas quedan, con el suyo documental, alguno que otro recuerdo, alguna que otra nebulosa referencia: el lana, el cucuxque, el hombre de pantalón rajado, el sereno, la capa, rasgos de campesinos de entonces, y muchos modos de decir y de obrar, que han cambiado radicalmente o se esfumaron para siempre, vive y vivirán en los *cuadros* de José Milla como en un archivo lleno de luz que es grato visitar de cuando en cuando, entre el vaivén de las nuevas preocupaciones.\*

---

\* En 1951 Thomas Ballantine Irving, profesor de la universidad de Minnesota ha publicado en edición arreglada para estudiantes de lengua inglesa la novela *El esclavo de don Dinero* y las jocosas estampas de *Tío Climas en la feria*, pertenecientes a *El Canasto del Sastre*, bajo el título *Aventuras en Centro América*. Declara que los *Cuadros de costumbres* de Milla resultan la lectura más apropiada para estudiantes de secundaria que comienzan a entender la risotada en lengua española, y que no hay todavía otro escri-

A una de estas visitas convida, con excelente acuerdo, la colección *Joyas literarias*, de la editorial del Ministerio de Educación Pública, deseosa de llevar al pueblo en una edición profusa, y no solo a los ilustradores, la risa antigua, y eterna que Milla supo hallar en ese pueblo y que era en el fondo, por ser él tan esencialmente guatemalteco, la propia risa de Milla, esa de la cual dijo tan bellamente un gran escritor literario Ramón A. Salazar: “La risa de Milla era llana, sana e ingenua. Quien vea su retrato y estudie su filosofía tan interesante, no dejará descubrir en el rincón de las comisuras de sus labios una sonrisa picaresca, que tenía en don de comunicar a sus lectores hasta transformarla en hilaridad general. Cuando Milla ríe, ríe de veras, de una sola pieza, es comunicativo, buen compañero y excelente amigo para ahuyentar el esplín y la melancolía. Por eso es que, en el hogar guatemalteco, las obras de nuestro compatriota se conservarán siempre con amor y que las madres tendrán siempre derecho de enseñar a los suyos, con legítimo orgullo, la obra de un autor nacional que supo interpretar nuestras costumbres, creó tipos que no morirán en nuestras escuelas literarias y mantuvo vivos en la conciencia, el honor y la virtud”.

Que la risa de José Milla lleve otra vez y siempre la alegría de sus pájaros y la claridad de su enseñanza a anidar en el corazón de su pueblo, tal como la gracia y la bondad de su pueblo anidaron en su ancho corazón.

*César Brañas*

Guatemala, marzo de 1952

---

tor centroamericano, excepto Rubén Darío, que ofrece a las clases según su práctica avalorada en la escuela de verano de la Universidad de San Carlos de Guatemala al confrontar la necesidad de un texto que pudiera tenerse como representativo de la vida centroamericana. Significativo reconocimiento extranjero contemporáneo al que no podrá tacharse de parcialidad.



LAS PRESENTACIONES  
QUIÉN SOY YO Y POR QUÉ ME DOY A  
ESCRITOR DE COSTUMBRES

Uno de los usos que sin el debido examen de su utilidad y conveniencia de su aplicación, hemos tomado nosotros de los extranjeros, es el de las *presentaciones*, o las *introducciones*. Lo que en otras partes es necesario y conveniente, viene a ser una forma pueril y hasta ridícula, en un país pequeño, en donde todas las gentes son más o menos conocidas. Desea un joven frecuentar una casa; busca un padrino de su misma edad que lo presente a la señora (o a las señoritas, que ese suele ser el *quid* del negocio); y un domingo, a eso de las doce (día y hora de rigor para recepciones semioficiales), presentante y presentado, de frac negro y guantes color de caña, hacen su entrada solemne en el salón. El padrino pronuncia enfáticamente el nombre y apellido del ahijado, como si las personas de la casa no supiesen muy bien quién es él, quiénes son sus padres, cómo vive y cuanto puede saberse de un prematuro escolar, que manosea todavía el Alvarez y las Partidas. Preguntad a ese presentador complaciente si sabe que el que toma a su cargo introducir a una sociedad a un nuevo visitante, contrae una verdadera responsabilidad y se constituye garante de la conducta de aquel de quien se ha hecho introductor, y encontraréis que ni ha pensado en eso el aturdido mancebo. Decidle que culpa suya será si el introducido perturba la tranquilidad doméstica, revela los secretos que se le confíen, traiciona la confianza que de él se haga y acaso se reirá de lo que llama vuestro quijotismo.

La imprudencia sube de punto cuando el introducido no es, como sucede con frecuencia, una persona del país y de la

cual sé tiene algún conocimiento, sino una de tantas *aves de paso* que suelen anidar con increíble facilidad en nuestros francos y benévulos círculos sociales. ¿Con qué valor se presenta a un hombre a quien apenas se conoce solamente porque va bien vestido y porque lleva un apellido inglés, ruso o polaco?

En cuanto a los ahijados, no es poco frecuente que incurran en la misma falta de escrupulosidad respecto a sus padrinos. Olvidando el adagio castellano dime con quién andas, hay jóvenes que no vacilan en presentarse en una sociedad decente, bajo el patrocinio de alguna persona de poca consideración y a quien se recibe únicamente tal vez por compromiso. Claro es que el que, bajo tan desfavorables auspicios se presenta, tiene que ser mal recibido, aun cuando la urbanidad encubra el desagrado bajo las apariencias del afecto.

Sentados estos preliminares, diré que las presentaciones pueden, a mi juicio, clasificarse, como los homicidios, en *casuales, necesarias y premeditadas*, teniendo algunas veces estas últimas las circunstancias agravantes de *seguras y alevosas*.

*Presentaciones casuales.* Son aquellas que se hacen por incidente; en la calle, en el teatro, en el paseo. No acarrear responsabilidad ni imprimen carácter de ninguna especie. Son puras fórmulas que se observan especialmente cuando uno o más de los interlocutores son extranjeros.

*Presentaciones necesarias, o mejor dicho forzadas.* Son las que uno suele hacer contra su voluntad, ya personalmente, ya por medio de una carta de introducción, obligado a ello por ciertas consideraciones y sin tener plena confianza del sujeto introducido. En esos casos algunos hacen lo que los casuístas llaman *restricción mental*, o bien advierten *sotto voce*, de las desconfianzas que les inspiran aquellos que los han puesto en el compromiso. Esta táctica arguye debilidad de carácter; lo mejor en ese caso es negarse al padrinzgo, pues “vale más ponerse una vez colorado que ciento descolorido”.

*Presentaciones premeditadas.* Llamo yo así a las que se hacen deliberadamente y con pleno conocimiento de la persona. La *alevosía* y la *seguridad*, lo mismo que el *abuso de confianza*, ocurren cuando se hace la presentación con algún fin poco honesto. El artículo 19,599 del Código Penal de la Urbanidad castiga esos delitos con la expulsión del criminal y el cómplice con la pena de palos y otras *corporis afflictivas*, según la malicia del caso y al arbitrio del juez.

No pocas veces me ha hecho reír la imitación servil de fórmulas exóticas en los actos de las presentaciones. “Permita Ud., señora, decía hace poco Enriquito, joven extranjerizado, a la sencilla y respetable doña Lugarda, *le introduzca* a Monsieur Pointu, íntimo amigo mío (acababa de conocerlo), que *viene de arribar de Europa*”. La matrona retrocedió espantada de que se quisiese *introducirla* aquel Monsiieur, como si se tratase de un hierro agudo en una operación quirúrgica. ¡A cuántas equivocaciones como esa puede dar origen el uso de una inadecuada y extraña fraseología!

Por mi parte, cansado de los chascos que en el curso, ya bastante largo, de mi vida, me han dado los presentantes y los presentados, y habiendo llegado a esa edad feliz en que puede uno emanciparse, impunemente de la tiranía de la moda, he acordado renunciar a las presentaciones por interpósita persona, y hacerlas por mí mismo, cuando se me ofrezca, diciendo de plano mi nombre y apellido, lo que deseo y lo que me propongo. Conforme a ese sistema (para el cual pienso pedir patente de invención, con privilegio exclusivo por veinte años), *me introduzco hoy al conocimiento* del lector benévolo, que sabrá quién soy, si tiene la paciencia de llegar hasta el fin de este artículo, en donde encontrará mi nombre y apellido con todas sus letras. Para salvar mi conciencia, debo, sí, advertir que aun cuando por mi nombre de bautismo pueda parecer que pertenezco al sexo encantador, la verdad es que corres-

pondo al encantado; y si bien me llamo *Salomé* nada tengo de común ni con la madre de los hijos del Zebedeo, ni con la hermana de Herodes el Grande ni con la bailarina hija del otro Herodes que pidió y obtuvo la cabeza del Bautista, cuyas tres damas eran mis tocayas. En cuanto a lo demás, como poco o nada pueden interesar los incidentes de mi *trabalhosa e trabalhada vida*, como dice J. B. Garrete, escritor portugués, me contentaré con decir que aunque cursé las aulas, allá en mi juventud, años después vínome la tentación de probar las dulzuras de la vida del campo, de la cual había leído maravillas en Teócrito y en Virgilio, esos grandes bucólicos de la antigüedad. Dejé los estudios y me metí no a predicador como fray Gerundio, sino a nopalero, como tantos otros que nada tienen de frailes, aunque sí pueden tener mucho de Gerundios. Compré un terreno plantado de esos cactus punzantes, cuya monótona uniformidad es poco poética por cierto, y pronto se convirtieron en humo mis ilusiones sobre la vida rural, los pastores y las zagalas. Compensó la pérdida de mis delirios el buen precio de mis tercios de grana; y realizado un capitalino muy decente, fui bastante feliz para encontrar, dos años hace, quién me comprase mi nopal, librándome así, providencialmente, de la *bolita*, del susto del Gagenta y de encontrarme hoy, al fin de cuenta, o *esperando* o quebrando, que casi casi viene a ser todo uno. Heme aquí, pues, viviendo de mis rentas y habiendo alcanzado en esta vida ese *Summum bonum quo tendimus omnes*, de que habla Lucrecio. En esta situación, ¿qué hacer? ¿Cómo emplear útilmente mi tiempo? Esto me he estado preguntando a mí mismo desde algunos meses. Ya se me ponía la tentación de solicitar una plaza de agente de policía y vivir descansadamente; ya la de aumentar el número infinito de los abogados sin pleitos; ya la de hacerme médico o boticario (que deseché por no ser suficientemente enemigo de la humanidad); ya la de conver-

tirme en empresario de ópera (de la cual desistí por no morir de inacción); ya, en fin, otras igualmente diabólicas, cuando he aquí que anoche tuve una subitánea inspiración, y en vez de darme al demonio, como estaba ya a punto de hacerlo, resolví darme al público que, bien considerado, es una misma cosa. Vacilé largo rato antes de decidirme por el género a que me dedicaría. Escribir de política, es muy fácil ciertamente, pues, según he oído decir esas son materias que todo el mundo entiende, sin necesidad de haberlas estudiado; pero me detuvo cierto... (no sé cómo llamarlo), miramiento... eso es, miramiento, considerando lo resbaladizo y peligrosillo del asunto. Por poeta me da muy poco el naípe; pues aunque no soy tan tonto que no haya hecho alguna vez una copla, tampoco soy tan majadero como para ponerme, a hacer dos, como dijo no sé quién. En fin, deseando echarme por una senda poco trillada entre nosotros, determiné escribir sobre costumbres, aunque sin ocultárseme la dificultad del género, ni los inconvenientes con que tienen que luchar los que lo cultivan. De esos inconvenientes no estuvieron libres ni Adisson, ni Steele, ni Jouy, ni Larra, ni Mesonero Romanos; y, habré de estarlo yo, ¡pobre de mí! ¿qué no tengo ni la imaginación brillante, ni la observación profunda, ni la sal ática, ni la instrucción variada de aquellos maestros del arte? Mas como mi objeto no sea el de alcanzar renombre, sino el de contribuir, siquiera en mínima parte, a la mejora de nuestras costumbres y matar el tiempo, cosa que en otras partes vale mucho y de la cual por acá no sabemos cómo deshacernos, me decido a aceptar, por primera vez, la bondadosa hospitalidad que la *Hoja de Avisos* ofrece a mis pobres trabajos literarios, y por lo pronto me ensayaré en unos cuantos *Cuadros de costumbres*. Omito dar mi programa porque los de nuestro teatro y los que nos vienen de los gobiernos de la otra América, cada vez que hay ropa limpia (y allá se mudan con frecuencia), me

tienen reñido con esa clase de documentos. Vaya el presente artículo por vía de introducción, y dispensándome el público esta *presentación* exabrupto, permítame *le ofrezca mis respetos*, como ahora se dice, que deseándoles felices pascuas, me despida de él hasta otro número.

## NUNCA MÁS NACIMIENTO

Todos los hombres tienen sus flaquezas; y yo que en punto a ellas (hablo de las morales), podría apostármelas con el más *entelerido*\* de mis prójimos, cuento como una de mis imperdonables debilidades, el acendrado amor que tengo a este pícaro país donde me tocó salir a la luz pública... digo, nacer (la malvada costumbre de andar en cosas de papeles impresos, me ha familiarizado de tal modo con la jerigonza periodística, que se me escapan ciertas expresiones sin quererlo). Y es lo peor del caso que, a fuer de enamorado, considero yo en el objeto de mi pasión como las gracias principales, aquellas que para otros tal vez son defectos insufribles. Así, cuando oigo a los extranjeros quejarse de que aquí no hay buenos caminos, de que aquí no hay puertos, de que aquí no hay reuniones, de que aquí no hay paseos, de que aquí... quisiera yo cerrar esa interminable letanía de *aquí no hay*, con un "aquí no hay ya paciencia para aguantarlos a ustedes, y déjennos en paz, que todo eso que ustedes echan de menos, maldita la falta que nos hace. Y si no, les diría yo, vengan ustedes acá, gringos de Barrabás, y respóndanme: ¿se necesitan caminos en donde nadie viaja, los que pueden porque no quieren, y los que quieren porque no pueden? ¿Hay necesidad de puertos en donde nada entra y nada sale? ¿Ha de haber reuniones si no hay quién se reuna, ni en dónde reunirse, ni de qué hablar? ¿Se han de hacer paseos para que nadie vaya a ellos, como lo tiene acreditado la experiencia, y lo gritarían, si pu-

---

\* Provincialismo. Flaco, desmendrado.

dieran, los solitarios naranjos y las abandonadas banquetas de la Plaza Vieja? Pues si todo eso es así, ni ustedes ni yo lo hemos de remediar, márchense enhorabuena a Londres o a París, y dense la vueltecita por acá de aquí a cien años, que yo les respondo con mi cabeza que entonces encontrarán todo eso que ahora falta y mucho más”.

Entretanto, y mientras se van llenando esos vacíos y abriéndose otros nuevos, pues en esa abridera y cerradera andan y andarán entretenidas hasta el día del juicio las naciones que han dado en la extraña manía de civilizarse, yo estoy muy contento con lo que tenemos, no me mantengo *amalhayando*\* lo que por allí dicen nos falta y me encuentro tan bien avenido con nuestras costumbres, como nuestros hermanos del sur con la divertida ocupación de matarse los unos a los otros, y como nuestros vecinos los mexicanos con la no menos jocosa de pronunciarse cinco o seis veces al mes.

Pero en ninguna época del año me siento yo tan complacido en Guatemala, como en esta de la Pascua que vamos ahora *atravesando*. (Hoy es de rigor atravesar uno algo. Se atraviesan crisis, se atraviesan tiempos, se atraviesan revoluciones: ¿por qué no he de poder atravesar yo Pascuas?). Desde el 24 de diciembre, comienzo a experimentar la benéfica influencia de estos días, que quizá por lo mismo que son tan agradables, son pocos y vienen ya al despedirse el año, como para enseñarme que lo bueno llega siempre tarde y pasa brevemente. La misa del *gallo*; los *tamales*\*\* de la madrugada; las corridas de toros, los *nacimientos*, con ese peculiar y agradable olor de las frutas de la estación y de las flores, y las novenas, con sus pitos de agua y sus chinchines, forman un conjunto *sui generis* y nacional, cuya falta nada alcanzaría a

---

\* Provincialismo. Amalhayar, expresar un deseo vehemente de alguna cosa.

\*\* Bollos de masa de maíz con carne.

suplir. Una sola vez en mi vida (y no hace mucho tiempo), me ha tocado pasar esta época del año lejos de mi país, en una de esas grandes ciudades, centros del comercio, del movimiento y de la actividad de un pueblo rico, próspero y poderoso. Pues bien; ni los espectáculos públicos; ni la novedad de las costumbres; ni el bullicioso trajín de una población de 800,000 almas; ni los animados círculos sociales reunidos en derredor del vistoso *christmas tree*: nada podía consolarme de la ausencia de tantos objetos ligados a los más gratos recuerdos de mi vida. En uno de esos palacios de cristal destinados a conservar, por medio de un calor ficticio, las plantas de las más opuestas latitudes, acerté a encontrar, en medio de un gran grupo de árboles tropicales, el de la *flor de pascua*, pobre arbusto que parecía esforzarse, en aquel clima extraño y glacial, por ostentar sus espléndidas flores, como si se empeñara en dejar bien puesto el honor de nuestro pabellón. Confieso que la vista de aquel árbol querido que, como yo, echaba de menos su suelo natal, estuvo a punto de hacerme saltar las lágrimas; lo cual me habría sucedido, a no haber acudido en mi auxilio la razón, que me recordó ser de mal tono el ceder uno a los impulsos del sentimiento. Pero dejemos estas reminiscencias que, demasiado personales, a nadie sino a mí pueden interesar, y vamos al objeto del presente artículo.

Han de saber mis lectores que yo tengo, entre otras cargas concejiles, la de un compadre, que es uno de los entes más originales que pueden encontrarse en este país bendito, en donde abundan las originalidades. Y no lo llamo carga porque me coma medio lado, que para muchos es la única manera en que puede decirse, figuradamente, que un prójimo carga sobre otro. No; mi compadre, el maestro Pascual Pacaya, honradísimo zapatero de segundo o tercer orden, gana con su oficio lo suficiente para proveer a sus escasas necesidades y a las de su hijo Pastor, mi ahijado. Carga sobre mí, en

cuanto me visita con más frecuencia de lo que yo quisiera y me hace oír siempre ciertas interminables variaciones sobre el mismo tema, a saber: la injusticia del gobierno de permitir la introducción de zapatos *ingleses* (mi compadre no conoce más extranjeros que los hijos de Abión, y para él la expresión *inglés*, es genérica, y significa, persona o cosa que no es de Guatemala); por lo cual, dice *no corre* el oficio y todo anda perdido. Mi compadre ha tenido el raro capricho de no poner a Pastorcito en los estudios, y le ha hecho aprender su mismo oficio, por lo cual lo tengo declarado el más extraño de los zapateros de la América.

Pero, ¡ved las debilidades de las almas grandes! Mi compadre, a quien considero bajo muchos respetos, como un hombre verdaderamente superior, tiene también su lado flaco. Trabaja todo el año como un blanco, y no teniendo vicio alguno, ni aun el del cigarro, los pequeños ahorros que a fuerza de economía logra reunir, se emplean irremisiblemente en este tiempo, ¿en qué diréis? , en construir uno de los más curiosos *nacimientos* que pueden verse en la ciudad. Hasta aquí no encontraréis quizá nada de extraño en el destino que da a sus ahorros mi compadre. Pero lo increíble es que después de trabajar un mes o más en el *nacimiento*, como dice que no tendría gracia si no se *meneara*, el pobre Pascual, desde la Nochebuena, se mete como un hurón debajo del tablado y se entretiene todo el día y parte de la noche en mover la maquinaria para que el *meneo* ande listo y los ociosos se diviertan. Allí come, allí duerme, allí está sepultado desde el 24 de diciembre hasta el 6 de enero siguiente, ese modelo de abnegación y de civismo. ¡Y luego hay quien tenga valor de hablar de sacrificios en favor del público! Mientras *tata* está agazapado tirando de las cuerdas, Pastor cuida de que *les amateurs* no se lleven la fruta o a sus *tocayos* de barro o de madera que adornan el *nacimiento*; pues, para vergüenza

de la especie humana, es necesario confesar su propensión a devolver mal por bien y a corresponder con ingratitud a los que se prestan a servirla con desinterés.

Tres días hace, me hallaba yo muy ocupado, cuando sin previo anuncio, entró en mi cuarto el hijo de mi compadre, que por la cuarta vez me traía el más expresivo mensaje de su progenitor, suplicándome fuese a ver el *nacimiento*. No pude negarme a las instancias del respetable artesano, y acompañado de aquel a quien saqué de pila y a quien me ha tocado después sacar de otras partes (del cuartel en cuenta), me dirigí a su casa, situada en uno de los barrios más populosos de la ciudad. No fue poco el trabajo que nos costó penetrar por entre la masa compacta de gente que sitiaba la puerta del zapatero, esperando que los que ya habían visto, dejaran libre la entrada a los que rabiaban por ver. “Con la cuarta parte de esta concurrencia que acudiese a la ópera, decía yo entre mí, se salvaba la empresa”. Pastor me precedía; y apartando a este, empujando a aquel, y pidiendo *tantita* licencia al de más allá, al fin logramos introducirnos en el patio, donde estaba armado el *nacimiento*. Imaginaos un polígono irregular, levantado como una vara del suelo, y sobre el cual están figurados, por medio de tablas y trozos de madera, cubiertos de papel pintado, llanuras, montes, volcanes, barrancos, y todo esto adornado con árboles y flores artificiales, con casitas, con figuras de trapo, de barro, de madera, y con otra multitud de objetos cuya descripción exacta exigiría acaso tanto tiempo como el que se ha necesitado para armar todo aquello. Veréis allí confundidos los terrenos *primarios*, con los *secundarios* y los *terciarios*; la lujosa vegetación del trópico, al lado de las plantas raquílicas de la zona frígida; hombres y mujeres más altos que las casas, vestidos con trajes de todas las épocas y ocupados en oficios harto diferentes de aquellos a que se dedicaban los sencillos pastores que fueron a rendir homenaje

al Salvador recién nacido. Ya se ve, ¿que puede saber mi pobre compadre de Geología, de Historia natural, de Nuevo Testamento ni de nada? Y aun cuando fuera una enciclopedia ambulante, si había de hacer un *nacimiento* que agradase al público, por fuerza debía contener todas aquellas anomalías.

El maestro Pascual había tenido este año la ocurrencia, que puedo llamar desventurada, de poner el tablado que contenía el *nacimiento*, encima de una pila de muy regulares dimensiones que en su patio tiene; aprovechando su abundante chorro de agua para formar una cascadita, un arroyo y una laguna, todo ello al natural y bien dispuesto. En una tabla, que atravesaba la pila, se colocaba mi compadre a menear los cordeles de sus muñecos. La tarde en que, por mi desgracia, fui llamado y rogado a ver el dicho *nacimiento*, la concurrencia era, como tengo dicho, inmensa; tanto que, no pudiendo una parte de ella alcanzar a ver con comodidad, ocurrióseles a unos tres o cuatro muchachos amigos de Pastor, trepar a un espléndido naranjo que hay en el patio, y una de cuyas ramas se balanceaba precisamente sobre el *nacimiento*. A poco de haber yo entrado, comenzó el meneo. La plaza de toros, el *volador*, los *títeres*, Peruchillo, que se tomaba con el público ciertas licencias poco respetuosas (ni más ni menos que si fuera un verdadero, actor), carruajes en movimiento, molinos en ejercicio, gente que va y viene, tal era el aspecto que presentaba aquel animado panorama, en medio del júbilo y admiración de los espectadores, cuando oímos un chirrido penetrante, como el de una rama que se desgaja, e instantáneamente, los cuatro escolares que cabalgaban sobre la del naranjo (que era en efecto la que se desprendía); caen a plomo sobre el *nacimiento*. La tarima, que estaba sentada sobre unos trozos de madera, colocados en el borde de la pila, se conmueve con el cimbreo y con el peso, se bambolea y viene abajo, haciendo caer al fondo del agua a mi compadre que, echando

espuma de rabia, logra, no sin dificultad, desembarazarse del pesado maderamen, y rasgando el papel pintado, asoma primero la cabeza y después el cuerpo (mojado completamente), por el hueco que había formado la laguna en el despedazado *nacimiento*. Allí fue la grito, la rechifla y la burla de toda aquella gente maligna y desagradecida, hasta que el desgraciado zapatero logró abrirse paso y fue a meterse en la cama, abrumado de dolor y de vergüenza.

Al siguiente día fui a hacer una visita a mi infeliz compadre. La casa estaba desierta, por supuesto, como la plaza de toros en un miércoles de ceniza, y en el patio se conservaban todavía las señales del cataclismo de la tarde anterior. Todo era confusión y desorden; montañas, casas, árboles y animales, estaban allí hacinados y maltrechos, como me figuro yo quedaría la Tierra después del diluvio; y en cuanto a los *pastores*, vi que los de barro habían caído al fondo de la pila, mientras que los de trapo sobrenadaban en la superficie del agua.

*Apparent rari nantes in gurgite vasto.*

Es, precisamente, dije para mí, lo contrario de lo que sucede en las grandes catástrofes sociales; pues en ellas las gentes menudas y de poco valer se van al fondo, y las de peso o de pesos, se salvan y sobrenadan. Mi compadre estaba sentado sobre los escombros de su *nacimiento*, como Mario sobre las ruinas de Cartago. Quise dirigirle algunas palabras de consuelo; pero todo fue en vano; el desdichado lloraba la pérdida de lo único que le halagaba en esta vida, y repetía, en voz ahogada y compungida: NUNCA MÁS NACIMIENTO. Me pareció prudente respetar su dolor y me retiré a mi casa a hacer esta descolorida descripción de aquella escena patética y conmovedora.



## LOS MONOPOLIOS

### PROYECTO PARA LA CREACIÓN DE UNA NUEVA RENTA

Desde que, por mi negra fortuna, cedí a la tentación de convertirme en escritor o *descriptor* (mejor dicho) de costumbres, que es, como quien dice, sentar una plaza de fiscal general, aunque sin honores y sin sueldo, son tantos los asuntos en que se me ocurre poder ejercitar últimamente el oficio que lo único que suele embarazarme, es la dificultad de la elección. Hay entre nosotros tanto qué criticar, que la murmuración sale de la boca por sí sola, natural, espontánea, como el canto de la garganta del pájaro y como la mentira de la pluma del periodista. Tan común es por eso en nuestro país el hábito de la murmuración, que ya debería cambiarse la fórmula usual y harto gastada con que nos saludamos; y en vez de preguntar, por ejemplo, ¿qué hace usted, Fulano? ¿Qué de usted Zutano? Será más propio y verdadero decir: ¿de quién murmura usted, Fulano? ¿A quién desuella usted, Zutano? Ese nuevo sistema de saludo tendría por lo menos el mérito de la sinceridad.

Después de haber repasado hoy una en pos de otra las diferentes manías de los prójimos que podrán prestarse a un artículo de costumbres, poco a poco, y llevado por mi imaginación, tan variable casi como nuestro clima, fui dando entrada a pensamientos y consideraciones de un orden más elevado que aquel a que pertenecen ordinariamente mis ideas. Sin saber bien por qué especie de ilación extraña hubieron de pasar mis raciocinios hasta venir a parar en asuntos de índole tan severa, he aquí que me encuentro comenzando nada menos que un estudio de Economía política, y que me voy a entrar

de rondón por las cuestiones más arduas de esa ciencia, como Pedro por su casa; y como tantos otros que no son Pedro por las ajenas.

Este no es, pues, artículo de costumbres; es artículo de Economía política; prevención que hago al lector benévolo, para que deje a un lado la *hoja* sí es que no gusta de esas materias, como podría suceder. ¡Ah!, si todos los que escriben para el público tuvieran la precaución que yo ahora empleo, ¡cuántos chascos ahorrarían a sus cándidos lectores! Debo, sí, advertir que no voy a tratar de los monopolistas; de los aguardientes; ni de las chichas; ni del monopolio del tabaco; ni a proponer el estanco de la sal, y menos aún el de los naipes; pues no quiero indisponerme con el numeroso gremio de los jugadores. De otros monopolistas voy a hablar; y como soy aficionado a las clasificaciones, por lo cual creo que debí haberme dedicado a la Botánica, se me permitirá haga cuatro secciones de aquellos que van a ser el objeto del presente estudio. Yo divido a mis monopolistas de la manera siguiente: 1o. *El monopolista cortejo*. 2o. *El monopolista danzante*. 3o. *El monopolista gastrónomo*. 4o. *El monopolista hablador*.

*El monopolista cortejo* no es siempre un hombre joven, como podría creerse. Los hay de diferentes edades y condiciones, a escoger; como uno los quiera; y algunos he visto yo que pudieran pasar por *tatas* de los *tatas* de las monopolizadas. Por lo demás, viejo o mozo, el monopolista cortejo es siempre la ruina de las tertulias y la desesperación de aquellas a quienes no queda más arbitrio que dedicarse al peligroso oficio de *clandestinista*. El monopolista cortejo se apodera de la joven más bonita y amable de la casa; la explota, la estanca, y desgraciado de aquel que quiera poner en libertad el artículo, pues irremisiblemente es tratado como contrabandista. Él solo habla con ella, él solo tiene derecho a prestarle cualquiera de esos pequeños servicios que la cortesía o un legítimo

deseo de agradar sugieren a los demás. Monopolio odioso, que al fin acaba por ser intolerable y hace que vayan desertando aquellos que no tienen parte en la *empresa*, quedando por último los asentistas como dueños únicos del campo.

*El monopolista danzante* sí es siempre joven, y tan parecido al otro, que se creería que forman uno solo. En los bailes se apodera de la muchacha más lista en el arte de Terpsícore (estilo clásico) y *la baila*, como él dice, toda la noche, sin que haya modo ni manera de hacérsela soltar. Entretanto, las que danzan con menos perfección, pero que también quisieran que las *bailaran*, pues a nadie le pesa haber nacido, se dan al diablo con esos monopolios; siendo no menor la rabia del común de mártires varones a quienes se dejan únicamente las viejas, las feas, las cojas o las muy torpes para el bailoteo.

*El monopolista gastrónomo* es un personaje de muy diferente género del de los anteriores. Frisa por lo regular en los cincuenta años y le importan un comino todas las buenas mozas y las bailarinas de este mundo. ¿Quién no conoce a don Zenón Tragabalas, aquel señor alto, grueso, como un abdomen excesivamente desarrollado; el primero en los banquetes y que de seguro *brilla* por su *ausencia* en las reuniones en donde no se come? Este tiene por su cuenta el monopolio de los víveres y de los caldos ultramarinos y donde él está, es necesario *lasciate ogni speranza* de probar bocado. En los bailes cena con las señoras, cena con los caballeros, cena con los músicos, cena con los criados y cenaría con Lucifer, si ese personaje fuera admitido en las *soirés*, al menos sin disfraz, pues lo que es de *incógnito* es bien sabido que jamás deja de concurrir.

Nunca podré olvidar la última noche en que me tocó encontrarme en un ambigú al lado del omnívoro don Zenón. ¿Habéis visto un campo de batalla después de una derrota? ¿Habéis pasado por una sementera cuando se ha sentado en

ella una manga de *chapulín*\*? Tal quedó la mesa en el espacio de cuatro varas cuadradas al cual alcanzó la influencia de aquel famélico. Los platos desaparecían uno tras otro velozmente; y como el hambre aguza el ingenio, don Zenón aprovechó la doble nomenclatura de los manjares para duplicar la comida. Así, pidió primero pavo, y después dijo que le sirviesen *chumpipe*; otro tanto hizo con las arvejas, que *engulló* una vez con aquel nombre, otra con el de los *chícharos*, y no contento con eso el infatigable gastrónomo, les arremetió después pidiendo a un francés que tenía cerca un poco de *petits pois*. Cuando hubo comido hasta reventar, la maligna doña Tomasa, que estaba a su lado, le dijo con la mayor cachaza de este mundo:

—Muchas gracias, señor don Zenón.

—¿Gracias de qué, amable Tomasita?— contestó él, acariciándose con complacencia el abultado vientre.

—¿Cómo de qué? De que no me ha tragado Ud.— dijo la picarona y se levantó, dejando al gastrónomo entre risueño y enfadado.

*El monopolista hablador* come poco por lo regular, trabaja con la boca como el anterior; pero con la diferencia de que aquel se dedica a la *importación* y este a la *exportación*; siendo las mercancías que introducen o expiden, respectivamente, de muy diferente naturaleza. Este habla en todas partes: en la calle, en el teatro, en el paseo, al sol, a la sombra, con calor, con frío, de noche, de día, despierto, dormido, con cuantos quieren oírle; y cuando no hay quién quiera, apela al recurso ordinario del monólogo. Un tipo de monopolista de este género, es mi amigo don Facundo Lenguaraz que, en comenzando a hablar, sigue y sigue con tan inagotable afluencia, que sería necesario o matarle o resignarse a oírle. Entrad a la

---

\* Langosta

tertulia; él tiene de seguro la palabra, porque si no se la dan, la arrebatara considerándola como de su indispensable propiedad. Si vais a la iglesia y escucháis un ligero zumbido como el de un *ronrón*, no creáis que es una devota que reza; es don Facundo que ejercita su oficio con aquellos a quienes tiene más cercanos. En el teatro distrae al público mientras los artistas cantan, pues habla con cuantos puede y de cuanto le ocurre. En fin, es tal la costumbre que tiene mi amigo de hablar, que creo que no se callaría aun cuando fuese diputado y se tratase de ciertos asuntos, que es cuanto hay que decir. Promueve cuestiones, por solo el gusto de charlar, y jamás le veréis en un sermón, porque le incomoda tanto que hable otro, que sería capaz de arrebatara la palabra al predicador y tomar el púlpito por asalto. El peor enemigo de don Facundo, con excepción de otro hablador, es el sordo; y ya le he oído alguna vez opinar que los que padecen de ese mal, debieran ser destruidos como seres perniciosos a la sociedad. Don Facundo es una máquina de hablar con una fuerza de 500 caballos. Una vez puesta en movimiento esa locomotora, arrebatara cuanto encuentra y destruye cuanto se le pone por delante.

En el mes de marzo del año pasado, fue mi amigo Facundo a hacer una *temporada* al pueblecito de Chinautla; y por supuesto me hizo convenir en que iría a hacerle una visita, con eso *charlaríamos* un poco (usaba del plural únicamente por decencia, pues ya se sabía que él había de charlar solo). Fui, en efecto, una mañana, a eso de las siete con el ánimo firme de almorzar con Facundo y volver a la ciudad a mis quehaceres ordinarios. Pero el hombre pone y el hablador dispone, y yo no contaba con la huésped; es decir, con la lengua de mi amigo. Desde que me vio, me arrojó una granizada de palabras. Preguntas, respuestas, chistes, donaires, observaciones serias, murmuraciones; todo comenzó a salir por aquella boca sin intermisión ni descanso, y sin que me fuese dado

meter baza una vez sola. Concluido el almuerzo, anuncié la idea de venirme.

—¡Imposible! aquí comes hoy —me dijo. *Tenemos* todavía mucho que platicar.

Hube de resignarme y comí con él. Después siguió el café; y el hablador, que no había parado durante la comida, tampoco me dio respiro de sobremesa. En esas y las otras, entró la noche, y cuando quise venirme era ya tarde.

—No te vas —me dijo—, te expondrías a romperte la crisma en esa cuesta. Quédate a dormir, que un ratito de conversación no te hará daño. Tenía yo hambre de platicar contigo.

—Pues bien te has saciado, antropófago del demonio—, dije yo para mí, y me resigné a pasar allí la noche.

Vi el reloj, eran las doce, y Facundo hablaba; la una, y la conversación seguía. Hizo que armasen un catre junto a su cama para tenerme cerca y que le oyera *bon gré, mal gré*, y siguió la tarabilla, hasta que ya a eso de las tres de la madrugada, tomé el partido de fingir que dormía. Pero ni por esas: el asesino continuó hablando solo, hasta que vencido en realidad por la fatiga y por el sueño, me quedé dormido. No lo estaba, sin embargo, de tal modo que no oyese una especie de rumor lejano, que tomé por el murmullo del río; pero como a las seis desperté: salí de mi error. Aquel rumor lo causaba Facundo, que hablaba todavía. Me levanté sin decir palabra; hice ensillar mi caballo y me despedí del hablador, que me acompañó hasta la salida del pueblo.

—Supongo que volverás— me dijo; y yo estuve a punto de contestarle: —Que vuelva tu abuela, charlatán insufrible; pero temiendo darle pretexto para una nueva detención, —sí volveré— le contesté, y arranqué cuesta arriba como un espiritado. Habría andado una cuadra, y todavía me llegaban algunas palabras que, por no quedarse con ellas, me arrojaba Facundo como esos tiros sueltos que se disparan a un enemi-

go que huye. Llegué a mi casa azurumbado, y di orden de que nadie me hablase en tres días, hasta que me hubiese restablecido de aquella horrorosa indigestión de palabras.

Suele suceder, y esa sí que es una verdadera calamidad, que en una sola mano se reúnen diversos departamentos... digo diferentes ramos de los estancos. Así no es extraño que el monopolista cortejo, sea monopolista danzante y el gastrónomo hablador; y entonces las dificultades son más graves. Y como se advierte que los abusos van subiendo de punto con la falta de un reglamento a que se sujeten esos monopolios, ¿no sería posible, ya que han de existir, pues son de esos que llaman *males necesarios*, sacar al menos algún provecho de ellos? Esto es lo que yo he pensado algunas veces, ocurriéndome que podrían ponerse a pública licitación aquellos diversos ramos. El que quiera enamorar solo, bailar solo, hablar solo y comer solo, que compre siquiera el privilegio y no lo disfrute de *gorra*, como en la actualidad. Así al menos sabríamos a qué atenernos, y respetando debidamente los derechos adquiridos, ni enamoraríamos, ni bailaríamos, ni comeríamos, ni hablaríamos, a menos que nos lo permitieran los asentistas, y eso en calidad de sub-arrendatarios. Propongo, pues, la idea a la consideración de quien corresponda; y comunico, por puro patriotismo, ese luminoso *proyecto para la creacion de una nueva renta*.



## UN BAILE DE GUANTE

Siempre he creído que nosotros los guatemaltecos tenemos en nuestra organización algo de monos, visto que somos esencialmente imitadores. Todo el trabajo está en que uno o dos hagan cualquiera cosa, que ya los demás dan en hacer lo mismo, sin otra razón que la de que otros lo han hecho. Mil ejemplos pudieran aducirse para probar la exactitud de esta observación. Aquí las modas llegan tarde, pero se generalizan al momento, por más que sean extravagantes o inadecuadas al clima y a las costumbres del país. Las han adoptado dos o tres, eso basta para que las adopten tres o cuatrocientos, sin examen. Viene un *quidam* cualquiera que hace raya por algún motivo y tiene pretensiones, más o menos fundadas, a pasar por una *notabilidad*; a los tres días, es seguro encontrar cinco o seis copias del original; y si, como suele suceder, este es cojo, o manco, o bizco, las copias *se acojan*, *se amancan* y *se abizcan* de propósito, para que la imitación sea mejor y más perfecta. Por esa manía de que voy hablando, las gentes se casan aquí por tiempos, se divierten por tiempos, quiebran por tiempos y hasta se suicidan por tiempos, pues en todo y por todo hemos de ser imitadores. Si dos o tres dan en hacer versos, puede contarse con que la poeticomanía ha de apoderarse hasta de los agrimensores, que son, por razón de oficio, los seres más prosaicos que conozco. (Y a pesar de eso, a dicha profesión pertenecía el mejor de nuestros poetas) El día menos pensado se le va a poner en la cabeza a un agente de policía cumplir con sus obligaciones, y veréis cómo ya no hay

*bolos*\* por las calles, ni pependencias, ni charcos sucios, ni agujeros en los empedrados, ni paredes tiznadas, ni perros que muerdan a las gentes; pues de seguro los demás miembros del cuerpo han de hacer lo mismo que hizo el colega. Espero en Dios que no me he de morir con el antojo de ver cundir ese saludable espíritu de imitación entre los señores de la policía.

Por esa manía imitativa que voy analizando, sucedió en cierta ocasión que las gentes dieron en aficionarse al baile; de modo que esas distracciones, que son hoy tan poco frecuentes, menudeaban en la época a que me refiero y se multiplicaron sin más motivo que el de que a unos cuantos les ocurrió que era bueno bailar y divertirse. Después que hubo tres o cuatro reuniones, realmente muy lucidas, en algunas casas particulares, varias personas concibieron el proyecto de que se diese un baile de guante, cotizándose diferentes *capitalistas* y gentes de buen tono para llevar a cabo el pensamiento. Sin saberse bien cómo ni de qué manera, resultó nombrada una *comisión directiva*, compuesta de siete individuos que debían levantar la suscripción y cuidar de todo lo relativo al baile. Tuve la desgracia de ser uno de los miembros de esa honorable junta. Nos reunimos con frecuencia, tanto que en ocho días, celebramos unas quince sesiones para formar la lista de contribuyentes y de convidados, y allí dieron principio las dificultades. Cada uno de nosotros era un rey constitucional que usaba del derecho de poner el *veto* absoluto o suspensivo a cuantos y a cuantas no le acomodaban. A uno se le borraba de la lista, porque era muy *chucho*\*\* y no había que esperar contribuyese ni con un real para los gastos. Otro era rechazado, por la poderosa razón de que, diez años antes había tenido un pique con uno de los miembros del *comité*, que juraba no asis-

---

\* Provincialismo. Borrachos.

\*\* Tacaño.

tir ni meterse en nada si se convidaba a aquel. Fue necesario prescindir de invitar a doña Gregoria, porque tenía dos sobrinos muy malcriados; a don Valentín, porque comía mucho y no alcanzaría la cena si él asistía al baile; a don Crisanto, por camorrista; a doña Pascuala, por chismosa; y a otros y otras por diferentes causas a cual más fundada. Por fin, a la decimaquinta sesión logramos ponernos de acuerdo y se firmaron las listas y el programa; no sin que salvaran sus votos tres individuos de la comisión, que “se hicieron el deber” de presentar su opinión por escrito, a fin de que quedase consignada y la posterioridad pudiese hacer justicia al patriotismo, a la conciencia, etc., que habían mostrado en aquel grave negocio.

Salimos con la lista a solicitar el llamamiento de los contribuyentes, y comenzó otra campaña. Uno no daba, porque la comisión era nula, sus miembros unos intrusos, que se habían colocado en aquellos puestos (muy envidiables por cierto), sin consultar el voto de la nación... esto es, de los que habían de asistir al baile. Otro, porque estaba de duelo por un pariente que se le había muerto en España dos años antes, y a quien jamás había conocido. Este, porque los tiempos no estaban para botar el *pisto*\* en boberías; aquel, porque no bailaba; el de más acá, porque no cenaba; y el de más allá porque no le daba la gana. Si todos hubieran tenido la franqueza de decir lo mismo, no se habría pensado más en el sarao y algunos dolores de cabeza nos habríamos ahorrado; pero hubo muchos que, aunque refunfuñando y de mal talante, se apuntaron, quien con diez pesos, quien con ocho, quien con cinco, sin que faltaran tampoco garbosos que lo hicieron de buena voluntad y se suscribieron hasta con veinticinco pesos. Reunióse al fin, aunque con mil trabajos la cantidad que se consideraba suficiente para cubrir los gastos de la fiesta.

---

\* Dinero.

Tratóse en seguida de buscar una casa a propósito para el baile; pero para esto, por fortuna, no fue preciso calentarse mucho la cabeza; pues al momento se abocó don Simón de las Gangas con la comisión y ofreció una que tenía desocupada, amplia, cómoda y con todo lo necesario, según dijo, para un baile. Fue aceptada de mil amores, y se mandaron dar a Gangas veinticinco billetes de entrada que pidió para él y para su parentela hasta el quinto grado de la computación canónica. Fuimos a ver la casa y encontramos que, en efecto, no le faltaba nada; pues tenía a más de sus respectivas paredes, sus techos, sus corredores y sus enladrillados; aunque con telarañas por tapices, letreros y figuras hechas con carbón, y no muy decentes, por pinturas. Fue necesario empapelar las piezas principales, poner cielos rasos y pintar corredores; lo cual, como no se había de quitar después, quedó naturalmente a beneficio del generoso don Simón. *Ainda mais*; se le limpió la casa de diez o doce millones de vivientes entre ratones, arañas, cucarachas y pulgas que estaban en pacífica, quieta y no interrumpida posesión de ella desde mucho tiempo.

Después, nos echamos a buscar todo lo necesario para amueblar la casa. Uno dio los sofás, otro las sillas, otro las consolas, otro las arañas, otro los espejos, etc.; pero todo bajo la condición precisa de que sus respectivos muebles les serían devueltos sanos y salvos; respondiendo de su valor (al cual se cargó el cincuenta por ciento desde luego), los individuos de la comisión directiva. Tuvimos que pasar por todo, pues ya se había hecho público el proyecto del baile, no se hablaba de otra cosa en la ciudad, y según dijo no sé quién, nuestro honor estaba comprometido en que se diese la tal fiesta, aunque nos costase la vida. Eso sí, en tratándose de satisfacer un compromiso de honor, nadie nos gana.

Un ejército de albañiles, carpinteros y pintores invadió la casa desde el siguiente día; y mediante ruegos, amenazas y

ofertas de doblar la paga, alternándonos los individuos de la comisión en montar la guardia para que aquellos señores no *hiciesen la vieja*, al cabo de dos semanas la casa de don Simón estaba como nueva, y los salones, según todos dijeron, magníficos, espléndidos, sublimes. Es verdad que los muebles no eran muy iguales, como que pertenecían a diversos dueños; que los espejos eran de dimensiones diferentes; que las arañas eran unas de bronce y otras de cristal; pero, ¿quién repara en esas pequeñeces, tratándose de un baile de suscripción para el cual se piden muebles y adornos a media ciudad? Hubo dos mil disputas para la colocación de cada trasto; y como además de los siete sabios de Grecia que componíamos la dirección, se consideraban con derecho pleno para dar su voto todos los demás sabios que habían apuntado de dos pesos para arriba, se volvió aquello un guirigay de los demonios, hasta que al fin hubo de hacerse lo que querían los más tercos (que son siempre los que se salen con la suya); por supuesto, no sin la correspondiente protesta y salvamento de votos de los que perdieron capítulo.

Llegó la tan anunciada, deseada y prorrogada noche de baile. Los miembros de la comisión, molidos y quebrantados por la fatiga física y moral de un mes entero de campañas, nos constituimos desde las ocho, de punta en negro, en la casa de don Simón, con nuestras respectivas *costillas*, para recibir a las señoras y a los caballeros. A eso de las nueve, comenzaron a llegar los más puntuales, y a las diez y media, la concurrencia no cabía en los salones y en los corredores. Una quinta parte, por lo menos, no estaba convidada, pues como no tuvimos la precaución de hacer los billetes *nominales*, se los procuraron de cualquier manera muchos de los que no eran *llamados*, y que por sí y ante sí se declararon escogidos. Allí estaban, por supuesto y entraron de los primeros los que habían sido excluidos expresamente: doña Gregoria y

sus dos sobrinos, los malcriados; don Valentín el hartón, don Crisanto el pendenciero, doña Pascuala la chismosa, y *tutti cuantti*. Se distribuyó impreso el programa, que era, digamos la Constitución del baile, que tuvo la suerte de casi todas las constituciones de este mundo; esto es, la de ser violada por aquellos para quienes se dio y por los mismos que la dieron. Cuando conforme al artículo 5º, debía bailarse una cuadrilla, tres o cuatro de los suscriptores impusieron silencio a los filarmónicos y mandaron que se tocara una redowa. Llegó la hora de una contradanza española, puesta *ad hoc* para las señoras y señores de cierta edad; pero los jóvenes dijeron que era una barbaridad, un *rococó*, y no hubo medio de que se tocara la contradanza. Uno pedía vals, otro mazurka, este chotis, aquel lanceros; con lo cual no se bailó nada a derechas, hasta que llegó la hora de la cena, que puso término a aquella batahola, para dar principio a otra de peor carácter. Cuando entraron las señoras en el comedor, la mitad de la mesa estaba ocupada por lo más granado de los jóvenes de la reunión, que sin hacer caso de nadie, habían embestido a los platos y botellas, y a quienes no hubo medio de hacer largar los puestos, por aquello de *gato el que posee*. Don Valentín el gastrónomo presidía la falange de los que se habían anticipado a coger orilla; y a sus lados estaban don Crisanto el peleador, los malcriados de doña Gregoria y toda la tribu de los Gangas. Con mil trabajos logramos colocar la mayor parte de las damas. Comenzó la *razzia*, y a la hora, aquello era un infierno. El vino había hecho su efecto y no se entendían ya los unos a los otros. Un poeta desenvainó media docena de sonetos y otra media de anacreónticas, y subido en una silla, los comenzó a declamar, en medio del bullicio, sin que nadie le hiciera el menor caso. Brindis, chistes, requiebros, reconvenções, carcajadas, todo se amontonaba y confundía, prolongándose por dos horas la baraúnda, hasta que pudimos arrancar

de los puestos a aquellos heliogábalos. Se colocaron otros, y hubo una repetición de la primera escena. Algunos de los individuos de la comisión, tras pasados de hambre, logramos acomodarnos en una esquina de la mesa y habíamos comenzado a tomar alguna cosa, mientras el baile continuaba en los salones con la animación que se observa siempre después que se ha cenado, cuando oímos grandes gritos y alboroto en la sala principal. Acudimos allá y con dificultad penetramos por entre la masa de criados y criadas que, en grande uniforme de cocina, ocupaban ya las avenidas, *espiando el rumbo*.<sup>\*</sup> Entramos al fin y vimos que aquello era una Babilonia. Don Crisanto, el camorrista, por no sé qué cuestión insignificante, había dado una tremenda bofetada a uno de los individuos de la comisión, y allí fue Troya. Los amigos y parientes del abofeteado querían tomar venganza del agravio; mientras que los parientes y amigos del abofeteador salieron a la defensa de este. Don Crisanto se había colocado en un rincón, muy cerca de un espejo, y habiéndose apoderado de un violón de los de la orquesta, estaba atrincherado tras él, resuelto a defenderse “hasta derramar la última gota” (estilo de proclama). Uno de los agresores agarró una silla y la arrojó a don Crisanto; pero por desgracia el proyectil iba mal dirigido, y fue a dar de lleno al espejo, que se hizo mil pedazos. Las señoras huían o se desmayaban; los músicos enfundaban los instrumentos; una dama que estaba allí y andaba en meses mayores, daba gritos diciendo que sentía síntomas alarman-tes. Según se vio ocho días después, llevaba en su seno dos angelitos que quisieron anticipar la salida, por ver cómo se acababa un baile a capotazos. Algunos corrimos a la puerta con ánimo de largarnos. ¡Imposible! Los malcriados de doña Gregoria habían tenido la precaución de echar llave desde

---

\* En lenguaje vulgar, baile.

mucho antes, resueltos a que el baile durara hasta las nueve de la mañana del siguiente día. Por fin se llamó auxilio por las ventanas; llegó una patrulla, se forzó la puerta y el oficial, impuesto de que la camorra era porque unos atacaban y otros defendían a la comisión, dedujo que esta era el origen del desorden y resolvió que lo más acertado era llevar a sus individuos a la cárcel; lo que indudablemente habría sucedido, si no interviene un jefe de alta graduación que por fortuna se hallaba en el baile. Abierta ya la puerta, me apresuré a abandonar aquel campo de Agramante, dejando al ilógico oficial el cuidado de entenderse con los camorristas.

Al siguiente día se reunió la comisión para arreglar la cuenta y vimos aparecer el *fantasma aterrador del déficit*, aumentado con el valor del espejo roto, que fue preciso pagar. Distribuimos entre todos la suma que faltaba, y dimos por bien pagada la experiencia adquirida.

En esa misma noche pasaba yo por la calle donde vive doña Pascuala la chismosa, que hablaba en su balcón con don Crisanto el abofeteador y don Simón de las Gangas. No me conocieron, y pude oír a la vieja malvada lo siguiente:

—¡Ochocientos pesos gastados en aquella porquería! ¡Vaya! Con la mitad se hubiera dado un baile magnífico.

—Eso es —dijo Gangas—, porque no cuenta usted con que algo debe quedar a la comisión por su trabajo.

—Sí —dijo don Crisanto—, es bien sabido que les han quedado las ollas embarradas. Lo menos la mitad se han embolsado.

Pasé de largo sin decir palabra; y al llegar a mi casa, tomé un libro muy voluminoso, donde apunto mis propósitos, hijos de las lecciones que la experiencia me va dando, y escribí en letras gordas, bajo el número 324,582: *no tomar parte jamás ni por motivo alguno, en un baile de guante.*

## EL CHAPÍN

Nunca he podido averiguar lo que haya dado motivo a que se designe con el nombre que encabeza este artículo a los guatemaltecos; ni alcanzo la analogía que pueda existir entre la persona que ha nacido en la capital de nuestra república y una “especie de chanclo de que usan solo las mujeres y se diferencia del chanclo común en tener, en lugar de madera, un corcho forrado de cordobán”; definición que el Diccionario de la Academia da de la voz *chapín*. Según el padre Alcalá, chapín es una corruptela del nombre arábigo *chipín*, que significa alcornoque; y se dio esa denominación al tal calzado, por formarse sus suelas de la madera de aquel árbol. Si alguno de nuestros eruditos antepasados sabía eso, y al llamar chapines a los guatemaltecos, quiso decir disimuladamente que somos unos pedazos de *alcornoque*, la cosa no va tal vez tan fuera de camino. ¿No podría decirse que, en ese sentido, somos, cual más cual menos, unos verdaderos *chapines* en arábigo, o chapines como hoy se dice en castellano?

Por lo demás, sea cual fuere la etimología de esa denominación, ella ha hecho fortuna, como muchas gentes que tienen un origen igualmente dudoso; y fuera de la república, con tal que no salgamos de los límites de los Estados de la América Central, no se nos conoce bajo otro nombre que el de chapines, que hemos aceptado de buena voluntad los hijos de esta capital, como aceptamos otras cosas peores.

El tipo del verdadero y genuino chapín, tal como existía a principios del presente siglo, va desapareciendo, poco a poco, y tal vez de aquí a algún tiempo se habrá perdido enteramen-

te. Conviene, pues, apresurarse a bosquejarlo antes de que se borre por completo, como se aprovechan los instantes para retratar a un moribundo cuyo recuerdo se quiere conservar. El chapín es un conjunto de buenas cualidades y defectos, pareciéndose en esto a los demás individuos de la raza humana; pero con la diferencia de que sus virtudes y sus faltas tienen cierto carácter peculiar, resultado de circunstancias especiales. Es hospitalario, servicial, piadoso, inteligente; y si bien por lo general no está dotado del talento de la iniciativa, es singularmente apto para imitar lo que otros hayan inventado. Es sufrido y no le falta valor en los peligros. Es novelero y se alucina con facilidad; pero pasadas las primeras impresiones, su buen juicio natural analiza y discute, y si encuentra, como sucede con frecuencia, que rindió el homenaje de su fácil admiración a un objeto poco digno, le vuelve la espalda sin ceremonia y se venga de su propia ligereza en el que ha sido su ídolo de ayer. Es apático y costumbrero; no concurre a las citas, y si lo hace, es siempre tarde; se ocupa de los negocios ajenos un poco más de lo que fuera necesario y tiene una asombrosa facilidad para encontrar el lado ridículo a los hombres y a las cosas. El verdadero chapín (no hablo del que ha alterado su tipo extranjerizándose), ama a su patria ardientemente, entendiéndolo con frecuencia por patria la capital donde ha nacido; y está tan adherido a ella, como la tortuga al carapacho que la cubre. Para él, Guatemala es mejor que París; no cambiaría el chocolate, por el té ni por el café (en lo cual tal vez tiene razón). Le gustan más los tamales que el *vol-au-vent*, y prefiere un plato de pipián al más suculento *roastbeef*. Va siempre a los toros por diciembre, monta a caballo desde mediados de agosto hasta el fin del mes; se extasia viendo arder *castillos* de pólvora; cree que los pañetes de Quezaltenango y los brichos de Totonicapán pueden competir con los mejores paños franceses y con los galones españoles; y

en cuanto a música, no cambiaría los *sonecitos* de Pascua por todas las óperas de Verdi. Habla un castellano antiquísimo: *vos, habís, tené, andá*; y su conversación está salpicada de provincialismos, algunos de ellos tan expresivos como pintorescos. Come a las dos de la tarde, se afeita jueves y domingo, a no ser que tenga catarro, que entonces no lo hace así le maten; ha cumplido cincuenta primaveras y le llaman todavía niño fulano; concurre hace quince años a una tertulia, donde tiene unos amores crónicos que durarán hasta que ella o él bajen a la sepultura. Tales son, con otros que omito, por no alargar más este bosquejo, los rasgos principales que constituyen al chapín legítimo; del cual, como tengo dicho, apenas quedan ya unas pocas muestras.

Uno de mis mejores amigos, don Cándido Tapalcate, hombre de excelente corazón, pero de escaso entendimiento, es un compendio de muchas de esas buenas cualidades, manías y preocupaciones que he bosquejado aquí rápidamente. En el tiempo en que yo era nopalero, estrechamos nuestras relaciones; pues mi amigo, que se ocupaba también por entonces en la agricultura, tenía una magnífica plantación de nopal, colindante con la mía. En honor de la verdad, debo decir, ya que hablo de esto, que jamás me sonsacó a mi mayordomo ni a mis operarios, portándose siempre conmigo como buen vecino y como caballero. Hará cosa de un año, don Cándido tenía enfardada en los corredores de su casa la grana que su nopal le había dado en tres cosechas, sin haber querido venderla; pues nadie le quitaba de la cabeza que cuanto se decía de la baja de precios en Europa y descubrimiento de nuevos tintes, eran unas grandes mentiras, inventadas por los pícaros de los extranjeros, confabulados con los comerciantes judíos de aquí, para sacrificarnos a nosotros los nopaleros. Inútilmente le mostraba yo las circulares de las casas de Londres y los periódicos, pues siempre me contestaba que el papel todo

lo aguanta; y atrincherado tras ese que él creía un verdadero axioma, no era posible hacerlo entrar en razón. Un día, aburrido sin duda de estar tropezando con los no muy olorosos zurroneos de su grana, mi amigo tomó la más extraña resolución de este mundo, atendidos su carácter y preocupaciones. Tal fue la de coger sus tercios de cochinilla, marcharse con ellos a Izabal y embarcarse para Londres. Cuando me comunicó el proyecto, estuve un rato dudando si soñaba; pero al fin hube de convencerme de que aquello no era una fantasmagoría, al ver la formalidad de los preparativos de la expedición. ¡Don Cándido Tapalcate hacer un viaje a Europa! Él, que veinte años hace tuvo que ir a Belice, y antes de emprender la marcha, se confesó y otorgó su testamento. ¡Don Cándido, el chapín por excelencia, el enemigo nato de todo lo que es extranjero, ir a caer en aquella Babilonia!

Fijó el día de la partida y comenzó a tomar sus disposiciones. Como mi amigo es hombre solo y no tiene mujer, hijos, ni nada que le estorbe, empleó solo cuatro meses en los preparativos del viaje, y al fin estuvo listo. Fui a decirle el último adiós, y me ocurrió echar una mirada a los avíos, por ver si se había olvidado alguna cosa. Figuraos mi sorpresa, al ver que don Cándido marchaba para Londres con un catre y su correspondiente colchón; con toda su ropa, en cuenta los fraques y las levitas de penúltima moda que aquí solía llevar; con un sombrero dentro de su respectiva caja; con un servicio de mesa de manteles hasta salero; con batidor de cobre y su correspondiente *molinillo* y con un mueble del que jamás se había separado, al cual tenía particular cariño, y que llamaré aquí por su nombre, puesto que no es pecado: la bacínica de plata de su abuelo. No hay remedio, dije para mí, Tapalcate\* ha creído que Londres es Escuintla, y por eso

---

\* Tapalcate en voz provincial de Guatemala, que significa trasto o mueble

arrea con todos sus *tocayos*. Trabajo me costó persuadirlo a que dejase una parte del menaje; pero no me fue posible hacerlo separarse ni del *batidor*, ni del orinal del abuelo. Llegado el día de la marcha, se despidió de mi hecho un mar de lágrimas, y me confesó que se iba únicamente por haberlo anunciado tantas veces; siéndole bochornoso desistir del careado viaje.

Mi pobre amigo sufrió el más horroroso mareo durante la navegación. En conciencia, no le debieron haber cobrado como a pasajero; sino el flete como un zurrón más de los trescientos y tantos que iban por su cuenta, embarcándolo bajo conocimiento. Llegó al fin a Londres, y algún tiempo después recibí una carta suya, que voy a trasladar aquí íntegra, para que se tenga idea de las *impresiones* de un sencillo chapín del año 1811 en una de las grandes capitales de Europa. Decía así:

*Londres, diciembre 15 de 1860.*

*Querido amigo Salomé:*

*Al fin, gracias a Dios, me tiene Ud. en esta sano y salvo, después de haber pasado el mar, cosa que jamás había podido imaginar me sucediese. No me detendré a ponderar a Ud. los riesgos que hemos corrido y los peligros en que nos hemos visto, porque sería cosa de nunca acabar. A poco de haberme embarcado en Belice, comencé a sentir ese mal horrible que llaman el mareo, y al día siguiente sentía yo dentro del cuerpo las ansias de la muerte. Llamé a un criado para que propusiese al capitán la mitad de mis tercios de grana con*

---

inútil.

*tal de que parase por un cuarto de hora siquiera el condenado buque; pero el maldito hizo tanto caso de mí como si ladrará un chucho. Tuve que resignarme a aquel horroroso zangoloteo, y metido en una especie de cajón de muerto, pasé no sé cuántos días; hasta que quiso Dios llegásemos al puerto, donde me desembarcaron, y metido en un coche grande, que camina como alma que se lleva el diablo, llegué a esta capital y me acomodé en el primer hotel que encontré a mano. ¡Ay, amigo! Esto es grande, grande, grande. Será como seis veces Guatemala, según creo; pues dicen que ya llega a dos millones esta población; y teniendo nuestra capital más de trescientas mil almas, ya Ud. ve que sí sale la cuenta, poco más o menos. Aquí todos son locos, y no se entienden los unos a los otros. Hablan diferentes idiomas, y por desgracia muy poco el castellano, y menos aún el guatemalteco, como se lo probará a Ud. un caso que al siguiente día de mi llegada me sucedió. Hice que me llevaran a casa de un señor Chuleta (así creo se llama), un comerciante “chapetón”\* muy rico, que todos dicen es muy buen sujeto y para quien traje cartas. Me hizo mucho cariño, pues no es hombre de los que se dan tono, y después de haber leído las cartas, me dijo que viera en qué podía servirme. Yo, que casi no tenía ya cuartillo, pues me había gastado entre Izabal, Belice y Santo Tomás, lo que traía le dije:*

*—Señor Chuleta, lo que por ahora necesito y con urgencia, es un poco de pisto, pues se me ha acabado el que saqué en Guatemala. —Pisto— dijo él, no sé lo que es; pero si hay en Londres, cuente Ud. con que lo tendrá.*

*—Esa es otra— le contesté, ¿pues no ha de haber pisto en Londres?*

*—Podrá haberlo— dijo él, ¡pero yo no sé lo que es!*

---

\* Español

—Pisto, pisto— le repliqué; lo que todos gastamos; y viendo por fortuna unas cuantas monedas sobre el escritorio, las tomé y le dije:

—Esto es pisto, señor Chuleta.

—¡Ah! —dijo él, ustedes llaman pisto al dinero; esa es otra cosa y tendrá Ud. el pisto.

*Figúrese Ud. amigo, si no es para desesperarse uno. Hasta ahora oigo que pisto no es palabra castellana. ¿Será, pues, griego o pupuluca lo que allí hablamos? Luego sucede que en el condenado hotel donde vivo, nadie me entiende una palabra. En vano he recurrido al consejo que en esa me dieron algunos amigos, y que es un recurso tan sabido, de pedir “sombbrero” cuando quiero pan; “botas”, si necesito mantequilla, y nombrar a la Pepa mi prima para pedir papel. Ni por esas. Me responden siempre: “Ay, no sé onde están”. Figúrese Ud., mi amigo, si yo he de creer que los criados del hotel no saben dónde está el pan, la mantequilla y el papel. Después he sabido que lo que quieren decirme con eso es que no me entienden. Creo, pues, que estos malditos criados han olvidado ya el inglés. No he ido a los teatros, ni a los museos, ni a los otros establecimientos públicos, ni a nada; porque con el diablo de frío que hace, me ha caído un catarro que me ha tenido encerrado casi desde que vine. Salí un día por necesidad, porque me avisaron que iban a vender mis granas; lo cual hicieron como les dio la gana; mientras un gringo de estos, subido en una especie de púlpito, daba martillazo tras martillazo, que no parecía sino que me caían los golpes en el corazón. Las comidas son aquí infernales. El chocolate se me*

---

\* *I don't undertand*; no entiendo. La manera en que se pronuncia esta frase inglesa, se presta a la equivocación del chapín, y a que crea que le contestan: “¡ay!, no sé onde están”.

acabó, y lo que venden con este nombre, es imbebible. Luego vaya Ud. a conseguir unos frijoles, ni unos tamales, ni una tortilla, ni una naranja agria, ni un chile para el caldo en este condenado Londres, que Dios confunda. Un español que vive en el hotel me propuso ayer ir a París; yo le dije que si podía irse por tierra, estaba pronto. Se puso a reír; me dijo que estábamos en una isla, es decir, en un montón de tierra rodeada de agua; lo cual, como Ud. se figurará, no deja de darme algún cuidado. Añadió que para ir a lo que él llama el Continente, es necesario pasar por el canal de la Mancha. Yo le pregunté si esa Mancha de que me hablaba era la tierra de don Quijote, pues me alegraría mucho de conocerla; y vuelta a la risa. La gente aquí, amigo Salomé, es muy malcriada. Yo saludo a todo el mundo en la calle, en el hotel, en todas partes, y nadie me contesta: Cuando voy a entrar por una puerta y entra otra persona al mismo tiempo, me detengo y cedo el paso. Como si nada; entran sin hacer caso de mí, ¡de don Cándido Tapalcate, antiguo municipal y dueño de una gran nopalera en Guatemala! ¿Qué dice Ud. de esto? Estoy arreglándolo todo para marcharme, y lo único que me detiene es que me han aconsejado asegure el pisto (Ud. sí sabe lo que es pisto), que voy a llevar, y me piden por eso no sé cuánto. Yo los he enviado a la “droga”<sup>\*</sup> y he dicho que más seguro va en mi cofre que en ninguna otra parte. Socaliñas, mi amigo, socaliñas. Ahora ya sé lo que es Londres, y nadie podrá contarme cuentos. Pronto nos veremos, si no me muero del mareo; y entretanto me repito de Ud. afectísimo amigo.

Cándido Tapalcate.

---

\* Lo mismo que noramala.

*P. D. Por si no me voy tan pronto, hágame favor de pasar a casa, buscar mi capa que dejé en la percha y enviármela por el paquete; porque si no, con este frío me voy a helar hasta los huesos.*

*Suyo, etc. C. T.*

Tal era la extraña carta de mi sencillo y excelente amigo. Dos meses después estaba en Guatemala. Fui a encontrarlo a la garita. El infeliz había estado a punto de naufragar entre Santo Tomás y Jamaica; y habiendo sido necesario aligerar el buque, tuvo que arrojar al agua su dinero, que no había querido asegurar, y su equipaje, incluso el batidor y la consabida prenda del abuelo. Venía disgustadísimo del viaje, y jurando no volver a salir de su tierra, aunque lo hicieran papa, según me dijo, al abrazarme con las lágrimas en los ojos. Me hizo la enumeración de todos sus percances, y concluyó asegurándome que si alguna vez le venía la tentación de mezclarse en la política, y llegaba el caso de que le expulsasen del país, pediría más bien como favor el que le fusilaran, antes que hacerle salir de Guatemala.



## EL GUANACO

Como lo hice en mi artículo anterior, respecto a la palabra *chapín* y la aplicación que por acá le damos, tengo que comenzar el presente, confesando mi ignorancia crasa acerca de la denominación con que distinguimos en esta capital a los hijos de otras poblaciones del país. Véase cómo hasta los periodistas, que parece lo sabemos todo, ignoramos también algunas cosas. Llamamos guanaco, no solo al que ha nacido en los Estados de Centroamérica que no son el de Guatemala, sino a los naturales de los mismos pueblos de la república. Así, oímos hablar frecuentemente de guanacos de Guastatoya, de Cuajiniquilapa, de Amatitlán, etc.; y algunos hay que llevan el rigor localista hasta el extremo de calificar con aquel apodo a los habitantes de los barrios de esta ciudad. Por lo demás, y dejando aparte esa manía extravagante, creo sería bueno proponer en los diarios, en forma de charada o acertijo, la significación de la palabra guanaco, en el sentido que entre nosotros tiene; pues francamente hablando, no sé qué pueda haber de común entre el cuadrúpedo rumiante que en la historia natural se conoce con ese nombre, y el bípedo, más o menos racional, que nace fuera de nuestras garitas.

Sentadas estas premisas, debo manifestar que el presente artículo se refiere únicamente al guanaco provinciano o *ultrapacino*; dejando quizá para otra vez la anatomía del guanaco departamental, si puedo expresarme así. Lo que el portugués para el castellano, es el guanaco para el chapín del vulgo. No hay anécdota ridícula que este no atribuya a aquel; y si se trata de un recién venido *bayunco*, es bien sabido que se ha de decir de él que se arrodilla delante las boticas, que toma por

altares; que reza al *mascarón* del correo; que pide en la nevería agua caliente para entibiar los helados; que se asombra de que los chapines edificasen la ciudad en este *pedrero*, habiendo cerca llanos tan hermosos; que pregunta si la catedral es *hecha aquí*, y otras ocurrencias semejantes, que prueban menos mala voluntad, que deseo de embromar y de divertirse.

Verdad es que con el aumento de la civilización va desapareciendo, por fortuna, el espíritu de localismo; los chapines nos hemos vuelto más tolerantes; y los guanacos por su parte, al menos en las poblaciones principales, han adelantado con el trato, más y más frecuente cada día, con los extranjeros. Esto no obstante, como la cultura tiene que caminar entre nosotros a paso de tortuga, luchando con los infinitos obstáculos que a su desarrollo oponen las preocupaciones, la falta de elementos y hasta la configuración física del país, hay aún muchísimos pueblos pequeños que permanecen en una situación casi primitiva; es decir, poco menos que semisalvaje. Un habitante de alguna de esas poblaciones, en medio de nuestra relativamente adelantada sociedad, es un objeto curioso, digno de estudio y que, me parece, cabe perfectamente en estos pequeños *Cuadros de costumbres*.

Hace algún tiempo vino a esta capital un don Marcos Morolica, natural y vecino de un pueblo de cuatro o cinco mil almas, situado allá en el interior de Nicaragua. Traía entre otras cosas buenas, una gran partida de ganado; y entre muchas malas, unas cuantas cartas de recomendación para mi persona, de algunos de los deudos que tengo por aquellas tierras. Más aun, era algo pariente mío por afinidad, según me dijo al saludarme, alejando esa circunstancia para aparearme el usted, como lo hizo de primas a primeras, tratándome sin ceremonia, de *tú* y de vos alternativamente. Mi pariente es un hombre original, si los hay. Tendría, en la época a que me refiero, unos veintiocho años de edad: daba a conocer desde

luego talento natural, aunque sin cultivo de ninguna especie, y habría pasado por buen mozo, a haber recibido un ligero barniz de civilización. Apeóse en uno de los mesones, pues ignoraba que hubiese en la ciudad posadas menos democráticas, y al siguiente día de su llegada, se me presentó en el traje que en su pueblo solía llevar en los días grandes. Levita de duradera azul con botones dorados, cortada a la manera en que se usaban veinticinco años hace; pantalón de dril blanco de forma igualmente pretérita; chaleco de terciopelo con todos los colores del iris; una gruesa cadena de oro; por corbatín un pañuelo de seda carmesí, recogido sobre la camisa con una sortija; guantes de seda y anillos sobre los guantes; pues no tendría gracia llevar esas alhajas para que no se viesen; tales eran, con un enorme y fino sombrero de jipijapa, las principales prendas de la extraña *tuteta* de mi pariente. Díjele me ocupase en todo aquello en que pudiese servirle y me ofrecí a ser su *cicerone* para hacerle ver las cosas que tenemos que merecen ser vistas.

En efecto, fuimos a visitar las iglesias, el teatro, la plaza de toros y nuestros principales establecimientos públicos. Al revés de lo que yo esperaba, mi don Marcos no parecía sorprenderse de lo que jamás había visto; y pronto pude convencerme de que venía con la resolución formada *a priori* de no admirarse de nada. Todo era, poco más o menos, lo mismo que en su tierra, según me aseguraba. Después de haber recorrido la ciudad de sur a norte y de oriente a ocaso, me manifestó el deseo de conocer un poco la sociedad; advirtiéndome, sí, que no debíamos salir de noche, pues no quería le diesen una puñalada al volver alguna esquina. Me reí de la candidez de mi pariente, que creía que en punto a seguridad individual, los guatemaltecos estábamos como hace cuarenta años; y como por entonces no había yo formado todavía la resolución, que después hice, de no ser introductor de nadie, hube de ofrecerle que lo presentaría en casa de algunos de mis amigos.

En efecto, el primer día festivo después de su llegada, fuimos a visitar a doña Bibiana Melindres, señora que está, o cree estar por lo menos, en los últimos ápices del buen tono y la cortesanía. Marcos entró en la sala, donde había muchos tertulianos, como si hubiese frecuentado la casa toda su vida, y saludó a la señora con un “¿qué hace?” liso y llano, que me dejó frío. Invitado a sentarse en uno de los sillones, no bien se había dejado caer, saltó como una pelota de goma elástica, y dijo: —¡Caramba! ¿qué es esto? La señora fue inmediatamente a ver si tenía algo la silla; pero no había más que los resortes, que comprimidos con el peso de mi hombre, le hicieron creer que se hundía el asiento. Una ligera sonrisa de los concurrentes indicó a mi presentado que había hecho un disparate; pero no hizo alto en ello, y si lo hizo, no se le dio un pito. Se dirigió a una silla de balanza, y vuelta al susto, al sentir que se iba hacia atrás. —¡A la perra con los taburetes!, dijo: unos se hunden y otros están rencos; y quitándome el bastón de las manos, lo atravesó bajo las cerchas en que descansaban los pies de la silla, con lo cual esta se mantuvo fija. Comenzó la conversación, y mi don Marcos anduvo tan poco feliz en las cosas que habló, como en las que hizo al entrar. Empeñado en la charla, comenzó a escupir en la alfombra; doña Bibiana llamó a un criado y le mandó con disimulo pusiese al lado donde escupía mi pariente, una escupidera de porcelana dorada. Entonces, Marcos escupió del otro lado. Volvió a llamar al criado la Melindres y le previno cambiase el lugar de la escupidera; pero Marcos, impaciente, dijo, señalando el trasto: —Si no me quitan de aquí esta *animala*, la escupo. Una carcajada general celebró aquella salida. Corrido y avergonzado, quise poner término a la visita; pero el hombre condenado no entendía mis insinuaciones y seguía charlando y escupiendo a diestra y siniestra. Me puse resueltamente en pie y le dije que ya era hora de marcharnos. —Vaya que eres calilla vos, me dijo, y se

despidió tan sin ceremonia como había entrado. Salí resuelto a no presentarme ya en casa alguna con aquel gánapiro.

Por entonces tuve que hacer un viaje fuera del país y no regresé sino hasta cinco años después de los sucesos que acabo de referir. Al día siguiente de mi llegada, estaba yo vistiéndome, cuando entra mi criado y me entrega una elegante tarjeta de visita con el siguiente nombre: *Marco Antonio Morolika*. No conozco a ese señor, dije para mí; el apellido me parece polaco. —Que pase a la sala, dije al criado, voy al momento. Salgo y me encuentro un caballero en un elegante *negligé* de mañana, y a quien me pareció conocer, aunque no recordaba bien dónde le hubiese visto. —¿Cómo va, *Salomé mon cher ami*, dijo, alargándome la mano, cubierta con un finísimo guante color de plomo. —¡Marcos! exclamé. ¡Qué cambiado estás!; y entablé con él conversación. Era otro hombre: Sus modales, su traje, sus palabras, eran, en apariencia al menos, de un perfecto caballero y no pude encontrar huellas de aquel sencillo y burdo provinciano que cinco años antes había conocido. Estropeaba el francés, que era un gusto oírlo; sabía decir en inglés *gentleman, fashion, confort, tilbury*. Recibía los periódicos, especialmente los de modas, estaba abonado en la ópera, por pasar el rato y visitar a sus amigas de palco en palco, pues *encontraba la tropa pitoyable*; bailaba, jugaba, tenía carruaje y caballos, conocía a todo el mundo, y era, según me dijo, *l'enfant gâté* de la buena sociedad. Andaba en intrigas amorosas, y tuve que oír, en confianza por supuesto, los nombres de 5 o 6 Cleopatras cautivas, atadas al carro triunfal del nuevo Marco Antonio. Para completar la metamorfosis, mi pariente, que consideró demasiado vulgares su nombre de bautismo y el apelativo de sus padres, había cambiado el Marcos en Marco Antonio; y sustituyendo con una *k* la *c* de Morolika, dio cierto barniz de extranjerismo a su apellido. El ex-guanaco no era abogado, ni médico, ni comer-

ciente, ni iba a ferias, ni tenía, en una palabra, oficio alguno conocido, al revés de otros muchos de sus compatriotas de más allá del Paz, que viven entre nosotros gozando de merecida estimación. Sin embargo, gastaba como si tuviese más caudal que un usurero: misterio que nunca pude descifrar satisfactoriamente. Marcos cuando vino de su tierra era ridículo, la cultura había hecho de él un holgazán y un ser pernicioso a la sociedad. ¡Y llaman a esto civilizarse! Confieso que me agradaba menos aún bajo su nueva forma, que cuando conservaba, bajo la ruda corteza de su aldea, la sencillez de sus costumbres y la sinceridad inofensiva del campesino.

Tres meses después del día en que me hizo la visita de que he hablado, Marco Antonio desapareció de la ciudad, habiendo perdido en una casa de juego el carruaje, los caballos, el reloj, los anillos y otras alhajas. Diez o doce acreedores, a quienes había estado por mucho tiempo halagando y entreteniendo con promesas que jamás debían verse realizadas, acudieron a repartirse los despojos, harto insuficientes, que dejaba. Tomaron unos pocos muebles y encontraron entre las gavetas retratos, billetes amorios y trenzas de cabellos, lazos harto débiles, por cierto, para asegurar aquel corazón voluble como una veleta. Últimamente se ha sabido que al llegar a su pueblo, el fugitivo se casó con una anciana que poseía un capitalito de diez mil pesos, de los cuales dará sin duda buenas cuentas muy en breve. En cuanto a las abandonadas Melisendras, unas se han consolado de la ausencia de su don Gaiteros, dándole el correspondiente sustituto; otras lloran su perfidia como Safo lloró la de Faón, aunque supongo que no llevarán su dolor hasta el extremo de dar el salto mortal, y unas pocas no creen en el casamiento ni en lo de la vieja, y lo esperan con la misma fe, aunque con iguales probabilidades, que los judíos al Mesías y los portugueses al rey don Sebastián.

## MI CASA DE LOS ALTOS

El tiempo, ese gran trastornador de las cosas humanas, a cuyo influjo modifican sus costumbres aun los países más apegados a sus hábitos y a sus tradiciones, ha introducido en nuestra sociedad cambios notables, haciendo que Guatemala sea hoy, en muchos conceptos, tan diferente de lo que era cincuenta o sesenta años hace, como es distinto el imberbe mancebo del hombre hecho y derecho. El examen comparativo de nuestra sociedad de hoy con la de principios del siglo, y aun con la de la época en que se verificó la Independencia, sería tan entretenido como útil; y entrando de suyo en la órbita a la cual alcanza la jurisdicción del escritor de costumbres, quizá tendré que dedicar alguno o algunos de los articulejos que, Dios mediante, me propongo escribir todavía, a ese estudio a la par curioso e instructivo.

Una de las cosas en que, a mi juicio, va haciéndose notar ese cambio de que hablo, es la construcción material de las casas, en lo cual se está verificando una verdadera revolución no sé si con ventaja más aparente que efectiva, como en muchos otros ramos en que se advierte esa transformación. Como, por desgracia, o fortuna, no somos de ayer, hemos podido alcanzar y recordamos algunas casas que, ocupando un área extensa, contenían cuanto podía necesitar una familia para su comodidad y aun para el escaso e inocente recreo que en otro tiempo era permitido a los guatemaltecos. Pudiendo disponer de una porción de terreno capaz de contener cinco o seis casas en ciudades donde hay una grande exuberancia de población, el opulento vecino de Guatemala fabricaba con

todo el lujo, y aun desperdicio que era dado ostentar al que tenía donde extenderse y ensancharse a su sabor. Por otra parte, estando entonces la vida concentrada en el interior de la familia, natural era que en la construcción material de las habitaciones presidiese el pensamiento de encerrarlo todo en el recinto del hogar doméstico. Las casas eran unos casi conventos, como correspondía a la vida semimonástica que llevaba, si no toda, la mayor parte de la población. Además de la sala de recepción adornada con grandes pinturas de santos, con espejos enormes, con el sofá de vaqueta pintada o de rejilla, y con sillas de las que se llamaban por su dureza e incomodidad *despide-buéspedes*, había en el cuarto principal; o alcoba, donde estaba el clásico estrado, en derredor del cual se reunía la tertulia, cuartos de estudio o escritorios, habitaciones para niños y niñas, el departamento de la servidumbre, las oficinas interiores, patios espaciosos, jardines, huerta y hasta capilla algunas veces, para que no se saliera ni a la iglesia. La cochera estaba, por supuesto, separada de la casa, aunque inmediata a ella, y allí se guardaba el pesado forlón, generalmente mal pintado, que arrastraban lentas pero seguras mulas. Familia principal hubo en aquellos tiempos patriarcales, cuyos individuos no pusieron un pie en la calle en más de un año, con motivo de la muerte de uno de los suyos.

En la Antigua eran todavía más espléndidas y *comfortables* las casas de la gente rica, que lo fueron en esta nueva capital; y basta observar los restos que aún se conservan en esas lujosas construcciones, para advertir que, si bien por entonces se carecía de ciertos entretenimientos (no muy abundantes hoy tampoco), al menos compensaban esa falta la comodidad y bienestar de que se disfrutaba en casas amplias, provistas de excelente agua y con otras ventajas que van ahora desapareciendo.

En efecto, parece que hemos caído en la cuenta de que es necesario evitar la superfluidad en las habitaciones, y co-

mienza a ser una verdad entre nosotros aquello de *casa en cuanto quepas; dinero cuanto puedas*. Ya casi no hay huertas, ni jardines, ni baños, ni cocheras; adminículos que nuestro calculador positivismo juzga innecesarios; y en el sitio que antes ocupaban esas partes de la casa, se fabrican hoy casitas separadas, o tiendas que producen algo. El que quiere frutas o legumbres, las manda a comprar al mercado; el que gusta de flores, se priva de ellas o las tiene en uno o dos arriates; el que desea bañarse, se zambulle en la pila, o en los no muy aseados baños públicos; y el coche, si lo hay, se aloja en el zaguán, aun cuando estorbe un poco. Si los amos están estrechos, ¿por qué él ha de ser tan sibarita que esté a sus anchas y tenga habitación aparte?

Pero últimamente ha comenzado a introducirse un nuevo sistema en la construcción de las casas y se fabrican de *altos*, como generalmente se dice; esto es, edificándose un orden de habitaciones sobre el piso bajo. La opinión no está aún muy conforme sobre la conveniencia del nuevo sistema, habiendo muchos que prefieren las antiguas casas bajas a las modernas de altos, aun cuando la apariencia de estas sea realmente más elegante y de un aspecto mejor a la ciudad. Un arquitecto inteligente decía, no sin razón, que nuestras viejas casas, poco elevadas y con esos aleros prolongados que cubren las paredes, le parecían “hombres enanos con los sombreros hundidos hasta las cejas”, comparación exacta e ingeniosa.

A pesar de no ser yo de aquellos que dan la preferencia a las casas de altos sobre las antiguas, vino a suceder que llevado en parte de ese espíritu de imitación que, según he dicho en uno de mis anteriores artículos, es una enfermedad endémica en el país, y en parte también por la condescendencia, o llámese debilidad, que forma el fondo principal de mi carácter, caí en la tentación de edificar una casa a la moda, por hacer lo que otros hacen y por ceder a las instancias de amigos

y parientes, a quienes Dios perdone el mal que, con buena intención sin duda, me hicieron. Es el caso que poseía yo una antigua casa, que heredé de mis padres, amplia, cómoda, y bien construida, si no tan magnífica como esos semipalacios de que he hablado al principio de este artículo, y que no a todos es dado tener, sí bastante capaz para mi familia actual y aun para la que, según el cálculo de probabilidades, podré tener andando el tiempo. El diablo, sin duda, hubo de tentar a los que me quieren bien y les inspiró la idea de decirme que la casa estaba vieja, que era estrecha y mal construida, que dentro de tres o cuatro años habría necesidad de derribar el techo y que más valía hacer temprano lo que se había de hacer tarde; que construir de un solo piso era, sobre feo, mal pensado, si se consideraba que fabricando de altos, podrían abrirse tiendas que producirían arrendamientos: y sobre todo, que un hombre a la moda, como yo, debía apresurarse a adoptar los adelantos y progresos del tiempo. Confieso que ninguna de esas razones me pareció muy convincente; pero no sintiéndome con ánimo de resistir a tan apremiantes sugerencias, decidí echar abajo mi casa solariega. Como no estaba construida para sostener un segundo piso, fue necesario derribar las paredes y sacar las nuevas de cimientos. El que ha nacido y habitado durante su vida entera en una casa, puede únicamente comprender el sentimiento de dolor que me causaba ver caer aquella venerada y antigua mansión de mis abuelos, parte por parte, bajo los golpes de la barreta, que penetraban más fácilmente que en la sólida argamasa, en mi angustiado corazón. Consolándome, no obstante, la consideración de que íbamos a estar mejor alojados, según me aseguraban todos; que no padeceríamos humedades en tiempos de aguas, y que los gastos que exigía la nueva construcción se irían compensando con los arrendamientos de seis tiendas, tres de ellas “con mando dentro”, que iban a abrirse.

Desde luego tropecé con la grarr dificultad de encontrar un arquitecto inteligente que dirigiese la obra; pues los dos o tres únicos buenos que hay, estaban sumamente ocupados en otras casas también en construcción. Hube de echar mano de un albañil con honores de arquitecto, que me presentó un bonito plano y un presupuesto que no importaba más que doce mil pesos. No me pareció excesivo y le mandé poner manos a la obra, aprovechando el tiempo seco. Me aseguró que no tendría que molestarme para nada; que todo corría de su cuenta, y antes de seis meses, podríamos bailar en la casa nueva. ¡Ay de mí! Cuatro veces seis meses transcurrieron y si yo bailaba y zapateaba en mi casa, no era por cierto de contento, sino de rabia, al ver que la obra no tenía trazas de concluir jamás. Que no había madera; que el *tayuyo*\* estaba muy caro; que los operarios estaban *haciendo lunes*; que se debía deshacer un pedazo que estaba mal hecho; todo era, en fin, dificultades y contratiempos inesperados. Innecesario es decir que yo, que por supuesto no entiendo jota de la materia, tuve que convertirme en director y sobrestante de la obra, llevando sol y tomando cóleras que en mi vida había tenido iguales. Los doce mil pesos estaban consumidos, y la casa a medio techar, faltando la obra *muerta*, que decía iba a ser más dispendiosa que la *viva*. Tuve que tomar ocho mil pesos a interés, que me prestó un judío con nombre cristiano, con la *moderata* ganancia de un diez y ocho por ciento anual. Por último se concluyó la casa; pero, ¡cuál es mi desesperación al ver que el estúpido albañil no había advertido que, se olvidaba la escalera! Para acabar de impacientarme, uno proponía que se construyera de madera, desde el patio hasta el corredor, y no faltó avestruz que cortara la dificultad indicando se colocase un aparejo real para subirnos y bajarnos como fardos desde

---

\* Ladrillo grueso y cuadrilongo

abajo a las habitaciones superiores. Con mil trabajos, inutilizando dos piezas, se construyó la dichosa escalera, y pudimos trepar al segundo piso. Al andar formaba estas ondulaciones, parecidas a las que hace un buque anclado en cualquiera de los que por mal nombre llamamos puertos del sur; por lo cual jamás me atreví a dar el prometido baile, temeroso de que bajasen los danzantes por escotillón, como desaparecen los actores en una comedia de magia. Las tiendas no se alquilaban ni por Dios ni por sus santos, porque la calle no era propia para comercio de ninguna clase. Al fin tuve que dar una a un herrero que me rompía la cabeza día y noche con los ruidos de sus martillos; otra a un matrimonio en el cual había pronunciamiento diario y era preciso que el gobierno, es decir, el marido, restableciese el principio de autoridad a coces y mojicones, todo con el correspondiente acompañamiento de gritos y de llantos; y una de las *redondas* (que llaman así sin duda porque son cuadradas), que se ocupó con una fonda donde había a toda hora una marimorena que no nos entendíamos. Pude convencerme, además de la profundidad y filosofía que encierra la expresión de tiendas con mando dentro pues los inquilinos que entraban y salían continuamente, ya a bebernos el agua, ya a devolvérsela bajo otra forma, ya, en fin, a otras cosas que no es del caso referir, acabaron por *mandar* en la casa más que los verdaderos amos.

Item más, hube de pasar no pocos sustos y aflicciones; pues como tengo media docena de chicos, que no digo que son el pie de Judas porque no creo yo que el pérfido apóstol haya tenido la maldad en los pies precisamente y no en otra parte del cuerpo, era necesario estar velando para que no se salieran aquellos diablitos a corretear por los pretiles, con riesgo de descalabrarse. Mi mujer dio en la florecita de *salir con mal* de sus lances apurados, por la subidera y bajadera de las gradas. Las criadas no duraban en la casa, porque no esta-

ban acostumbradas, según decían, a semejante trajín, y una noche que hubo un temblor fuerte, creí que era llegada nuestra última hora; no porque la casa se cayese, que la pobre no lo consiguió por más esfuerzos que hizo y bien dispuesta que al efecto estaba, sino por la circunstancia de que la familia entera se precipitó por la escalera abajo, quedando todos contusos y estropeados. Al siguiente día salí a buscar una casa de alquiler, de las bajas como aquella en que nací y viví y la cual no debí haber reedificado de altos; viniendo a convencerme, aunque muy tarde, de que no es muy prudente adoptar novedades, cuando no hay tal vez los elementos necesarios para que sean de positiva utilidad y verdadera conveniencia.



## LAS SEMEJANZAS

Guatemala debiera ser un país de retratistas, por la propensión y la facilidad que aquí hay para coger al vuelo todo género de semejanzas. Al siguiente día de haber llegado de fuera una persona a quien jamás se ha visto, los numerosos descubridores de parecimientos hallan que el recién venido tiene los ojos de Fulano, la nariz de Zutano, el modo de andar de Mengano y que le da *airecito a Perencejo*. Parecerá quizá una paradoja si digo que esas semblanzas, verdaderas o supuestas, suelen hacer la desgracia de algunas personas; y sin embargo, nada más cierto que eso. Si uno de tantos fisonomistas declara que tal sujeto que acaba de llegar es el vivo retrato de un imbécil de esos cuya estupidez ha pasado en autoridad de cosa juzgada, ya puede ser el hombre un Salomón, que no le costará poco trabajo rehabilitarse ante la opinión pública y hacer revocar aquel fallo, sobre tan falsas pruebas pronunciado. — Que don Crispulo es un hombre muy inteligente, instruido y consumado en tal ciencia. — ¡Imposible!, responden en coro una docena; es el vivo retrato del pintor güegüecho que vive aquí a la vuelta. Y aunque don Crispulo sea realmente como lo pintan, y no tenga güegüecho por fuera ni por dentro, queda declarado tonto de capirote. ¿Quién le manda parecerse al pintor de la garganta quebrada? — ¿Conoce Ud. a la mujer del director de los acróbatas?, me dijo un día una persona. — No señor. — Pues figúrese Ud., añadió muy satisfecho, el cuerpo de la Martina, los ojos de la Jerónima, la boca de la Petrona, el pelo de la Dolores y el conjunto de la Mariana, y diga Ud. que ya la conoció. — Pero, hombre, digo yo, por el amor de Dios, ¿cómo puede hacerse el conjunto de una con las faccio-

nes de tantas?; y además la Mariana, tiene cincuenta años, es trigueña, y la *volantina* es joven y blanca como una escocesa, según dicen. —Pues sin embargo, es como se la pinto a Ud.

Otros diez me hacen la descripción de la misma persona y concluyen por asegurar que se parece, como una gota de agua a otra, a veinte *individuas* que no tienen entre sí la más ligera semejanza. Vaya, digo para mí, aquí falla el axioma de que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí; y renuncio a formar idea exacta de aquélla que a tantas se parece.

Es tal nuestra propensión a encontrar similitudes, que las buscamos no solamente entre personas, sino también entre estas y los animales y aun entre los seres vivientes y los objetos inanimados. Muchas veces un *parece* de esos, si hace fortuna, pone en completo ridículo a cualquiera, haciendo se le cambie su nombre verdadero por el del animal o el trasto con quien se le halla identidad. Vaya Ud. a cortejar a una joven a quien no se conoce sino por la *lagartija*; lleve Ud. del brazo, si se atreve; a la *zopilota*; haga Ud. el ánimo de sacar a bailar a la *muerte*; y ya puede Ud. esperar una inacabable letanía de zumbas y de bromas. ¡Líbreme Dios de parecerme a nada malo, si no es ya demasiado tarde para expresar este deseo! Un extranjero a quien conocí algunos años hace fuera del país y que tuvo el raro capricho de venir a Guatemala a estudiar nuestras costumbres, probando así que hay hombres para todo, fue víctima de esa malhadada propensión a encontrar parecimientos. Diré cómo fue el caso.

El vago y mal entretenido viajero era alemán, y si Dios me ayuda, pondré aquí su apellido, pues no sería regular dejarme el nombre del héroe en el tintero. Veán mis lectores cómo se gobiernan para deletrearlo. Se llamaba Huberto Lichtings-terpstrobachumberlich, era un hombre inteligente, instruido, amable, y de esos pocos que disciernen en los países que visitan, lo bueno de lo malo; que viajan con verdadero deseo

de aprender, sabiendo que en todas partes hay defectos, y que de consiguiente, no vienen por acá con el *porti pris* de verlo todo detestable. El señor del apellido arrevesado (que en lo enredado podría compararse con muchas de nuestras cosas), vino a hospedarse a mi casa, y como traía una especie de hidrofobia de conocer el país, inmediatamente tuve que dar de mano a mis quehaceres y me planté con él en la calle para dar principio a la excursión. Habríamos andado cinco pasos, cuando herr Lichtingsterpstrobachumberlich, que iba engolfado en la conversación que conmigo entabló, sintió repentinamente caer a plomo sobre su hombro izquierdo un brazo descomunal, y al mismo tiempo oímos que le gritaban: —¿Tú por acá González? Te hacía yo en Europa. Vuelvo la cabeza y encuentro que el que tan bruscamente se insinuaba, era don Martín Pesado, quien al ver la cara entre asustada y colérica del alemán, le dijo: —Ud. dispense, caballero; le tomé al verle por detrás, por uno de mis amigos; ¡se le parece Ud. tanto!, y dio la vuelta con gentil desembarazo. Continuamos la marcha, y a poco andar, observé que en la acera de enfrente a aquélla por la cual íbamos, dos jóvenes miraban con atención a mi compañero. Oí que el uno decía: —Sí es él, el amigo Pérez, ¿no le ves la nariz? Algo avejentado está, pero es el mismo; y sin más ni más, se precipita sobre mi hombre, lo estrecha entre sus brazos, y le dice: —Pérez, Pérez. ¿Cuándo ha llegado Ud.? ¿Por qué se pasa Ud. tan tieso? Hace mil años que no le veo —y continuó por ese estilo haciendo exclamaciones, sin dejar tiempo de responder al infeliz viajero, que luchaba por desasirse. Yo le decía que estaba equivocado; que no era el sujeto que suponía; pero todo inútil; no soltó a mi pobre amigo, sino cuando le hubo estrujado y magullado a su sabor.

—¡Cosa más rara! —decía el alemán con mucha calma, que me parezca yo tanto a esos dos señores Pérez y González, que se me pueda confundir con ellos.

—¡Oh! —le contesté—, eso sucede aquí todos los días. Por acá todos nos parecemos unos a otros; es una peculiaridad del país. —¿Y a qué atribuye usted eso?, replicó admirado el alemán. —No sé, le dije; pero puede ser efecto del clima, o del agua, como los güegüechos. —Muy grande debe ser la influencia de esas causas, dijo mi amigo pensativo, cuando la experimento ya, y apenas acabo de llegar.

Seguimos nuestro paseo, y tuve más de una ocasión de ver nuevos ejemplos de nuestra manía de encontrar parecidos. Al pasar por una tienda, oigo decir: —Allí va Salomé Jil con un gringo que se parece al licenciado Tramoya. Más adelante dicen: —¡Hombre! ese es el socio aquel de la casa de “Arranquera, Petardo y Cía”., que desapareció de aquí el año pasado. —¡Qué cara de perro dogo! —dice uno; —Canillas de alcaraván, dice otro; ojos de tecolote, el de más acá; pescuezo de garza, el de más allá; y mi hombre que entendía perfectamente el castellano, se daba al diablo con todas esas pullas. —Yo debo ser un verdadero Proteo, —me dijo al fin, ya incomodado—, pues me parezco a tantas personas y cosas diferentes.

A cada momento le tomaban por quien no era. Le saludaban, le reconvenían, le preguntaban noticias de puntos donde jamás había estado; le recordaban promesas que no hizo; le cobraban lo que el pobre no había comido ni bebido; pero no se dio caso de que fuesen a pagarle alguna suma por equivocación, ni de que le llevasen regalo que no le estuviese destinado, de que le tomasen, en fin, por nadie a quien buscasen para cosa buena. Un riles estuvo aquí el desventurado Lichtings-terpstrobatchumberlich, y se fue con más de diez apodos, dos de ellos realmente ingeniosos y bien puestos, y los restantes muy disparatados. Pero quien acabó de dar al traste con la flema del teutón, fue una señora que llegó a buscarle la víspera de su partida, con la extraña idea de que mi huésped era el verdadero retrato de un mono que se le había muerto, a cuyo

animal tuvo particular cariño, y no habiendo tenido tiempo de hacerlo fotografiar, tenía el antojo (y estaba la pobre en época de ellos), de que mi alemán fuese a casa de un profesor del arte, a que le copiase de cuerpo entero, ofreciéndose a pagar el valor de la efigie. Huberto estuvo a punto de sacar de las orejas a la aficionada a monos; y lo habría hecho, a no haber yo intervenido y disculpado su capricho, atribuyéndolo a su situación excepcional. Al siguiente día el alemán salió de aquí llevando en su diario de viaje escrita la observación de que en Guatemala el recién llegado se parece a todo el mundo, y que nadie nos gana para eso de encontrar similitudes.

Pues si tal cosa sucede con los parecimientos físicos, que al fin están bajo la jurisdicción de los sentidos, ¿qué sucederá con las semejanzas morales, que se perciben por medio de la inteligencia, de suyo mucho más falaz que los ojos y el oído? Escriba Ud. artículos de costumbres, por ejemplo, y verá facilidad y gracia para atrapar semblanzas. Pinte Ud. un malcriado, y entre los diez mil que hay en la ciudad, toman uno precisamente, a quien le dicen en todos los tonos que ¿si ya vio el artículo? que ¿qué dice de él? que ¿cómo está pintiparado! etc. Trace Ud. el retrato ideal de un glotón, y todo el mundo señala con el dedo dos o tres y jura son los que ha puesto Ud. en berlina con el nombre de don Zenón Tragabalas. Pinte Ud. chismosos, habladores, gorriones y como si no hubiera más que un ejemplar de cada una de esas buenas piezas en la ciudad, bautiza cada cual al chismoso, al hablador, al malcriado y al gorrón que más le incomodan, con los nombres del personaje fingido del artículo; y los que así se encuentran señalados, en vez de recordar aquello de *quien te canta la copla él te la sopla, cogen tirria*\* tal vez al que ni pensó en ellos al escribir sus cuadros puramente imaginarios. Estos son gajes

---

\* Odio, mala voluntad.

del oficio, a los cuales deben estar preparados los que escriben para el público, y muy particularmente los que escriben artículos de crítica. Siempre que eviten, como deben hacerlo, toda personalidad, y que su censura sea fina y decorosa, dejen que la numerosa secta de los parecimientistas se devane los sesos por encontrar similitudes. Lo que el gorgojo para el trigo, el chapulín para la milpa, el zompopo para las flores y la polilla para el papel, es el buscador de semejanzas para el articulista de costumbres. Gorgojo que come, chapulín que devora, zompopo que destruye, polilla que roe, es tan difícil de extirpar como todos esos bichos maléficos. Donde nace el articulista brota el comentador, que sigue a aquel como la sombra al cuerpo. La existencia de esos seres es correlativa; el uno completa al otro, y la sabia naturaleza los ha hecho, por decirlo así, gemelos; pues no hay en la creación ser alguno que no tenga su antípoda, haciendo cada cual su papel y concurriendo, en su esfera respectiva, a formar la armonía universal de este que está ya bien averiguado es el mejor de los mundos posibles. Puerilidad sería, pues, el irritarse de que haya quien interprete mal o bien, desde el momento en que haya quién censure. *Multis terribilis, cavete multos* —(Ausonio).

## LA TEMPORADA

Al terminar nuestro benigno invierno (tomando esta palabra en su sentido propio); y cuando va cesando el frío que se experimenta en los meses de diciembre y enero, muchas familias de la parte acomodada de la ciudad, por medida higiénica, por gusto, por ostentación, o por capricho, abandonan las comodidades de sus casas y emigran con dirección a las dos o tres pequeñas poblaciones donde el termómetro se eleva algunos grados sobre los que por este tiempo marca en Guatemala; y donde, en compensación, hay lo que tanta falta hace a esta ciudad: un río en que poder bañarse. Eso es lo que se llama hacer *temporada*; expresión genérica que por acá significa solamente los días que se pasan entre la incomodidad, el calor, el polvo y otras delicias de ese jaez, en los puntos célebres por sus aguas. ¿Qué era una temporada treinta o cuarenta años hace? Alguna cosa muy diferente de lo que hoy es, sin duda. Animación, jovialidad, franqueza, tregua a la etiqueta; días de campo, bailes y tertulias: travesura y broma; una especie de carnaval, menos las máscaras; todo eso era una temporada. ¿En qué consiste que ahora, con mayores elementos en la sociedad, y con muchas más ventajas y comodidades que antes en las poblaciones donde se hacen temporadas, son estas menos alegres y animadas que en otro tiempo? No sabré decirlo a punto fijo; y así dejo a cada uno qué asigne a ese fenómeno social la causa que mejor le plazca.

En estos días no ve uno sino disposiciones de marcha. Se encarga la diligencia, se preparan trajes a propósito, se hacen maletas; y empleados, comerciantes, abogados, etc., etc., to-

dos se apresuran a abandonar la capital, la mayor parte sin necesidad y no pocos con la seguridad de que van únicamente a fastidiarse. Es un zafarrancho general, en que no tomamos parte sino unos pocos posmas que, más apegados que el común de las gentes a nuestros viejos hábitos, hemos hecho propósito de vivir y morir junto a nuestros penates.

Por lo que a mí toca, tengo además de ese motivo, una razón muy poderosa para no sentirme inclinado a alistarme en el número de los temporadistas, y es, ¿quién lo creará?, la descripción que, tres años hace, me hizo uno de mis mejores amigos, don Félix Bonachón, de los días que estuvo él en Escuintla haciendo temporada. Consta esa relación en una carta que conservo, y que el susodicho me dirigió a un punto fuera de esta ciudad donde yo por entonces me encontraba. Bajo toda reserva, voy a comunicarla a mis lectores, esperando quede la cosa, como dicen los franceses, *entre nous*; pues mi amigo es hombre tan modesto, que sería capaz de morirse si supiera que andaba por allí en letras de molde. Dice así la carta:

*Guatemala, febrero 20 de 1859.*

*Querido amigo:*

*Me tiene Ud. al fin de vuelta; y vengo de Escuintla, como suele decirse, hasta las narices. ¡Qué cierto es aquello, amigo mío, de que un loco hace ciento! En mí se ha verificado precisamente lo que canta ese refrán, sin más que son dos locos y no uno los que me han trastornado el juicio. El par de alhajas de mis sobrinos, Carlos y Manuel, a quienes Ud. conoce perfectamente, y que siempre se salen con hacer de mí lo que les da la gana, me han obligado a ir a pasar ocho días a Escuintla, durante los cuales han llovido sobre mí tantas*

calamidades, que en solo ese pequeño espacio de tiempo be sufrido más que en los cincuenta y ocho años “consecutivos” que be vivido. Desde los últimos días de diciembre, los susodichos mis sobrinos, que son más diplomáticos que Metternich y Talleyrand, comenzaron a tenderme las redes y a bandearme para el viaje a Escuintla. Daba un estornudo, y en vez de decirme: “Jesús le ampare”, como lo hace toda persona cristiana.

—Malo, decía Carlos; ese es catarro constipado. Ud. necesita de ir a Escuintla. Quejábame de un ligero dolor de cabeza. —Ya, decía Manuel, usted no transpira, no se baña, ¿cómo ha de tener salud? Vámonos a Escuintla, aunque sea solo por un mes; nosotros haremos el sacrificio de dejar nuestras ocupaciones y le acompañaremos.

¡Mancebos generosos! ¡Dejar por mí el teatro, los toros y el café, que son sus quehaceres ordinarios! Me defendí como gato boca arriba; pero nada me valió; mis sobrinos armaron una verdadera conjuración, y según ahora be sabido, iban diciendo a cada uno de mis amigos: —El tío está malo; constipados, reumatismos, es un costal de enfermedades, y no hay santos que le hagan decidirse a hacer una temporada a Escuintla. Con eso, los amigos, el médico que dicen que me cura cuando realmente estoy enfermo, los criados, los indiferentes y hasta personas que jamás be saludado, me decían a toda hora: —Don Félix, váyase a Escuintla; don Félix, sude; don Félix, báñese; don Félix, no sea Ud. mezquino, haga el ánimo de gastar 400 o 500 pesos, que más vale su salud; y por ese estilo seguían acribillándome a “indirectas”, hasta que lograron convencerme de que realmente estaba malo y que necesitaba costa.

Los muchachos, que sabían muy bien que yo había de concluir por ceder, tomaron sus disposiciones, fueron a Escuintla a buscar casa, pidieron puestos en la diligencia, y lo

*arreglaron todo de manera que ya no fue posible dejar de marchar.*

*—Hemos andado con fortuna, me dijeron; conseguimos una casa magnífica, y tan barata que no lo creerá Ud.*

*—¿Cuánto vale? -Vaya, adivine Ud. tío. —¿Pues qué diablos voy a saber yo? —Pues señor, doscientos pesos, y es un hermoso rancho con dos piezas y su cocinita... —¿Doscientos pesos! exclamé, ¡bárbaros! ¿y para qué habéis comprado casa en Escuintla?*

*—¿Cómo comprado, tío? dijo Manuel: ¿está Ud. en su juicio? Es alquilada por un mes; y si no andamos tan vivos se queda .con ella don Fabián Caimito, que ofreció cien, pero nosotros le tapamos el monte, subiendo la propuesta a doscientos. No tienen ellos la culpa, dije para mí, sino yo; pero ya es tarde para remediar el mal. —La salud de Ud., es lo primero, tío, —dijo Carlos; y luego que está aquello que se arde. Ya verá Ud. cómo nos vamos a divertir.*

*Llegó el día de la partida. La diligencia debía venir a buscarnos a las cuatro de la mañana, para poder llegar temprano. No vino sino hasta las cinco, por no sé qué atraso impensado. Era de las de nueve asientos; pero en rigor no podía contener cómodamente cinco o seis personas. Ya acondicionados los tres, en amigable compañía con unos cuantos fardos y con una jaula que ocupaba un loro, remitido a no sé qué señora que estaba en Escuintla y lo había dejado aquí olvidado, pasamos a buscar a don Antonio Panzagorda, que había pagado un asiento en la diligencia, debiendo en conciencia, haber tomado tres para él solo. Los cinco puestos restantes los llenó la familia de un empleado en rentas, compuesta del papá, la mamá, dos “niñas”, la menor de las cuales no tenía más que treinta años, un mocito que estudiaba gramática (parda) y como “attachés”, tres verdaderos niños, que iban en las piernas de la mamá y de las señoritas. Que-*

dé sepultado entre las crinolinas de estas, y como fue necesario ocupar hasta el último resquicio del carruaje, dispusieron poner uno de los bultos encima de mi sobrino Manuel, y a mí me acomodaron sobre las piernas la jaula del “perico”, que se divertía en asomar la cabeza por la rejilla, acribillándome a picotazos. Cinco rocinantes héticos hacían como que tiraban del coche, y el postillón suplía con votos y juramentos lo que faltaba a sus bestias de vigor y fuerza. Tuvimos que apearnos tres veces para subir o bajar cuestras, y al fin, con mil trabajos, llegamos a Escuintla a las cinco de la tarde.

La casa que los botarates de mis sobrinos habían ajustado, no tenía en realidad más que una pieza dividida por un tabique improvisado con unos “petates tules”. La mitad estaba vacía, la otra mitad contenía una enorme cama donde dormía la familia del propietario, sin distinción de sexos ni edades (en cuenta la abuelita que era paralítica); un San Antonio colosal, un cofre tan grande como el santo y otros muebles.

—Supongo que desocuparán esta parte de la pieza.

—No fue ese el trato, dijo el propietario, y ya ve su merced que no sería posible sacar ni la cama, ni la imagen, ni el baúl, ni la tullida ni...

—Pero, ¿cómo se entiende? repliqué yo, ¿he de pagar doscientos pesos por ocupar la mitad de un mal cuarto?

—Trato es trato, señor, repuso el hombre; y si a su merced no le acomoda, puede buscar otra, pagándome los daños y perjuicios.

Comenzaba yo a perder la paciencia, cuando intervinieron los badulaques de mis sobrinos y cortaron la dificultad, diciendo que tomase yo la parte desocupada de la pieza, que ellos dormirían en la enramada. Bien comprendí que eso equivalía a dejarlos en libertad para tomar el portante en cuanto me acostara; pero fue preciso pasar por todo. El

*propietario, su mujer y sus hijos se acomodaron en la cocina; pero poco a poco fueron volviendo a invadir la casa, de modo que a los tres días estaban otra vez todos instalados en la cama de la “nanita”. Las gallinas, dos gallos, el gato y el chucho entraron también a completar aquella arca de Noé, y es excusado preguntar si dormiría yo una sola noche con semejante vecindario. En cuanto a mis sobrinos, decían que ellos dormían como unos príncipes y que no oían nada.*

*Por lo demás, en Dios y en conciencia, debo decir a Ud., amigo mío, que maldito lo que me divertí en la temporada. Todo el mundo estaba metido en su rancho; los jóvenes jugaban juegos de prendas, y allá ellos sabrían la gracia que encontraban en esa ocupación. Todo estaba carísimo, y gastaba yo como si estuviera en Londres, para comer mal. Como no es fácil llevar uno desde esta ciudad cuanto necesita, Ud. considerará que el servicio era fatal; los muebles apenas eran los indispensables para tener dónde dormir, comer y sentarme. La mesa nos daba bajo la barba y estaba acuñada con pedazos de ladrillo, por lo desigual del piso de la enramada, que era además de dormitorio de mis sobrinos, comedor y sala de recepción. El calor era sofocante, el aire circulaba en las calles impregnado de polvo y malos olores. No había música ni serenatas; pero lo que es a mí no me faltaron una sola noche arias, dúos, tercetos, cuartetos y coros ejecutados por los animales racionales e irracionales de la inmediata habitación.*

*Una noche tuve la inoportuna idea de ir a visitar a un amigo que vivía en un rancho de ese grupo inextricable que llaman el Tamarindo, y que debiera llamarse mejor el Laberinto. La obscuridad era profunda, y como no tuve la precaución de hacerme acompañar de un criado con un farol, me perdí entre aquella parte de la villa, donde se ha considerado que las calles son un lujo que está de más en las poblaciones. Ya daba contra un cerco de “chichicaste”, ya caía*

*en una zanja, ya me pasaba bajo las piernas un corpulento cerdo que andaba haciendo la policía, ya tropezaba con un árbol, ya me acometían rabiosos los perros de las vecindades, hasta que llegué a uno de tantos ranchos, que estaba felizmente habitado por unas señoras. Les supliqué me indicasen por dónde debería yo tomar para llegar a mi posada; pero como no pude dar de esta más señales sino las de que era la casa de la tullida, del San Antonio y del baulón, no hubo modo de que atinaran con cuál era. Pasé a otros dos o tres ranchos, y al fin, en uno de tantos, encontré a los dos zara-guates de mis sobrinos en alegre reunión con otros jóvenes y señoritas que jugaban San Miguel. Al verme gritó Manuel, que hacía de diablo: A buen tiempo, tío, póngase Ud. a la cola. —Para colas estoy yo, le contesté furioso. Ven a llevarme a casa, que estoy perdido, golpeado y “enchichicastado”. Salí de aquel dédalo y al fin llegué a mi rancho, donde me curé de la especie de urticaria que me produjo el contacto con la hoja de aquella planta condenada; me acosté, y al siguiente día muy temprano, fui a tomar asiento en la diligencia, y sin decir oste ni moste a mis sobrinos, me vine a Guatemala, dejándolos que concluyesen solos la temporada.*

*No negaré que hay lindos paseos alrededor de Escuintla; que el baño es agradable, aunque tiene uno que tomarlo en río revuelto (único en su clase donde no hay ganancia de pescadores); que la fruta es exquisita y que hay, en fin, otros atractivos en la temporada. Pero, ¿compensan estos las molestias y las incomodidades que se sufren? Seguramente así deberá ser, cuando hay tantos que las sobrellevan y van a Escuintla, a pesar de ellas. En cuanto a mí, he jurado no volver; que para purgatorio, tengo bastante con el de todo el año.*

*Suyo afectísimo amigo,  
Félix Bonachón.*

Mis lectores dirán si aún rebajando de las especies referidas en la carta anterior un veinticinco por ciento, atendido que mi amigo tiene fama de ser algo exagerado, me quedarían ganas, después de haberla recibido, de alistarme en el número de los temporadistas.

EL MARTES DE CARNAVAL  
EN LA PLAZA DE TOROS  
ARTÍCULO QUE NO HARÁ REÍR A NADIE

Un sabio ha dicho que la naturaleza *tiene horror al vacío*. Yo soy al revés de la naturaleza: aborrezco lo *demasiado lleno*. Jamás me siento tan profundamente triste, como cuando me encuentro en medio de una reunión muy numerosa y animada. Es fenómeno psicológico, cuya causa debe estar oculta en algunos de los rincones de la parte moral de mi individuo. En un círculo íntimo y de confianza veréis a Salomé Jil alegre y expansivo, dispuesto a reírse de las ridiculeces ajenas, hasta donde lo permiten la caridad y la buena crianza; y de las suyas mismas hasta donde lo consiente el amor propio. Colocad a ese mismo sujeto en una gran reunión de gentes, y le veréis taciturno, concentrado y distraído, con cara de filósofo o de desgraciado, cosas que no suelen ser tan diferentes como lo parecen. No me gustan los concursos aun cuando no sean de acreedores, y nada me hace tanta ilusión como un espectáculo cualquiera en el cual yo solo constituyo lo que se llama *el público*. Son esas tal vez las únicas ocasiones de mi vida en que puedo aplicarme los epítetos de *respetable, sensato, benévolo, ilustrado* y los demás con que califican al público los que viven de explotarlo... digo los que se sacrifican por complacerlo.

Llevado de esta afición a la soledad, que en mí se va desarrollando con los años, como todas las manías, me gusta hacer lo que se llama *contrapeso al mundo*; y si la gente acude hacia el norte, yo he de ir hacia el sur, y viceversa. Casi siempre que procedo contra esa costumbre, vuelvo a mi casa con motivos serios de arrepentimiento. Eso me sucedió en la tar-

de del último martes, que como tal, debía de ser precisamente día aciago; pues hasta el adagio vulgar aconseja no acometer en él ninguna de las dos empresas para las cuales se necesita de más valor en esta vida. Hacía seis o siete años que no concurría yo a los toros, tenía hecho propósito firme de no poner un pie en el interior del circo; y no porque califique esa diversión de bárbara, como lo hacen algunos que quieren pasar por ilustrados y por *humanitarios*. Si fuéramos a suprimir cosas inconvenientes, tendríamos quizá mucho que hacer antes de llegar a la plaza de toros. No voy a ese espectáculo por la misma razón que me hacía concurrir algunas noches al teatro en la última temporada; porque amo la soledad y no quiero encontrarme en medio del bullicio de la gente.

No diré qué fue lo que me decidió el martes a quebrar la regla, porque esto poco interesaría probablemente a mis lectores. Baste decir que fui a los toros y que me tocó estar situado en medio del foco mismo del movimiento, de la animación y de la broma. Cuando entré, el edificio estaba ya completamente lleno. Malo, dije para mí, algún desastre me ha de suceder esta tarde. Con mucho trabajo logré colocarme en la primera grada de lo que llaman el tablado, y a pesar de que dicen que la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley física, y que dos no pueden ocupar el mismo sitio simultáneamente, yo me metí, o me incrusté donde no podía haberse imaginado que cupiera nadie. Me tocó tener al lado derecho a un caballero muy ilustrado, gran matemático y aficionado a cálculos; y al izquierdo a *un hombre* que había venido de una de las poblaciones circunvecinas para ver los toros. Era este excesivamente grueso; vestía calzón de pana verde de esos que llaman *rajados*, que van desapareciendo como todo lo que es antiguo y nacional, y lo demás del traje estaba en armonía con aquella pieza del vestido. No bien me hube sentado, recibí una verdadera lluvia de *anisillos*, mediante la

cual quedé, contra mi voluntad, iniciado en el juego y en la bulla del carnaval. —¿Qué número de gentes calcula Ud. que hay en la plaza? —me dijo el de las matemáticas. —No sé, le contesté; no soy fuerte en eso de cuentas. —Pues es muy sencillo, replicó. Calcule Ud. sobre poco más o menos las personas que hay en un tramo de pilar a pilar, cuente Ud. los tramos, multiplique, y el resultado será aproximadamente, lo que se desea averiguar. Dicho esto, procedió a ejecutar su operación, y cuando más engolfado estaba en la resolución de aquel enmarañado problema, un confite, disparado desde abajo, le dio en la nariz, haciéndole suspender sus cálculos. El dolor y la cólera le arrancaron cierta interjección demasiado enérgica; y yo le dije: —No es Ud., a la verdad, como el gran matemático griego, que se dejó matar por no interrumpir la resolución de un problema. —Vea Ud., qué bárbaros, contestó, en lo mejor de la operación me hacen comenzar de nuevo, y continuó multiplicando. ¡Ocho mil *almas sentadas* y como mil *paradas*! —exclamó triunfante. —¡Vaya, dije yo para mí, que serían de ver las almas en esas posturas!

Mientras que el discípulo de Arquímedes hacía por asombrarme con sus cálculos, mi otro vecino, sencillo y naturalote, se divertía a más no poder. Aplaudía las buenas suertes, *en amateur*; silbaba los lances en los cuales los toreros y picadores se mostraban torpes, y al mismo tiempo, recibía anisillos y confites tan impasible, como si estuviera construido de piedra de sillería. Aquella alma dichosa estaba toda entera asomada a los sentidos, si puedo expresarme así, como una muchacha retozona puesta al balcón para ver pasar un baile de moros. Reía y gozaba como ríen y gozan solamente en este pícaro mundo los que llamamos tontos, vengándonos así tal vez de que les haya sido dado el privilegio de ser felices.

Yo, que ni me reía ni gozaba, estaba sin embargo expuesto a los percances que tan a menudo acontecen en una reunión

de esas, en que cada cual se considera con derecho a inferir alguna incomodidad a los demás, que es lo que se llama jugar y divertirse. Como estaban en un punto de tránsito, mis pobres pies fueron magullados, triturados y apisonados, por los cascos de unos cuantos centenares de bípedos, que cuando más, cubrían el expediente con un *Ud. dispense* que si no me aliviaba el dolor físico, al menos dejaba satisfecho mi orgullo. Una malhadada bolita de caramelo, lanzada a quemarropa por alguno de los innumerables traviesos que junto a mí jugaban, vino a dar precisamente sobre uno de mis ojos, que quedo arrasado en lágrimas. Estaba yo, pues, como la viuda rica; aunque si lloraba con un ojo, no repicaba con el otro. Por lo demás, los pobres no tardaron en encontrarse iguales, pues un cascarón de huevo, que por las dimensiones creo que sería de *chumpipa*, vino a romperse sobre el ojo sano, inundándome la cara de retacitos de papel de colores.

El ciudadano del calzón rajado tuvo entonces la desgraciada inspiración de decidirse a tomar parte en el buceo, y comprando un canasto entero lleno, de anisillos y confites, comenzó a disparar, como una fortaleza, sobre las escuadras sitiadoras. Naturalmente el fuego cargó por aquel lado. Mi vecino llamaba la atención por su espesor, su vestimenta y el desnudo con que se batía, y no tardó en ser el blanco de los tiros de numerosos enemigos. Sin participar de su buen humor, yo recibía muchos de los proyectiles de diferentes calibres que le estaban destinados; y como habría sido inútil pensar en una retirada, honrosa o deshonrosa, hube de resignarme a conservar el puesto, hasta derramar la última gota. El matemático agachó la cabeza y se defendía con el sombrero, calculando el número de quintales de anisillos y confites que se arrojaban y su costo al precio de plaza. Al fin, ya fuese porque se agotara el parque, ya porque faltaran las fuerzas a los combatientes, se suspendió el fuego en toda la línea, y el

del calzón bombacho, que se había puesto en pie, lanzó por último el canasto vacío, gritando en voz en cuello: —Allá va el *chiquigüite, chanclitudos*.

Pasada la tormenta, tendí la vista por el ámbito de la plaza. No había el más pequeño espacio vacío, una numerosa y variada concurrencia llenaba el edificio, y casi por todos lados la animación y el retozo eran tan exagerados como en el punto donde yo me hallaba. La última vez que estuve en los toros el martes de carnaval, seis o siete años hace, entraron numerosas partidas de máscaras y como estoy poco al corriente de los cambios de los gustos caprichosos del público, creía yo que este año habría también disfraces en la plaza. Preocupado con esta idea, frecuentemente volvía la cabeza hacia las puertas, esperando ver entrar, de un momento a otro, los enmascarados. Ellos no entraron ciertamente para todos; pero yo los vi, o creí verlos por lo menos, aunque sospecho ahora que pudo haber sido obra de mi imaginación excitada por el calor, la confusión el tumulto y el alboroto de la concurrencia. Vaya, al fin han llegado los de las máscaras, dije en voz baja, al echar una mirada hacia algunos puntos del edificio; y mentalmente entablé un monólogo en estos términos, poco más o menos.

¡Qué bien disfrazado va ese caballero! Representa la Prohibidad, y según sé de buena tinta, dentro de ocho días hará una quiebra fraudulenta. —¡Extraña pareja, esa que viene allí!— Es una mujer anciana que casó poco hace con ese joven que le trae del brazo, y que se dejó atrapar por la esperanza de una pingüe herencia. El trae la máscara del Desinterés; ella viene vestida de Credulidad. Allí va una elegante, cuyos coloretos, dientes, cabellos, caderas y, otros adminículos, son suyos, por la misma razón que el blanco y el carmín eran de doña Elvira en un soneto célebre: por *haberle costado su dinero*. Un poco atrás viene un matrimonio que no cuenta

más que quince días de fecha; traen máscaras de Felicidad, pero son realmente desgraciados; han descubierto, demasiado tarde, que no congenian y prevén un horroroso porvenir. ¡Cuántos jóvenes de ambos sexos traen la máscara del Amor! Algunos petardistas y fulleros vienen vestidos de Honor y de Buena Fe. ¡Hay imbéciles con disfraces de Talento y muchos desgraciados con caretas de Alegría y de Buen Humor! Verdadero carnaval, —dije en mi interior; y volviendo los ojos sobre mí mismo, por una evolución extraña de mi espíritu, me encontré también disfrazado con una triste máscara: la de la Filosofía... En esto sentí que me tiraban fuertemente del brazo. Era el hombre de los calzones verdes, que me dijo: —¿Piensa Ud. quedarse a dormir aquí? Todo el mundo se ha ido. En efecto, engolfado en mis reflexiones, no había advertido que la plaza había ido desocupándose poco a poco. No quedábamos más que mi vecino y yo. El había aspirado la felicidad por todos los poros de su cuerpo: yo había sufrido física y moralmente, y salía de la plaza víctima de los demás y de mí mismo. —¡Se ha divertido Ud. mucho! —me dijo el *poblano*, con admirable candidez. —¡Oh! sí, le contesté, tanto que no lo olvidaré en toda mi vida. Dicho esto, salimos juntos; él a dormir tranquilo al mesón donde pasó la noche; yo a trazar este artículo *carnavalesco*, que no será culpa mía si no hace reír a alma viviente. Procuraré estar más festivo otra vez, cuando no haya tenido la fortuna de concurrir a una gran reunión donde me acribillen y me estrujen y donde vea, mal cubiertas bajo las caretas, las pasiones y las miserias de la humanidad.

## SABER VIVIR

No faltará quien califique de paradoja extraña la idea que encierra el encabezamiento de este artículo. Muchos creen que el vivir no es cosa que se aprende; teniéndola como una consecuencia lisa y llana del nacer. Error crasísimo, que puede costar caro a quien incurra en él. Verdad es que para los *vividros* que hacemos la mayor parte de los que hemos nacido, muy poca ciencia es menester; pero el que quiera vivir bien y con provecho, tiene que estudiar mucho (y no precisamente libros), antes de recibir los primeros grados en la espinosa carrera del vivir. Ciertamente que es esa una de las varias cosas que se aprenden con el ejercicio; y que cuanto más se vive, más se sabe; de donde viene acaso el dicho de que más sabe el diablo por viejo que por diablo. La lástima es únicamente que la ciencia del vivir llega a adquirirse cuando ya se va acabando la *materia* en que ha de ejercitarse; sucediendo en esto al hombre lo que cuentan aconteció al caballito de cierto fraile, que aprendía a no comer; y cuando llevaba tres o cuatro días de aprendizaje, dando muy regulares esperanzas de salir un aprovechado discípulo, cádate allí que va, coge y se muere, y quédase el experimento a medio andar. ¡Qué de personas he conocido yo que cuando ya iban *tan bonito* en la ciencia del vivir, les ha dado la gana de cambiar de clima, y sin decir a nadie oste ni moste, se han largado a acabar de aprender al otro mundo!

Esto no obstante, no puede negarse que hay unas cuantas gentes dichosas, que aprenden a vivir en tiempo oportuno para poder gozar los ventajosos resultados de esa difícil ciencia. Organizaciones privilegiadas que, a falta quizá de otras

excelencias, tienen la no despreciable de poderse acomodar con todo; de esas que ni quitan ni ponen rey; observantes rígidas del principio de que el buen día ha de meterse en casa; gentes a quienes todo el mundo quiere; que son maleables como algunos metales; que se arrastran como las culebras; que cambian, de color como los camaleones; que siguen el curso del sol como ciertas flores, y que sirven para todo, como las famosas píldoras de Holloway.

Don Prudencio Corrientes es un tipo de esa clase de personas, y nunca acabo de admirar su asombrosa facilidad para ser de la opinión de todos. En otro tiempo, cuando había en el país partidos políticos encarnizados, don Prudencia pertenecía a cada uno de aquellos en que se dividían los hombres públicos. Si se trataba de elegir diputados, el señor Corrientes encabezaba las listas de todos los bandos. ¿Se buscaba un presidente? pues, ¿quién otro? don Prudencia; ni mandado hacer. Era tan popular, tan querido, tan bien quisto.

—Verdadero liberal, decían unos. —Conservador acérrimo, aseguraban otros; —Siempre moderado y enemigo de los extremos, agregaban los del justo medio; y así nuestro don Prudencia, que era en realidad lo que solo Dios y él (y quizá solo Dios), sabían, tenía el arte de estar bien con todos y era considerado como el hombre de las circunstancias, cualesquiera que estas fuesen. Ni él, ni su numerosa familia han sufrido nunca en los cambios políticos. Jamás habla mal de nadie; y como según él mismo dice, tantas letras tiene un *sí* como un *no*, conviene con aquel con quien habla y hace, como suele decirse, violó a todo el mundo. Dígale Ud., por ejemplo, que es de día. “Es de día” repetirá al momento. “No, que es de noche”, dice tal vez otro a su lado. “Sí, es de noche”, replica él imperturbable; y si lo apuran mucho, concluye con que es de día y de noche; que es entre obscuro y claro; y de allí no sale, así le maten.

Este apreciableísimo sujeto es el consultor general de todos los casos graves y apurados. Jamás ha sido juez, aunque es hábil letrado, pues le habría sido imposible firmar una sentencia y dejar descontento a uno de los litigantes. Como árbitro arbitrador y amigable componedor, no tiene precio, y es admirable la fecundidad de su ingenio para arreglar los asuntos más enmarañados y difíciles. Se trata de solicitar una joven en matrimonio; se suplica a don Prudencio vaya y desar-me la infundada resistencia de padres o tutores. Hay que nombrar un albacea; ¿en qué mejores manos puede ponerse la herencia que en las de don Prudencio? Tiene la propiedad del barómetro: *anuncia los cambios del tiempo*. Si es Ud. ministro, y el señor Corrientes deja de visitarle, o hace como que no le ha visto en la calle y no lo saluda, ya Ud. puede hacer su testamento político, pues es Ud. moro al agua. Tiene las narices muy largas para oler dónde hay peligro y compromisos; muy corta la memoria, si se trata de acordarse de algún favor que le ha hecho persona que está en desgracia, y hace la vista gorda sobre las flaquezas de los poderosos. Una vez estuvo a pique de morir, atacado de una grave enfermedad, y tenía a la cabeza cuatro enemigos a cual más temibles: la muerte, el médico, el boticario y el diablo, que esperaba impaciente la conclusión del negocio para arreglar no sé qué cuentecitas atrasadas. Pues, ¿quién dirá? El bellaco se gobernó tal manera, que se burló del doctor, del farmacéutico, de la *pelona* y hasta de Belcebú, proponiéndoles convenios y transacciones, mediante los cuales, le prorrogaron los plazos y le concedieron una espera de que disfruta hasta ahora.

Con esta notabilidad *tornasolada* me ligan los lazos del parentesco espiritual. Es mi padrino de bautismo, y como tal, dice que tiene derecho a darme buenos consejos, ya que jamás me ha dado otra cosa. A esa circunstancia debo el raro privilegio de ser la única persona de este mundo a quien Corrien-

tes ha hecho la explicación de su sistema de vida y revelado el secreto de su asombrosa popularidad. Como me vio *chiquito*, se considera facultado para advertirme lo que debo hacer y lo que me conviene evitar; en otros términos, se ha propuesto enseñarme a vivir; y si no se sale con la suya, no será ciertamente por falta de habilidad del maestro, sino más bien por indocilidad y torpeza del discípulo.

Cuatro días hace estaba yo encerrado en mi escritorio, cuando entró mi padrino, que tiene la rara costumbre de llevar en todo tiempo un paraguas que fue primitivamente encarnado y que hoy, lo mismo que su dueño, no se sabe ya de qué color es, a fuerza de uso y de servicio. No sé con qué, objeto lleva siempre ese mueble, así en invierno, como en verano. Acaso no sea paraguas, sino paracaídas. Recibí a don Prudencio con todo el respeto y consideración que le debo por sus relaciones con mi persona, por su edad y otras circunstancias. Sentóse sin ceremonia, y entabló conmigo el siguiente diálogo:

—¿Qué estás haciendo, niño?

—Escribiendo artículos de costumbres, señor padrino.

—¿Artículos de qué?

—De costumbres.

—¿Y qué es eso?

—Pues vea Ud., señor padrino; no sabré decir a Ud. lo que es, a punto fijo.

Pero figúrese Ud. una cosa que divierte a algunos; que no gusta a otros, y de la cual la mayor parte no hace caso. Eso son artículos de costumbres.

Don Prudencio se quedó un momento pensativo, y luego dijo, moviendo la cabeza con aire misterioso:

—Ya veo que es imposible hacer carrera con este muchacho. ¿Qué necesidad tienes tú de hacer cosas que no gusten a algunos? Es necesario hacer únicamente aquello que agrade

a todo el mundo. No lo digo precisamente por esos *cuentos* que ahora estás haciendo, y de los cuales te aburrirás mañana y los dejarás estar. Lo digo por todo. Si no quieres aprender a vivir, no hacemos letra, Salomé. Aquí me tienes a mí, que soy lo que se llama una notabilidad en el país, y en cuarenta y cinco años de carrera de hombre público, que me emplumen si he dicho o hecho cosa alguna que haya podido incomodar a nadie. Fui diputado a las Cortes de España el año 1820, después estuve en nuestra grande Asamblea Nacional Constituyente, y me *arreviaté*\* invariablemente a la mayoría. Tuve votos para la primera presidencia de la república; he sido individuo de los congresos; después sanador, consejero, ministro, cuanto hay, y nadie tiene queja de mí, ni yo la tengo de nadie. Mi casa está abierta para todo el mundo y no reparo en los antecedentes ni aun en la conducta de aquellos a quienes recibo. Nuestra sociedad es reducida, y si uno fuera a hacer distinciones odiosas, lo pasaría mal en el primer cambio de la voluble fortuna. Sirvo a todo el mundo (que está en buena posición); llamo licenciado al bachiller, doctor al licenciado, general al coronel, y “mi sargento” al cabo. Cuando era joven, fui cumplido y galante con las señoras y más de unos lindos ojos (al decir esto mi padrino dio un prolongado suspiro), eché a perder con mis lisonjas. Ahora soy viejo, rico y muy bien quisto. No tengo ya empleo ni cargo de ninguna clase, porque ni los quiero ni los necesito. Gasto diez sombreros al año; pues con tanto quitármelos y ponérmelos para saludar en la calle hasta a los *zacateros*, se acabarían, aun cuando fueran de hierro. Uno u otro dirá, tal vez, en su interior, pues no se atrevería a externar ese juicio, que soy adulador y falso; pero la generalidad me quiere, aunque tal vez no me estima ni respeta. Al fin me moriré porque será preciso, y tú escri-

---

\* Arreviatar, ir de reata.

birás un, pomposo artículo biográfico en que relates todos mis servicios y mis méritos, y hagas mi retrato como el pintor griego hizo el del rey de Macedonia, de perfil, para que no se viera el ojo tuerto. Esto es, hijo mío lo que se llama *saber vivir*. Haz lo que yo hago, echa pelillos a la mar. Si no te enmiendas y continúas buscándote quebraderos de cabeza, olvida que me has conocido, y no digas a nadie que eres ahijado mío, pues podría creer alguno que apruebo tus locuras y eso me comprometería. Hasta más ver.

Dicho esto, mi excelente padrino encendió un cigarro, tomó su paraguas y me volvió la espalda sin ceremonia. ¡Voto va!, dije para mí, que dice perfectamente don Prudencio, y que en lo sucesivo no he de abrir el pico, sino para elogiar a diestra y a siniestra. No me ha de quedar títere con cabeza a quien no encomie y alabe, y que se venga el mundo abajo. Mi padrino ha de ser maestro, mi guía, mi modelo; y si Dios me da vida, he de ser como él, el *omnis homo*, el factótum de la ciudad. Desde mañana voy a comprar mi paracaídas y mi colección de sombreros y a hacer un acopio de superlativos encomiásticos (aunque algunos de ellos pequen contra la gramática), tales como bellísimo, sapientísimo, magnificentísimo, sublimísimo, graciosísimo, encantadorísima, etc., para aplicarlos a todo el que y a toda la que se pusiere por delante. Así, *iré lejos*, como dicen los franceses, y vendré a probar que, aunque algo tarde, al fin logré encontrar la piedra filosofal: *supe vivir*.

## EL PETARDISTA

La ley que ha condenado al hombre a vivir a costa de su sudor y su trabajo, es tan antigua como el mundo; como que fue una de las consecuencias inmediatas del pecado de nuestro primer padre. De esa ley se han creído exceptuados solamente algunos herederos ricos, los ladrones, los tramposos y los petardistas. Bien consideradas las cosas, no podría decirse que los caballeros (de industria), que pertenecen a las tres respetabilísimas clases de la sociedad que he mencionado últimamente, no vivan de su trabajo; pues no es poco el que exige cada uno de esos oficios, si ha de ejercitarse con tal cual decencia y con algún provecho. Así, cuando se dice que los profesores de esas tres artes liberales no viven del trabajo, se sobreentiende que va tácito al adjetivo *honesto*.

No sería difícil probar que *ladrón*, *tramposo* y *petardista* son palabras que representan ideas muy diferentes entre sí, aun cuando confunda el significado de algunas de ellas el vocabulario de la lengua. ¡Lástima que el académico señor Olive no haya creído del caso establecer, en su erudito y curioso *Diccionario de Sinónimos* castellanos, la distinción que hay entre esas voces! Yo aun cuando fuese capaz de hacerlo, no me tomaría ahora ese trabajo, ya que no es mi objeto hacer un estudio de filología, sino escribir un artículo de costumbres sobre el petardista. En esta virtud, me será permitido tomar la palabra en su sentido más lato, en el que el uso vulgar ha consagrado y no precisamente en el que le asigna el diccionario. Generalmente se llama petardista, no solo al que pide prestado con ánimo de no devolver, sino a aquel que de

algunas otras maneras, con tal de que no sea con un robo declarado, se queda con lo ajeno. Los que andan tomando al fiado en las tiendas y no satisfacen el precio de lo que llevan; los que, viviendo en casa de hospedaje, acostumbran no pagar las pensiones; los que se *distraen* y no cubren jamás los salarios a los criados que les sirven, ni el valor de su trabajo a los artesanos que emplean, constituyen otras tantas variedades del petardista, aun cuando rigurosamente no sea esa la calificación que mejor pudiera convenirles.

El petardista es una planta parásita que vive de la sustancia ajena; es una carga concejil desigualmente distribuida y contra la cual no valen las excepciones legales. Es una peste que, al revés del cólera, ataca de preferencia a las personas acomodadas, sin que por eso estén libres enteramente de ella los desvalidos y los menesterosos. Puede dividirse en dos clases: el petardista por *mayor* y el petardista *al menudeo*, según la manera en que se ejerce la profesión. Los hay que hacen el negocio solo en grande y que desdeñan cualquier lance que rinda, por ejemplo, menos de quinientos o mil pesos. Otros con poco talento y no tanta audacia para la especulación, se contentan con un petardeo de menor cuantía. A veces el petardista por mayor va descendiendo hasta parar en el menudeo; y suele suceder también que el que antes se ha limitado a este, va adelantando en el arte, o ciencia (no sé bien lo que es), hasta convertirse en un petardista de tomo y lomo, en una notabilidad.

El petardista por mayor tiene negocios; gira y acepta letras; toma dinero a premio; y si se va a examinar el verdadero estado de sus asuntos, se verá que todo aquello es un puro enredo. Hace una, dos y hasta tres bancarrotas; y entonces el petardista ha llegado a su apogeo; es un hombre grande; se le declara un genio para los negocios; pero el teatro es pequeño y por eso ha escollado. Dice que este país no es para él, y se va

con la música a otra parte, en busca de un campo más digno de su habilidad.

El petardista al menudeo es un personaje originalísimo y aun divertido cuando ejercita el oficio con talento. Come, bebe, viste, fuma, juega y enamora a costa de otros, desplegando un verdadero lujo de ingenio y sutileza en las mil y una astucias de que se vale para desempeñar los diferentes papeles que tiene que representar. Ya es un estudiante pobre que necesita diez pesos para completar lo necesario para su grado, y se los pide a Ud. conociendo su buen corazón, su amor a las ciencias, etc. Déjese Ud. ablandar, y al siguiente día sabrá cómo el tal ni el estudiante ni ve jamás los libros. Acaso los diez pesos de Ud. han pasado la noche muy contentos, convertidos en licores, en la agradable compañía de otra media docena de estudiantes y las respectivas *estudiantas*, que están lejos de saber a quién deben realmente aquel buen rato. Ya es un antiguo camarada de colegio (de quien Ud. no se acuerda por más señas), que se encuentra en un compromiso de honor y necesita veinticinco pesos para salir de él, y si no los obtiene, está resuelto a darse un tiro. Excútese Ud. con los malos tiempos, con la pérdida de las cosechas de grana, o con cualquier otro motivo, y el del tiro va bajando como el termómetro en tiempo de frío, aunque sin llegar jamás a *cero*. Se contenta al fin con media onza (de plata) y de allí no pasa. Ya es otro que propone el descuento de una letra falsa, o que fingiendo cartas de personas conocidas, pilla algunos realitos. El petardista tiene, como suele decirse, más *picos* que una estrella; fía en las tiendas, debe al zapatero y al sastre, y tiene en los cafés una cuenta abierta que como la boca del buzón del correo, no se cierra jamás.

Un sujeto muy conocido mío, llamado Blas Trampea es un petardista insigne, que podría poner cátedra de mañas, pues sabe el arte por principios. Conoce profundamente el

corazón humano, y ha hecho un estudio concienzudo del carácter, de las inclinaciones, y de cuanto atañe a las innumerables personas a quienes sucesivamente va haciendo pasar bajo las horcas caudinas del escamoteo. Es un conspirador perpetuo, no contra el gobierno, sino contra el bolsillo ajeno; y como tiene declarado que la vergüenza es un mueble incómodo para navegar con él en el mar de la vida, lo ha puesto a un lado y marcha viento en popa, sin que nada le estorbe y le embarace. Eso, sí, dice que nadie le gana en cuanto a exactitud para llevar sus cuentas.

A cada uno de sus innumerables parroquianos asegura muy formal que *ya está apuntado en su libro*; y no pocos se dan por satisfechos con lo del apunte; aunque es bien sabido que don Blas vive apuntando, pero jamás da fuego. Habita en casa de huéspedes, y nunca le parece cara la pensión que le piden; pues como no la ha de pagar, tanto le da que sea poca a mi hombre como que sea mucha. Cuando ha vivido cinco, seis meses o un año en la casa donde se le ha mantenido, lavado la ropa y remendado las calcetas, los dueños de la casa, cansados de aguardar un dinero encantado, que le han de enviar no se sabe de dónde y nunca llega, acaban por plantarle en la calle, dando por bien perdido lo que debe, con tal de salir de él. En esos casos acostumbra hacerse el enojado; y si se le pregunta por qué está mal con sus antiguos huéspedes, responde que han tenido cuestión *por opiniones*.

—¿Cómo así? le dice alguno que sabe que Trampea no es un hombre político.

—Sí, señor, por opiniones, repite don Blas. Figúrese Ud. que esas gentes *opinaban* que yo debía pagarles y yo *opinaba* que no; con que vea Ud. si tengo razón para decir que hemos perdido la amistad por las malvadas opiniones.

No sé por qué contingencia, siempre que llego a las puertas del teatro, de la plaza de toros, o de cualquier otro estable-

cimiento donde se paga por entrar, aparece al mismo tiempo mi don Blas. Me suplica cortésmente pida un billete para él, y mientras estoy sacando el dinero, trampea empieza a registrarse las faltriqueras, como quien busca lo que sabe no ha de hallar. He olvidado mi portamonedas, dice muy sereno; y entretanto yo he pagado por los dos. Igual escena tiene lugar en la nevería y en el café. En todas partes el mismo minucioso e inútil cateo de bolsas, que por lo vacías parece las hubieran metido en una máquina neumática.

Cuando las circunstancias apuran mucho, don Blas sale a campaña, y es de ver cómo inventa, urde y fragua para obtener recursos. Una ocasión, en que ya no encontraba qué libros bajar para conseguir media docena de duros, entró en una joyería, pidió una alhaja de valor de diez pesos y dijo que ya pasaría el dinero. A donde pasó fue a una platería inmediata y vendió la prenda por seis. Cierta amigo mío, llamado don Cosme Tenaza, que tiene motivos para guardar consideración a un pariente cercano de Trampea, fue víctima de este en un lance en el cual el petardista se mostró a la altura de su genio. Fue un día a casa de don Cosme a suplicarle le prestase una onza de oro, ofreciendo devolverla dentro de dos semanas. Tenaza, que sabe de qué pie cojea el bueno de don Blas, se la dio despidiéndose de ella para siempre, con la mayor ternura. A los quince días, Trampea se presenta en casa de don Cosme para devolverle la onza.

—Sin duda se ha dormido el diablo, —dijo don Cosme—, y guardó su dinero muy contento. Dos meses después, Trampea vuelve a buscar a mi amigo, diciéndole con mucha reserva, cómo se encuentra en un grande apuro, y que espera le saque de él, prestándole treinta pesos, que devolverá a los ocho días; agregando que solo a Tenaza, y no a otro, daría semejante prueba de amistad y de confianza. Don Cosme agradece infinito la estimación y da el dinero, haciendo el ánimo

de perderlo. Estos treinta sí que se van y no vuelven, dijo para su capote; al menos ya me veré libre de este petardista. Pero, ¿quién lo creyera? ¡El día mismo en que se cumplió el plazo, mi amigo veía sus treinta pesos sobre la mesa! Apartó uno para mandar decir una misa por las ánimas y varió completamente el concepto que tenía de don Blas, a quien sin duda se calumniaba. Pasó algún tiempo; y un día, sin rodeos ni circunloquios, pidió Trampea quince onzas a don Cosme, quien seguro con la puntualidad de los pagos anteriores, se las contó en el acto. Pasa el término señalado para la devolución, y el hombre no aparece. Un año más, y nadie le da razón de él, pues ha desaparecido de la ciudad.

—El muy bribón, —decía Tenaza con los ojos llenos de lágrimas—, trató de inspirarme confianza para asegurar el golpe fatal. El lance se hizo público, y mi pobre amigo tuvo que oír no pocas zumbas sobre sus quince onzas. Mas ¡cuán falibles son los juicios humanos! ¡Seis días hace, don Cosme Tenaza recibe una carta de Santa Ana, en la cual Trampea le pide mil perdones por la retención de su dinero y le remite sus quince onzas una sobre otra, en una cajita de cartón bien cerrada y lacrada! Mi amigo, alegre como una pascua, va de tienda en tienda, mostrando la carta y el dinero a los burlones que se hacen cruces y declaran a don Blas, hombre cabal y honrado, el Fénix de los petardistas. En eso, uno de tantos, más curioso, o más desconfiado que los otros, toma una de las onzas, la examina, la hace caer al suelo, y al oír el sonido, dice con seguridad: —¡Es falsa! —¡Es falsa! repiten en coro los demás; vengan las otras. Se examina una por una; todas son igualmente falsas. El bribón había añadido al petardo la broma más desvergonzada. Don Cosme dio la vuelta furioso; no tanto por la pérdida del dinero, cuanto por el chasco.

Trampea, entretanto, anda ejerciendo su profesión en otras partes; y adelantando en la carrera, se ocupa en hacer las

veces del cuño en los lugares donde falta este establecimiento. Cuando se haya olvidado el lance de las onzas (porque, ¿qué no se olvida aquí?), volverá por acá; pues su desfachatez es tal, que raya en lo sublime y hace de nuestro hombre casi un héroe. Ahora pregunto yo: el que tan grande habilidad despliega y tan activo se muestra para procurar vivir a costillas del prójimo, con riesgo de que al fin, agotándose la paciencia de los que son víctimas de sus ardides, den con él en una cárcel, ¿no podría, haciendo uso de esa misma habilidad y quizá con la mitad del trabajo que emplea para defraudar a los demás, adquirir, por medio de una industria honesta, otro tanto o más de lo que pilla con sus malas artes? Ciertamente que sí; pero no lo hace, porque ha contraído malos hábitos que han acabado por formar en él una segunda naturaleza. La trápala y el engaño son su elemento, y si le sacan de él, muere como el pez fuera del agua. Un moralista ha dicho “que todo crimen procede de un error de cálculo”. Claro es que si el petardista calculara bien sus verdaderos intereses, sería... cualquiera otra cosa, con más lucro del que obtiene y con menos riesgo del que corre en la carrera de tramposo.



## EL DISTRAÍDO

Hay hombres que utilizan y convierten en provecho propio hasta sus mismos defectos, proporcionándose así una especie de compensación a la falta de aquellas ventajas que les ha negado la naturaleza avara. No son pocos los miopes que sacan partido de su miopía, para no ver aquello que no les conviene, y los sordos que, gracias a su sordera, no oyen jamás lo que no les tiene cuenta. Lo mismo que con esos defectos físicos, suele suceder con algunos intelectuales. Las personas que han sentado plaza de distraídas, por ejemplo, disfrutan de ciertos privilegios a que no nos es dado aspirar a los que no estamos declarados faltos de la primera de las tres potencias del alma, tomándolas en el orden en que las enumera el catecismo. La distracción cuando llega a cierto grado, es un tesoro de precio incalculable; y el hombre que la posee, puede llamarse dichoso, como que está autorizado para salirse con cuanto le acomoda. El distraído que toca en el último término de ese que no sé si deba considerarse como defecto o como gracia, se llama entre nosotros *ido*; locución bárbara, si se quiere, pero que hace al que la obtiene una de las criaturas más felices sobre la faz de la tierra. Está autorizado para no pagar visitas, ni otras cosas; para no saludar en la calle ni ceder la acera a las que le *revientan la sangre*; para decir algunas *frescas* a cuantos le incomodan; en fin para tomarse libertades que a otros no se tolerarían. *Es muy ido*, se dice; y ese participio pasado del verbo ir, aplicado de tan extraña manera, es una especie de bula sanatoria que hace bueno todo género de caprichos y ex-

centricidades. ¡Bienaventurados los *idos*, porque ellos harán en este mundo cuanto les de la gana!

De esa clase de gentes se dice por acá “que les falta un sentido”. Yo, por más que repaso los cinco que llamamos corporales, no acierto a alcanzar cuál de ellos es el que brilla por su ausencia en las personas distraídas. Verdad es que ellas ni ven, ni oyen, ni huelen, ni gustan, ni tocan como el común de los hombres; pero eso, más que carencia de sentido determinado, supone una manera propia y peculiar de usar de todos ellos. Acaso el que les falte sea el que los moralistas llaman íntimo, en cuyo caso eso explicaría la significación de aquella frase familiar.

Un don Desiderio, a quien en abreviatura llamamos todos don Lelo (diminutivo que cuadra perfectamente al individuo), es un *ido* de solemnidad, y puede presentarse como el prototipo de esa clase de personas. Anda a manera de república hispanoamericana que se está *constituyendo*, es decir, a paso de tortuga; siempre está o cantando o *chiflando*; se para delante de las tiendas, viendo horas de horas cualquiera baratija, y cuando sale de su distracción, tiene ya al derredor un gran círculo de curiosos que se devanan los sesos por adivinar qué es lo que le llama la atención, lleva el pañuelo lleno de nudos, como cuerda de tercero; pues es su costumbre poner esas señales para recordar que ha de concurrir a una cita, que tiene que contestar una carta, o qué evacuar cualquiera otra diligencia muy urgente. Desgraciadamente, suele suceder que cuando ve después los tales *amarradijos*, no puede acordarse ni por cuanto hay para lo que los hizo. Si comienza a hablar, se olvida que lo está haciendo, y charla horas enteras; si se sienta a comer, lo mismo; no concluirá jamás. Sale de su casa y deja la cigarrera, el bastón, y aun el sombrero. Ocasión ha habido en que saliendo a las tres de la tarde para un convite, se ha *ido*, por distracción, al Guarda; y cuando vuelve en sí, ya, con mucho, se ha pasado la hora. Por distracción también

le dice a uno todo el mal posible de sus parientes o amigos íntimos y ya le ha sucedido hacer a un sujeto *honras de cuerpo presente*. Generalmente nada de esto se le toma a mal. ¡*Es tan chiflado!* se dice, y tal vez hasta se celebran esas ocurrencias.

Hará cosa de veinte días, iba yo precisadísimo, y al volver una esquina, doy contra don Lelo, como un buque que se estrella con un arrecife. Inmediatamente me agarró por la levita, y no me fue posible desasirme de él, sino después de una hora.

—¡Hombre! me dijo; siempre anda Ud. como alma que se lleva el diablo! —Tengo hoy mucho qué hacer... —Y yo también. —¿Oué hay de nuevo? —Nada. —¿Ha venido el correo? —No. —Hace calor, ¿es verdad? —Sí. —Va a cambiar el tiempo. —Pues. ¿Conque mucho qué hacer, eh? —Ya.

En eso don Lelo me había desabotonado uno por uno todos los botones del chaleco (es una de las cosas que hace por distracción). Sin dejarse derrotar por mis monosílabos, continuó el interrogatorio:

—¿Ha visto Ud. a nuestro amigo don Nicasio? —¿Cómo que Ud. que le vea si murió hace un año? —¡Hombre! ¡murió! —y se quedó un momento pensativo.

Luego agregó con la mayor cachaza de este mundo, y como hablando solo: —¡Murió! ¡murió! Es verdad; ahora me recuerdo que asistí a su entierro. ¿Ha ido Ud. al teatro estas noches? —¿Cómo quiere Ud. que vaya si no hay ópera? —¡Que no hay ópera! ¿y por qué? —Por la sencilla razón de que se cerró el teatro desde carnaval. —¡Ah! es verdad; estamos en Semana Santa. —En cuaresma, querrá Ud. decir. —Es lo mismo; en cuaresma. En esto sacó del bolsillo un lápiz y comenzó a dibujar en mi chaleco (que era blanco) y en el pecho de mi camisa.

—Salomé, hágame Ud. el favor de darme un polvo. Saqué mi caja (que es de plata) y el *chiflado*, en vez de tomar el ta-

baco, cogió la caja y se la embolsó, completamente distraído. —¿Conque ya sabe Ud. que me caso? —me dijo; y continuó el dibujo. —Así lo he oído, le contesté; —¿y quién es la dichosa...?

—Clara, la hija de doña Manuela. —¡Hombre! No puede ser. —¿Y por qué? —Porque Clara es casada y yo no sé que aquí se haya establecido ya la poligamia. —¡Voto va! que no sé lo que hablo. Es con Dolores, la hermana, con quien yo me caso. Equivoqué los nombres. —Esa es otra cosa. Volví a ver la parte de mi vestido que había servido de papel al lápiz de aquel *ido* de Barrabás, y la encontré tal, que habría podido estudiarse en ella botánica y zoología; tal era la colección de plantas y animales que me había dibujado. —Desde luego convidó a usted para testigo, me dijo; dentro de ocho días será la velación, y así que se abra el punto nos daremos las manos. Dicho esto, dio la vuelta, y sin despedirse, se marchó tarareando una canción y *somatándose* con cuantos encontraba. Me reí de la rara transmutación que había hecho al referirme lo de la velación y lo de las manos, no menos que de lo de la apertura del punto, y quedé creyendo firmemente que no había una palabra en lo de la tal boda.

Pero, con no pequeño asombro, recibí una esquelita de don Lelo, ocho días hace, en que me citaba para la noche siguiente, en casa de la novia, donde debía tener lugar la ceremonia. Tomé informes y supe que en efecto había cristiana que tenía suficiente vocación al estado, como para decidirse a casarse con el *ido*. A la hora señalada, acudí, y lo mismo que yo hicieron los demás convidados. El hombre no estaba allí.

—Estará acicalándose más de lo acostumbrado, dijo alguno. Pasó una hora, y don Lelo no llegaba; dos, y nada. La familia se inquietaba; la novia se ponía de mil colores; *sus amigas* se sonreían; y cuando la infeliz estaba a punto de soltar las lágrimas, entra mi hombre a paso redoblado, vestido como quien viene de una cacería. Y era así, en efecto. Don

Lelo se olvidó de que aquel era el día señalado para la boda, y tomando su escopeta, se fue a corretear venados. Cuando se acordó que le esperaban para cazarlo a él, volvió a la ciudad con toda la ligereza de que era capaz, y sea por distracción o por no perder tiempo en cambiar traje, se presentó en aquella ceremonia hecho un verdadero Nemrod. El cuerno en que llevaba la pólvora se le había subido hacia el hombro, y asomaba la punta por encima de la espalda. Disculpóse lo mejor que pudo; y no fue menester mucho, pues todos a una voz dijeron: ¡Como es tan *chiflado*! Si tal cosa ocurre a otro cualquiera, le habrían echado noramala; pero el *ido* estaba autorizado para todo.

Se casó, pues, don Lelo; y su esposa será feliz con él, como se acostumbra a sus distracciones, pues por lo demás es un hombre de apreciables circunstancias. Tendrá hijos, y apuntará su número y sus nombres para no olvidarlos. No será mucho que en los libros de su casa, (pues es comerciante) aparezca uno de los angelitos incluido en alguna factura. Afortunadamente, don Lelo hace el comercio de buena fe; y así no hay peligro de que el nombre de alguno de sus niños figure entre artículos introducidos de contrabando.



## MIS HUÉSPEDES

El nombre del primero que abrió un establecimiento público para alojar a los viajeros en las poblaciones, debiera estar escrito en letras de oro en el catálogo de los bienhechores de la humanidad. Y sin embargo, apostarí yo doble contra sencillo a que la posteridad desagradecida ha olvidado quién fue ese filántropo, cuya estatua habría de adornar las fachadas de todas las casas de hospedaje; desde el elegante hotel hasta el mesón modesto. Nada extraño será, porque los pueblos carecen, como suele decirse, de la “memoria del corazón”. Se sabe seguramente quién inventó la pólvora, los pasquines, los periódicos, los cañones rayados y otras cosas igualmente *mortíferas*, y nadie trata de averiguar quién fue el primero que cuidó de evitar a los particulares el engorro de alojar en sus casas a los pasajeros.

Entre nosotros ha comenzado a haber hoteles de pocos años a esta parte; y como debe suponerse, están todavía distantes de la perfección a que pueden aspirar. Tales cuales son aún, esos establecimientos sirven de mucho; y los descontentadizos no tienen más que ver lo que son nuestros antiguos mesones, únicas casas de hospedaje que antes se conocían, para advertir que se va adelantando poco a poco en eso, como en otras muchas cosas. No habiendo aquí una grande afluencia de viajeros, no puede haber tampoco establecimientos que exigen gastos considerables; y, por otra parte, debe convenirse también en que la falta de estos retrae a muchos de visitar la capital con más frecuencia. Sucede pues, en esto lo que respecto a los lectores y escritores, decía Fígaro: no hay

hoteles porque no hay viajeros; y no hay viajeros porque no hay hoteles.

Algunos de los que vienen de los departamentos a esta capital, especialmente cuando hay fiestas, suelen, por no *apearse*, como se dice, en un hotel, arrostrar las incomodidades que trae consigo el poner casa para unos pocos días, o bien aceptan la hospitalidad de algún amigo. Cuando las alojadas son una, dos o aun tres personas, y el huésped posee una habitación amplia y adecuada, los inconvenientes del hospedaje son insignificantes y se sobrellevan con gusto, atendido el que causa la presencia de amigos y parientes a quienes se ve tal vez de tarde en tarde. Pero cuando es una familia entera, como suele suceder, la que se instala en nuestra casa, se nos hace sufrir un tormento de que no tienen idea los que no hayan sido víctimas de semejante chasco, como lo fui yo en la Semana Santa que acaba de pasar.

Algunos de mis lectores habrán oído mentar sin duda a un señor don Juan *Ante-portam-latinam* Pollín y Revolorio, estante y habitante de una de las principales poblaciones de cierto departamento que no nombraré. Es hombre muy rico y con un *familión* que lleva tratas de convertirse en tribu, y que podría ser una base muy regular para la colonización de alguno de nuestros terrenos deshabitados. Tiene sus humillos de hidalgo, y guarda cuidadosamente unos pergaminos viejos por los cuales consta que desciende de los conquistadores y que un Pollín sirvió no sé qué destino importante (pregonero creo) en uno de los primeros cabildos de la primitiva ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. El Pollín actual es un excelente sujeto, y si se le quitasen las pretensiones nobiliarias, casi no habría en su carácter, lado que no fuese serio y respetable. Las gentes de su tierra, que según él dice, son algo *igualadas*, se olvidan con más frecuencia de la que él quisiera de la ilustre ascendencia del señor don Juan, y por igno-

rancia o por malicia, han dado en llamarle simplemente don Tiporta, haciendo la más extraña y caprichosa abreviatura del *Ante-portam* que forma parte de su nombre de bautismo.

Hará unos trece o catorce años, estuve en la villa natal de este vástago de una raza de héroes; y una carta de recomendación que para él llevaba, hizo me ofreciese en su casa la más franca hospitalidad de que tuve el honor de disfrutar durante cuatro días. Desde entonces llevo con don Juan *Ante-portam-latinam* una correspondencia tan seguida como lo permite mi filosófica pereza; y hará unos diez años lo menos que mi amigo me está amenazando con devolverme la visita, pues es hombre que no acostumbra quedarse con nada de nadie. Visto que había transcurrido tanto tiempo sin que los amagos llegasen a realizarse, ya había aplazado nuestras visitas hasta el valle de Josafat, pues eso de que yo haya de volver por aquellos mundos, es pensar en lo excusado. El sábado de Ramos estaba en mi balcón, tranquilo y descuidado, como nos sorprenden siempre los grandes infortunios, ocupado en ver si podía pescar entre los paseantes algunos tipos para mis artículos de costumbres, cuando me llamó la atención el ruido de un gran tropel de caballos. Vuelvo la cabeza hacia la parte de la calle de donde venía el alboroto y veo una comitiva numerosa, compuesta de personas de todos sexos y edades. Señoras en antiguos sillones de *tablita*, trayendo paraguas por quitasoles; señores montados en excelentes mulas; criaturas que venían por *delante*; criados, etc.

—Es alguna familia de fuera que viene a pasar aquí la Semana Santa, dije para mí, y no fijé ya la atención en la comitiva. Pero, ¡cuál sería mi sorpresa al ver que aquella legión de caminantes se iba entrando por las puertas de mi casa! — Se han equivocado —pensé— y han tomado mi habitación por un hotel. Salgo al corredor, y ¡desventurado de mí! veo que era don Tiporta, con su mujer, su suegra, sus dos hijas

casadas, otras dos que rabian por casarse, sus yernos, seis nietos de diferentes edades y cuatro o cinco criados, que se me venían encima como un ejército enemigo que cae de improviso sobre una población indefensa y descuidada. —Al fin, mi amigo, venimos a recibir el favor de Ud. por ocho o diez días, me dijo el esclarecido Pollín, abrazándome, mientras los yernos apeaban a los muchachos. —Muchas gracias —le contesté—; el favorecido soy yo; y habiendo contado rápidamente mis huéspedes y sumado diez y nueve entre amos y criados, grandes y chicos, comprendí todo el horror de mi situación.

La suegra es una señora ya *grande* como algunos dicen a los viejos; que tiene entre pecho y barba, el güegüecho más frondoso que en mi vida he visto. No es un güegüecho de una sola pieza, sino que se compone de cuatro o cinco partes de diversos tamaños y figuras, lo que le da la apariencia de un hermoso frutero. La voz naturalmente sorda al salir de los robustos pulmones de doña Brígida, sufre infinitas modulaciones al pasar por entre las sinuosidades de aquel enorme *bocio*, como el aire que sale por la boca de una corneta o pistón, después de haber dado vuelta a las múltiples roscas del instrumento. Cuando doña Brígida se altera o grita, cuando está alegre y se ríe, o cuando sufre y llora, su voz es un órgano al que se han soltado todos los registros y casi no hay tímpano humano que pueda resistir aquellos sonidos alternativamente graves y agudos, pero siempre atronadores e insufribles. La esposa de mi amigo es excesivamente gruesa; y cuando fui, como lo exigía la atención, a ayudarla a bajar del caballo, se vino sobre mí, con todo el peso de sus siete arrobas; y no pudiendo resistirla, caí de espaldas y quedé debajo de aquel volcán de agua con honores de mujer.

—¡Santo Dios! —gritó doña Brígida desde el fondo de su güegüecho. Las niñas acudieron asustadas a ayudar a los yernos y a Pollín, que con sus cuatro criados y uno de mi casa, al

fin lograron levantar aquel zurrón de grana en traje femenino. —No ha sido nada —dije yo—; y salí cojeando y con un brazo magullado, a disponer dónde había de acomodar aquel ejército de huéspedes.

Las hijas que la llevan de francas y que lo que tienen en realidad es esa llaneza que acompaña casi siempre a la mala educación, comenzaron a registrar la casa hasta sus últimos rincones, y se instalaron por sí y ante sí en unas piezas que tienen balcones a la calle, pues decían que querían verlo todo. Los gahnápiros de los yernos atendían a la colocación de los baúles y los catres, y los muchachos, el mayor de los cuales tendría quince años y el menor dos, comenzaron a manosear los muebles con infantil curiosidad. Nadie se acordó por lo pronto de las bestias, que quedaron por su cuenta y riesgo en el patio y destruyeron en un cuarto de hora mi jardín formado con no poco esmero y trabajo.

No fue de menos el que me costó distribuir convenientemente a los Pollines en las habitaciones, colocando de dos en dos a los adultos, a los párvulos de tres en tres, acompañada cada sección de una de las dos solteras empedernidas. Doña Brígida quedó en un aposento, tabique de por medio con el único y pequeño cuarto a que hube de reducirme, y para comedor se destinó provisoriamente uno de los corredores.

Fácilmente se podrá imaginar qué días y qué noches me dieron aquellos condenados. La suegra hacía retumbar la casa con sus ronquidos, y a cada ataque de tos que le acometía, creía yo que era llegado su último momento, esperando por instantes la noticia de que le hubiese reventado la enorme *cantimplora*. Me fue preciso acompañar a aquella buena gente a las procesiones y a todo lo demás que hay que ver en la Semana Santa; para lo cual ellas y ellos se vistieron de la manera más ridícula, con trajes tales como se usaban hace 20 o 30 años. Las damas los llevaban semejantes a los que vemos

pintados en algunos platos antiguos, estrechos, rebajados de escote y con la cintura cerca de la garganta. Los chicos eran unas extrañas miniaturas de los grandes, pues no vestían con la sencillez propia de su edad. No es necesario decir que aquella rara comitiva que parecía más bien de carnaval que de Semana Santa, y en medio de la cual tuve que andar de Anás a Caifás y de Herodes a Pilato, dio mucho que reír en esos días. Ellos como no advertían la novedad que causaban, corrían impávidos la ciudad de arriba abajo, y declararon *muy alegre* la Semana Santa.

Mi casa se volvió una Babilonia. Los chicos, cuando no estaban en la calle, se ocupaban, con otros de las vecindades con quienes luego fraternizaron y se unieron, en reproducir las procesiones que veían por las calles, y algunas de las ceremonias que habían presenciado en las iglesias. Tenía yo, pues, en los corredores *cucuruchos* con sus correspondientes pitos y tambores, *escuadrones*, penitentes, procesiones en toda forma, con tropa en miniatura y una banda de música formada con trompetillas, acordeones, chinchines, tambores y otros instrumentos que sonando todos a un mismo tiempo, formaban la más inaguantable orquesta. El bueno de Tiporta, su mujer, la suegra y los demás de la familia, celebraban las ocurrencias de los muchachos y se divertían a más no poder. Yo era el único que estaba mohino y malhumorado. Algunos de mis papeles interesantes se convirtieron en chacós y kepis de aquellos oficiales y soldados improvisados, y para adornarlos, me desplumaron cuatro hermosos quetzales que tenía en la sala. Las mesas servían de andas en las procesiones y las carpetas de palios. En fin, todo andaba rodando y la casa era un infierno. Lo que acabó de dar al traste con la paciencia que me quedaba, fue que ocurrió a aquellos belitres hacer un Judas de trapo y al efecto echaron mano del mejor de mis traques, de mis pantalones, de mis botas y de mi sombrero; y

rellenando el muñeco con la ropa de mi cama, el jueves amanecí colgado en efígie sobre el tejado de mi casa. La broma me pareció pesada y mandé bajar el maniquí inmediatamente. Fue sustituido con otro, aunque ya no con mis vestidos, y los dejé hacer, resuelto como estaba a aguantar hasta que Dios fuese servido de remediarlo. El sábado santo trepó al tejado la turbamulta de diablitos y descolgando a Judas, sin que yo lo advirtiera, lo montaron y lo ataron bien en mi caballo, que quiero como a las niñas de mis ojos, y se largaron a la calle, donde la comitiva se engrosó extraordinariamente. Cuando advertí la travesura, era ya tarde para remediarla. El pobre animal recorría la ciudad seguido y acosado por centenares de verdaderos Judas, y no pude hacerlo volver si no cuatro horas después, maltratado y medio muerto de fatiga. Los Tiportas reían hasta desgañitarse, y yo me encerré en mi cuarto bajo llave, me fingí enfermo y me propuse no volver a salir hasta que la casa estuviese libre de aquellos satanases.

El tercer día de pascua levantó el campo la turba intolerable. Yo entreabrí la puerta, y sin asomar la cabeza, recibí la despedida y las gracias de don Juan, de la suegra, de la esposa, de las hijas y de los yernos, que no acababan de ponderar lo contentos que habían estado y me aseguraron que en diciembre vendrían otra vez a recibir mi favor, y que tardarían algunos días más que ahora, que habían venido muy de paso.

—Corriente, les contesté, los espero, resuelto y muy resuelto a emigrar de la ciudad si tal cosa llega a suceder, antes que volver a recibir a tan molestos huéspedes. Véase, pues, con cuánta razón bendigo las casas de hospedaje: Si yo fuera dictador, daría inmediatamente una disposición para que ningún pasajero pudiese alojarse en casa particular. Me lo agradecerían los dueños de hoteles y mesones, y todos los ciudadanos pacíficos, mientras haya en el mundo Tiportas y Pollines.



## EL PARAGUAS

¿Qué se puede escribir sobre un paraguas? ¿A qué consideraciones políticas, morales o filosóficas podrá servir de tema un mueble tan prosaico y tan vulgar? Apurado he de verme para escribir un cuadro de costumbres sobre el paraguas, si he de tratar de decir algo que valga la pena de ser leído, y si no me he de apear por las orejas, haciendo solamente unas cuantas variaciones sobre una paradoja. Pero todo tiene en este mundo sus ventajas; y el escoger un asunto árido y seco como materia de un artículo, ofrece la de llevar anticipada la disculpa, si a la mitad del escrito el papel se cae de la mano y no puede llegar al fin de él el lector más cachazudo. ¡Qué se podía decir sobre un paraguas! ¡Qué había de salir si no un artículo muy *aguado*! Vaya eso por vía de prólogo precautorio y entremos en materia.

Creo que no me sería difícil probar que el uso del paraguas viene desde la más remota antigüedad. Hubo paraguas desde que hubo lluvias; y yo sé, por haberlo leído en un autor eruditísimo, que en los primeros días de los cuarenta del diluvio universal, se hizo un consumo enorme de esos muebles, realizándose todos los surtidos que existían sobre la faz de la tierra, con notable provecho de los mercaderes, hasta que se vio la inutilidad de tales instrumentos. Dejando aparte toda chanza, puede asegurarse que el paraguas no es en manera alguna una invención moderna; pues si bien hay quién dice que en Francia no se introdujo su uso sino hasta por los años de 1680, y en los diccionarios antiguos castellanos que yo he podido consultar no se encuentra la palabra paraguas,

lo cierto es que ese aparato pasó de la mitología pagana al cristianismo como un símbolo de honor y dignidad. Remito al que desee más detalles sobre el particular, a Pausanias y a Hesichio, célebres escritores griegos, quienes dan noticia de cierta fiesta que se celebraba en honor de Baco, en la cual se paseaba la estatua del falso dios debajo de un paraguas.

Tanto en las dimensiones como en otras circunstancias esenciales o accidentales, el paraguas contemporáneo es harto diferente del de principios del presente siglo. ¡Cuánta distancia del paraguas español, fuerte, espacioso, durable, si bien poco elegante, al endeble y efímero paraguas francés de la época ingrata que hemos alcanzado! Aquel resistía impávido los aguaceros tropicales; cobijaba si era necesario, una familia entera y pasaba de generación en generación con los demás bienes abolengos. El paraguas actual cubre escasamente la cabeza y a los dos o tres meses de uso, está agujereado, hecho pedazos, inservible. Si yo fuera un Montesquieu, escribiría sobre la *grandeza y decadencia de los paraguas* una obra que me haría inmortal; pero no siéndolo, tengo que limitarme a consignar este piadoso y triste recuerdo de los paraguas de nuestros mayores.

*Sunt Lacrimæ rerum  
Et mentem mortalia tangunt.*

Yo saludo siempre con júbilo al primer paraguas que alcanzo a ver en la estación lluviosa. Después de los calores sofocantes de la primavera, y más cuando esta se hace la remolona y perezosa para abandonar el campo, como ha sucedido este año, desea uno esos aguaceros que refrescan la atmósfera, hacen reverdecer los prados, vivifican la naturaleza entera y alegran a los labradores, con tal que no sean nopaleros. El primer paraguas que, sacudiendo el polvo de la funda, sale a

luz, despliega y hace crujir el arrugado tafetán sobre las encorvadas varillas, es para mí la declaración oficial de la entrada del que llamamos nosotros invierno. Por mi gusto daría un abrazo al primero o a la primera que abre su paraguas por abril o mayo.

Y sin embargo preciso es confesar que el paraguas, reducido a su más simple expresión, como ha venido ya a quedar, gracias al despotismo de la moda, es un mueble poco menos que inútil. Hacerse de él hoy día, es comprar por cuatro o cinco pesos el derecho de empaparse sin tener vergüenza. ¿Quién no lleva un paraguas cuando está lloviendo? ¿Hay cosa más ridícula que mojarse francamente? El desventurado que carece de ese adminículo, si se encuentra, sorprendido en la calle por un aguacero, apresura el paso, busca el abrigo de un alero y excita la compasión de los transeúntes. ¡Mojándose y sin paraguas! ¡Qué desgracia! El que lo lleva puede saturarse impunemente. Va por el medio de la calle, recibe torrentes de lluvia, el agua regularmente se cuele por el tejido del tafetán, chorrea por los extremos de las varillas, el paraguas se doblega y está a punto de romperse con el viento, va Ud. calado hasta los huesos; pero, ¿qué importa?, ¿lleva Ud. un paraguas?, pues ha salvado el sombrero y *el honor*.

Hay lances en la vida en que daría uno cualquier cosa por un paraguas. La atmósfera está cubierta de nubes, truena y relampaguea, comienza a abrirse las cataratas del cielo, y Ud. recorre esas calles de Dios, habiéndose dejado en casa el consabido mueble. Ve Ud. pasar, ligera y acongojada, una mujer amable, una mujer a quien evitaría Ud. una incomodidad a cualquier precio. Va mojándose, y Ud. no tiene, ¡desventurado!, un triste paraguas que poder ofrecerla. Me ha sucedido ver a un cortejo, en tarde de invierno, inmóvil junto a una reja, abotonado hasta la garganta, las manos en las faltriqueras, recibiendo en el sombrero torrentes de agua que lo bañan

por todas partes. En esa situación excepcional, vi salir a la ingrata, a cuyos labios asomó (tal vez sin que ella lo pudiese remediar), una sonrisa medio burlona y medio compasiva.

—¿Se ha mojado Ud.? —Un poco, pero eso y mucho más... etc. ¡Inútiles recursos oratorios! El amor no resiste al ridículo, y aquel era un hombre perdido. Si hubiera sido un rey, habría debido, parodiando la célebre frase de un monarca inglés, ofrecer *su reino por un paraguas*.

Por eso hay muchos que antes saldrían sin sombrero que sin paraguas; que lo llevan desde principios de abril hasta fines de octubre, aun cuando esté el cielo despejado, aun cuando sea el veranito de San Juan o la canícula. Si comienza a gotear, despliegan el pabellón de seda; si encuentran alguna conocida, hacen como que no la ven ocultándose tras el paraguas mismo, o si el lance apura mucho y han tenido la fortuna de verla desde lejos, no lo extienden sino cuando ha cesado el peligro; esto es, cuando se ha alejado la persona a quien tendrían que ofrecerlo. Porque sucede con harta frecuencia que el paraguas prestado no vuelve a juntarse con su dueño en este valle de lágrimas. Los paraguas, como los libros y como algunas otras cosas, no se devuelven; y si uno logra atraparlos, es cuando habiendo pasado de mano en mano, en círculo vicioso, tornan al fin, como el hijo pródigo, rotos, sucios y golpeados de la fortuna, a buscar el abrigo del hogar doméstico.

¿Y qué diremos cuando nos hacen el favor de prestarnos un paraguas de esos que pertenecen al número de los veteranos que, cubiertos de honrosas cicatrices y de mal cerradas heridas, habían ya alcanzado su retiro? Cerrados, engañan a cualquiera; sale Ud. a la calle, despliégalos y descúbranse todas las miserias. La tela está rota por todas partes; la mitad de las varas están zafadas; el tubo no sube con facilidad y el instrumento se queda a medio abrir. Vuelve Ud. a cerrar el

inútil trasto; y como sería absurdo llevarlo a la vista de todos cuando llueve, sin servirse de él, lo oculta Ud. como un arma prohibida, bajo la falda de la levita. Al día siguiente lo devuelve con muchos cumplimientos, quedando agradecido y... no sé qué otra cosa más.

Don Casimiro Ballenas tiene un paraguas de esos que se han hecho tan raros; dice que lo quiere como a su mujer, y hay quien asegura que algo más. En el día es de tafetán barcino; pero ha cambiado ya varios colores, como algunos hombres públicos. Con él puede uno desafiar el diluvio, seguro de que va como en su casa. Una noche vi guarecerse bajo su techo protector a la familia entera de Ballenas, compuesta de siete individuos, que salieron de aquella galera portátil enjutos y bien acondicionados. El origen del paraguas monstruo de don Casimiro se pierde en la noche de los tiempos, y ni él ni nadie sabe de dónde vino ni quién fue su primer dueño. Ha sufrido tantas transformaciones, que se podría escribir sobre ellas un libro como el de las *Metamorfosis* de Ovidio. Tres veces le han cambiado el tafetán, por viejo y roto, y otras tantas las varillas, de suerte que del paraguas primitivo apenas queda una u otra pieza en el actual.

—Todo sobrevive al hombre —me dije a mí mismo pocos días hace, al ver salir a luz por la primera vez en este invierno el archiparaguas de don Casimiro. ¡Más de tres generaciones se han abrigado en días y en noches de lluvia bajo ese aparato; ellas han desaparecido y el paraguas queda, testigo mudo de tantas vicisitudes como han ocurrido en la familia de que forma parte! Cuando Ballenas lleva abierto su paraguas, es necesario hacerle lugar para que pase, dejándole libre y expedito un espacio de tres varas. Un *chucán* le ha aconsejado lo venda al Ayuntamiento para que se arriende junto con las *sombras* del mercado; otro tuvo la humorada de pedírsele prestado para cubrir provisionalmente una casa a la cual se había qui-

tado el techo; y hubo excéntrico que le aconsejó lo alquilase a los acróbatas que dieron, algunos días hace, espectáculos en la plaza del Sagrario, asegurando que el paraguas de Ballenas haría las veces de la más amplia tienda de campaña. Él los deja decir y cuando llueve, se sonrío al ver los diminutos y elegantes paraguas modernos, que apenas bastan a defender la cabeza de quienes los llevan.

Nuestros indios, de los cuales deberíamos aprender muchas cosas buenas, en lugar de enseñarles tantas malas, usan una especie de paraguas poco vistosos, pero mejores de seguro que los nuestros. El *suyacal* no tiene tafetán, ni varas de hierro, ni ballenas; pero yo tengo para mí que debe defender mejor de la lluvia que los quitasoles que hoy usamos con el nombre de paraguas. ¿No sería oportuno que la gente de buen tono ensayase el uso del *suyacal*? Modas más ridículas hay, y nadie las repugna. Debería ofrecerse un premio al primer petimetre y a la primera elegante que se presentasen un día de agua en un paseo bajo un *suyacal*. Se evitarían así las mojadas y ganaría la profesión del *suyacalero*, que según yo pienso, no debe estar en situación muy ventajosa. Someto, pues, respetuosamente, esa idea a los proteccionistas de la indumentia indígena.

## UN DUELO

Nuestra rica lengua castellana, cuya opulencia ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada, por lo cual me guardaré de ponerla en duda como de meterme a nopalero, tiene de vez en cuando ciertos asomos y barruntos de pobre, que provocan a muchos a darle limosna; sentimiento caritativo que ha dado origen a más de cuatro neologismos, con escándalo de los puristas. Una misma voz suele servir para expresar ideas tan diferentes, que con frecuencia se incurre por esto en errores graves, tomando una cosa por otra que le es enteramente contraria. Diremos, pues, que nuestro idioma es un señor muy rico; pero que, a semejanza de muchas gentes acaudaladas, se porta en lo mejor como un mendigo, guardando sus tesoros bajo de siete llaves.

Ocurriéronme estas reflexiones al escribir la palabra que sirve de encabezamiento a este artículo; temiendo que el doble o triple significado de la voz duelo, pueda hacer creer a algunos que voy a tratar de un asunto muy diferente del que me propongo. En efecto; ¿quién ignora que duelo significa en castellano el combate entre dos personas; el dolor, la aflicción, el sentimiento, la solemnidad funeral y el concurso de los que, concluida esta, pasan a visitar a las personas que han perdido algún deudo? Cervantes en el capítulo primero del *Quijote* habla de *duelos y quebrantos*; y según uno de los comentadores de aquel libro inmortal, se llamaba así en la Mancha una especie de olla compuesta de las extremidades de los huesos quebrantados de las ovejas que se morían. Tenemos, pues, tres o cuatro significados diferentes de la palabra duelo,

ya usada en singular y ya en plural. ¿Qué extraño será entonces que mis lectores permanezcan todavía perplejos sin saber en cuál de esas acepciones la tomo yo en el presente artículo?

Para sacarlos de una vez de dudas, les diré que no uso la palabra duelo en concepto de combate (que entre paréntesis, no es lo mismo que desafío); y eso, entre otras razones, porque tales duelos son plantas exóticas que no han podido aclimatarse entre nosotros. El que se considera aquí agravado, o lo lleva en amor de Dios, o pone la demanda; que eso de andarse a balazos y a estocadas, no es para los que somos *quitados de ocasiones*, como cierto gallo cuya índole pacífica se ha hecho proverbial. El duelo de que voy a tratar es la solemnidad fúnebre que sigue a la muerte de alguna persona; y como me refiero a un asunto de suyo triste y lacrimoso, me dispensará el lector si no le doy un Cuadro tan divertido como él acaso lo querría.

Y no porque entre nosotros todo lo fúnebre sea precisamente triste. Por acá jugamos hasta con los muertos. Díganlo, si no, algunos epitafios que serían capaces de hacer reír a los que los tienen encima, si los vieran; y díganlo los *velorios* con que la gente pobre *celebra* la muerte de sus deudos. A propósito de esto, ya que me siento hoy en vena de filosofar, diré que apenas hay entre las costumbres de nuestro pueblo otra que me horripile más que esa de beber, reír, cantar, bailar, etc., en presencia de un cadáver, aun cuando este sea el de un niño. Ese despojo frío de la muerte presidiendo a las bañaniles de los vivos, tiene algo de espantosamente romántico; digno de ser descrito por la pluma de un Byron. ¿Qué especie de sentimiento es el que revela esa asociación extraña de dos ideas tan contradictorias? ¿Se pretende ahogar la pesadumbre entre la excitación de la orgía? ¿Es insolencia? ¿Es el vicio con sus peores instintos que busca pretextos para darse rienda y los encuentra acaso en aquello mismo que debiera servirle de

poderoso correctivo? Todo eso puede ser; y sin embargo, si va a preguntarse a muchas gentes lo que significa esta extraña práctica, contestará con una palabra muy cómoda, por cierto, pero que nada explica: *la costumbre*.

Perdóneseme la digresión, y vamos al objeto del presente artículo, que es un duelo tal como suele hacerse entre nuestra clase distinguida. Alguno dirá que esa es una cosa verdaderamente seria y extrañará tal vez que la tome como asunto de un artículo de esta especie. Líbreme Dios de hacer objeto de burlas lo que es realmente sagrado y respetable. El verdadero dolor cuyos caracteres son tan marcados e inequívocos, es digno de toda consideración. ¡Desgraciado de aquel que no lo ha experimentado alguna vez! Ese, o no tiene en torno suyo seres queridos, o si los tiene, deberá llorar algún día su pérdida. Pero el duelo que está solamente en las exterioridades y no llega al alma, el duelo de convención, tiene mucho de cómico y se presta al ridículo, como otra ficción cualquiera.

Hará cosa de cuatro meses recibí una esquela de muerto, en la forma acostumbrada y con el correspondiente *cuyo* en el último renglón, en que se me invita a concurrir al entierro de doña Lupercia Costales, señora respetable, que vivió y murió en el estado honesto, con menos gusto suyo probablemente que de su familia, a quien legó al partir de este mundo, unos treinta mil pesos, después de haber asignado no sé qué bagatela para su alma, nombrada heredera por la forma. Una hermana suya casada, el marido de esta que había pedido esperas, esperando que doña Lupercia se resolviera al fin a sacarlos de apuros, y las hijas de este matrimonio, tres niñas muy guapas y elegantes, iban a entrar en posesión de los bienes de la difunta, a quien en vida no habían querido mucho; pero ya muerta era otra cosa. No se veía más que la herencia... digo las virtudes de doña Lupercia; y de consiguiente, aquella infeliz familia estaba entregada al más acerbo dolor.

Concluido el funeral, pasamos a casa de la finada a dar el pésame, y penetramos con dificultad por entre una masa de mendigos que ocupaba el zaguán. La sala estaba enlutada con un paño negro (muy sucio y chorreado de cera, por más señas); y se había retirado o tapado todo adorno impropio del aspecto lúgubre que debía presentar la pieza. En una cabecera del sofá estaba, vestido de negro, sin afeitarse, cabizbajo y abrumado por la pena, don Eleuterio Garrafuerte, dueño de la casa y hermano político de la difunta. El numeroso acompañamiento estuvo sentado breve rato; después poniéndonos en pie, todos, simultáneamente, como impelidos por un resorte oculto, fuimos pasando uno tras otro por delante de don Eleuterio, y dándole un expresivo apretón de manos murmuramos entre dientes algunas frases ininteligibles, tales como *acompañó a Ud...; siento infinito...; desgracia...; pesadumbre..., etc.* El infeliz tenía sin duda un nudo en la garganta; pues apenas acertaba a contestar, e involuntariamente se le saltaban las lágrimas. Así terminó la parte que podía llamarse oficial de la ceremonia. Salimos al corredor y mientras encendíamos los puros pude oír unas cuantas observaciones muy poco caritativas sobre la difunta y sobre los dolientes, a los mismos que acababan de manifestar todo su *sentimiento*.

En mi calidad de amigo íntimo de la casa, pasé en seguida a la habitación de las señoras, para darles el pésame. Desgraciadamente era ya tarde, no habían encendido las velas, y como las ventanas estaban “a piedra y lodo”, reinaba la más completa obscuridad en la pieza. Esto es de rigor dondequiera que hay duelo, y así no me cogió de nuevo. Parece que la luz y la pesadumbre son antípodas y no deben estar juntas. Busqué a tientas una silla, tuve la fortuna de encontrarla y me coloqué en ella sin decir palabra. Poco a poco me fui acostumbrando a la obscuridad, pude distinguir los objetos y vi que además de la señora de Garrafuerte y de sus hijas, había

unas diez o doce personas de fuera, la mayor parte del sexo que nosotros hemos convenido en llamar bello. Una de tantas, la más mujer de todas, sin duda, rompió al fin el silencio, y se entabló en el acto una conversación general interrumpida por sollozos y por un repetido *sonamiento* de narices.

—¿Cómo ha sido esto, niña por Dios? —dijo la preguntante a la mamá. ¡Estaba tan entera y tan robusta! Un gran susto llevé esta mañana cuando, antes de desayunarme, entró don Anacleto Malasnuevas, y sin más acá ni más allá, me encajó la noticia, que acababa de saberla por un empleado de su oficina, que oyó el doble y preguntó a otro y este le dijo que un primo del carpintero le contó que era en tu casa donde había ocurrido la desgracia. La afligida familia contestó únicamente a esa descarga con gemidos que parecían arrancados de las telas del corazón; y continuó el fuego.

—¿Qué edad tenía la señora? —Cincuenta y nueve años, once meses y veintinueve días. —Yo que sabía que rayaba en los setenta —dije para mí—, la pesadumbre ha trastornado la memoria de estas pobrecitas. Luego añadió la de la pregunta: — ¡Jesús, niña, todos ustedes los Costales han muerto jóvenes! — ¡Ay! sí, todos hemos muerto en la flor de la edad, dijo la de Garrafuerte, y se sorbió de un trago media jícara de chocolate, pues había yo olvidado decir que estaba tomándolo, aunque aseguraba que no le *pasaba* nada.

—¿Y qué mal fue por fin? dijo otra dama. — Daño, contestó una de las niñas.

—Mal mal es ese, replicó otra. —¿y qué médico la vio? —El doctor Tisana

—¡Ah! con razón se murió; ¡si ese mata a todos los que cura! ¿Por qué no vieron a Lizana, que es tan acertado y tan primoroso? —Todos son iguales, niñas y como nadie se muere la víspera, y como no hay que tenerle miedo al rayo sino a la raya, ya ves que lo mismo hubiera sucedido con cualquiera.

Me admiré de oír que, a pesar de esas observaciones medio fatalistas, la respetable asamblea concluyó por unanimidad, que los médicos habían matado a *nana Percha*, que así llamaban familiarmente a doña Lupercia.

En eso entró un eclesiástico anciano, bajito de cuerpo, que había auxiliado a la finada en el último trance. Verlo y romper a gritos y exclamaciones, fue todo uno; pues su presencia avivó la pesadumbre de la atribulada familia.

—No quería yo verlo —dijo la señora. —Yo sí, pero lo temía —exclamó una de las niñas. —Yo no, porque esto me va a costar la vida, gritó otra. Y luego la tercera: —Pues yo sí, porque había de ser tarde, que sea temprano. Con esto se entabló un fuego de cañas de *yo sí y yo no*, que duró un cuarto de hora largo; hasta que serenándose la borrasca, se despidieron dos de los amigos. Pude oír que al marcharse, preguntaron en voz baja a una de las señoritas Garrafuete de qué forma quería el talle del traje de duelo, y la contestación de la *doliente*, erizada de términos técnicos de la ciencia de la moda. Poco después apareció otra señora que; a tientas, fue saludando con el abrazo de costumbre a todas las que en el duelo estaban. Como la obscuridad era completa, tomó al eclesiástico por persona de su mismo sexo, engañada por la estatura y por el traje, y le echó los brazos sin ceremonia. El pobre padre retrocedió todo amostazado, y yo tuve que advertirla su error.

—¡Ave María! —dijo, como vengo *encandilada*, ¡esto está como boca de lobo! ¡Vaya una *escurana*!

Sentóse la nueva pesamista e hizo la correspondiente descarga de preguntas:

—¿Cómo fue esto? ¿De qué murió? ¿Quién la vio? ¿Cuántos años tenía?, etc. La familia tuvo que repetir la misma historia por la centésima vez en el día, con la conclusión obligada de que los médicos habían despachado a la pobre señora. Una de las señoritas pidió *una luz*, y mientras la lleva-

ban, entró en aquella mazmorra don Anastasio Tarambana, el hombre más nervioso y ateperetado de las cinco repúblicas de la América Central. En medio del día y con el sol claro, tropieza con las gentes y con los muebles, no ve dónde se sienta y rompe cuanta toma en sus manos. ¿Qué hará en la oscuridad?

No veo nada —dijo— y se lanzó impávido. —Por aquí; por allí; por acá, por allá —le decían—, e iba aturdido de un lado a otro, empujando a este, dándose con aquel, derribando un trasto y haciendo otros desaguisados, hasta que dio con una silla. Se dejó caer en ella sin advertir que estaba ocupada por Turco, el perro favorito de una de las señoritas, que al sentir el machucón, se levantó furioso y clavó sus dientes afilados en la parte del cuerpo de Tarambana que se puso en contacto inmediato con él. El hombre dio un salto y fue a caer sobre los callos del padre, que lanzó un grito de dolor.

—Usted dispense —dijo Tarambana—; pero ese condenado chucho..., y pasó a sentarse precisamente sobre la señora Garrafuerte, que tenía aún sobre las rodillas un azafate con la jícara de chocolate y los adminículos con que lo acompañaban. — ¡Me rompe los trastos! —gritó la señora y empujando con todas sus fuerzas al ateperetado, lo hizo caer de bruces en medio del cuarto. En eso entró la criada con una vela y puso término a aquella ridícula escena.

Cansado de oír suspiros y gemidos, y los lugares comunes acostumbrados de: ¿hubo mucha gente en el entierro? ¿Fue Carlos? ¿Estuvo Federico? ¿Cargó Enrique...? preguntas que hacían las sobrinitas de la difunta, con voz gangosa y acata rrada, me despedí de la afligida familia, dejando a Dios y al tiempo el cuidado de proporcionarle algún consuelo. Nueve días después volví a visitarlas, y todo había cambiado. La alegría reinaba de nuevo en aquella casa. Garrafuerte contaba dinero, el dinero de la ya olvidada doña Lupercia. La señora

atendía a sus quehaceres ordinarios; las niñas conversaban con Carlos, con Federico y con Enrique; recibían tártaras de almendra, merengues y otras golosinas y reían como unas locas, recordando el abrazo del padre y la mordida que dio Turco a Tarambana. Eso sí, estaban de luto riguroso; no tocaban el piano ni abrían las ventanas. Yo bendije a Aquel que “da la llaga y proporciona la medicina”, y volví a mi casa más y más convencido que nunca, de que los “duelos con pan son buenos”.

## UN AMIGO

Así como suele decirse que hay palabras duras y palabras blandas; palabras dulces y palabras agrias; palabras huecas y palabras preñadas; yo tengo para mí que hay palabras que tienen la propiedad del *hule*; esto es, la de ser excesivamente elásticas. La palabra *amigo* es una de esas voces que se estiran y se encogen, según la voluntad de los que las emplean; pudiendo aplicarse a diferentes usos, como la dócil y utilísima goma con la cual me ha ocurrido compararlas. ¿Qué cosa es un amigo? Según cierto escritor, “es un hermano que nos da la sociedad”; definición exacta, cuando el amigo es lo que debe ser para corresponder al dictado. Pero desgraciadamente sucede que en este mundo, teatro de mentiras y de embelecocos, no todas las cosas cuadran bien con sus denominaciones; y así como no es oro todo lo que reluce, así también muchos de los que se llaman amigos, son únicamente de *sus conveniencias*.

Nuestro ingenioso poeta el doctor Goyena, que pienso debió conocer bien el corazón humano, nos ha dejado en una de sus más bonitas fábulas, la de “El Piojo, la Pulga y la Nigua”, una pintura tan triste como exacta de los falsos *amigos*. Un epigrama del mismo autor, compuesto probablemente en uno de esos momentos de mal humor y de abatimiento que deben ser frecuentes en los hombres de genio desgraciados, contiene la observación picante de que el Redentor del mundo llamó *amigo* al traidor Judas en ocasión en que este iba a entregarle.

¿Quiénes son esos señores que están días enteros sentados en el mostrador de una tienda, en el fondo de la cual se lee en letras muy grandes: *no se admiten tertulias*? Son los *amigos* del

mercader, que van allí a quitar el tiempo, a preguntar ¿qué hay de nuevo? y a ahuyentar a los parroquianos. ¿Quién es ese individuo que oficiosamente va a dar parte a la autoridad de que Ud. conspira contra la seguridad del Estado? Es un *amigo* que en su interés por Ud. se decide a dar aquel paso doloroso para que Ud. no se pierda. El crítico sangriento que censura los versos de un poeta novel, es un *amigo* íntimo que, en su “imparcialidad”, se cree obligado a señalar los defectos de la obra y a despellejar al autor en medio de un corrillo. Pedro está a punto de hacer bancarrota; un *amigo* se encarga de dar publicidad a la noticia, para evitar a otros *amigos* el ser cogidos en la quiebra. Una mujer incurre en una debilidad; al momento hay seis o siete *amigas* (y esas suelen ser peores que los *amigos* machos), que refieren en reserva el tropezón a cuantos quieren oírlo. En una casa de juego se reúnen cuatro *amigos* a procurar desplumarse unos a los otros. Si le llevan a Ud. a la cárcel, si le birlan el empleo, si pierde un pleito, si hace un mal negocio, si una vieja le pone los puntos, si le buscan para soplón o para alcahuete, no pregunte Ud., como Quevedo, ¿quién es ella? Indague cuál de sus *amigos* anda en el enredo, y verá cómo es a uno de tantos a quien debe aquel flaco servicio.

Entre los amigos de esa calaña es menester contar también a los parásitos que nos comen medio lado y a los que, so capa de amistad, descarrían a los jóvenes, y de caída en caída, los conducen al abismo de la miseria y la degradación. ¿Quién ha perdido a ese joven? Preguntamos al ver uno de esos rostros pálidos en que están profundamente grabadas las huellas indelebles de una prematura vejez. *Sus amigos*, responde el afligido padre que conoce, aunque muy tarde por su desgracia, el peligro de no velar sobre la elección de las personas con quienes sus hijos se relacionan. ¡Cuántos deben a un *amigo* la desventura de su vida!

Yo tengo uno de esos amigos. No recuerdo bien cómo

ni cuándo comenzó nuestra amistad; pero, si no me engaño, fue en las aulas (de las cuales muchos sacan todo lo bueno y todo lo malo de su porvenir), donde mi amigo se agarró de mí como la hierba del olmo. Desde entonces me persigue como la sombra al cuerpo, como el error de imprenta al escritor público, como el guardia al contrabandista, como la fortuna al rico, como la desgracia al pobre; en fin, como debiera perseguir el *perejil* al *bolo*. Don Judas Malaobra es el nombre de mi perseguidor, a quien sufro solamente porque le he aguantado ya muchos años, porque ha adquirido, en virtud de prescripción, el derecho de molestarme, por esa afinidad secreta que, como un vínculo indisoluble, nos une a aquellos que están en posición de hacernos daño. El mundo que juzga por las apariencias, dice que no hay amistad más íntima, sincera y desinteresada que la de Judas y la mía. Se nos compara a Euríalo y Niso, a Pilades y Orestes; y no bastando la historia ni la fábula, a suministrar ejemplos de nuestra unión, se recurre a la farmacopea antigua, y el vulgo da en llamarnos “Agripa y Sopilativo” (no “Desopilativo”, como debiera ser), para denotar nuestra *inseparabilidad* (con perdón del diccionario).

Mi persona, mi nombre, mi dinero, mi firma, cuanto soy y cuanto valgo, está a la disposición de Malaobra, que usa y abusa de lo mío con más franqueza que si fuera suyo. Como es *mi amigo*, tiene el derecho de decir de mí todo el mal posible; y si en su presencia me desuellan vivo, se declara impedido para tomar mi defensa, siendo como asegura ser, parte interesada, preciándose de escrupuloso y delicado. Tengo un caballo, en el cual, como en otras cosas, me corresponde a mí el dominio directo y a Malaobra el *útil*. Ocúrreme una diligencia urgente, busco a la bestia y encuentro que una hora antes se la ha llevado Judas para un viaje de veinte o treinta leguas. Quiere mi desgracia que nos parecemos en la estatura, y que Judas como yo, es envuelto en carnes; pues, ¿quién diría?

Hasta de estas circunstancias saca partido mi *alter ego* para mortificarme. Cuando sus vestidos entran en la clase de los inválidos, cosa que al fin llega a sucederles, pues como dice uno, “solo Dios es eterno”, toma mis levitas, mis pantalones, mis chalecos, y se planta como nuevo. Si un curioso reconoce las prendas y le dice algo sobre eso, contesta imperturbable “que son tuyas; pero que siendo *amigos* íntimos, ha solido prestarme aquellas piezas para que yo me luzca”. Dice que lo mío es suyo y que lo suyo es mío; pero como da la casualidad que él no tiene nada y yo tengo algo, resulta que no se cumple ese programa comunista sino en la parte *dolorosa* para mí. Como otros hierven en piojos, Malaobra hierve en ciertos bichos más molestos que ellos, y son los que se conocen en el nombre de acreedores. Cuando le cobran, se descarta con que yo le tengo unos *pistos* que no he podido pagarle; y si la cosa apura, gira impávido contra mí, como si yo fuese su banquero. Abre mis cartas y se impone de mis secretos, diciendo que entre los dos no deben haberlos. Mas como a él le sucede con los secretos lo que con los bienes de fortuna, esto es, que no tiene ninguno, en esto, como en todo, jugamos un partido desigual. Cansado de sufrir esa roña, me ocurrió una vez proponerle que le pasaría una mesada con tal que se obligase, por escritura pública a no usar mis vestidos, a no tomar mi dinero ni mi nombre, y no decir a alma nacida que es amigo mío. Me pidió dos horas para pensarlo. Sacó el lápiz, hizo sumas, restas, multiplicaciones y divisiones, y subiendo hasta la *regla de compañía* (conforme a su aritmética peculiar), desechó la oferta, diciendo que no le tenía cuenta.

Si al fin y al cabo solo en eso pararan los inconvenientes de esa íntima amistad, yo los llevara en paciencia aceptándolos a buena cuenta de mayor suma de penas que tendré que sufrir en el Purgatorio; pero sucede que las bellaquerías de mi *contrario* me han puesto ya en varios compromisos, como

lo verá el lector por el siguiente caso, que ocurrió hace pocos días. Era por la mañana y acababa yo de levantarme, de lo cual debe inferirse que el día estaba ya algo adelantado; pues si bien en mis versos he solido hablar del alba, en Dios y en conciencia debo confesar que ha sido únicamente de oídas, y que jamás he visto la cara a esa señora. Acababa de levantarme, digo, cuando recibí un billete que me venía dirigido, y cuyo sobrescrito daba seguras muestras de haber sido trazado rápidamente y con mano trémula. Abrolo y leo:

*Caballero: El proceder de usted no tiene nombre. La mancha que Ud. ha arrojado sobre mi familia, debe lavarse con sangre. le espero a Ud. esta tarde misma en el potrero de Corona. Usted elegirá las armas y llevará un testigo. El que desea verlo muerto:*

*Juan Rascarrabias.*

No podía yo atinar con el significado de aquella extraña carta, ni sabía en qué habría podido ofender a aquel hombre; pero advirtiendo que al pie del billete había un “post scriptum”, busqué a ver si en él encontraba la explicación del enigma. Y fue así precisamente, pues Rascarrabias, como las mujeres, había dejado lo más importante de la carta para la posdata; decía así:

*“Me olvidaba de decir a Ud. que es inútil cualquier efugio o negativo. Su capote verde ronrón y su cachucha de cuero de gato, que encontré anoche en el zaguán, forman el cuerpo del delito y acreditan ser Ud., y no otro alguno, el que se ha introducido en el hogar doméstico de*

*Rascarrabias.*

Leer aquello e ir a la percha donde tengo ordinariamente esas dos bien conocidas prendas mías, fue todo uno. ¡Ay de mí! ¡Ni la capa de color de ronrón ni la gorra de piel de gato estaban en su puesto acostumbrado! Apostaré que son cosas de Judas estas, dije, y salí inmediatamente en busca de aquel desalmado. Como si fuera más poeta que yo, el bribón dormía a pierna suelta. —Levántate, vampiro, le dije tirándole fuertemente de una oreja, y ve la situación en que me has puesto.

—¿Pues qué hay? contestó medio dormido, ¿te han asesinado por mi causa? —Punto menos —y le arrojé a la cara la esquela en que Rascarrabias me convidaba a la *merienda*. Leyó, se quedó pensativo y luego dijo que todo aquello rodaba sobre nada y que era una verdadera fantasmagoría. Que por entrar a una casa donde hay billar, entró en la de Rascarrabias; y que apenas hubo puesto los pies en el zaguán, conoció su error y salió. Que por lo demás, y para cortar cuestiones, estaba pronto a casarse con la niña, si se le exigía; pues era rica y no tenía malas barbas; y que, en cuanto a mí, nuestra amistad le había autorizado a tomar mi capa y gorra de cuero de gato.

—Tú eres el gato, le contesté furioso, trapalón inaguantable, ¿qué te has de casar tú, alma de cántaro, si no tienes sobre qué caer muerto; ni quién ha de ser el cafre que te quiera por yerno a ti, que eres para los que llamas tus amigos peor que las siete plagas de Egipto? Dicho esto, salí hecho un *energúmeno*: y como conozco bien a Rascarrabias, *chapetón* atribiliario, capaz de despacharme al otro mundo en un quítame allá esas pajas, comencé a pensar cómo me gobernaría para desengañarle. No me costó poco trabajo, a la verdad; siéndome preciso probar la coartada, como dicen los letrados, acreditando con siete testigos mayores de toda excepción, que a la hora en que el *desconocido* (por compasión no reve-

lé su nombre), jugaba a las damas en casa de Rascarrabias, yo lo hacía al ajedrez donde doña Juliana Meneos. Así pude escapar del lance; y resuelto a no continuar siendo el animal de tormento de aquel ente dañino, me resolví a emigrar del país y fui a pedir mi pasaporte, exigiendo se expresase en él que pasaba a la China, huyendo de un amigo. Dispuesto a marcharme y todo listo para el viaje, acabo de saber que Judas Malaobra, temeroso sin duda de que su Dulcinea cante de plano y su semisuegro realice la amenaza que tiene hecha de “pasearse por los callejones del alma del tal para cual que penetro en su casa”, se ha largado de la ciudad lanzándome la flecha al huir como hacían los Partos, esto, es, girando contra mí una letra de doscientos pesos, que pagaré con gusto, con tal de verme libre de sus impertinencias. ¿No pagamos más cara una temporada de ópera? ¿No gastamos algo más para que nos engañen? ¿No cuesta triple o cuádruple el satisfacer nuestra vanidad haciéndonos arrastrar en un coche? ¿Por qué no he de comprar yo a ese precio la satisfacción de sacudirme de una mala amistad? ¡Cuántos de los que leen este artículo lo darían sahumados los doscientos pesos por librarse de algunos de sus *amigos*!



## LA FERIA DE JOCOTENANGO

El día 15 del corriente, a eso de las diez de la mañana, me constituí en Jocotenango, no tanto para ver la feria cuanto para ver los que van a verla. Armado con mi espíritu de observación como un instrumento cortante, fui a reunir los materiales para este artículo; o hablando con más exactitud, fui a tomar una fotografía de la feria. Si ella aparece desordenada, confusa e ininteligible, podrá ser, o efecto de torpeza del fotógrafo, o, por el contrario, demasiada fidelidad del cuadro. Si es lo primero, yo tendré la culpa, si lo segundo, la tendré también, por haber escogido ese punto como objeto del bosquejo. En uno y otro caso, me someto al fallo, y no prometo la enmienda, visto que ni yo sé fotografiar mejor, ni hay por acá cosas mejores en qué ejercitar el arte. Basta de introducción.

### I

La plaza, las calles y los callejones de Jocotenango han recibido su visita de la policía, anual como la feria, transitoria como ella y como todas las cosas de este bajo mundo. Las paredes (donde las hay) están blanqueadas; los poéticos cercos de *chichicaste* (donde no hay paredes), han visto caer sus vigorosos retoños, dejando libre el rústico sofá que cubre un tapiz verde, principio de vegetación que se llevan a sus casas, pegado a los trajes, los que tienen la fortuna de disfrutar de la comodidad de esos bancos. Los árboles... los árboles son los únicos que están siempre iguales, y sospecho lo estarán

hasta la consumación de los siglos. Más de una hora permanecí el día 15 bajo la sombra que proporcionaba uno de esos ancianos respetables de la cual disfruté yo, pobre pedestre, en compañía de un coche, cuatro caballos con sus correspondientes jinetes y una mesa, almacén portátil de golosinas. Tuve el extraño capricho de entablar un diálogo con aquel vegetal, ya fuese porque algunos hombres hemos de charlar hasta con las plantas, ya porque van haciéndose muy raros los individuos del *reino humano* con quienes puede tenerse un rato de conversación instructiva y agradable.

Pasados los cumplimientos de estilo y el obligado “¡cuánto ha que no nos vemos!” yo, que procuro ser bien criado hasta con los árboles, estuve buscando circunloquios y precauciones oratorias para preguntar a mi amigo su edad y su nombre. El pícaro viejo contestó lo primero con una alusión histórica a uno de nuestros últimos capitanes generales del tiempo del gobierno español, y a lo segundo con una descripción científica. No habiendo entendido ni una ni otra, me propuse pasar el caso en consulta con cualquiera de los muchos sabios que tenemos, algunos de los cuales no dejarían de andar aquel día viendo la feria. En seguida me refirió mil detalles curiosos de más de cincuenta *quince*s de agosto que había visto pasar; describiéndome los trajes antiguos, los coches antiguos, los hombres antiguos, las mujeres antiguas, el modo con que aquellos cortejaban a estas en la feria antiguamente, en lo cual no hallé grandes diferencias con la moda actual, aunque él, como buen viejo, declaró todo lo moderno detestable; dijo que éramos en todo y por todo, unos far-santes, unos malos imitadores de los usos y costumbres de otros tiempos, citándome por ejemplo la crinolina, que dijo ser una exageración del *tontillo* de sus mocedades. Para poner término a la charla insubstancial de aquel anciano descontentadizo, le pregunté cómo estaba tan descuidado y feo en

un día de tanta concurrencia; qué había sido de algunos de sus compañeros, cuya falta estaba yo notando desde algún tiempo todos los años, y por qué no se les reponía con árboles jóvenes. Un ligero murmullo, como de impaciencia, fue la única respuesta que obtuve, y viendo que no podía sacar una palabra más a aquel caprichoso vegetal, me despedí de mi amarillento y descuidado interlocutor y fui a mezclarme en la baraúnda de la concurrencia.

## II

La plaza y la calle principal de Jocotenango presentan el espectáculo más animado y pintoresco. Millares de personas de condiciones diversas y de trajes tan diferentes como sus condiciones, se empujan unas a otras y apenas dejan espacio suficiente para que puedan abrirse paso individuos de menor volumen que el mío. Las vendimias se ostentan por todas partes en ordenado desorden, bajo las anchas *sombras de petate*. Aquí las mesas cubiertas de vasos y garrafas de *agua loja*; allí los dulces, ofreciendo a las moscas, gratuito y espléndido banquete; acá, las delicadas tunas de Panajachel; allá, las sabrosas camuesas de Totonicapán; los zapotes, los pepinos, las naranjas; la *chancaca*, la *pepitoria* y las *rapaduritas*. Todo se ofrece abundante y barato a los aficionados menos las nueces de Momostenango, que este año están tan escasas como el dinero y como el buen sentido. Pero la sociedad puede ir pasando sin dinero, y el sentido común no hace falta muy notable, que digamos. Las nueces es cosa diferente. La feria de Jocotenango sin nueces es un cuerpo sin alma, una niña sin camisa garibaldina, una república sin revoluciones.

A medida que adelanta el día, la concurrencia crece. Los carruajes van y vienen, abriéndose camino con dificultad por

entre la masa compacta de gente de a pie y de a caballo que lo ocupa todo. Los cocheros aguijan sus bestias; y creyéndose, quizá, desde lo alto de sus pescantes, unos presidentes investidos con facultades extraordinarias, sacuden latigazos a diestra y siniestra, sin hacer caso de los derechos del hombre ni de las garantías constitucionales. El calor es insoportable; el viento gira bajo la razón social de *Aire, polvo y compañía*; millares de pitos de Patzún, soplados por vigorosos alientos infantiles, producen un ruido infernal, capaz de romper los tímpanos menos delicados. Damas elegantes cabalgando en briosos alazanes (estilo figurado), pasan y vuelven a pasar de un punto a otro, sin saber por qué ni para qué, a no ser para tener el gusto de ver y más aún la satisfacción de que las vean. Hábiles jinetes tienen la peregrina ocurrencia de *sacar plumas* en medio del gentío, olvidándose de que pueden sacarle a uno, de paso, el ánimo del cuerpo. Los chalanés de la ciudad y de los pueblos circunvecinos van y vienen en sus caballos que desaparecen bajo las anchurosas albardas y los abultados pellones. Algunos caminan como he leído no sé dónde lo hacían los templarios: dos en un caballo. Escuadrones de chiquillos recorren las calles y la plaza, sobre rocines más o menos *metafísicos*, llamados vulgarmente *liras*, ostentando la alegría expansiva y candorosa de su feliz edad. De cuando en cuando una figura extraña del uno y del otro sexo, de a caballo o de a pie, tiene el privilegio de ocupar por diez minutos la atención de la concurrencia. Un coche que se rompe, un mal jinete que compra el terreno, una ligera camorra que se suscita por cualquier motivo y acaba de cualquier modo, esos son los acontecimientos notables que interrumpen la uniformidad del espectáculo.

### III

Entretanto, ¿dónde está la feria? ¡Oh! ¡la feria!, la feria es para la mayor parte de la gente que va a Jocotenango, una cosa secundaria, un pretexto para reunirse, y nada más. ¿Qué importan los bueyes a esa desdeñosa belleza que atraviesa el gentío recostada en el fondo de su carretela? Si se vendiera alguna otra cosa... ¡pero bueyes! ¿Qué tiene qué ver con los muleros ese elegante petimetre que por nada de esta vida pondría sus frescos y limpios guantes en contacto con esas inmundas bestias? ¿Qué nos importan los animales con cuernos a mí y a tantos otros como yo, que somos animales de pluma?

No así, por cierto, a don Agatón Cuernavaca, hacendado opulento, que montado en una mula lerda, recorre el campo de la feria desde las seis de la mañana, seguido de un numeroso estado mayor de caporales y de vaqueros. Va en albarda, con grandes estriberas de hierro, de chaqueta, sin chaleco ni corbata, ni otros molestos adminículos, cubriendo sus tostadas facciones un enorme sombrero de palma, como de *partideño*. Discute científicamente sobre bueyes, caballos y muleros; compra, vende, se agita, se afana, grita, se enfada, hace subir o bajar los precios, es el rey de la feria. Lo vi durante una hora regatear un caballito, y confieso que no me había imaginado pudiese desplegarse tanta habilidad diplomática en tan insignificante transacción. ¡Qué defectos puso don Agatón a la pobre bestia! ¡Cómo le descubrió más tachas que si fuese mula de alquiler, todo por quedarse con el jaco por quince pesos! La retórica de Cuernavaca anonadó al propietario, de tal modo, que entregó el caballo y se fue creyendo haber hecho un magnífico negocio. El hacendado ató su nueva compra a la cola de la mula que montaba, y volvió a la ciudad a eso de las tres de la tarde, atravesando las calles

principales como un guerrero victorioso que lleva en pos de sí, como trofeo, los despojos del enemigo. El 15 de agosto de 1863, don Agatón Cuernavaca irá a la feria y llevará el mismo caballo, ya gordo y amaestrado; pedirá por él cien pesos, y si le ofrecen ochenta, contestará muy serio: —Más me costó aquí el año pasado. ¡Oh sublimidad del arte del negociante! ¡Vender caro y comprar barato!

#### IV

Pero dejemos ese tipo y pasemos a otro que se encuentra también regularmente en la feria, y no es menos curioso que el que dejo ligeramente bosquejado. Don Inocente Patallana es lo que se llama un *buen hombre*, expresión que en el estilo común suele ser equivalente de algo que no quisiera Ud. ser, lector amado. Dios ha derramado sobre él sus bendiciones; es decir, le ha dado una descendencia que lleva trazas de llegar a ser tan numerosa como la de Abraham. Tiene once hijos vivos y efectivos, y después del último, la esposa de don Inocente ha dicho como los periodistas cuando dejamos incompleto algún artículo: *se continuará*. Es, pues, el caso que las criaturas de Patallana, desde ocho días antes de la feria, le sacaban los últimos restos de juicio que le quedaban, instándolo para que los llevase a Jocotenango, a caballo. Patallana sumó sus *oncegénitos*, y con una lógica admirable, dedujo que necesitaba once caballos, once sillas, once frenos, etc., para habilitarlos, añadió otro caballo con su respectivo jaez para él, pues los muchachos no debían ir solos, por su cuenta y riesgo. Ahí fueron las congojas y los apuros del bueno de don Inocente. Al principio pensó en solicitar la remonta; pero desistió, temiendo hubiese en ella algunos caballos demasiado bravos. *Alquilar* era mucha cosa; pues el número que se necesitaba

haría subir considerablemente el desembolso. Pensando y repasando el caso, se decidió al fin por el recurso más obvio y más común en tales circunstancias: acudir a los amigos por medio de un empréstito forci voluntario.

Destacó en guerrillas a los interesados, que se despararraron por la ciudad, distribuyendo esquelas y mensajes verbales, requisitorias de caballos y monturas que recibieron los empadronados con señaladas muestras de impaciencia. Las respuestas no se hicieron aguardar. Uno estaba a pie, otro acababa de prestar su caballo, este no tenía silla, aquel tenía que montar, el de más acá ofrecía una grupera, el de más allá una cincha, y casi todos declararon que no tenían freno. No faltó quién ofreciera a don Inocente un caballo tordillo algo pesado, y admitido a pesar del defecto, resultó ser el de *Rubio*, a lo cual contestó únicamente el bueno del *paterfamilias* que la ocurrencia era graciosa, pero vieja. Entretanto los muchachos no se daban por vencidos, y al fin, aunque con mil fatigas, lograron aperse, alquilando dos caballos, prestando otros, acomodándose dos pares de chicos en dos machos, sacando a luz unas monturas viejas que estaban sirviendo de dormitorio a las palomas en un altillo de la casa, y reservando para sí el excelente Patallana una yegua vieja que tenía una oreja postiza, hecha de cartón pintado. Habilitado el escuadrón, se puso en marcha e hizo su entrada triunfal en Jocotenango, a eso de las doce, en aplauso y júbilo de la concurrencia.

La comitiva fue de un lado a otro; de la plaza al llano y del llano a la calle principal, sin que hiciese mella en la grande alma de don Inocente las pullas y las bromas de sus amigos y de sus conocidos. Uno de tantos tuvo la maligna idea de jugarle una burla, y acercándosele con disimulo, mientras otro le llamaba la atención, arrancó la oreja fingida a la cabalgadura, dejando al descubierto el defecto de la pobre bestia. Allí fue la alegría y la zumba de los que presenciaron el lance. Don

Inocente acudió a buscar su oreja, digo la de su yegua, y ocupado en eso, no vio que iba sobre él un coche tirado por dos fogosos tordillos. “¡A un lado!” gritaron varias voces; pero el hombre no se movía. Entonces el postillón, que no podía ya contener sus caballos, sacudió un tremendo zurriagazo en las ancas de la yegua, que sacando fuerzas de flaquezas, levantó primero las patas traseras, luego las manos y dio en tierra con su caballero. Depuesta la carga, la sonta echó a correr por entre el gentío, derribando a uno de los muchachos, volcando una mesa de comestibles y atropellando a la gente de a pie, que se hizo un remolino. En la confusión unos gritaron “¡fuego!” otros “¡temblor!” otros “¡revolución!” otros “¡chucho con rabia!” buscaron la policía y no se hallaba; todo era gritos, alboroto y carreras, hasta que la yegua sin oreja logró ganar una de las calles transversales y se largó para su casa. Don Inocente reunió su prole, y subiendo a las ancas del caballo de uno de sus niños, se volvió a su casa, maldiciendo de la feria de Jocotenango.

v

Era ya tarde. Vi, pues, que debía dar punto a mis observaciones. Resumiendo estas, dije para mí: Gran concurrencia, mucho rocín, mucho coche, calor insoportable, figuras estrambóticas y elegantes, animales que se venden y animales que no se venden, polvo, confusión, mucho ruido y pocas nueces; esto es, poco más o menos, la feria de Jocotenango. Para don Agatón Cuernavaca estuvo buena, pues compró por quince lo que valía treinta. Para don Inocente Patallana estuvo mala pues, queriendo proporcionar a su familia un rato de distracción, volvió a su casa burlado y magullado. La opinión que respecto a la feria expresarían en sus respectivos cír-

culos aquellos dos sujetos debía ser esencialmente diferente, como fue diverso el papel que en ella les destinó la suerte. No fueron meros contradictorios los juicios que tuve ocasión de oír a los mismos que venían de Jocotenango en la tarde del 15, en el espacio que media desde aquel pueblo hasta mi casa.

—Mucha concurrencia. —Más hubo el año pasado. —Ahora ha sido mayor. —Pocas ventas. —Muchas, pero precios bajos.

—Todo ha estado carísimo. —¿La viste? —No ha venido. —Esto ha estado desierto. —Yo creía que no habría un traje como el mío, y he visto seis mejores.

—Esto es insoportable. —¡Qué hermosa es! —¡Qué caballo tan penco el que montaba! —¡Será alquilado! —A 25 pesos la mancuerna, ¡qué barbaridad!

—Mucha gente. —Jamás olvidaré este día. —No hubo nueces. —Buenas tardes.

¿Cómo conciliar tan diferentes pareceres sobre las mismas cosas? ¡Inútil empeño! Si de otro modo fuera, el mundo no sería mundo. Quédese pues, cada cual con su opinión y yo con la mía, que creo modestamente la mejor de todas, y convengamos “en que cada cual habla de la feria según le va en ella”.



## UN HOMBRE FELIZ

La vanidad, es un defecto más general de lo que comúnmente se cree. El talento, el saber, la integridad, el valor y las imperfecciones opuestas a esas cualidades, son para el hombre otros tantos motivos de vanidad. Hasta del crimen, aun de la ridiculez, sabe sacar partido el amor. Hay ladrones y asesinos que se glorían de sus fechorías; hay hombres excesivamente pusilánimes, que se envanecen de su miedo. La vanidad, en fin, es tan ingeniosa, que suele fundarse en el desprecio de sí misma. Diógenes se mostró el más vano de los filósofos, al pisotear las ricas alfombras de Platón, con lo que intentaba, dijo, hollar la vanidad de aquel sabio. Por esto, sin duda, dicen los libros santos que en este mundo es todo vanidad de vanidades.

Hay entes, sin embargo, que parecen reunir en sus personas todas las vanidades que andan esparcidas en sus prójimos; prototipos de vanidad, *archivanos*, con perdón del diccionario. Olvidando que nuestra pobre naturaleza, si bien debe aspirar a la perfectibilidad, está muy lejos de la perfección, tienen la pretensión extraña de estar exentos de defectos; y en su candorosa ceguedad, han llegado a persuadirse de que todo cuanto le pertenece es siempre lo mejor. Esa clase de personas, por más que tengan, como suele suceder, muy apreciables cualidades, vienen a hacerse insoportables por la vanidad. ¿Será que nuestro amor propio se subleva contra lo que lleva imbíbida una acusación de las imperfecciones que la generalidad de los mortales no podemos dejar de reconocer en nosotros mismos?

Estas y otras reflexiones me asaltaron hace pocos días, al encontrarme frente a frente de uno de mis conocidos. Don Perfecto Cumplido ha llegado a ese equinoccio de la vida en que el hombre, sin ser joven ya, no es viejo todavía. Su talento y su instrucción guardan el mismo justo medio que su edad. Sin ser lo que se llama un tonto de capirote, está lejos de poseer una inteligencia de primer orden; y si bien no es un ignorante consumado, tampoco da muestras de haberse despestañado sobre los libros. Su caudal es suficiente para proveer sus necesidades y aun para satisfacer sus caprichos; y en cuanto a su figura, pasaría por buen mozo y agradable, si no se advirtiera en él, a primera vista, al hombre excesivamente satisfecho de sí mismo.

Don perfecto es de una estatura algo más que mediana: pero le hace parecer poco alto la excesiva grosura que ha adquirido de algunos años a esta parte. Revela su fisonomía el contento y el buen humor. Visto de perfil, recuerda un poco los bustos que se ven en algunas medallas romanas, y el cuerpo tiene notable semejanza con algunas de las caricaturas del *Punch*. Podría describirse a don Perfecto diciendo que es un busto de Vitelio sobre un cuerpo *John Bull*. Su traje no peca por la sencillez. Gusta de colores vivos y no escasean los brillantes en sus alfileres, botones y sortijas. Lleva siempre un bastón de caña de la india, con pomo de oro, adornado con un zafiro de no pequeño tamaño, que él cuida de hacer notar a todos aquellos con quienes conversa.

Al entrar en una tertulia, sea o no de confianza para él, don Perfecto toma la palabra por asalto, y usa o abusa de ella, para hacer su propio panegírico. Su salud, dice, es excelente; a él no le entra polilla, y se asombra de que haya enfermos y hospitales en el mundo. Sus negocios marchan admirablemente; la buena suerte le persigue, y él debe haber nacido de pies. Todo cuanto emprende le sale bien; jamás ha visto la

cara a la desgracia; dice que “esta vida otro se la ha de gozar” (lo cual no sé bien lo que significa); cita, no con mucha exactitud, algunos versos de la Oda 14 de Horacio, para probar la brevedad de la existencia y la necesidad de gozar de los bienes que ella proporciona: y luego descendiendo desde la sublimidad de la magnífica Oda dirigida a Póstumo, al prosaísmo del refrán vulgar guatemalteco, concluye muy satisfecho asegurando que a él *le han de parir las mulas*, lo que parece se considera por acá como el *non plus ultra* de la dicha humana.

Don Perfecto lo sabe todo, lo prevé todo, decide magistralmente todas las cuestiones, no hay materia extraña para él; administración, comercio, agricultura, ciencias, artes, todo le es familiar, habla de todo con maestría y con autoridad. Si se trata de las personas que dirigen los negocios públicos, don Perfecto se pone a conjugar el verbo *deber*, en todos sus tiempos, modos y personas.

—El Gobierno debe hacer tal cosa; —lo que el Gobierno *debió* hacer entonces fue esto o lo otro; —*debería* el Gobierno considerar mejor el asunto; —el Gobierno precisamente *deberá* seguir este camino, etc. Desgraciadamente, el Gobierno se queda siempre *debiendo* a don Perfecto, y de lo que menos se cuida es de cancelar la cuenta.

Dije antes que me encontré hace pocos días frente a frente de don Perfecto, y fue así efectivamente. Convidó a comer a muchos de los que él llamaba sus amigos, con motivo del estreno de su casa, que había refaccionado, pintado y amueblado de nuevo; y tuve la fortuna de contarme en el número de los escogidos. El anfitrión me declaró la persona de más confianza para él entre los presentes, y a esta circunstancia debí la dicha de ocupar en la mesa el sitio opuesto al del amo de la casa. Así pude seguir a mi sabor, durante la comida, todas las evoluciones de aquella increíble vanidad, manifestada, no solo en las palabras, sino aun en la expresión del semblante.

—*Sans façon*, caballeros, dijo don Perfecto después de haber nos señalado a todos nuestros respectivos puestos, con la exactitud de un maestro de ceremonias. —Esta es una pequeña comida de confianza; dejemos la etiqueta para las grandes ocasiones.

Los convidados éramos treinta y nueve, y entre ellos había personas respetables por sus circunstancias; y sin embargo, don Perfecto decía que aquella era una pequeña comida de confianza, para que calculáramos lo que serían sus banquetes. Cuando se sirvió la sopa, cuidó de advertirnos que era tortuga.

—Ahora, dijo, tomarán ustedes unos ricos pastelitos del *vol-au-vent*. —¿Quiere Ud. Madera, o prefiere el Jerez o el Burdeos? Hay de todo. Me pesa el decirlo, pero nadie tiene en Guatemala vinos como los míos. Los que ustedes ven aquí, no son los de primera clase; esos los reservo para mejor ocasión. —Mil gracias, contestó uno de los convidados.

Nos hizo observar que casi todos los platos estaban aderezados con trufas, y cuidaba de anunciar cada cosa de las que iban a servirse, acompañando el anuncio con los correspondientes encomios.

—Van ustedes a comer un plato que seguramente nunca han probado. —Eso es caro, cuesta quince pesos. —¿A que no conocen ustedes de qué es esa ensalada? —¡Van ustedes a ver qué pastel!

—¿Quieren ustedes repetir? Esto es magnífico, etc. Nos llamó la atención al servicio de rica porcelana, que ostentaba sus iniciales en letras doradas, a la fina cristalería, al juego de cubiertos de plata quintada; a los manteles, a las servilletas, a todo; nada se le escapó. Los huéspedes, aunque no veíamos cosa alguna que fuese extraordinaria, a fuer de atentos y bien criados, hacíamos coro a los elogios que el bueno de don Perfecto prodigaba a sus utensilios y manjares, a medida que iban presentándose.

—Excelente, magnífico, exquisito, repetíamos con don Perfecto.

—¡Cómo ha de ser, amigos míos! Decía el vanidoso señor; es menester que cada cual viva y se porte como quien es. Yo gasto mucho, es verdad; pero me pesa el decirlo, sé recibir a mis amigos, y mi casa es en Guatemala una de las pocas, tal vez la única en que puede admirarse el buen tono y la caballosidad. Yo nada omito con tal de agradar a los que tienen el honor..., digo a los que me hacen el honor de visitarme. —Cierto, decíamos nosotros, don Perfecto es un modelo de obsequiosidad y de cortesía. El semblante del vanidoso, se iluminaba a cada elogio que nos arrancaba la inagotable repetición de sus méritos y cualidades. Hablóse casualmente de carruajes, y dijo don Perfecto:

—¡Oh! No hay en Guatemala un coche igual al mío. Me cuesta más de tres mil pesos. ¡Y los caballos! ¡Los caballos! ¡Qué tronco, Juan, Eustaquio! Exclamó, dirigiéndose a los dos sujetos que estaban a sus lados. ¡Qué par de animales!, repetía, fijando la vista ya en el uno, ya en el otro. —Son magníficos, contestaron don Juan y don Eustaquio, que estuvieron a punto de decir *somos*, tal fue la expresión particular que don Perfecto dio a su observación.

Del coche y los caballos, la conversación fue rodando por mil otros diversos asuntos, hasta venir a parar en la crisis financiera de Europa.

—Yo la tenía anunciada, dijo don Perfecto; ese es el resultado del abuso del crédito. Alguno hizo alusión a la guerra de los Estados Unidos, y observó don Perfecto:

—En eso, todo el mundo se ha equivocado, menos yo. Si se hubiera adoptado mi plan, la lucha entre federales y confederados estaría terminada.

¿Y podremos saber cuál es el plan de Ud.? pregunté yo. Don Perfecto me miró con aire de malicia y me dijo: —No

faltaba otra cosa sino que yo lo revelara a Ud. así no más. Usted escribe en los periódicos, y mañana verá yo mi gran proyecto en letra de molde. *Sic vos non vobis fertis aratra boves*. No pude dejar de reírme de la simplicidad del vanidoso, quien a pesar de eso, continuó imperturbable, dando pruebas de su infatuación y su engreimiento. No sé a propósito de qué, hubo de mencionarse la pérdida de las cosechas de la cochinilla y baja de los precios de este fruto en años anteriores; y al momento dijo don Perfecto:

—Todo eso lo había yo anunciado, y ya se verá que con mucha previsión me he negado siempre a especular en negocios de grana. Se habló de los perjuicios causados por el temporal de octubre: —Yo había anunciado desde enero, dijo el vanidoso, que habría temporales, y no quise sembrar algodón. Las lluvias y los vientos, el calor y el frío, los temblores y los meteoros, todo había sido previsto por don Perfecto. Criticó despiadadamente cuanto no era obra suya: dio a entender que cuanto bueno hay en el país, él lo había hecho directa o indirectamente, aunque siempre cuidó de no ser jactancioso, mediante la obligada salvedad del indispensable *me pesa el decirlo*. Brindó en prosa poética y en verso prosaico, y no cesó de excitarnos a estar de buen humor y a comer y beber bien, “una vez, dijo, que les toca en suerte”.

Terminada la comida, pasamos a la sala, cuya testera ocupaba un retrato de tamaño natural del dueño de la casa, en una actitud un poco pretenciosa, rodeado de libros, esferas y cartas geográficas. Hízonos observar don Perfecto la elegancia de sus muebles y el mérito de sus cuadros, manifestando el precio y procedencia de cada cosa. Servido el café, se empeñó en que habíamos de ver las habitaciones, y tuvimos que pasar revista a alcobas, escritorios, almacenes y aun las oficinas interiores. Pero las dos últimas y principales sorpresas que su vanidad preparaba a nuestra admiración,

era la visita a la biblioteca y un paseo por la antigua huerta de la casa, donde había comenzado a formar lo que él llamaba un *jardín inglés*. —¿Todo eso tenemos? Dijo uno de los convidados, cansado ya de aquella interminable exposición. —Por supuesto, contestó don Perfecto; yo no soy de los que sacrifican el *comfort* al afán de amontonar dinero, yo gasto; pero, me pesa el decirlo, vivo como corresponde a un hombre de mi posición. Vamos a ver mi biblioteca. Abrió el cuarto y nos encontramos con una estantería de caoba que contendría unos dos mil volúmenes.

—No es muy grande, pero aquí tienen Uds. cuanto puede apetecer el gusto más delicado en materia de ciencias, artes y literatura. Me pesa... ¿Y Ud. lee todo esto? Le pregunté yo, cortando la consabida frase. —¡Toma si lo leo! Contestó; pues si no, ¿para qué lo había de tener? Es verdad que generalmente me contento con leer los índices de los capítulos, con lo cual sé de qué trata el libro y puedo hablar de él como si lo supiera de pe a pa. Ni eso hacen otros, y sin embargo, pasan por unos Salomones. Tomé cinco o seis libros, a la casualidad, y encontré las hojas pegadas unas a otras, lo que me convenció de la verdad de lo que decía don Perfecto. Este continuó diciendo:

—Acabo de recibir una grande y magnífica obra del *Paraíso perdido* de Milton; está en el último estante, voy a bajarla para que Ud., Salomé, que creo es medio poeta, pase la vista por ella. Dicho esto, acercó una mesa a la librería, puso encima un cajón, y con más ligereza de la que su gordura hacía esperar, subió a tomar los cuatro tomos de Milton. Desgraciadamente, la mesa era poco firme, y no pudiendo resistir el peso, vino abajo, haciendo rodar al vanidoso, que cayó sobre el *Paraíso*, que quedó en el lance poco menos que *perdido*.

—No ha sido nada, dijo, al levantarse cojeando; quise bajar de prisa, y he dado un ligero tropezón. Ahora vamos a la

huerta a ver mi jardín inglés. Le hicimos observar que había ya entrado la noche, que estaba obscura y que no podríamos ver nada; pero él contestó:

—Eso no importa; llevaremos luz; Uds. deben ver mis estatuas, mis sofás rústicos y mi lago artificial. Vamos. fue necesario seguir al vanidoso, quien marchaba adelante con un farol. La huerta era bastante grande; don Perfecto había hecho plantar algunos árboles en desorden y colocadas acá y acullá unas cuantas figuras de yeso y unos asientos que nos parecieron realmente muy rústicos. Don Perfecto consideró indispensable el lago en un jardín inglés, y mandó abrir una excavación no muy pequeña, que casualmente se había llenado de agua durante el temporal. —Vean Uds. ese Apolo, decía; es magnífico; allí tienen Uds. el toro Farnesio, y nos señala un animalejo cornudo que estaba colocado sobre un pedestal de madera; ahora van Uds. a ver mis Tres Gracias. Al decir esto, oímos un ruido como el de un cuerpo que cae en el agua, y desapareció la luz del farol que nos guiaba, dejándonos en la más completa oscuridad.

—¡Socorro, auxilio! Gritó el pobre señor, ¡soy yo que he caído en el lago! ¡Por aquí, pronto, que me ahogo! Acudimos todos, llevaron luces y cuerdas, y, con mil trabajos pudimos pescar a don Perfecto, que salió calado de agua y echando mil pestes. —Vea Ud., decía, lo que uno gana con ser obsequioso con los amigos; me pesa el decirlo; yo lo había previsto, pero debieron haberme advertido que caminaba hacia el lago. Al ver a don Perfecto, con la ropa pegada al cuerpo, tiritando de frío, tan jactancioso en un lance tan ridículo, no pudimos menos que reírnos hasta no poder más, de tan incurable y persistente vanidad.

Y sin embargo, de esa vanidad, o por mejor decir, a causa de esa misma preocupación que le hace considerar todo cuanto le pertenece como lo mejor, y que lo ciega para que

no pueda ver sus defectos, se habrá podido comprender que nuestro amigo es el más feliz de los hombres. Su exagerado amor propio es para él una fuente inagotable de satisfacciones, y le sirve de escudo contra la mofa de la sociedad. Si sabe que alguno se ha reído de él, jamás deja de atribuir esa burla a un sentimiento de mezquina emulación, y dice que todos los hombres de mérito han sido mal juzgados por sus contemporáneos. Si don Perfecto Cumplido llega a leer este artículo, estoy seguro de lo que dirá:

—Me pesa decirlo; César y yo (por exceso de modestia no dice *yo y César*) hemos tenido la misma suerte: la de ser perseguidos por la envidia, y no se volverá a acordar de este escrito. ¡Amarga ironía del destino que ha ido a colocar la felicidad en el seno de la ridiculez!



## AMORES CRÓNICOS

### I

Por el año de 1850, amadas lectoras mías, frecuentaba yo la tertulia de una señora de esta capital, llamada doña Rufina Fernández, viuda de un antiguo empleado del tiempo del gobierno español, que había muerto muchos años antes, dejando por única herencia a su consorte un escaso montepío, dos uniformes viejos, una peluca, un bastón y tres hermosas niñas. El montepío apenas bastaba para que aquella honrada familia de un servidor de la patria, viviera con la mayor economía; las prendas que constituían la segunda parte de la herencia, servían para los entremeses de las monjas; y en cuanto a las niñas, que formaban la porción más importante y delicada de lo que el difunto había dejado en este mundo, ya se verá por el contexto de este artículo para lo que servían.

En el año de gracia a que me he referido, contaba la mayor, Gertrudis, veintidós años, Concha, la segunda, tenía veinte; y María la tercera, había entrado en los dieciocho. Sin ser precisamente lo que se llama muchachas bonitas, las tres hijas de doña Rufina se recomendaban por la regularidad de sus facciones y tenían ese no sé qué, llamado con tanta propiedad *sangre ligera*. Recibían con atención en su casa, conversaban, tocaban algo al piano, no murmuraban gran cosa de sus amigos ni hablaban demasiado de sus enfermedades. Parece que cuando estaban entre los doce y los dieciséis años, dieron principio a su educación literaria, leyendo las *Tardes de la Granja*, *Alejo o la casita* y la *Cassandra*. De esas lecturas

inocentes pasaron después a la *Clara Harlowe* y a *Matilde o las Cruzadas*, que leían, o mejor dicho, devoraban, mal traducidas al castellano. Debo hacer notar, por ser así la verdad, que por entonces el único fruto que nuestras lectoras sacaban de aquellas obras, era el compararse sencillamente con las heroínas de sus novelas, y un vivísimo deseo de dar al fin con sus respectivos Lovelaces o Malek-Adeles.

En 1850 las cosas habían cambiado mucho en casa de doña Rufina. Las *niñas*, en vez de leer las novelas en castellano, las leían en francés, lo cual no es poco adelantar; y viendo con desprecio los insípidos libros de Richardson y Madame Cottin, casi aprendían de memoria algunos fantásticos romances de Víctor Hugo, las atrevidas concepciones de Balzac y de Jorge Sand y las novelas socialistas de Eugenio Sue. Por lo demás, sea dicho en honor de la verdad, jamás las jóvenes hijas de la señora Fernández habían descuidado sus deberes domésticos, por entregarse a la lectura; teniendo en la ciudad bien sentada su reputación de hacendosas y muy mujeres de su casa.

Después de esperar por algún tiempo la aparición de los seres ideales de sus libros, las tres jóvenes creyeron al fin encontrar la realización de sus ilusiones novelescas en el dependiente de una botica, en un mocito que estudiaba para agrimensor y un joven que no tenía oficio conocido, y que según él decía, vivía de sus rentas. Al entrar uno en la sala de doña Rufina, a eso de las nueve de la noche, encontraba indefectiblemente tres grupos bien marcados en el escenario. Eugenio el boticario, conversaba con Gertrudis; Carlos el futuro agrimensor jugaba al ajedrez con Concha; Eduardo el *rentista* se hallaba colocado junto al piano, llevando el compás de los valeses que ejecutaba Mariquita. Doña Rufina hacía admirables evoluciones estratégicas, por acudir ya al uno, ya al otro grupo, y por atender a uno u otro tertuliano *impar* que solía

presentarse. Mas, como por desgracia, la atención es, según dicen los ideologistas, una facultad del alma que no puede dividirse entre diferentes objetos a la vez, venía a resultar que la de doña Rufina por acudir a los tres grupos, en realidad no se fijaba en ninguno.

Algunas noches, solía suceder que una de las tres parejas tenía quizá que tratar cualquier asunto escabroso de esos que exigen reserva; y como los interlocutores desearan que no fuesen vistos ni sus rostros, en los que se pintan frecuentemente los sentimientos del alma, proveían a la necesidad, poniendo uno encima de otro delante de la vela, los sombreros de los tres galanes, así se verificaba la conjunción de los dos astros, en medio de la penumbra que formaba el negro obelisco de los tres sombreros. Excusado es decir que las tres facciones gozaban alternativamente, y según las respectivas necesidades, del privilegio de tan favorable invento.

Las cartas, los retratos, las sortijas, las flores secas y otros de esos mil objetos menudos que, como saben bien mis amables lectoras, tienen precio de particular afición, andaban más o menos ocultos en los muebles de la casa, o se cruzaban a la vista de doña Rufina, que para aquellos casos tenía a bien hacerla gorda. Por supuesto no habían faltado vecinas compasivas que advirtiesen a la señora de lo que pasaba, ni tertulianos formales que aconsejasen se sacara de las orejas a los “estudiantes”, como llamamos siempre los viejos a los muchachos, castigándolos así por el delito de haber nacido algo más tarde que nosotros. Doña Rufina contestó a unas y a otros que ella sabía lo que hacía: que sus hijas eran muy juiciosas; que aquellos *niños* eran muy honrados; que si iban a su casa, era con buenas intenciones; y por último, que ella no tenía la culpa de que las hijas de sus vecinas no tuvieran cortejos. En el acto puso en conocimiento de las tres heroínas las caritativas advertencias de los consejeros y las consejeras,

y habiendo pasado la noticia, como por telégrafo, a los amar-telados, estos se vengaron de los viejos, agregando algunos nuevos apodos a aquellos por los cuales eran ya conocidos en la sociedad. Por mi parte, tuve por más conveniente dejar correr las cosas; y advirtiéndome que yo estaba de más en la tertulia de la viuda, fui poco a poco escaseando mis visitas, acabando por abandonar completamente el campo. Así pasó el primer período, de cerca de tres años, de aquellos galanteos. Se copiaron varias cartas de la *Julia* de Rosseau y se cruzaron como originales entre galanes y damas; se habló mucho de promesas, juramentos, sacrificios, ángeles, arcángeles y serafines, y se hizo no pequeño gasto de las acostumbradas palabrillas de confiturería.

## II

A mediados de 1855, tuve una noche la humorada de pasar a hacer una visita a doña Rufina y a sus hijas, a quienes no veía hacía cinco años. Encontré casi la misma escena que dejé la última vez que estuve en la tertulia. Como en los dramas de la escuela romántica, en casa de la Fernández pasaban años y años durante los entreactos. De las tres unidades que los clásicos exigen en las piezas dramáticas, solamente la acción y la de lugar eran rigurosamente observadas en la comedia que se representaba en aquella casa. Sin embargo; pude advertir, después de haber permanecido un rato en observación, ciertos síntomas de cansancio y enfriamiento en los personajes del sexo masculino que ejecutaban la pieza. El amor es un niño que cuando llega a la edad de ocho años, comienza a envejecer. Las esperanzas de los galanes no se habían realizado; sus respectivas fortunas no mejoraban, ni era fácil que mejorasen, ya que los tres jóvenes empleaban en el galanteo

todas sus horas desocupadas, que eran, para decir verdad, las más del día las niñas comenzaban a impacientarse; pero desgraciadamente, era ya muy tarde para arrancar afecciones que habían echado raíces en el transcurso del tiempo y el hábito había fortificado. Gertrudis, la mayor, que poseía una sensibilidad más excitable, fue la primera que empezó a advertir el cambio de sentimientos de su cortejante, y devorando la pena que le causó lo que ella calificaba de imperdonable ingratitud, sufría en silencio, y su salud fue alterándose visiblemente. Las otras dos comprendieron más tarde lo que su hermana había ya advertido, y tampoco tuvieron fuerzas para romper aquellas relaciones, que creían necesarias a su vida.

Desgraciadamente, el desencanto y el hastío caminan más de prisa que el amor y la ilusión. Durante tres años más, continuaron los jóvenes frecuentando la casa de doña Rufina, y desde entonces comenzaron a escasear sus visitas. Eduardo había dado en preferir los cafés a la tertulia que antes ocupaba sus horas, y poco a poco fue cambiando sus costumbres, hasta venir a ser lo que se llama un joven casi perdido. Carlos advirtió una noche que su novia le guiñó el ojo, cierto repliegue del cutis que fue muy poco de su gusto y dijo al salir de la casa a sus compañeros de aventura, que a él le era materialmente imposible amar a una mujer *con pie de gallo*. Eugenio había conocido una joven bonita y rica a quien andaba bandeando, según dijo, cansado ya de la Mariquita y de ir a oír la repetición de los interminables cuentos de doña Rufina. Ello es que a fines de 1858, los amores de las tres jóvenes, que databan ya de once a doce años, se encontraban en el período álgido, perfectamente caracterizado.

Vista la situación de las cosas, doña Rufina acordó concluir por donde debía haber comenzado y despidió a los pretendientes, que como se supondrá, no se lo hicieron decir dos veces, yéndose muy satisfechos con la música a otra parte. In-

mediatamente se trató de verificar el correspondiente cateo para hacer el canje de cartas y prendas, y las niñas pusieron a su señora madre en posesión de un verdadero archivo, casi casi como el que está arrinconado en la Casa de Moneda. Era la correspondencia epistolar de los tres enamorados. En los, por su parte, obligados a hacer devolución exacta de cuanto existía en su poder, se pusieron de acuerdo y alquilaron una carreta, en la cual amontonaron legajos de cartas, retratos, anillos, pañuelos bordados, bufandas, babuchas viejas, trenzas de cabellos, relojas y otros cachivaches, y la despacharon consignada a doña Rufina Fernández, Callejón del Olvido, No. 504. ¿Quién habría podido imaginar, al ver pasar aquella tosca y prosaica carreta, tirada por un flaco y perezoso macho, que conducía nada menos que once años de amor y de ilusiones?

*¡Oh dulces prendas por mí mal balladas,  
Dulces y alegres cuando Dios quería...!*

### III

Un año después de aquella catástrofe, que puso fin a los amores crónicos de las tres hijas de doña Rufina, la casa de esta presentaba un aspecto tristísimo. La complexión delicada de Gertrudis no pudo resistir a la dura prueba a que hubo de sujetarse su pobre alma. Se le desarrolló una tisis pulmonar con asombrosa rapidez, y tuvimos la pena de conducir los restos de la infeliz joven a su última morada. Carlota resolvió morir para el mundo: fue a sepultar sus dolorosos recuerdos en el fondo de un claustro. Mariquita sola sobrevivió a las ruinas de sus esperanzas. La viuda, que conocía que no le restaban ya sino pocos años de vida, no quería dejar sola en el mundo

a la única hija que le quedaba, y comenzó a echar sus cálculos y a tomar sus medidas para establecerla, si no con ventaja, al menos como fuese dable. Recordó entonces que existía, en uno de los departamentos remotos de la república, un caballero bastante acomodado, primo de su marido, con quien conservaba alguna relación y que la última vez que había estado en Guatemala, de lo cual hacía unos veinte años, manifestó deseo de casarse con una de sus sobrinatas. Mariquita no conocía, puede decirse, personalmente, a don Cornelio, pues era muy joven cuando él estuvo la primera vez, y solo sabía que era un hombre de sesenta y cinco años, algo extraño en sus costumbres y de buena posición en el lugar de su residencia; tanto que cuando doña Rufina pensó hacerle el honor de convertirlo en su yerno, el señor Cornelio Micón del Bosque estaba haciendo de corregidor en su departamento, en concepto de alcalde, por renuncia del que servía el empleo. La astuta viuda tendió sus redes con tanta maestría que el negocio quedó pronta y satisfactoriamente arreglado. Pocos meses después, don Cornelio pidió oficialmente la mano de su sobrina, cuya fotografía había recibido por el correo. La solicitud fue favorablemente despachada, y quedó convenido que el matrimonio se celebraría por poder; estando, según dijo el activo corregidor interino, abrumado de ocupaciones, que no le permitían hacer viaje a Guatemala. Ofreció, sí, que vendría a recibir a la novia hasta la raya de su departamento. Mariquita cerró los ojos y se casó con su tío, a quien no conocía. Tratóse en seguida de emprender la marcha, sin embargo, de que llovía mucho; y como doña Rufina no tenía quien pudiese acompañarla a ella y a su hija, me suplicó de mil maneras le prestase aquel servicio. Hube de condescender, y salimos en pleno mes de agosto, a entregar al marido la joven desposada... En todo el camino, doña Rufina se hacía lenguas de los méritos y cualidades de don Cornelio y no cesaba de aleccionar a

su hija, preparándola especialmente para el acto del encuentro. Después de algunos días de penosa caminata, nos aproximamos por fin al pueblo donde sabíamos nos aguardaba el corregidor. Este, en efecto, había salido de la cabecera y llegó oportunamente. Tuvo la idea extravagante de mandarse hacer un traje completo, desde el pantalón hasta la gorra, de cuero de mico, animal que abunda en las montañas de aquella parte de la república; y en aquel extraño atavío, salió don Cornelio, que es un hombre muy alto y muy flaco, a recibir a su consorte. Se hizo acompañar por su secretario, joven arrogante, de veintiocho a treinta años de edad, que no se atrevió a hacer objeción alguna al traje de su jefe. Sucedió que en la mañana en que don Cornelio debía avistarse con nosotros, cayó un fortísimo aguacero, que lo empapó de pies a cabeza, produciendo el efecto natural de que el pelo de mono de que estaba hecho el vestido, quedase completamente pegado a la piel, lo que daba un aspecto completamente ridículo a la figura qui-jotesca del pobre corregidor. Encontrámonos al fin, y tanto los que íbamos como los que venían, echamos pie a tierra. Mariquita corrió con ligereza, abrió los brazos y se arrojó... sobre el secretario, gritando: “¡Esposo mío!” Don Cornelio, a quien agradó muy poco la equivocación, frunció el gesto, y arrancando al joven de los brazos de su novia, dijo a esta:

—Alto el fuego, tortolita, estás muy equivocada, alto el fuego. Yo y nadie más que yo soy tu legítimo marido. La pobre María fijó los ojos con asombro en aquella espantosa figura, y lanzando un grito, cayó con convulsiones. Doña Rufina se puso a llorar y hacía las exclamaciones más patéticas; don Cornelio echaba tacos y reveses contra la melindrosa de la hija y la embelequera de la madre; en fin, todo fue gritos, lágrimas y patatuses. Al fin hubo de sosegarse la tormenta; Mariquita volvió en sí, preguntó asustada si ya se había ido el mico, lo cual estuvo a punto de renovar la gresca. Doña

Rufina intervino y diplomáticamente compuso la cosa lo mejor que pudo. Despedímonos, no sin nuevos sollozos; ellos siguieron a la cabecera del departamento y doña Rufina y yo regresamos a esta capital.

No he tenido después noticias muy exactas del dichoso matrimonio; pues aun cuando he oído decir que Mariquita ha dado en equivocar otras veces al secretario con el corregidor, me parece imposible; atendida la enorme diferencia que hay entre uno y otro personaje.

#### IV

Tal fue, amadas lectoras mías, el tristísimo fin de los amores crónicos de las niñas de la señora Fernández con el aprendiz de boticario, el agrimensor y el rentista. Muerta la una, religiosa por despecho la otra y mal casada la última, fueron, como se ve, muy desgraciadas. ¿Quién tiene la culpa de esos percances, *ellas o ellos*? Ellas y ellos; o mejor dicho, la tenemos todos. *Ellos*, que con punible ligereza, contraen compromisos que están en peligro de no poder cumplir, y que no son menos sagrados porque no pueda reclamarse su cumplimiento ante los tribunales. *Ellas* que exageran un sentimiento laudable en el fondo, cual es el de seguir únicamente sus inclinaciones, haciendo poca cuenta de las advertencias de la fría razón. Los padres, que por debilidad y por condescendencia, dejan que el mal eche raíces que después no pueden arrancarse. La sociedad, en fin, que en vez de mostrar una reprobación severa por semejantes faltas, las tolera y autoriza con su indiferencia.



## EL TELÉGRAFO

Guatemala disfruta, muchos años hace, del beneficio de una especie de telegrafía eléctrica. Antes de que esa invención se generalizara en Europa; más aun, antes de que se tuviera en Francia, en 1790, la primera idea de emplear la electricidad para la transmisión de ciertos signos, ya entre nosotros existían los telégrafos y funcionaban con perfecta regularidad; comunicándose, por medio de ellos con asombrosa rapidez, cuanto pasaba, y a veces cuanto no pasaba también. ¿Cómo podría explicarse, sin la existencia del telégrafo, la prontitud con que se sabe en esta ciudad, en las cercanas poblaciones y hasta en las más distantes, todo cuanto sucede aun en el interior de las familias? Un hecho, quizá insignificante, que acontece en un punto cualquiera de la población vuela con la velocidad del pensamiento; en brevísimo tiempo recorre la ciudad entera, y luego en asombrosa irradiación, se esparce y desparrama por las inmediatas. Mas, ¡oh admirable conquista del genio humano! Nuestros telégrafos no necesitan ni pilas de Volta ni hilos metálicos, ni cuadrantes, ni agujas magnéticas, ni exigen gasto alguno de establecimiento ni de conservación, ni es necesario pagar por la transmisión de las noticias, y ni aun enviarlas a las oficinas telegráficas; pues de todo se encargan y lo hacen los telégrafos voluntaria y gratuitamente.

Es que nosotros tenemos al *hombre-telégrafo*, ventaja de la cual, por lo visto, carecen en otras partes; pues si la poseyesen, de seguro que habrían excusado los cuantiosos gastos que se impenden en los complicados aparatos de la telegrafía electromagnética. Aquí, si se quiere esparcir una noticia cualquiera,

no hay más que referirla a uno de tantos hombres-telégrafos, y sin que cueste un centavo la operación, la sabe en un minuto la ciudad entera. Cuando haya mejor empeño en que la noticia no deje de publicarse, porque interese mucho que se sepa, hay un medio sencillísimo de conseguirlo. Dígase al telégrafo que aquello es reservado, que es una cosa grave, que a él solo se le comunica en la confianza de la amistad; y así es seguro que no olvidará la especie y redoblará su celo para publicarla.

Es verdad que muchas veces acontece que los telégrafos le divulgan a uno lo que no le convendría tal vez que se supiese; pero eso son los inconvenientes inseparables de todos los grandes adelantos: favorecen a uno y perjudican a otros. Los criminales rabiarán en Europa y en los Estados Unidos (supongo yo), con los telégrafos eléctricos que les dan chascos pesados con la mayor frecuencia; muchos que no son criminales rabian aquí con los telégrafos-hombres; pero acá y allá es necesario conformarse con lo que uno no puede remediar.

Si Ud., lector benévolo, o malévolo, porque no sé lo que es, tiene la felicidad de ser casado, y un día u otro arma camorra con su *contraria*, y hay por casualidad un telégrafo en la casa vecina, cinco minutos después lo sabe la ciudad; y al pasar Ud. dicen todas las señoras: “Allí va ese monstruo de don Fulano, que ha tenido la barbaridad de pelear con su mujer”. Si Ud. riñe a sus criados; si entra a deshora; si gasta mucho; si escatima y sisa; si bebe, o juega o enamora; o si, por el contrario, vive como un anacoreta, el telégrafo da cuenta de todo con inevitable puntualidad.

No hay duda de que el hombre-telégrafo es un admirable y útil instrumento para la transmisión de las noticias; pero hay todavía algo que es mejor que él, y ese algo es la *mujer-telégrafo*, que excede al otro en la espontaneidad con que funciona, en el excelente surtido de noticias de que puede disponer,

acomodado al gusto de toda clase de consumidores, y en la asombrosa celeridad con que las distribuye. La mujer que se dedica a la telegrafía, hace ella sola, mejor y más aprisa la obra de cinco o seis telégrafos machos. Acaso, consistirá esto en que los hilos metálicos de que están formadas las crinolinias presentan mayor facilidad para la transmisión de las noticias.

El telégrafo-hombre o mujer, no solamente funciona al aire libre, en las calles y en las plazas; por el contrario, es bajo de techo, en las casas particulares, en el seno del hogar doméstico donde trabajan con más celeridad. Pero los sitios que escoge de preferencia, son los palacios, las residencias de las autoridades, los puntos ocupados por todos aquellos que son algo o valen algo en la sociedad. A esos lugares acuden los telégrafos de día y de noche, y cruzan sus hilos misteriosos, formando con ellos una especie de red impenetrable, más o menos visible, que se extiende por todas partes. El telégrafo tiene notable semejanza con diferentes objetos. Es semejante al aire, en que se *cuela y sopla*; al agua en que *murmura*; al fuego en que *calienta* (la sangre); a la araña, en que *urde*; al venado, en lo *ligero*; a la mosca en lo *tenaz*; a los agricultores, en que *siembra* (cizaña); a la cosa juzgada, en que *hace de lo blanco negro y de lo negro blanco*; a los sepultureros, en lo *metemuertos*; en fin al diablo, en el mal que ocasionan y en los pecados que por instigación suya se cometen.

Cuando los telégrafos-hombres dan en abusar así de su oficio, el único arbitrio que hay tal vez para librarse de ellos, es el que han adoptado respecto a los telégrafos eléctricos los beligerantes en la guerra actual de los Estados Unidos: *romperlos a palos*. Pero no nos decidiríamos a aconsejar este recurso, ya que no puede emplearse en todos los casos; y quizá sería peligroso apelar a él, precisamente en aquellas ocasiones en que mayor necesidad habría de aplicar el remedio.

Dejemos, pues, a un lado esos abusos de la telegrafía humana, que hemos indicado de paso, y volvamos a sus aplicaciones más corrientes y menos ofensivas. El telégrafo-hombre sirve el empleo de observador general; cargo que, no estando incluido en el presupuesto, tiene que desempeñarse gratuitamente y sin retribución. Lo averigua todo, lo huele todo, y como se dice comúnmente, nunca ve ni oye para callar, sino para referir a otro lo que ha visto u oído. Suele decirse de él, que no cuece en el estómago ni lo que come; para indicar, sin duda, que todo lo arroja, que con nada se queda. Cuando por casualidad no hay alguno de esos pequeños escándalos que el telégrafo tiene especial gusto en transmitir, está triste y aburrido, y es muy capaz de inventarlos, para no estar ocioso. Es de verse la alegría del hombre-telégrafo cuando *truena una bomba* de esas cuya explosión está llamada a aturdir la ciudad entera. De seguro es el primero que oye el estallido; y con la velocidad del relámpago, comunica el suceso a cuantos quieren saberlo, y a veces también a los que ni quieren ni debieran tener conocimiento de él. Cuando ocurre un acontecimiento de esos, los telégrafos se ponen en movimiento en todas direcciones; van y vienen; suben y bajan; se fatigan y sudan; como si su honor, su bienestar y su fortuna dependieran de la publicidad del hecho. Recorren las tiendas; entran en los cafés; acuden a los paseos; detienen en la calle a los transeúntes, y cada cual se afana por ser el primero en divulgar la noticia. ¡Oh, admirable, admirabilísimo portento de la telegrafía humana! Por ti, nada hay oculto; tú haces innecesarios los periódicos; te burlas del siglo; desafías al tiempo y a la distancia; para ti, como dice Martínez de la Rosa, hablando creo del amor:

*No hay puerta ni muro,  
Ni alcázar seguro.*

Enemigo jurado del silencio, disipador de cuanto adquieres, espíritu vital de nuestra sociedad, ¿qué haríamos sin ti? ¿En qué emplearíamos nuestro desocupado tiempo, si tú no nos proporcionaras inagotables y útil y sabroso entretenimiento? ¡Bien haya el que te inventó, espejo, flor, nata y espuma de la andante telegrafía, para contentamiento de las doncellas, regocijo de las viudas y satisfacción de todos los que están menesterosos de saber e indagar vidas ajenas!

Tengo yo un amigo que es un excelente telégrafo, que funciona día y noche, en invierno y en verano, con buen y con mal tiempo. Hará cosa de tres o cuatro días, dormía yo profundamente un día, a eso de las ocho de la mañana, cuando se introdujo en mi habitación el susodicho amigo mío, que se llama don Blas la Parla, y habiéndome sacudido dos o tres veces para que despertase, cuando lo consiguió me dijo:

—Hombre, ya sabrás lo que ha sucedido hace unas pocas horas.

—No sé nada, le contesté de mal humor y soñoliento. —¿Conque no sabes nada? —replicó asombrado; pues si no se habla de otra cosa en la ciudad. —¿Pero cómo quieres que yo sepa lo que ha sucedido en tanto he estado durmiendo, siendo tú la primera persona a quien veo al despertar? —Dices bien; yo temía que viniera alguno a darte la mala noticia así, de sopetón, y por eso me he apresurado. —Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido? Hable, dije con impaciencia. —Poca cosa, me contestó, que acaba de matar un rayo a nuestro común amigo don Cosme, el abogado. —¡Hombre! ¿Es posible? ¿A don Cosme? ¿Y cómo ha sido eso? —Pues muy sencillamente, dijo don Blas. Habrás oído, a eso de las cuatro de la mañana, un espantosísimo aguacero, acompañado de truenos y de rayos. Uno de estos, va, coge, y ¡zas!, cae sobre don Cosme que dormía, como tú, y le deja muerto en su casa. Yo lo supe al salir de casa, e inmediatamente he comunicado la desgracia

a unos veinticinco amigos, que son los únicos a quienes he podido ver en dos horas; voy a continuar refiriendo el suceso, no sea que otros se anticipen y den la noticia con grosería y no de la manera tan prudente con que yo lo hago; ¡abur! Y dicho esto se marchó, dejándome aturdido. Me vestí a toda prisa, y me propuse ir inmediatamente a casa de mi pobre amigo don Cosme; pero cuando me disponía a salir, recordé que ese mismo día, a las doce de la mañana, debía yo alegar en estrados en un negocio de grande importancia para mí. Me acordé también de que tenía una cita en el escritorio de un negociante para las diez en punto de la mañana; y para colmo de desgracia, que era día de correo y me urgía escribir una carta y enviar ciertos documentos a San Salvador. En fin, dije para mí, procuraré salir de todo; pero primero voy a casa de don Cosme, pues la familia estará, como es natural, abrumada de dolor. Salí a la calle con la firme resolución de no detenerme por nada, ni con nadie; pues la distancia que debía recorrer era considerable, y no podía perder tiempo. Pero yo no contaba con la huésped; es decir, con los telégrafos que había de encontrar en mi camino. Al volver la esquina, di con el primero, que me tomó del brazo y deteniéndome me dijo:

—¿Qué te ha parecido el lance de don Cosme? ¿Has visto qué desgracia? ¿Cuándo lo supiste? Contesté solo a la última pregunta, por ver si me desembarazaba de aquel importuno, y le dije: —Me lo ha contado Blas, antes de levantarme, y voy a hacer una visita a la pobre viuda de mi difunto amigo. Adiós. —¿Visita a quién?, me preguntó mi interlocutor. ¿Pues qué, no sabes que el rayo ha matado también a la mujer de don Cosme? —¡Cómo!, repliqué yo, pues si me han dicho que solo a él le ha caído. —No señor, los ha matado a los dos; allí los acabo de ver tendidos en la sala de la casa; hay un gentío inmenso.

El telégrafo se marchó, y yo continué mi camino, diciendo en mi interior: ¡Válgame Dios; qué desgracia! Pero han

quedado los hijos y la cuñada de Cosme; voy a verlos.

No bien hube andado dos pasos, encontré a un sujeto que es conocido mío únicamente *de sombrero*; pero autorizado sin duda, por las circunstancias, se me acercó y me dijo, sin saludarme:

—Supongo que Ud. irá a casa de don Cosme; es difícil entrar; yo vengo de allá; los cuatro cadáveres están tendidos en la sala. —¿Qué habla Ud. de cuatro cadáveres? le dije yo, pues, ¿cuántos son los que ha matado el rayo? —Son, contestó él, don Cosme, su mujer, la cuñada y el hijo mayor. Acabo de verlos. Continuó una relación del lance, con todos sus pormenores, y al fin se despidió mi improvisado amigo. Procuré caminar de prisa, a fin de reparar el tiempo perdido; pero, ¡ay de mí!, de repente oigo pronunciar mi nombre a mis espaldas, y un sujeto a quien jamás había visto la cara me dice: —Usted dispense, señor Jil, ¿ha sabido Ud. lo de don Cosme, y su mujer, su cuñada y... —Sí, lo sé todo, respondí, déjeme Ud. pasar; voy a la casa donde ha sucedido la catástrofe. —Es que Ud. quizá no sabe cómo pasó, y yo lo sé bien y voy a contárselo. —Todo, todo lo sé, dije, y apreté el paso.

Apenas había andado dos cuerdas, veo venir a mi encuentro, muy sofocada, a doña Gregoria la chismosa, aquella de quien hablé en el artículo del “Baile de guante”. Al verla, dije para mí:

—Esto faltaba. Telégrafa tenemos. —Buenos días Salomé. ¿Qué has dicho de lo de don Cosme? —Nada; le contesté. —Pues yo, ¡mira qué casualidad!, lo supe en misa; estaba allí cerca de la Rita Iglesias, ya la conoces, aquella hipócrita que anda siempre correteando jubileos; pues se acercó y me despepitó la cosa, así no más, sin saber si una está en ayunas, o si ya ha almorzado. ¡Pobre don Cosme! Ello es verdad que el diablo no se ha llevado nada ajeno. El hombre estaba perdido, jugaba, y aun dicen que bebía; pero esto último no lo creo, y siempre lo defenderé, mucho más ahora que el pobre

está ya juzgado de Dios. ¿No te parece? —Sí, señora, hace Ud. muy bien, ya se conocen sus sentimientos caritativos. En cuanto a mí, diré a Ud. que es la primera vez que oigo que Cosme tuviera vicios. —¿Sí?, pues siento habértelo dicho, pero yo creía que lo sabías. Hasta las vistas. —Anda con dos mil de a caballo, vieja mala lengua, dije para mí y seguí mi camino.

A poco de andar, me encuentro delante de mi amigo don Perfecto Cumplido, el *hombre feliz*, que me dice:

—¿Usted por acá? No nos hemos visto desde que comió usted en mi casa la última vez, el día... —Sí, sí, le contesté; el día que se le antojó a Ud. bañarse en el lago artificial; adiós. —No vaya Ud. tan de prisa; no me ha hecho aún la visita de digestión, y es justo que platiquemos un rato. —Señor, ¡tengo mucho que hacer! —Yo también; pero, dígame Ud., ¿qué le ha parecido la muerte de don Cosme, su mujer, su cuñada y sus tres hijos? —¿Tres son ya los hijos?, pregunté; pues qué, ¿siguen cayendo rayos en casa de don Cosme? —No señor, es uno solo, el rayo de esta mañana el que los ha matado a todos. Y vea Ud., yo se lo dije a don Cosme; ha muerto así porque ha querido; le anuncié que había de morir de rayo; y si hubiera seguido mis consejos, nunca se habría colocado en puntos donde pudiera descargar la electricidad de la atmósfera. Hasta luego; y dicho esto, se marchó con aire muy satisfecho. Aún no me había movido del punto donde me detuvo don Perfecto, cuando volviendo la cabeza veo a don Facundo Lenguaraz, aquel hablador de quien di noticia en el cuadro de “Los Monopolistas”; y advierto que me hace seña de que me detenga y lo guarde.

—Eso sí que no, dije; y, sin darme por entendido, sigo caminando. Pero mi hombre aprieta el paso y me llama. No hago caso, y ando más de prisa. Él lo nota y redobla la marcha. Vuelvo una esquina, y como ya no me veía mi perseguidor, echó a correr decididamente; pero él por su parte hace

otro tanto, corre también, y me grita: —Aguárdame, hombre aguárdame, tengo urgencia de hablarte. Te tiene cuenta. Al fin me atrapa, y me dice: —¡Caramba! no creía yo que eras tan ligero. ¡Cómo has corrido! ¿Sabes lo de don Cosme?

—Sí, le dije, van ya diez o doce personas que me cuentan el suceso: déjame. —¿y dónde estabas cuando lo supiste? Mira, yo estaba bañándome en la *Bola de oro*; ya sabes, frente al teatro, y llegó un amigo, me llamó con precisión, y salí en el mismo traje que usaba nuestro padre Adán antes de comer la fruta prohibida, y el amigo me cuenta lo sucedido. ¡Qué desgracia! Toda la familia ha perecido. No ha quedado un alma. He visto mandar hacer ocho ataúdes en la carpintería de allí enfrente. ¡Qué desgracia! —¿Conque todos han muerto?, dije yo. —Sí, sí, todos, me contestó; no quedan en la casa ni los chuchos. Adiós; y se marchó corriendo.

Yo entonces saqué el reloj y vi que eran las doce y media. Había, pues; pasado la hora señalada para mi alegato. Corrí a ver si aún llegaba a tiempo; pero ya era tarde. Mi contraparte había hablado sin que nadie le contradijera. Por supuesto se había pasado hacía mucho la hora de mi cita con el comerciante, pero fui a ver si por casualidad aún me aguardaba. Llegué al escritorio; el negociante, que era hombre ocupado, se cansó de esperarme, y había salido. Si al menos llego al correo a tiempo para despachar a San Salvador la carta y los documentos, pensé, no será la mañana enteramente perdida. Me encaminé a la plaza; pero en el tránsito fui encontrando otros telégrafos, de quienes no me fue posible desprenderme; y cuando llegué a la estafeta, eran las cuatro. El correo había ya partido. En fin, dije, ahora que he dejado de hacer tres negocios importantes, a causa de los importunos, iré a casa de don Cosme, a ver si ha quedado alguien que me informe de la desgracia. Pude llegar, sin mayores detenciones, y vi un grupo considerable de gente curiosa en la calle, delante de la

puerta. Logré abrirme paso, y al fin entré en la sala, donde esperaba encontrar el horroroso espectáculo de los ocho cadáveres, pero, ¡cuál no sería mi asombro, mi estupefacción al ver a don Cosme muy tranquilo, en medio de una docena de amigos, de cuyo número eran don Perfecto, don Facundo y algunos otros de aquellos a quienes yo había encontrado hacía poco! Al verme entrar, don Cosme se levantó de la silla, y saliéndome al encuentro, me dijo:

—¿Usted también, amigo mío, viene como estos señores, esperando encontrar esta casa convertida en un cementerio? Yo, en medio de mi asombro, tocaba a don Cosme, veía que estaba bueno y sano y casi no lo creía. —¿Y la señora? le pregunté. —Mi mujer, dijo, está buena; ahora acaba de entrar a verla doña Gregoria. —¿Y los niños, y su cuñada de Ud.? —Todos perfectamente. El rayo cayó en la sala, maltrató algunos muebles, y como mi esposa y yo dormíamos en la pieza inmediata, perdimos el sentido por un rato. Esto es, sin duda, lo que ha dado lugar a las noticias exageradas que han corrido por la ciudad. —Así es, le contesté, y a poco me despedí, proponiéndome escribir cuanto antes lo que había pasado, a fin de hacer constar, por lo que pueda valer, esos resultados de los abusos de la telegrafía humana.

## LAS MEDIAS NARANJAS

No sé quién sería el primero que comparó a los hombres y a las mujeres con naranjas que, divididas por mitad, hubiesen sido arrojadas indistintamente, para que buscara cada media naranja la otra mitad que le corresponde. Con esta ingeniosa alegoría, ha querido significarse la dificultad de que un hombre encuentre la mujer que le conviene, y viceversa. Así como sería únicamente obra del acaso, o del destino, o como quiera llamarse, el que una mitad de naranja llegase a encontrar precisamente, entre la inmensa multitud y confusión de naranjas partidas, la mitad que antes formaba con ella un solo cuerpo, así se dice que es difícil que dos seres humanos lleguen a convenir y congeniar de tal manera que ajusten y cuadren tan perfectamente, como si fuesen las dos mitades de una sola naranja. Todo el que se casa, cree casi siempre haber encontrado su mitad; y si no, claro es que no se casaría, a menos que consideraciones de fuerza mayor se lo exigiesen. Pero sucede con harta frecuencia, que una apariencia engañadora, hace tomar por mitad correspondiente la que está lejos de serlo; y así suele ajustarse, continuando la alegoría, una tapa de naranja de esas que llamamos de la China, con otra de Escuintla, dos variedades bien diferentes de la misma fruta; una mitad de naranja dulce, con otra agria; unión que naturalmente debe ser fatal; una que acaso está algo verde todavía, con otra que está tal vez pasada de madura; y aun suelen llegar las equivocaciones hasta querer ajustar una mitad de naranja, con otra de toronja, por la engañosa apariencia de la semejanza.

La dificultad de conseguir que cuadren y se ajusten bien las mitades de las naranjas, y el peligro de que hay en que-

rer acomodarlas sin la conveniente prudencia y discreción, se comprueban con la peregrina y verdadera historia que, con rigurosa exactitud, me propongo referir, en este breve cuadro, que puede considerarse como una antítesis del que poco ha tuve la honra de ofrecer a mis amabilísimas lectoras, con título de “Amores Crónicos”.

## I

Doña Martina Pescara, es una señora viuda, de cuarenticinco años de edad, que, aunque sin hijos, heredó de su marido, *ex testamento*, una fortuna algo considerable. Cuando se encontró sola, tuvo la buena inspiración de recoger y llevarse consigo a tres jóvenes sobrinas suyas, a quienes llegó a querer tanto o más que si fuesen sus hijas. Dícese que doña Martina no fue feliz en su matrimonio; pues si bien el difunto no carecía de buenas cualidades, tenía un genio infernal y era, además, celoso como un moro. La crónica escandalosa de la ciudad, atribuye las canas y las arrugas prematuras de doña Martina, a la mala vida que le dio el que está gozando de Dios. Cuando habla o ríe, se advierte que le faltan dos de los dientes delanteros; cuya temprana ausencia, no fue, según se dice, causada por deserción voluntaria, sino resultado de un encuentro que tuvo un día, sin saberse cómo, la boca de doña Martina con el vigoroso puño del esposo amado, cuyo choque hizo saltar dos incisivos de la mandíbula inferior, con más prontitud que si hubiesen sido extraídos por el gato del mejor dentista. Cuentan que después de aquel lance, los graciosos dieron en despachar a todos los que padecían de las muelas, a casa del marido de doña Martina, diciéndoles que las sabía sacar bien y de balde.

Por una de esas aberraciones tan comunes al espíritu humano, la desdentada viuda, lejos de ser enemiga del matrimo-

nio, era partidaria acérrima de ese sacramento, y citaba no sé qué sentencia de San Pablo, para probar que es conveniente casarse, aun cuando la que se case corra el riesgo de no volver a probar los *quebradientes*, de lo cual, por supuesto, no habla el Apóstol de las gentes en el texto citado por doña Martina.

Desde muy temprano cuidó de inculcar aquellas ideas a las sobrinas; y la semilla, como que cayó en terreno fértil, fructificó con abundancia. Cuando la mayor no contaba sino dieciséis años, y la menor aún no pasaba de los doce, era un gusto oír las, en sus confidencias íntimas, expresarse como unos predicadores y sobre las ventajas del santo matrimonio. Luisa, Elena y Margarita, sostenían, *ex cathedra*, que las mujeres debían ser, o casadas, o religiosas; y ellas, no considerándose dignas de ser esposas de Jesucristo, limitaban sus modestas pretensiones a serlo de los tres primeros simples mortales que se presentasen. Tomada aquella heroica resolución, en la cual las afirmaban los consejos de la tía, las tres jóvenes hicieron voto secreto de no pasar de los veinte años sin haber salido del estado de solteras; y como, por otra parte, opinaban que los votos debían cumplirse religiosamente, estaban decididas a llenar aquel en la primera oportunidad favorable que se les ofreciese.

No, se hizo esta esperar mucho tiempo para una de las jóvenes. Un estudiante de derecho, que debía ser tan partidario del matrimonio como doña Martina y sus sobrinas, vio a estas en un paseo, averiguó quiénes eran, supo que estaban llamadas a recoger algún día la no despreciable fortuna de la viuda, y se sintió súbitamente apasionado de las tres jóvenes, y resuelto a casarse con cualquiera de ellas, ya que por desgracia las leyes que prohíben la poligamia, no le permitían hacerlo con las tres. Don Ticio Hambrona, que así se llama el estudiante, escribió una epístola muy pendoleada, en la que, sin andarse por las ramas, hablaba lisa y llanamente de ca-

sorio; y tuvo la estudiantil ocurrencia de hacer en ella una cita, a propósito de esponsales, de cierta doctrina de la obra de Febrero, adicionada por Tapia. Cerró la carta, y al poner el sobrescrito, fueron los apuros del escolar casamentero. No sabía a cuál de las tres doncellas dirigirla, pues le era de todo punto indiferente casarse con cualquiera de ellas. Para salir del paso, imaginó un arbitrio peregrino, con el cual él, en sus adentros, consideró no errar el golpe, fuera la que fuera la que recibiera la epístola amorosa. Puso, pues, en el sobre, estas pocas palabras: *A la que me haga el favor*, y atisbando a la cocinera cuando volvía del mercado, le encargó la entregase a cualquiera de las niñas. Acertó a ser la mayor, Luisa, la que recibió el mensaje; e impuesta del contenido, declaró que a ella, y no a alguna de sus dos hermanas, era a quien estaba dirigido aquel billete. Como cortés y bien criada, no hizo esperar mucho tiempo la respuesta; y por medio de la misma doméstica, remitió una carta algo larga, en la cual no se pronunciaba claramente sobre el asunto. El estudiante la leyó y no quedó muy satisfecho de la contestación; pero advirtió que había una posdata, y buscó a ver si en ella la joven declaraba un poco más sus sentimientos. La posdata decía así; “En cuanto a lo que Ud. me dice de Febrero, no le he entendido bien; pero si quiere dar a entender que en ese mes nos casamos, estoy de llano a que así sea. En seguida me habla Ud. de la tapia; y eso sí no me parece. No hay para qué entrarse por las paredes, cuando todo puede y debe hacerse como Dios lo manda. Hable Ud. luego a mi tía y todo quedará arreglado. —Suya hasta la muerte: *Luisa Pescara*”. No dejó de reírse el estudiante, al ver cómo había interpretado su futura lo que él decía de Febrero y Tapia; pero al fin consentía en todo; y esto era lo importante. Dio trazas para ser presentado a doña Martina; fue bien recibido, y a poco andar, declaró su intención de ser esposo de Luisita. La tía dijo que lo pensaría y que pe-

diría informes; mas ni lo pensó ni pidió tales informes, pues a los tres días el estudiante estaba ya bien despachado. Doña Martina estaba contentísima y no hallaba pero que poner al novio. Era joven, buen mozo, vivo y con buenas esperanzas de hacer fortuna con la abogacía. Declaró que Luisa había encontrado su media naranja; y se hizo el matrimonio, teniendo que sufragar los gastos la señora, pues los escritos que hacía el estudiante no daban para muchas fiestas. Tomaron una casita, y auxiliados por doña Martina, fueron pasando trabajosamente los primeros meses que siguieron a aquella boda improvisada.

## II

Cuatro años después del acontecimiento que acabo de referir llegó su turno a la segunda de las sobrinas de doña Martina. Un caballero anciano, sumamente rico, pero enfermo de un mal cutáneo y con fama de muy atrabiliario, llamado don Atiliano Garrafuerte, pidió la mano de Elena. La tía consideró aquello como una verdadera dicha, asegurando que hombres de las condiciones de don Atiliano, no se encontraban todos los días. Era, decía, hombre de bien a carta cabal, de buena cuna, muy rico, y aunque no fuese un currutaco capaz de lucir en bailes y tertulias, era un sujeto formal, que gozaba en el público de grande estimación. Es verdad que decían que era algo enfermo y no de muy buen genio, pero se curaría, y los malos genios todo consistía en saberlos llevar. Así era también, añadía, mi difunto marido, y jamás tuvimos un *sí* ni un *no*. Al decir esto, doña Martina se cubría la boca, de donde faltaban los dos dientes aquellos que nunca habían sido reemplazados. En fin, Elena se decidió por los consejos de su tía, a aceptar por marido a don Atiliano, que no tenía más parien-

tes que unos sobrinos de muy poca edad, que por más señas no hablaban bien, y que le llamaban, en su media lengua *tata Tirano*. Se hizo el matrimonio; y Elena, dejando la casa de su tía, pasó a habitar la de su esposo, puesta con mucho lujo y elegancia. Nada faltaba de cuanto puede hacer agradable la existencia material. Trajes, muebles, alhajas, abundancia en todo; en fin, cuanto podía halagar los caprichos de la joven que aún no tenía veinte años, lo encontró Elena en aquella espléndida mansión. Solo a la Ffelicidad no pudo encontrarla, por más que revolvió armarios y gavetas, y registró hasta los últimos rincones de aquel pequeño palacio. Sin embargo, la tía decía a voz en cuello a cuantos querían escucharla, que Elenita sí que había encontrado su media naranja.

### III

La última de las sobrinas de doña Martina veía con cierta envidia la suerte de sus hermanas, pues si bien Luisa pasaba mil trabajos con la pobreza y Elena no era muy dichosa en medio del boato y la abundancia, pero al fin estaban casadas, y ella había entrado ya en los veinte años y nadie se presentaba. Esto la tenía siempre taciturna y malhumorada. Elena no había tenido hijos en los tres años que contaba de matrimonio; pero en cambio, Luisa tenía cinco; y aunque el estudiante, ya abogado, ganaba alguna cosa, no era, ni con mucho, suficiente para mantener la familia con mediana comodidad.

Por entonces se esparció un día súbitamente la noticia de que acababa de llegar un noble portugués, muy rico, joven y buen mozo. Todos querían conocerle, y casi no hubo familia que no desease le fuese presentado. No se hablaba de otra cosa que del portugués. Comenzó a visitar en muchas casas; y al fin doña Martina pudo lograr que la suya fuese de las

favorecidas. Un domingo, para cuyo día estaba anunciada la visita del dichoso extranjero, doña Martina y Margarita se pusieron, como suele decirse, de veinticinco alfileres, y desde muy temprano aguardaban con ansiedad al portugués. A las dos de la tarde, se oyó el ruido de un coche, y a poco entraba el deseado, en compañía de un antiguo amigo de la casa, que le presentaba. Este anunció con mucha gravedad y retintín, al señor don Joachin Alfonso Silva, Carvalho, Saldanha, Meneses y Albuquerque, Barón de Montes-Umbrosos. Doña Martina estuvo a punto de desmayarse, tal fue la impresión que le hizo aquella letanía de apellidos aristocráticos, terminada por el sonoro título de portugués. Hizo diez mil cumplimientos a este, le ofreció la casa y las personas, y no dejó de preguntarle si gustaba de tomar alguna cosa. El barón contestó a todo con mucha cortesía; habló de sus viajes, de sus riquezas, de su familia y dijo ser próximo pariente del duque de Saldanha, a la sazón Primer Ministro de S.M. Fidelísima. Doña Martina abrió un palmo de boca, y se consideraba la más feliz de las mujeres, por estar al lado de un pariente de aquel señor duque.

—Usted, señor barón, dijo, habla muy bien el castellano. —Sí señora, contestó este, yo he viajado mucho por España; y además, el castellano y el portugués son dos idiomas que tienen mucha semejanza. —Sí, contestó doña Martina, como que yo siempre oí decir a mi marido (que era muy literato), que el portugués es un dialecto del castellano. —¡Oh señora!, replicó el barón, el señor su marido estaba muy equivocado en eso; al contrario, el castellano es un dialecto del portugués. —Así será, cuando el señor barón lo dice, contestó doña Martina a aquella legítima portuguesada, y se habló de otra cosa. Terminó la visita, y la señora no dejó de recomendar al portugués viera aquella casa como suya y que volviera siempre que sus ocupaciones se lo permitiesen.

Como verdaderamente estas no eran ni muchas ni pocas, el barón siguió frecuentando la casa, y a los quince días tenía en ella tanta confianza, como si hubiera visitado veinte años a aquella familia. Entraba y salía a todas horas; para él no había cosa reservada; nada se hacía sin tomarle parecer; allí comía, almorzaba o cenaba; despachaba su correspondencia y dormía la siesta. El vecindario murmuraba; los comentarios se multiplicaban, y fue preciso poner término a las habladurías. Doña Martina interpeló al barón; y este, que había ya tenido tiempo de sondear la situación financiera de doña Martina, dijo que estaba pronto a casarse. Loca de júbilo, la viuda salió a dar parte; los parientes y los amigos dijeron que aquello era una barbaridad, que nadie sabía *qué pata había puesto aquel huevo*, y qué sé yo cuánto más. Doña Martina contestó que ella no era de ayer, que conocía al señor barón como si le hubiera parido, y que no se hallaban todos los días en Guatemala novios emparentados con duques y primeros ministros. Para celebrar la boda, echó la casa por la ventana, como suele decirse; amuebló con lujo las habitaciones, dio una gran comida y un baile suntuoso y regaló a Margarita todas sus alhajas, que valían como dos mil pesos. Doña Martina no cabía entre el pellejo, tal era su satisfacción de tener sobrina baronesa, y había encontrado su verdadera y legítima media naranja.

#### IV

A los dos meses de celebrado el matrimonio entre el barón de Montes-Umbrosos y Margarita Pescara, se presentó una noche en casa de doña Martina, Luisa, la mujer del abogado Hambrona, con sus cinco hijos y hecha un mar de lá-

grimas. El pájaro había volado, dejándole escrita una carta en que le decía que cansado de trabajar sin éxito, y no queriendo ver en miseria a su familia, se marchaba a otro punto (no decía cuál), donde corriese la profesión. Encargaba que no le escribieran hasta que él diera noticias de su paradero, y aconsejaba a su esposa volviese a casa de su tía. Esta se puso hecha una espiritada y renegó de los maridos del país, que no sabían cumplir con sus obligaciones; concluyendo con que ¡ojalá que hubiera podido hallar para sus tres sobrinas tres barones portugueses!

Pero estaba de Dios que no debía de ser aquel el único desengaño de doña Martina. A los pocos días murió repentinamente don Atiliano Garrafuerte, el marido de Elena. Doña Martina, que hacía mucho tiempo no ponía los pies en aquella casa, por habérselo prohibido expresamente su sobrino político, o impolítico, como ella decía, acudió en el acto, y preguntó a la joven si había testamento. Esta, llorando a mares, dijo que sí lo había, y que ella estaba nombrada albacea y heredera de todo, a puerta cerrada; que tenía en su armario el testamento en toda regla. Aquello agradó muchísimo a la tía, y dejó que la pobre viuda siguiera cumpliendo con el público, haciendo los mayores extremos de dolor. Doña Martina se trasladó por unos días a la casa de Elena, y dejó en la suya al barón y a Margarita. Cuando pasaron los nueve días del duelo, y en tanto que tía y sobrina disponían lo que debían hacer del caudal de Garrafuerte, he aquí que se presenta en la casa un caballero, íntimo amigo del difunto, con un escribano y dos testigos. El caballero dijo a las señoras que tenía el sentimiento de ir a ocupar todo lo perteneciente a su difunto amigo. *¿Y sobre de qué?*, preguntó doña Martina; ¿no sabe Ud. que esta niña es heredera universal de su marido, en virtud de testamento que tiene allí guardado? Anda niña, trae ese papel, para que se desengañe este buen señor.

—No se incomode Ud., señora dijo, el amigo; conozco ese testamento; fue otorgado hace dos años; pero hace seis meses, don Atiliano otorgó nueva disposición testamentaria, por la cual revoca la primera, me nombra su albacea, y por herederos universales a sus sobrinos menores de edad. Un rayo hubiera hecho menos efecto que aquellas palabras. La tía y la sobrina leían y releían el testamento que les presentó el caballero, y al fin hubieron de conformarse con lo que ya no tenía remedio. En el acto salieron de aquella casa y se trasladaron a la de doña Martina. Elena volvió, pues, como había salido: con la diferencia de que llevaba la cara a las manos cubiertas de ciertos lamparones, única herencia del difunto, y que le faltaban cuatro dientes, dos de los incisivos y los dos caninos de la mandíbula superior, lo cual hizo decir a las gentes que don Atiliano era mejor dentista todavía que el marido de doña Martina.

Veinte días después de aquel episodio, el barón dijo que tenía urgencia de ir a la Antigua por una semana; puso su ropa en un saco de noche y se marchó. Pasaron los ocho días y el portugués no regresaba; la esposa comenzaba a impacientarse; doña Martina paraba la oreja, cuando por el correo de Izabal recibieron una carta, escrita en aquel puerto que decía así:

*Respetable doña Martina; querida esposa: Mañana me hago a la vela para volver a Europa. Me voy con el sentimiento de no haberme despedido de Uds.; pero, a la verdad, no tuve corazón para decirles el adiós postrero. Dejo a Ud., mi buena y respetable doña Martina, mi baúl con alguna ropa sucia y mis botas viejas, rogando a Ud. conserve esas prendas como un recuerdo mío. A ti, Margarita, amada esposa, te dejo, si no me equivoco, alguna otra prenda que*

*me recordará siempre a tu memoria. En cambio, yo llevo las alhajas que Ud., doña Martina, regaló a Margarita; pues advirtiéndome que lo antiguo de su hechura las hace desmerecer, voy a hacerlas montar de nuevo por mi joyero en Lisboa. Llevo también unos dos mil pesos que, por equivocación sin duda, se trasladaron, doña Martina, de la caja de Ud. a mi saco de noche; y no los devuelvo, por no exponerlos en el camino. Volveremos a vernos en el valle de Josafat, donde podré dar a Uds. cuenta cabal de la inversión de esos pequeños fondos, su afectísimo esposo y sobrino.*

*Joachin Alfonso Silva, Carvalho,  
Saldanha, Meneses y Alburquerque,  
Barón de Montes-Umbrosos.*

*P.D.- Ustedes no deben dudar de la autenticidad de mi título; soy en efecto barón, sin más diferencia que la muy pequeña de la primera letra, que debe cambiarse la b en v. En cuanto a mi parentesco con el duque Saldanha, no hay en ello la menor duda; somos parientes, aunque en grado algo remoto; siendo el tronco común nuestro padre Adán.*

*Ut supra: —El Barón de Montes-Umbrosos.*

Aquella aterradora carta, en la cual campeaba todo el cinismo de un desvergonzado aventurero, estuvo a punto de costar la vida a la abandonada esposa, que cayó con una fiebre que la puso a las puertas del sepulcro.

Doña Martina se encerró en su casa y se negó a ver a cuantos fueron a visitarla, tan pronto como se esparció la noticia de aquel pesadísimo chasco. Prohibió que se pronunciara en su presencia la palabra matrimonio; y cuando por casualidad partían delante de ella una naranja caía con convulsiones, tan

nerviosa y delicada había llegado a ponerse. Hoy vive con sus tres sobrinas, la una viuda y las otras dos casi viudas; pobres, con seis niños, los cinco de Luisa y el ilustre vástago de los barones de Montes-Umbrosos.

Ese es el resultado de tales casamientos; esa la consecuencia de la precipitación y del deseo inconsiderado de colocar a las jóvenes y de salir de ellas como si fuese una pesada carga. No está la bienaventuranza en el matrimonio: lo que ha de durar toda la vida, debe pensarse mucho. Los refranes son, como suele decirse, evangelios chiquitos; y hay uno que dice: “Antes que te cases, mira bien lo que haces”; y otro no menos sabio que enseña que “Vale más estar solo, que mal acompañado”.

## UN NIÑO MIMADO

### I

El 28 de octubre de 1808, día de San Simón y San Judas Tadeo, nació en esta que aún se llamaba Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala; y que trece años después había de ser Guatemala a secas, sin nobleza, sin lealtad, sin caballeros y hasta sin Santiago; nació, digo, un infante, hijo legítimo del señor don Cándido Guzmán, regidor del ilustre ayuntamiento, y de su esposa, la señora doña Lupercia Paz.

Como leales vasallos de su majestad, don Cándido y doña Lupercia habían deseado vivamente la restauración del legítimo monarca, y se disponían a celebrar aquel acontecimiento con el mayor entusiasmo en el próximo diciembre, en que la corporación de la cual Guzmán formaba parte, iba a alzar pendones en el augusto nombre del señor rey don Fernando VII. Mas si era grande la alegría del hidalgo patriota y de su esposa por aquel suceso de interés público, el que acababa de tener lugar en su familia, vino a poner el colmo a su satisfacción, realizando las esperanzas de ocho años de matrimonio. Tuvo a feliz agüero el bueno de don Cándido, el que le enviase Dios el anhelado heredero, al mismo tiempo que iba a celebrar el reino la exaltación al trono del deseado Fernando. Por desgracia suele suceder a las naciones como a las familias y los individuos, que aquello que con más ansia han esperado y con mayor empeño han procurado conseguir, viene a

ser, andando el tiempo, origen de sus mayores infortunios. La España no tuvo motivos para quedar muy satisfecha de su deseado rey; y la familia del hidalgo, cuyos votos se veían colmados juntos con los de la nación, hubo de llorar amargamente la venida al mundo del deseado heredero.

El niño recibió los nombres de Simón Judas Tadeo. Los parientes y amigos de Guzmán *el bueno*, como llamaban a don Cándido, no anduvieron escasos en lisonjeros pronósticos acerca de la suerte del recién nacido y de lo que estaba llamado a ser con el tiempo. Quién profetizaba que había de ser oidor; quién general del ejército; uno le destinaba al arzobispado; otro a un elevado puesto en el gobierno civil; habiendo muchos que aseguraron que había de ser un gran santo. No cansaré a los lectores con la relación de los cuidados minuciosos de que se vio rodeado aquel niño desde que vino al mundo; cuidados que estuvieron a punto de serle funestos, y que viciaron desde muy temprano su constitución. A la edad de cinco años, Judas Tadeo no parecía tener arriba de tres; era un niño delgado, pálido, taciturno y enfermizo. Pobre planta que se criaba sin sol, sin aire y sin agua; no podía adquirir vigor ni lozanía. Al mismo tiempo que se arruinaba el físico de aquel niño parecía haberle tomado decidido empeño en echar a perder su parte moral, por medio de la dirección más desacertada, o mejor dicho, por la falta completa de dirección. Padres, amigos y parientes, no tenían otra ocupación que adular aquella temprana vanidad, con elogios exagerados y casi siempre inmerecidos, celebrándole las ocurrencias más triviales, y aún aquellas que hubieran merecido una prudente represión. Se habría dicho que se ponía especial estudio en desarrollar en aquel pobre niño las malas pasiones. Se le infundía la vanidad, elogiando a toda hora sus gracias y hermosura; el espíritu de venganza, haciéndole maltratar los objetos que provocaban su cólera; la propensión a la mentira, engañándole en mil pequeñeces y

haciéndole formar ideas falsas de las cosas; la pusilanimidad amedrentándole con la soledad, la sombra de ciertos objetos con que se le causaba horror o miedo. A la edad de ocho años, el hijo de don Cándido y de doña Lupercia daba muestras de lo que sería andando el tiempo. Imposible había sido obligarle a que aprendiese a leer. Tres o cuatro veces había sido enviado a la escuela, mas no fue posible hacerle permanecer en ella; concluyendo siempre sus padres por decir que no era conveniente apurarlo, que aún estaba muy tierno y que más tarde tomaría gusto a la lectura. Judas Tadeo era un pequeño tirano, que imponía su despótica voluntad a sus padres, parientes, criados y a los niños de su misma edad, que por consideración u otros motivos, tenían que sufrirlo. Era cruel con los animales, cuya sangre derramaba sin piedad; era insoportable a las personas que frecuentaban la casa de sus padres, a quienes molestaba con travesuras de esas que revelan un cálculo maligno, y no el sencillo y franco atrevimiento de la niñez. Voy a dar una o dos ligeras muestras de las *gracias inocentes* con que por aquel tiempo manifestaba su ingenio el niño don Judas. Visitaba un día a don Cándido un caballero amigo suyo, que había estrenado un hermoso sombrero de castor, de última moda, que le costaba doce pesos; siendo, por entonces, escasos y caros los sombreros de aquella clase. Guzmán y su esposa hicieron muchos cumplidos al caballero por aquel estreno, y no se cansaban de alabar la elegancia del sombrero. Juditas escuchaba atentamente desde un rincón de la sala; y cuando hubo dejado de hablarse del sombrero, fue, lo cogió con el mayor silencio y sin que nadie lo advirtiera, lo llevó dentro, y volvió después con él, colocándolo con igual cautela donde antes estaba. Terminada la visita, el infeliz amigo de don Cándido toma su sombrero, para ir a lucirlo a otra parte; lo siente algo pesado, examina el fondo de la copa, en la cual había algo que olía, y *no a ámbar*, como decía don Quijote, y lo tira, haciendo un gesto

y una exclamación de asco y de impaciencia. Don Cándido y doña Lupercia adivinan al momento que aquélla es obra de Judas; se disculpan como pueden con el caballero; este toma otro sombrero y no quiere volver a ver el, que había sido destinado a un uso tan poco decente. Lllaman después a Judas, que dice ignora quién ha podido hacer aquello, aunque sí asegura que vio entrar al gato a la sala cuando estaba allí la visita, y que probablemente él habría hecho la mala acción. El papá y la mamá ríen de la ocurrencia y declaran que su hijo es una perla. Juditas descubría ya, desde entonces, cierta propensión de apoderarse lo ajeno, y una habilidad notable para el escamoteo, que habría sido premiada, si en vez de haber nacido aquel chicuelo en Guatemala, y en el siglo diecinueve, hubiera nacido en Esparta, en los tiempos gloriosos de aquella república guerrera. Ejecutaba a las mil maravillas pequeños robos, sin que casi nunca se le pudiese pillar *in fraganti*. Una vez para apoderarse de los comestibles que doña Lupercia guardaba en la despensa bajo llave, discurrió atar al gato fuertemente por una pierna, e introduciéndolo por una ventana que tenía reja de hierro, el famélico animal se apoderaba del queso, el pan y las salchichas, y entonces el astuto Judas tirabá con fuerza del cordel, y sacaba los víveres con la mano del gato. De ese género eran las fechorías del muchacho cuando aún no tenía más que ocho años. Ya veremos las que fueron reemplazándolas, cuando la edad hubo desarrollado sus malas inclinaciones.

## II

En 1820, el hijo único de don Cándido y doña Lupercia tenía ya doce años. Con mil trabajos se había conseguido que aprendiese a leer y a escribir bastante mal, y se trató de ponerle a estudiar la gramática latina. Como no era lo que se

llama un asno, pudo pasar del *Quis vel qui*; pero no adelantó mucho, pues cuando estaba conjugando le pareció preferible quitar el *con* al gerundio y quedarse haciendo lo demás. Una noche, pues hizo auto de fe con el arte famoso de Elio Antonio, natural de Nebrija, o de Lebrija y declaró rotundamente que él no había nacido para estudios ni para tonteras. Don Cándido comenzó por querer enfadarse y acabó por no poderlo hacer; resolviendo que el niño siguiese alguna otra carrera, pues no todos habían de ser para las letras. Pero Judas no quería por entonces más carreras que las que daba por los tejados de su casa y las vecinas con el *barrilete*, rompiendo las tejas y haciendo otros desaguisados. Vivía en la calle, y pronto llegó a hacerse el jefe de una pandilla de muchachos de su misma edad y tan perversos como él, que pasaban el día imaginando y ejecutando mil diabluras. Aquella mala compañía contribuyó a desarrollar los torcidos instintos del adolescente. Ponían trampas ocultas para hacer caer a las gentes; iban a las iglesias y cosían unos a otros los vestidos de las viejas, en medio del tumulto de la concurrencia; recogían los objetos que se quedaban olvidados, y aun solían meter mano en las faltriqueras en busca de pañuelos, que cambiaban por frutas, dulces y juguetes. Judas y sus compañeros eran los primeros en la plaza de toros, en las procesiones y en toda clase de concurrencias; y por dondequiera que pasaba aquella pequeña falange de malcriados, dejaba disgustos, trastornos y confusión. Los parientes y los amigos llamaban la atención de don Cándido al mal camino que tomaba el niño; pero por desgracia todo era inútil. Al principio, los padres de Judas no creían lo que se les decía; suponían que era exageración o mala voluntad, y cuando después, la realidad llegó a metérsele por los ojos, era muy tarde para remediar el mal.

Sucedió un día que se quemó una casa en un arrabal de la ciudad, y Judas acudió en el acto con sus compañero a ver

el fuego. Hubo de gustarle tanto el espectáculo, que dispuso dar uno igual a sus amigos en su propia casa. En efecto, reunió la paja de los caballos y otros combustibles en el altillo de la caballeriza, y convidó a los chicos de las vecindades para que a las siete de la noche en punto fuesen a ver el fuego. A la hora señalada, encendió la hoguera, cerró la puerta y fue a subirse a un elevado naranjo que había en la huerta y cuya cima dominaba la casa. Desde aquel punto iba a contemplar el incendio aquel Nerón en miniatura. El fuego no tardó en abrasar el techo del altillo, y las llamas se hicieron visibles desde la calle. Por fortuna era temprano; los paseantes advirtieron lo que ocurría, dieron la alarma, llamaron a la puerta de don Cándido, acudió gente, tocaron las campanas en las iglesias inmediatas; llegó la tropa, subieron muchas personas con cubos y tinajas de agua, carpinteros con hachas y sierras cortaron las vigas, todo se hizo con actividad y prontitud y pudo evitarse que la casa se quemara. El incendio devoró el altillo y parte de la cocina. Unicamente don Cándido y doña Lupercia tuvieron un gran susto, perdieron algunas cosas en la confusión; pero daban mil gracias a Dios de que el chico hubiese estado fuera, por una casualidad, en el momento del conflicto. Nunca pudo averiguarse cómo se había pegado fuego al altillo de la casa.

### III

Ocho años después, Judas era ya hombre, y sus travesuras eran de otro género. Siempre mal acompañado, frecuentaba los billares, enredaba con las mozas de las vecindades, daba serenatas y comía o cenaba alegremente con los amigos, bebiendo un poco más de lo regular algunas veces, aunque raras. Don Cándido ya anciano, tenía menos energía para corregir a su

hijo, cuya conducta le afligía profundamente. Le había prevenido se recogiese lo más tarde a las nueve de la noche, pero Judas encontraba siempre arbitrios para burlar aquella disposición. Todas las noches, a eso de las nueve, don Cándido Guzmán con su calzón corto, su chaleco y su chaqueta muy largos, y con una camándula de cuentas gruesas en la mano, se paseaba por los corredores de la casa, y rezaba el rosario de quince misterios, mientras volvía Judas. Si este llegaba media hora más tarde de lo prevenido, por ejemplo, decía a su padre que había encontrado a un amigo con quien le fue preciso detenerse. Si la dilación era de una hora, la mentira crecía en proporción. Había encontrado un herido, y tuvo que llamar médico o el confesor, etc. Si eran dos horas, un acontecimiento de grande importancia lo sacaba del mal paso. Había sido llamado a ser testigo del testamento de don Cástulo, que se moría; tuvo que defender la casa de don Diego, atacada por los ladrones, o qué auxiliar a doña Lugarda, que regresaba de un sarao y había estado a pique de ser víctima de unos lanas. Don Cándido se daba por satisfecho; y al siguiente día, muy temprano, tomaba la capa y el sombrero, *salía*, a la calle, y el pobre viejo se convertía en *telégrafo* inocentemente.

¿Conque don Cástulo ha hecho testamento anoche, y tal vez habrá ya muerto? preguntaba al primer conocido que encontraba al paso. —¡Don Cástulo!, le contestaban; si acabo de verle bueno y sano; ¿qué testamento ha de haber hecho, ni qué se ha de haber muerto? —Pues sí, señor, replica Guzmán; mi hijo Judas volvía a casa anoche a la hora de costumbre, y tuvo que detenerse, porque le llamaron a que fuese testigo del testamento. El interlocutor se sonreía y la cosa no pasaba a más. Otras veces iba don Cándido publicando el asalto de la casa de don Diego, el lance de doña Lugarda y las demás mentiras que le encajaba el perillán del mozo, y siempre decía con la mayor formalidad: Judas mi hijo me lo ha contado. El

iba a recogerse y tuvo que detenerse para defender la casa, o fue a auxiliar a la señora, etc. Así jugaba aquel mal hijo con el candor y con la buena fe de su anciano padre.

Los disgustos fueron quebrantando la salud de don Cándido, y al fin hubo de sucumbir, dejando a su hijo de edad de veinticuatro años. Sucedió que a medida que Judas adelantaba en el camino de la perdición, doña Lupercia era más tierna y más imprudentemente tolerante con el joven. Satisfacía todos sus caprichos; no se atrevía a escasearle el dinero, por no disgustarle; y la fortuna de la viuda iba poco a poco disipándose en el juego y en las bacanales. Al fin, la necesidad hizo que la pobre madre quisiese poner coto a aquel despilfarro, y comenzó a negar las cantidades que con demasiada frecuencia le exigía su hijo. Este se enfurecía y amenazaba con suicidarse. La infeliz señora acababa siempre por condescender. Así fue llegando hasta una situación realmente apurada. Tuvo que tomar dinero a premio, con hipoteca de su casa, después de haber malbaratado casi todas sus alhajas y plata labrada.

Una noche volvió Judas a su casa más temprano de lo acostumbrado, después de tres días de completa ausencia; días que doña Lupercia había pasado en la mayor angustia. El semblante del mozo y su paso vacilante hacían ver que estaba poco menos que completamente beodo. Se dirigió al cuarto de la señora y le dijo que había jugado con mala suerte, que debía doscientos pesos y que era preciso buscarlos inmediatamente. Doña Lupercia le contestó con timidez que no tenía ya de qué echar mano; que sus alhajas habían sido vendidas, la casa hipotecada y el producto de aquellos arbitrios devorado como lo demás de su fortuna.

—¡Señora, dijo el mozo, dando un puñetazo sobre la mesa; esos doscientos pesos se han de conseguir, salgan de donde salieren: mi honor está comprometido; ¿no sabe Ud.

que las deudas de juego son sagradas? (¡En aquello cifraba únicamente el honor aquel desventurado!) Doña Lupercia, afligida en extremo, replicó que no tenía nada, absolutamente nada. Entonces Judas recorrió la habitación con ojos extraviados, y fijándose en un relicario grande de plata, con adornos e incrustaciones de oro, primorosamente trabajado, que pendía junto a la cama de su madre, fue a tomarlo; pero la señora, con una energía verdaderamente inusitada en ella, se interpuso entre su hijo y el objeto venerado, y le dijo:

—Eso no. Estas santas reliquias no irán a rodar en una mesa de juego. La alhaja que se ha conservado en la familia durante cuatro generaciones, no será profanada mientras yo viva. Judas tembló de cólera, balbuceó dos o tres palabras incoherentes y poco a poco retiró la mano del relicario. —Bien, dijo, Ud. se arrepentirá; y salió del cuarto. Dos horas después, entró un criado y entregó a la pobre madre un papel que dijo le remitía el niño. Doña Lupercia lo desdobló temblando, y leyó las siguientes palabras: “Cuando Ud. reciba este papel, yo habré dejado de existir. Usted se niega a proporcionarme el único recurso que puede salvar mi honor. Madre sin entrañas, sobre Ud. caerá la sangre de su infeliz hijo.— *Judas Guzmán*”. Leer aquel billete y tomar el relicario, fue todo uno. Doña Lupercia se dirigió al cuarto de su hijo precipitadamente; pero, ¡oh desgracia!, al llegar a la puerta oyó un tiro de pistola, y el ruido que al caer hizo el cuerpo del desdichado joven. La madre lanzó un grito de horror. Acudieron los criados; la puerta estaba cerrada por dentro; salieron a la calle, llamaron a los vecinos; uno fue en busca de un sacerdote; otro a llevar a un cirujano y alguno tuvo la precaución de dar aviso a la autoridad. La casa se llenó de gente; por él agujero de la llave se veía el cuerpo inanimado de Judas; se forzó la puerta, y todos se precipitaron sobre el cadáver. Doña Lupercia estaba casi loca. El cirujano buscaba la herida; el confesor aguardaba

a ver si aún vivía aquel desventurado, el alcalde se disponía a tomarle declaración, si podía hablar; cuando, con asombro de los circunstantes, se levantó don Judas muy tranquilo, y tomando el relicario de manos de doña Lupercia, dijo:

—Ustedes creían que yo había hecho la tontera de despacharme. Buen bobo hubiera sido. Dentro de ocho días cumplo veinticinco años; y pediré a Ud., señora, cuenta de la herencia de mi padre. Dicho esto, soltó una carcajada convulsiva, tomó su sombrero y se marchó a la calle, dejándolos a todos confundidos al ver tal desvergüenza.

#### IV

Un día del mes de mayo del año de 1843, salía de esta capital una cuerda de presidiarios que iba a cumplir condena al castillo de San Felipe. Entre ellos había un hombre que parecía tener cincuenta años de edad; encorvado, calvo, con la barba entrecana, la frente surcada de profundas arrugas, mal vestido y con unos zapatos hechos pedazos. Era Judas Guzmán *el malo*, como le llamaban ya que estaba condenado a diez años de presidio con retención. Había asesinado a un hombre, por instigación de una mala mujer con quien vivía aquel desdichado joven. Una pobre anciana, cubierta de harapos, que llevaba en la mano envuelto, en una servilleta sucia, un montón de tortillas y una taza de frijoles, seguía trabajosamente la cuerda. Era doña Lupercia Paz, a quien Dios había querido prolongar la vida, para que fuese a la vez testigo y víctima de las deplorables consecuencias de la mala educación de aquel *niño mimado*.

## UNA TERTULIA

Uno de los defectos que con justicia nos echan en cara los extranjeros, es nuestra falta de sociabilidad; esa propensión a la concentración y al aislamiento, que hace que cada cual viva, entre nosotros, encastillado en su casa, saliendo para lo muy necesario y no haciendo ni recibiendo, por lo general, sino las visitas que el deber, el parentesco, o una grande intimidad viene a hacer indispensables. Creo que en este punto, en vez de adelantar, vamos perdiendo cada día; y que antes había en Guatemala más espíritu de sociabilidad que ahora. No se crea que yo, porque empiezo a ser *ya de antes*, me convierto en lo que Horacio llama *laudator temporis acti*, apologista del tiempo pasado. El antes a que me refiero, es un antes que no conozco sino de oídas; pero que muchos de mis respetables lectores y algunas de mis amabilísimas lectoras pueden recordar, aunque quizá no haya una sola de estas últimas que tenga el valor heroico de confesar que vio una tertulia de las de ahora cuarenta años.

Como quiera que sea, el sistema actual, si es que eso puede llamarse sistema, tiene graves inconvenientes; que, o pasan inadvertidos, o si se advierten, no se les pone remedio porque los hábitos pueden más que todo. El trato de una sociedad algo numerosa y escogida con discernimiento, ayuda a desarrollar la inteligencia de los jóvenes, los aparta de reuniones peligrosas, modifica favorablemente su carácter, va poco a poco haciendo desaparecer ciertas asperezas, cierto espíritu quisquilloso, y algunas pretensioncillas disculpadas, por cuanto son consiguientes a la educación de los colegios

y universidades; pero que ponen en ridículo, ya que no causan perjuicios más graves, a aquellos que no se han limado en el trato. El asunto se presta a más amplias reflexiones; tan amplias, que merece un artículo separado, que acaso tendré ocasión de escribir un día de estos; por lo cual daremos punto a estas consideraciones, y pasaremos a ocuparnos en las tertulias de ahora, que como son pocas, poco también habrá que decir acerca de ellas.

Una tertulia es una reunión de personas que se juntan para conversar sobre materias instructivas o agradables. Como todas las cosas de este mundo, las tertulias suelen apartarse de su objeto principal, y degeneran en reuniones en las cuales lo que se habla no puede instruir a nadie, ni es agradable a muchos de los ausentes, y acaso aun a algunos de los presentes. La tertulia en que la conversación rueda generalmente sobre el calor y el frío, las lluvias y los vientos, parece más que tertulia, una sesión de meteorologistas. La tertulia en que se habla únicamente de las enfermedades de los de la casa y de los que visitan, es, más que tertulia, una clase de patología. La tertulia en que se desuella sin piedad a los vivos y a los muertos, no es tertulia, sino anfiteatro de operaciones anatómicas. La tertulia, en la cual se usan expresiones figuradas y de doble sentido, que no entiende tal vez la mitad de los concurrentes, no es tertulia, sino reunión de personajes que se juntan a proponer charadas y acertijos. La tertulia en que se fuma y se escupe sin misericordia, es más taberna que tertulia. La tertulia, en fin, en que los tertulianos, tertulios o tertuliantes (pues de los tres modos se dice en castellano, según el P. Terreros), se juntan para hablar muy poco y para dormir muy mucho, cualquiera cosa será, menos tertulia.

Yo suelo frecuentar una de esas reuniones en que se pueden observar diferentes tipos de tertulianos, entre ellos algunos de esos de que acabo de hacer mención. Don Policarpo

Mastuerzo es un caballero muy amable y amigo de la buena sociedad; y aunque un poco tartamudo, y quizá a causa de ese mismo defecto orgánico, rabia por hablar. Su mujer, doña Eduvigis, es como si hubiese sido mandada a hacer expresamente para él. No podría vivir sin la tertulia, y anda siempre atrapando visitantes. Frutos de ese bien calculado matrimonio, son cuatro señoritas bastante agradables, que han desarrollado la natural viveza de su ingenio con el trato de las diferentes personas que forman la tertulia de sus dignos padres. Esta es como la luna, tiene crecientes y menguantes; es decir, que hay épocas en que aumenta el número de los tertulianos y épocas en que disminuye, sin saberse a qué causa deben atribuirse tales variaciones. Hay tiempos en que suelen concurrir a casa de don Policarpo quince o veinte personas, y tiempos en que no va más que un solo individuo. Pero lo más corriente es que no falten cinco sujetos, a los cuales se me permitirá clasificar, según los diferentes caracteres que presentan en la tertulia.

Son estos: el tertuliano *meteorológico*; el tertuliano *anatómico*; el tertuliano *erótico*; el tertuliano *metafórico* y el tertuliano *crónico*. Hay otros tipos, como el tertuliano *cometa*, que aparece de tarde en tarde; el *perdiguero*, que olfatea las fiestas y comilonas; el *tecolote*, que acude solo cuando hay muerto, y otros que sería largo enumerar. Me limitaré, pues, a aquellos cinco tipos, que son los más constantes en la tertulia que me propongo describir.

Don Juan de la Ventolera, el *meteorológico*, entra a la tertulia, y después de saludar, entabla la conversación, en términos como estos o muy semejantes.

—¿Qué les parece a Uds. este tiempo? ¡Cosa más extraña! El año pasado no hacía frío en este mes. Creo que vamos a tener las aguas muy temprano. Don Policarpo, el amo de la casa, que como he dicho, tiene la desgracia de ser algo tarta-

mudo, asustado al oír que lloverá muy temprano (es dueño de nopales), pregunta a Ventolera: —¿Y po... po... por qué di... di... dice Ud. que va a llo... llo... llover temprano? —¡Toma!, contesta don Juan, ¿no ve Ud. que ha llovido el día 4 de enero, que corresponde al mes de abril? —¿Co... co... conque Ud. cree en las ca... ca... ca... cabañuelas?, pregunta con mucha dificultad don Policarpo. El meteorologista dice que sí cree y hace una larga disertación con la que intenta probar la certeza de aquella creencia vulgar. Tal es el tema invariable de la conversación de ese tertuliano; el frío y el calor, la humedad, las lluvias y los vientos; y de allí no se sale por nada de este mundo.

Don Anastasia Tijerino, el tertuliano *anatómico*, no habla de cosas tan inocentes. Ese pasa revista a medio Guatemala poniéndolos a todos en el palo. Refiere cuántos escándalos *pepena* durante el día; pone algo de su bolsa, para amenizar los cuentos, y tiene la costumbre de entablar el *pelorio* de cada uno de los otros tertulianos que van despidiéndose.

—¡Qué pesado es ese Fulano! ¿Han visto Uds. hombres más inaguantables? Y se cree gracioso. ¿Saben Uds. el lance de don Agapito? Lo han encontrado anoche queriendo falsear la llave de una tienda. ¿Qué han dicho Uds. de la desgracia de la hija de don Bartolo? ¡Pobre muchacha! Con un hombre tan fatal en todos conceptos, etc. Así corta el agudo escalpelo del anatómico; así destroza las reputaciones. La señora de la casa, las señoritas, los otros contertulios suelen llamarle al orden, cuando no se divierten con su murmuración despiadada; pero nada remedian y acaban siempre declarando que es cuento con este Tijerino.

El tertuliano *erótico*, o enamorado, don Amadeo Chinchín, es un joven de cincuenticinco primaveras, muy rozagante, muy alegre, muy vivo y excesivamente bullicioso. Gasta peluca, usa cosméticos para pintarse las patillas y ocultar las canas, tiene dentadura postiza, y hay quien asegura que el

carmín de sus mejillas es tan suyo como las otras prendas susodichas. Don Amadeo ha cortejado sucesivamente a las cuatro señoritas de don Policarpo, conforme ellas y él han ido avanzando en edad. Comenzó por la mayor, y lo calabaceó. Siguió con la segunda, ídem por ídem. Creció la tercera, y le puso bloqueo en toda regla. Igual resultado. Hoy corteja a la cuarta; y parece se propone, caso de verse obligado a levantar el sitio, volver a comenzar por la mayor y seguir y seguir hasta el fin de su vida, recorriendo a las cuatro hermanas en círculo vicioso. Ese, solo habla de amor. Galantea, adula, acompaña, persigue, joroba, aburre; es el *cuco*, como decimos nosotros, o el coco, como dicen los españoles, de la tertulia de don Policarpo.

El *metafórico*, es un doctor, de no sé qué facultad, que ha dado en hablar siempre en estilo figurado. Don Hermógenes no llama a nadie, ni a nada por su verdadero nombre. El sol, es el “luminar del día”; el viento; es el “Eolo”; las nubes, “vapores sutiles”; doña Eduvigis, “matrona respetable”; don Policarpo, “varón insigne”; las señoritas, “las tres gracias, sobrando una” (comparación que ha pillado en *Los miserables* de Víctor Hugo); la tertulia, “respetable areópago”; etc. El doctor muestra, además, su inventiva, en multitud de frases y palabras de doble sentido, algunas de ellas acaso no del mejor gusto. Hay personas que consideraban a don Hermógenes un portento de ingenio; por mi parte declaro que no lo entiendo; y cuantas veces me ha tocado en suerte reunirme con él en casa de don Policarpo, la conversación ha sido para mí, como si hubieran hablado en chino.

El tertuliano *crónico*, es quizá el personaje más notable de la tertulia. Don Bonifacio Aguado es un anciano de más de sesenta años, bajo de cuerpo y excesivamente grueso. A su temperamento, decididamente linfático, debe atribuirse su calma estoica, sus hábitos sedentarios, su desidia filosófica,

y cierto aire, entre majestuoso y bonancible, que se advierte a primera vista en todas sus facciones. Don Bonifacio habla muy poco, porque tiene pereza de articular las palabras; y a esa circunstancia debe, ¿quién lo creyera?, la reputación de hombre de gran saber de que goza en la ciudad. “Nada se parece tanto a un sabio, dice con mucha agudeza San Francisco de Sales, como un tonto que calla”. Hace la miseria de veintiséis años, que don Bonifacio Aguado visita noche a noche, llueva o truene, la casa de don Policarpo, donde hay un sillón destinado exclusivamente para él, y que ocupa desde las siete de la noche, hasta las doce, y a veces hasta la una de la madrugada. Podría dudarse si el sillón es parte del sujeto, o este el complemento del sillón. Los ángulos salientes de don Bonifacio cuadran tan exactamente con los ángulos entrantes del mueble, que parecen haber sido hechos el uno para el otro; de tal manera, que más bien podría decirse que don Bonifacio se incrusta en la butaca, y no que se sienta en ella. Allí medita y con frecuencia duerme sus cinco o seis horas aquel cetáceo, que no va a dormir a su casa, únicamente porque tiene hábito de concurrir a la tertulia. Ese es el tertuliano que yo llamo *crónico*; ese es el único que, haya lo que hubiere, no deja de concurrir a aquella casa; y creo que si Dios le presta la vida y le conservan el sillón, seguirá yendo aun cuando haya desaparecido la familia entera de Mastuerzo y de doña Eduviges. Una sola afición, un solo afecto se ha conocido en este mundo a don Bonifacio; y es la afición y el afecto a las palomas, de cuyas aves inocentes tiene llena su casa. Él las cuida, en ellas piensa, despierto o dormido; y muchas noches habla de ellas en la tertulia en lo mejor del sueño.

Una noche cantaba una de las niñas de don Policarpo la Casta Divina de “Norma”, acompañándola al piano otra de sus hermanas. Don Bonifacio convertía el aria en dúo, mezclando su desagradable ronquido de *basso profundo* a la deli-

ciosa *mezzo soprano* de la joven. Mastuerzo y doña Eduviges se daban al diablo; hasta que el papá, no pudiendo ya aguantar, reventó, y decidiéndose a interrumpir el apacible sueño de su tertuliano, le dijo:

—Don Bo... bo... nifacio, ¿no oye Ud. la ca... ca... vatina? Nada; el mastodonte roncaba más y mejor. —¿No oye la ca... ca... cavatina? repitió don Policarpo, sacudiéndole fuertemente por un brazo. —¿La ca... ca... qué? preguntó Aguado, abriendo tamaños ojos. —La cavatina de “Norma”, que canta la Juanita, dijo doña Eduviges, de mal humor. ¡Qué sueño de hombre! —Acabáramos ya, señora, replicó el *crónico*. ¿Y para eso me ha despertado Ud. cuando iba ya a cogerla? —¿Y a quién iba Ud. a coger hombre de Barrabás? preguntó la señora. —¿Cómo a quién? dijo él; a la palomita. ¿Pues no la han visto Uds. entrar volando, volando, volando? —Chocheces de viejo sabio; dijeron en voz baja los otros tertulianos; tan firme era la convicción que tenían de que aquel dormilón era un pozo de ciencia.

Mis lectores recordarán que en el mes de diciembre último se vio una noche, a eso de las ocho, un meteoro luminoso en el horizonte, cuya aparición acompañó un trueno fuerte y prolongado. Pues, ¿quién hubiera dicho que aquel fenómeno atmosférico habría de introducir la confusión, el trastorno y dar origen a dos o tres lances ridículos en la tertulia de don Policarpo? Referiré el suceso con la exactitud de un fiel historiador.

Era en la noche y en la hora indicada. La tertulia de la familia Mastuerzo estaba casualmente tan concurrida como pocas veces. El meteorológico Ventolera, hablaba con una de las señoritas sobre el trastorno de las estaciones y se quejaba de que en diciembre se sintiese un calor como si estuviéramos en marzo. El erótico don Amadeo hacía por la diezmilésima vez su declaratoria de guerra a la esquiva, hermosa, ingrata

que era a la sazón señora de sus pensamientos. El anatómico Tijerino refería en voz alta, pero en confianza, un lance escandalosísimo que decía haber ocurrido la noche anterior en casa de un sujeto a quien nombró también en la mayor reserva. El doctor don Hermógenes estaba enredado en una conversación ininteligible, erizada de tropos y figuras retóricas, con doña Eduvigés. Don Bonifacio dormitaba en su butaca, soñando que una bandada de palomas torcaces iban a arremeter a sus queridas palomas domésticas. Más aún, uno u otro tertuliano cometa, en cuyo número tenía yo la honra de contarme, completábamos la reunión, que era bastante numerosa. Don Policarpo, más trabado que de costumbre, soltaba las palabras, sílaba por sílaba, como un filtro que destila el líquido gota por gota.

Debo hacer mérito de un incidente, al parecer insignificante, pero que fue el que dio origen a los lances que ocurrieron aquella noche malhadada en la tertulia. Es el caso que se acostumbraba dejar siempre abiertas las maderas de las ventanas de la sala que daban a la calle, y cerradas solamente las vidrieras. En la parte más baja de una de estas, había faltado, durante mucho tiempo, uno de los cristales, y tanto los de la casa, como los tertulianos, tenían costumbre de asomar la cabeza por aquel hueco, siempre que ocurría en la calle algo que llamara la atención. Desgraciadamente, aquel mismo día le había ocurrido a don Policarpo mandar reponer el cristal que faltaba, circunstancia que ignoraban los tertulianos. Cuando la conversación era más empeñada y general, comenzó a oírse el trueno que acompañó la aparición del meteoro. De pronto, se creyó sería el retumbo de un volcán; pero luego se notó que se prolongaba; y repentinamente se advirtió una luz muy viva al través de los cristales de la ventana. El meteorologista fue el primero que saltó de su asiento y se dirigió a la ventana con el objeto de observar el fenómeno atmosférico,

sacando la cabeza por el hueco que suponía existente en la vidriera. Adivinó al momento su intención don Policarpo, calculó que iba a estrellarse contra el vidrio nuevo, y le gritó:

—Cu... cu... cu... cuidado co... co... co... con el vi... vi... vidrio. Al oír decir cu... cu... cu... cu, don Bonifacio despertó, y se levantó con todo y butaca, diciendo: —La palomita, ¿dónde está mi palomita? Entretanto, el pobre meteorologista, que no había aguardado a que el tartamudo concluyese con su interminable cu cu, rompió el cristal con la cabeza y estaba atorado como un ratón cogido en la trampa, gritando que fueran a socorrerle, que las astillas de los vidrios le destrozaban el pescuezo. La primera que acudió fue una de las señoritas; pero por desgracia, al correr, pasó a traer con la crinolina una mesita en la cual estaba la única vela que alumbraba la sala, y se vino abajo, dejándonos a todos en tinieblas. Antes de que se apagara la luz, en el momento mismo en que caía la mesa, don Amadeo se agachó a detenerla, y se le cayó la peluca, poniendo la calva en exhibición por un momento. El meteorologista clamaba que le sacaran del apuro; don Bonifacio hacía esfuerzos para zafarse de la butaca, y gritaba que no dejaran ir la palomita; don Amadeo buscaba a tientas su peluca; el anatómico se reía a carcajadas; el metafórico decía:

—En medio del horror de estas tinieblas... etc. Don Policarpo gritaba: —Pre... pre... prendan la ca... ca... candela. Don Amadeo decía: —No, no traigan luz todavía, y el infeliz de la ventana se desgarraba el cuello, a cada nuevo esfuerzo que hacía para destrabarse. Por último llevaron luces; acudimos a salvar al meteorologista; se desprendió a don Bonifacio de su butaca y don Amadeo encontró su peluca, que volvió a colocarse, aunque no con tanta prontitud, que no se viese otra vez perfectamente aquel hermoso queso de bola. Nadie pensó ya en el fenómeno que había sido la causa de tantos percances.

A consecuencia de ellos, don Amadeo no quiso volver a verle la cara a su pretendida; el meteorologista se dio por sentido y no ha vuelto a la tertulia; el anatómico se ha ido a contar el lance con adiciones y comentarios a otras partes; el metafórico, que necesita tener gente ante quien lucir la sutileza de su ingenio, ha ido a buscar tertulia más concurrida; solo don Bonifacio sigue durmiendo en su butaca y soñando con sus palomitas.

## LOS ANIMALES DOMÉSTICOS

Bien conocida es la afición de algunos hombres a los animales. Hay quien se desvive por los caballos; los cuida, los limpia, les da de comer, los cura si se enferman, los acaricia vivos, y aun los llora muertos. Algunos idolatran los perros; otros se aficianan a los gatos, sin tener los motivos que para ello alegaba el autor de la *Gatomaquia* cuando decía:

*Que como hay hombres que se dan a perros  
O por ajenos, o por propios yerros;  
También hay otros que se dan a gatos  
Por descuidos de príncipes ingratos,  
O porque los persigue la fortuna  
Desde el columpio de la tierna cuna.*

¡Cuántos hay que tienen una verdadera pasión por los gallos! Unos se dan a criar loros; otros micos; y no pocos entapizan las paredes de sus habitaciones con bichos y con mariposas. ¡Guárdeme Dios de censurar esos gustos inocentes! A alguna cosa se ha de aficionar el hombre. ¿No será menos peligrosa la pasión por los caballos, perros, gatos, micos, gallos y alimañas, que otras que suelen enseñorearse del corazón humano? El que se aficione de la voluble fortuna y la persigue ansioso por mar y por tierra, en expediciones arriesgadas y lejanas, o la busca en el azar del juego, ¿es más disculpable que aquel que pone su afecto en los animales? El que dedica todas las potencias de su alma a conquistar el amor de una mujer; el que colma de beneficios a un ingrato; el que se afa-

na y se agita por alcanzar la popularidad; el que hace, como los escritores y como otros que no escriben nada, su ídolo del público, de ese Proteo caprichoso que cambia continuamente de aspecto, ¿es más racional en sus gustos que el que se aficiona de aquellas criaturas inocentes, generalmente agradecidas, e incapaces siempre de ofender a quien las ama y acaricia? Injusto fuera, ciertamente, criticar una afición inofensiva en sí misma, cuando no censuramos, y más bien autorizamos con nuestra tolerancia otras que ceden en perjuicio grave de los *aficionados* mismos y de sus prójimos.

Sin embargo, como de todo abusa el hombre, y como los abusos son siempre censurables, suele suceder que lo que dentro de sus justos límites es sencillo e inocente, viene a hacerse molesto o perjudicial cuando se excede de estos. Tal es, ni más ni menos, lo que acontece a un sujeto muy conocido en esta capital, don Crispiniano del Arca, que así como pudo haber dado en alguna de las manías de que antes hice mérito, no dio en ninguna de ellas; pero sí ha caído en la de convertir su casa en una verdadera *ménagerie*, o sea en una recopilación de diferentes clases de animales. Posee este aficionado cuatro enormes y feroces mastines que ha bautizado con los nombres significativos de otros tantos de los más crueles y famosos emperadores romanos, pues se llaman Nerón, Calígula, Tiberio y Caracalla. Tiene un mico que se llama Adonis; media docena de gallos, cada cual con su nombre respectivo; un cabro, un loro muy hablador, 4 o 5 gatos, conejos caseros, docena y media de pájaros y otros animales de diferentes especies. Así la casa de don Crispiniano del Arca es un *facsimile* de la de Noé; faltando únicamente el cuervo, que no se ha atrevido a criar aquel aficionado, sin duda por temor de que le saque los ojos ese fiel representante de la *gratitud* de muchos seres humanos.

El acceso a la casa de don Crispiniano ha llegado a hacerse difícil, a causa de sus huéspedes; y más de una persona que

ha tenido que tratar con él asuntos importantes, ha preferido dejarlos estar, por no exponerse a que le reciban la visita algunos de los animaluchos mencionados, y particularmente los mastines, que han logrado esparcir el terror en diez cuadras a la redonda. Más de un mordido ha reclamado a don Crispiniano daños y perjuicios, que él se ha apresurado a satisfacer de miedo que la policía tenga de repente la humorada de servir a alguno de los ilustres tocayos de los emperadores un bocado que lo inhabilite para volver a hacer de las suyas.

Cuentan que un día un sujeto que estaba en situación muy apurada, y llevaba años de solicitar una colocación, pudo obtenerla al fin, mediante el empeño de un caballero muy influyente. Acertó a suceder que el sujeto mencionado encontró a su favorecedor cuando acababa de recibir aviso del buen despacho de su solicitud. Verlo y arrojársele al cuello en plena calle, fue todo uno, llorando el infeliz de gozo y gratitud. El amigo que estaba algo corrido, discurrió que entrasen en la casa más cercana, para que, aun cuando fuese en el zaguán pudiera el agradecido señor dar rienda a la manifestación de sus sentimientos. Desgraciadamente era esa casa la de don Crispiniano; entraron, y el favorecido redobló sus abrazos y sus llantos, refiriendo al otro el buen éxito de sus pretensiones. Al rumor, los emperadores salieron hechos unos demonios, y al ver el grupo extraño, se lanzaron sobre los dos sujetos, que ya no atendieron sino a defenderse de aquellos cuatro perros energúmenos. Nerón y Calígula habían agarrado por el cuello de la levita al llorón; Tiberio y Caracalla acosaban al otro, que se defendía con el sombrero ya medio desgarrado; cuando, por misericordia de Dios, asomó el amo de la casa y puso en juicio a sus mastines, a fuerza de gritos y patadas.

El loro, a quien ponían algunas veces al balcón, escandalizaba a los paseantes con las barbaridades que hablaba, ni

más ni menos que si fuese una persona racional. Para hacerle olvidar las *caballadas*, la esposa de don Crispiniano discurrió enseñarle la letanía, y lo único que logró fue que el protervo animal hiciese una mezcolanza extraña de la deprecación *lauterana* y de los *primores* que antes había aprendido de los carboneros y los zacateros.

El mico, a quien vestían con diferentes trajes, se pasaba por los tejados de las vecindades, mordía a los niños, rompía los trastos y hacía otros desaguisados. El cabro que era muy belicoso, solía salirse a la calle y derribaba a los transeúntes a cornadas. Los gallos no dejaban dormir a los vecinos, y hasta de los gatos tenían estos que quejarse, pues solían armar, especialmente en ciertos meses del año, unas zambras espantosas. Por desgracia, don Crispiniano vivía en casa propia, y no había cómo hacerle desocupar. Ocurrieron algunos de los vecinos a la autoridad; pero los pleitos se alargaban, y aburridos al fin los querellantes, prefirieron tener que hacer con los animales de don Crispiniano a entenderse con los señores curiales.

Sucedió una ocasión que un pobre señor, llamado don Modesto Cortés, caballero tan cortés como modesto, y en quien no se cumplía aquello de que lo cortés no quita lo valiente, pues era pusilánime hasta no poder más, tuvo urgente necesidad de abocarse con don Crispiniano, para tratar de cierto negocio cuyo arreglo le importaba mucho. Por algunos días estuvo pensando el don Modesto cómo se gobernaría para evitar la visita, temeroso de los animales, y en particular de los perros, cuya fama había llegado a sus oídos, como sucede siempre, exagerada. Pero por más vueltas que le dio a la cosa, hubo de concluir con que era indispensable que buscase a don Crispiniano, convencido de que el buen resultado del negocio dependía de aquella visita. Encomendóse, pues, de todo corazón, al ángel de su guarda y al santo de su nombre y se relleno las bolsas de la chaqueta con algunos comestibles,

para aplacar a los perros, si por desgracia los encontraba al paso en el zaguán o en los corredores de la casa. Se envolvió en su capa, calculando que con ella podría defenderse mejor de una acometida, que no yendo en cuerpo; y se lanzó al peligro. La puerta de la calle estaba abierta, primer sobresalto de don Modesto. Llamó, sin embargo; pero nadie acudió. Fue entrando poco a poco, y sin pasar del zaguán, dijo con voz temblorosa:

—“Ave María”. Un sordo gruñido fue la única contestación que obtuvo. Era Nerón que dormía, y había levantado la cabeza y asomado los colmillos. Don Modesto subió la primera grada, avanzando hacia el corredor, y repitió la fórmula: —“Ave María”, dijo en voz algo más fuerte, y entonces le contestaron: —“En gracia concebida”. —¿Estará el señor don Crispiniano? —Entre. Don Modesto buscaba la persona que le respondía, y no daba con ella. Oía perfectamente la voz; pero no veía al que hablaba. Por último levantó la cabeza hacia arriba y vio que su interlocutor era el loro, que se paseaba muy serio en su estaca. Avanzó un poco más y llamó a la primera puerta, diciendo en voz más alta. —¿Estará el señor don Crispiniano? Entonces acabó de despertar Nerón, y dando un espantoso ladrido, se lanzó sobre don Modesto, quien echó a correr hacia la calle. En la puerta lo alcanzó el feroz animal y le agarró la capa; la cual se apresuraba ya a dejar, como el casto José, por un motivo diferente, dejó la suya en poder de la mujer de Putifar, cuando se presentó don Crispiniano que entraba de la calle. Aquella casualidad salvó al pobre caballero. Un solo grito del amo bastó para que la bestia, feroz, pero inteligente, aplacara su enojo y se aproximara a su amo, a quien acarició, aunque gruñendo todavía y mirando con desconfianza al que era extraño para él. Don Modesto entró en la sala con confianza, bajo la salvaguardia de don Crispiniano, quien decía que no sabía por qué la gente tenía miedo a sus perros; que eran los más humildes y mansos del

mundo; que a él jamás le habían mordido, y que con un solo grito los ponía en juicio, por más furiosos que estuvieran.

Don Modesto comenzaba a exponer su solicitud, cuando entró en la sala Calígula, sobre el cual iba caballero Adonis, el mico, vestido a la morisca. El inquieto animal abandonó su cabalgadura de un salto, y fue a colocarse en el brazo de la silla que ocupaba don Modesto. Acertó a descubrir el repuesto que este, como queda dicho, había colocado en las bolsas de la chaqueta, y emprendió un verdadero cateo, decomisando los pedazos de pan y queso que encontraba. Concluidos los víveres, Adonis tomó la cigarrera, el eslabón y los anteojos de don Modesto, quien por atención al dueño del animal, lo dejaba hacer, y aun le celebraba las travesuras.

—Pues como iba yo diciendo, señor don Crispiniano, dijo Cortés (cuando el malvado mono se hubo alejado con las prendas); sería un favor que agradecería a Ud. mu... ¡ay! ¡ay! exclamó interrumpiéndose, ¿quién me ha mordido?

¿Quién había de ser? El loro, que en santo silencio, se había entrado a la sala, y subiendo al respaldo de la silla en que estaba sentado don Modesto, se divertía en picotearle la nuca. Que se lleven esos animales, gritó don Crispiniano; pero el otro, temeroso de disgustarle, y siempre comedido, dijo que no era nada, que el lorito le había hecho una caricia, y que él se asustó porque no la esperaba, etc. Continuó exponiendo su pretensión, en un discurso mil veces interrumpido. Ya eran los perros que aturdían con sus ladridos, a cualquier ruido, por ligero que fuese, que oyeran en los corredores de la casa o en la calle; ya los gallos, cuyo agudo y repetido canto no dejaba oír lo que se hablaba; ya el loro, que charlaba, lloraba, o reía; ya, en fin, el mono que seguía haciendo de las suyas, puestos los anteojos que sacó de la bolsa de don Modesto, empeñado en hacer fuego con el eslabón, como lo había visto practicar a su amo. Para que nada faltara, apareció el cabro,

y como lo tenía sin duda de costumbre, comenzó a retozar con sus colegas, armando una zambra de once mil demonios. Habitado don Crispiniano a aquellas escenas, no hacía alto en ellas; pero el otro pobre, sobre quien saltaban los animales, estrujándole y molestándole, se daba no solo a perros y a gatos, sino a loros, a cabros y a micos, sin poderlo remediar. Por último, don Crispiniano del Arca (que mal diluvio la inunde), contestó a Cortés que el negocio que le proponía era difícil, que necesitaba pensarlo mucho, y que así, se diera la vueltecita de allí a tres días, a la misma hora. Alargósele la cara del susto al pobre don Modesto, al oír que tendría que volver; pero no había remedio; ofreció que así lo haría y se levantó para despedirse. Allí fue Troya. El atento caballero salía caminando hacia atrás, por no volver la espalda a don Crispiniano, instándole al mismo tiempo (aunque temblando de que le tomara la palabra), para que no se molestase en salir a acompañarle. El cabro, que observó aquel movimiento retrógrado, hubo de recordar, sin duda, lo que hacían sus compañeros antes de embestir, y fue él mismo también caminando hacia atrás, delante de don Modesto. Cuando hubo andado un buen trecho, se lanzó sobre el pobre caballero, y plantándole los cuernos en el pecho, le hizo caer de espaldas. No contento con aquella hazaña, comenzó a dar cornadas al caído, que gritaba: “¡auxilio! ¡auxilio, señor!” Nerón, Calígula y sus otros dos compañeros, al ver el bulto que luchaba con el cabro, corrieron a tomar parte en la gresca, y se hicieron un nudo con el infeliz, que se defendía como podía con la capa. El mico saltaba por encima de los combatientes, y el loro, al oír clamar ¡auxilio, auxilio!, hubo de acordarse de la letanía, y gritaba: *auxilium christianorum, auxilium christianorum*; en tanto que don Crispiniano había entrado a buscar un garrote, pues los animales no entendían ya a sus voces. Volvió a tiempo para salvar a don Modesto; y a fuerza de palos, logró

hacer huir a los perros y al cabro, que dejaron al buen señor mordido, topeado y desgarrado. El malicioso y hablador avechicho cambió entonces la frase; y mientras don Crispiniano y las demás gentes de la casa que habían acudido, ayudaban a levantar a don Modesto y le vendaban las heridas, él gritaba; continuando la letanía: *Consolatrix afflictorum, consolatrix afflictorum. Ora pro nobis.*

Don Modesto Cortés renunció al negocio que le había llevado a casa de aquel cafre, pues no hallaba expresión más adecuada para calificar a don Crispiniano; y con lágrimas en los ojos, mostrándome sus pantorrilas donde los emperadores romanos dejaron la señal de sus augustos dientes, el pecho hinchado todavía a consecuencia de las cornadas del cabro, y la capa hecha jirones, me suplicaba, hace cuatro días, escribiese alguna cosita sobre la costumbre que tienen algunos de convertir sus domicilios en casa de fieras, refiriéndome punto por punto su desgracia. Díjele que sí le haría, y pareciéndome que lo mejor era trasladar al papel la aventura o desventura de aquel desventurado, hágolo así, con fiel exactitud, sin quitarle ni ponerle, y concluyo diciendo como dijo otro:

*Y si acaso dijeres ser cuento,  
Como me lo contaron te lo cuento.*

## DOSCIENTOS DIEZ MINUTOS DE LOCURA

### I

Siempre he considerado que el pueblo de Guatemala es el más pacífico, el más quieto, el menos alborotado y bullicioso de cuantos pueblos hormiguean y pululan sobre la redondez de esta naranja enorme que llamamos Tierra.

Esa índole pacífica de nuestro pueblo; esa moderación y esa reserva se hacen notables en todas ocasiones; pero particularmente en aquellas en que podría y debería esperarse diése rienda suelta a la manifestación de sus sentimientos. Que ocurra, por ejemplo, la entrada de un ejército victorioso, que ha ido a defender con buen éxito una causa de esas que se comprenden bien y cuya justicia hace que la empresa sea popular; veréis al pueblo, pintada la alegría en los semblantes, agolparse en las calles y las plazas; pero no oiréis un grito, una voz sola; no observaréis ninguna de esas ruidosas y significativas demostraciones con que, en casos semejantes, desborda en otras repartes el sentimiento público. Aquí, si hay algún *atrevido* que de un *viva* al ejército y al general triunfante, se le contestará; pero si no hay *ese arrojado*, la procesión desfilará, ni más ni menos como pasaría un convoy fúnebre. Si acude ese mismo don Pópulo a presenciar cualquiera de esos espectáculos gratuitos con que se le obsequia en las noches del 15 de septiembre, del 24 de octubre y en algunas de las del mes de diciembre, lo más que observa el curioso observador es que interrumpe, de vez en cuando, el silencio sepulcral

que guarda la numerosa concurrencia, un ¡Ah! prolongado, a cada luz de bengala que se quema, y una *chifladera* general y aturdidora, cuando termina el espectáculo. Por eso siempre he creído que nuestro pueblo es un pueblo *corto de genio*, que tiene vergüenza hasta de parecer alegre. Compuesto de dos razas, diríase que reúne la proverbial gravedad de los españoles, a la melancolía que distingue a los antiguos aborígenes.

Sin embargo; como no hay regla sin excepción, la que acabo de sentar tiene también la suya; y hay un día, un solo día, o mejor dicho unas pocas horas de una tarde del año en que el pueblo guatemalteco no parece tan *asoporado* como de costumbre. Esas horas son las que corren desde las tres hasta las seis y media de la tarde del martes de Carnestolendas. Bien se puede perdonar a un pueblo que se manifiesta tan juicioso durante trescientos sesenta y tantos días, el volverse loco por tres horas y media solamente. Otros pueblos cuentan sus lúcidos intervalos de cordura por horas, por instantes; el nuestro tiene un viceversa de lúcido intervalo y se enloquece durante *doscientos diez minutos*. No es poca fortuna.

## II

Antes de ahora tuve ya ocasión de describir el martes de Carnaval en la plaza de toros. En 1862 publiqué un cuadro con ese título; por lo que quizá habría debido omitir el hacer otro sobre el mismo asunto en 1865. Acaso podría yo adoptar el expediente a que recurrió cierto predicador que obligado a hacer, en dos años consecutivos, el panegírico de un santo, dijo con la mayor formalidad a su auditorio: “Amados oyentes míos: el año pasado referí, en este mismo sitio, las virtudes y milagros del glorioso San Fulano; y como no tengo noticia que de entonces acá haya hecho nada nuevo este gran santo,

creo cumplir mi encargo, repitiéndoos el sermón que prediqué hace un año”. Saldría yo del paso diciendo, como aquel ingenioso o falto de ingenio orador: “Amados lectores míos: en la *Hoja de avisos* del 8 de marzo de 1862, describí el martes de Carnaval en la plaza de toros; y como no tengo noticia que de entonces acá este gran pueblo haya acordado hacer cosa alguna nueva en igual día y sitio, cumplo con reproducir aquel artículo”. Esto me ahorraría algún trabajillo, y el articulejo siempre sería nuevo para las noventa y nueve sentécimas partes de mis lectores, que apuesto las orejas han olvidado lo que entonces dije. Mas, como pudiera suceder que algunos no se conformasen con la repetición, como no se conforman con la de las óperas, sin embargo de que hay alguna diferencia, y querrían un artículo nuevo, probaré a ver si pueden hacerse dos variaciones diferentes sobre el mismo tema. Hasta aquí vamos saliendo del paso; pues nadie dirá que este prólogo, prefacio, o introducción, o como se llame, estuviese en el Cuadro del 8 de marzo de 1862.

### III

Armado de un anteojito de teatro de bastante fuerza, y lo que es más importante, de la paciencia necesaria para sufrir los percances que pudieran sobrevenirme en medio del bureo, me instalé el martes último en la plaza de toros, escogiendo lugar en un sitio que, no sin trabajo, pude conquistar, lo más cerca que me fue posible del toril, y desde el cual podía ver perfectamente todo el *coso* o sea la palestra donde se lidiaban los toros; pues eso significa en castellano esta palabra, que nuestro pueblo usa equivocadamente en vez de aquella. — Aseguran — dije — para mi capote (aunque no lo llevaba) que los toros que se juegan hoy son furiosos; y que de consiguien-

te, la corrida será buena.

A esa cuenta, algunos prójimos más entrarán esta noche al hospital, heridos o contusos, de resultas de la broma. Luego, recordando a quién pertenece el circo y por cuenta de quién se dan las corridas, agregué, siempre mentalmente. —Nuestro hospital es como Dios; que “da la llaga y proporciona la medicina”. En fin, pensé, ya que ha de haber semejante diversión, es un consuelo que sea en beneficio de la clase más necesitada de la sociedad.

Hechas estas reflexiones semifilosóficas, limpié cuidadosamente los vidrios de mi antejo, y aplicándolo a los ojos, me fijé *ante omnia* en el palco de la autoridad, situado casi frente a frente del sitio en que yo estaba. En aquel momento los toreros, los picadores y el *mico* payaso o bufón de la plaza de toros, iban, en grupo, a hacer a la comisión municipal que presidía la corrida, el saludo acostumbrado antes de comenzar la fiesta. Al ver aquella ceremonia, recordé la salutación que en casos semejantes a aquel dirigían en la antigua Roma, al emperador que presidía los sangrientos espectáculos del circo, los pobres cristianos que iban a ser devorados por las fieras. *Ave Caesar morituri te salutant*. Si estos ciudadanos, vestidos de colorado y de amarillo, dije para mí, pudieran hablar algo de latín, aun cuando fuera macarrónico, dirían ahora parodiando la bella fórmula de los mártires: *Ave. Proecasis revolcandi te salutant*. —“Dios te guarde, ¡oh presidente! (de la función) los que van a ser revolcados te saludan”. Porque afortunadamente el participio futuro *morituri* los que van a morir, estaría mal colocado en la generalidad de los casos, en boca de nuestros lidiadores; y sería más propio el *revolcandi* los que van a ser *revolcados* que es el percance más común con nuestros toros que son más de *Jarana* que de Jarama.

Próximo al palco del César, digo, del Alcalde, está situado un indio que tañe un pito, especie de clarín de órdenes

del general en jefe que manda la batalla. En el toril hay otro *idem*, con un tamborcillo, que responde al *piccolo* de enfrente; y por medio de aquellas señas y contraseñas, especie de telegrafía musical indígena, dispone la autoridad que preside, la entrada y la salida de las *fieras* y la duración de las suertes de picadores y toreros. Hay un individuo, también cerca del palco municipal, pero dentro del circo, montado en un caballo enjaezado con una albarda y un pellón monumental, a quien el pueblo llama el *Amador*, no porque sea su oficio amar a alguno o a alguna, como parece indicarlo el nombre, sino, a lo que me han dicho, porque aquel era el apellido del primero que desempeñó el cargo que este tiene hoy, heredando con las funciones, el apelativo de su predecesor, que ha venido así a immortalizarse. Por lo demás, el oficio de ese individuo se reduce a comunicar, *in voce*, aquellas órdenes de la autoridad que no pueden ser transmitidas por medio de tambor o pito, y no sé si algunas otras, pues confieso que no he leído la constitución de la plaza de toros, y ni aun sé si la hay.

El *mico* es el personaje más interesante de la función para una parte no pequeña de la concurrencia. Recuerdo haber leído hace algunos años el Prefacio con que acompañó Víctor Hugo la publicación de su drama intitulado *Cromwell*. En aquel extenso escrito, el poeta, defendiendo el romanticismo, que él había creado, (según unos) o prohijado (según otros), desarrolla la idea de que en todas las obras de los hombres, y aun en las de naturaleza, anda siempre lo grotesco unido a lo sublime. Pienso que de esa misma opinión debieron ser los que allá *in illo tempore* y mucho antes de que escribiera y aun naciera aquel autor, dispusieron el orden de las corridas de toros en Guatemala. Ellos hicieron del *mico* la personificación de lo grotesco, junto a lo *sublime* de exponerse a ser revolcado por un toro a quien se le han despuntado las astas. Pero romántico o no el contraste, ello es que el pópulo bár-

baro se divierte a no poder más con el bufón, dándosele probablemente un bledo de lo que haya dicho o no haya dicho el señor don Víctor Hugo.

Más insensiblemente me he ido engolfando en estas consideraciones que podrán parecer impertinentes a muchos de mis lectores; por lo que vuelvo a lo que hubo el martes de Carnaval en la plaza de toros, diciendo, con una antigua rima castellana:

*La digresión os pide mil perdones;  
que yo suelo pecar en digresiones.*

#### IV

Después de haber observado un momento el palco municipal, seguí recorriendo, siempre a favor del antejo, los tablados henchidos de gente de todas condiciones. Era aquel, sin duda, un espectáculo alegre y animado. Señoras y señoritas con trajes elegantes; caballeros y caballeros; unos pocos de los *pocos que quedan ya*; hombres y mujeres de las clases media e ínfima; todos mezclados y confundidos; todos en la broma y en el juego, unos voluntariamente y otros, porque, ¿qué habían de hacer? No sé quién ha dicho que *el hombre es feliz mientras se ríe*; y si eso es cierto (que lo dudo, pues hay risas de risas), de seguro el martes 28 del pasado se instaló en la plaza de toros esa señora doña *Felicitas*, a quien perseguimos por todas partes, y muchos ¡ay! sin poder encontrarla jamás. ¡Qué carcajadas! ¡Qué confusión de voces y silbidos! ¡Qué granizada de anises y confites! Algunos prójimos, olvidándose sin duda, de que hay armas cuyo uso prohíbe el Derecho de gentes, solían mezclar la *bala roja* a los inofensivos proyectiles que empleaba la generalidad, en leal y buena

guerra. Una de esas que Sancho Panza llamaba *peladillas de arroyo* subió zumbando desde la barrera y fue a estrellarse contra el lente de uno de los tubos de mi antejo, haciéndolo pedazos. Me quedaba el otro, y tuve que limitarme a ver con él, aunque mal; pues si es verdad que más ven cuatro ojos que dos, no es menos cierto que ven más dos ojos que uno.

Observé detenidamente la parte de la plaza a que dan el nombre poco poético y casi injurioso de *chinchero* que es la más próxima al palco de la autoridad, a la izquierda de este, y donde se agolpa la gente que quiere ver los toros a la sombra por media propina. Aquello era, en efecto, chinchero, hormiguero, o lo que se quiera. Era una masa compacta, semoviente y animada de seres humanos. El pueblo soberano, que se extendía desde aquel punto hasta el toril, hormigueaba, bullía y rebullía, bajo una nube de anisillos.

Después que *hube* recorrido el anfiteatro con el único ojo hábil que me dejaba la rotura del vidrio, causada por la consabida *almendra*, me dediqué a observar lo que tenía más cerca. Un caballero muy serio, de esos que no sabe uno por qué anomalía han de encontrarse siempre en los puntos de donde debía alejarlos su carácter, contrastaba con la alegría general y tenía el mal gusto de enfadarse cada vez que alguno de los infinitos proyectiles que volaban de un punto a otro, iba a darle en el sombrero o en la cara.

¡Habrás visto pueblo bárbaro, decía aquel atrabiliario, con lo que se divierte! ¿Qué placer puede encontrarse en ese juego? ¿A quién le ocurre arrojarse a la cara, no solo puñadas de anises y confites, sino harina, con lo que se pone uno como si acabara de salir de una panadería; cascarones de huevos rellenos de tierra, que la hiciera yo comer a los que los lanzan; y hasta canastos vacíos? No había concluido aquel discurso, cuando, como para castigarlo de su impertinencia, llegó un confite colorado, y sin pedirle permiso, se le coló en la boca.

—Por vida de..., dijo el malhumorado, y arrojó con violencia al intruso, que fue a dar, como disparado por un rifle Minié, a la nariz de una señora de media edad, que se hallaba en la grada de abajo, y que en aquel momento volvía la cara por casualidad.

—No, exclamó la dama, con impaciencia, dirigiéndose al del riflazo; no eche usted a la cara los confites chupados; juegue con otra cosa, que eso ya pasa de broma. El otro se disponía a replicarle, probablemente con una andanada, cuando se oyó allí cerca una voz que gritaba: “¡El toro, el toro ha saltado la barrera!”. Aquella voz hizo el efecto de una bomba que hubiera caído en medio de la concurrencia. No se veían más que pies, manos, cabezas, sombreros, todo en montón desordenado, como el que forman los objetos que levanta y revuelve un torbellino. Las mujeres gritaban, los niños lloraban, los hombres se reían; unos decían: “¡Alzamiento!” otros: “¡Temblor!”, la tropa preparó las armas, acudió la policía y buscaba a quién llevar a la cárcel; algunas prójimas enseñaron sus flaquezas y la señora del confite en la nariz, levantada en peso, fue a caer sobre las rodillas de su contrincante. Parece que de resultas de aquel episodio, hicieron las paces, y ya no volví a oír que el ciudadano se quejara de la barbarie de la diversión. Al fin hubo de sosegar el alboroto; se comprendió que la alarma era infundada, pues tal toro no había saltado la barrera, y ni siquiera lo pensaba. Restablecióse el orden y la broma del carnaval continuó como antes de aquel incidente, que ni aun fue notado en los demás puntos de la plaza, tan ocupado estaba cada cual en el juego y en la tremolina.

Entre tanto, ¿cómo iba la corrida? Nadie lo sabía ni le importaba saberlo. ¿Quién va a la plaza de toros el martes de Carnaval para ver toros? Eso sería el colmo de la candidez. La corrida fue, poco más o menos, como lo son todas; con la diferencia de que se presentó un toro que tenía la cabeza donde los demás acostumbbran tener la cola, y viceversa. Dí-golo porque el tal cuadrúpedo llevaba encima un individuo montado con la cara vuelta hacia el rabo del animal; lo que no dejaba de hacer una figura bastante graciosa. El populacho brincó las trancas antes de tiempo y tomó la plaza por asalto, multiplicándose así hasta el infinito el número de los toreros. El toro embestía a la turbamulta que volvía a la carga, hasta acosar y cansar a la fiera. Era una manifestación, como cualquiera otra, de la soberanía popular, del dogma del poder de muchos sobre el de uno solo, por endiablado que este sea.

Como todo tiene fin en esta vida, concluyó la corrida del martes y con ella la animación, el bureo y la alegría del Carnaval. La plaza fue quedándose vacía; y la numerosa concurrencia tomó pronto la calle de costumbre; y como no está empedrada en un buen trecho, (pues, ese fuera un lujo innecesario), pronto se levantaron nubes de polvo, bajo aquellos millares de pies. Así, tuvimos el gusto de anticiparnos al miércoles de ceniza, haciéndose efectivo desde luego en todos y cada uno de los que regresábamos de la plaza de toros, el tan cristiano como filosófico *in pulverem reverteris*. Con esto se cerró el paréntesis, terminó el lucido intervalo y el pueblo guatemalteco, recobrando a las puertas de la plaza la cordura que ahí había dejado depositada, volvió a ser el mismo de siempre, después de aquellos *doscientos diez minutos de locura*.



## UN POBRE HOMBRE

Un pobre hombre puede ser un sujeto adornado con las más distinguidas cualidades, tanto morales como intelectuales. Puede ser probo, humano, franco y caritativo; pensador, juicioso, instruido y de imaginación viva y ardiente. Más aún; un pobre hombre puede muy bien no ser un hombre pobre; de tal manera hace variar la significación de un sustantivo, la simple colocación del adjetivo que lo califica.

Se dirá que, ¿cómo puede concillarse la posesión de tales prendas con una denominación que parece llevar en sí mismo algo de despreciativo? A eso responderé que, en mi concepto, un sujeto dotado de aquellas y otras cualidades igualmente apreciables, puede muy bien entrar en el número de los pobres hombres, si no une a todas ellas cierta despreocupación, cierta soltura, ese tacto y ese aplomo que regularmente no proporcionan los libros y que se adquieren tan solo con el trato social. Esta idea fue la que tuve oportunidad de indicar en el artículo “Una tertulia” y la que entonces ofrecí desarrollar en un cuadro separado.

Sirva de ejemplo la historia de un condiscípulo y amigo mío, en quien me complazco en reconocer casi todas las circunstancias de que he hecho mérito al principio de este artículo, y a quien, a pesar de ellas, tengo el sentimiento de considerar como un pobre hombre, en toda la extensión de la palabra, por su completa falta de mundo.

Don Ventura Fernandez tiene ahora treinta y cinco años largos; pertenece a una familia decente, e hizo, junto conmigo, sus estudios en el Seminario de esta capital y en la *Cons-*

*picua* Universidad de San Carlos, en cuyos establecimientos literarios se distinguió por su talento (entonces todavía se hablaba castellano y aún no se decía *capacidades*), y por su aplicación; cosas que muy pocas veces se ven reunidas en un estudiante. Ventura tiene sus debilidades. Una de ellas es creer él que para ser abogado, médico o literato, es menester saber latín; y hasta afirma que no se puede escribir bien el castellano sin conocer un poco aquel idioma muerto y sepultado. A mí me da pena que mi amigo sostenga eso que creo debe ser un grande absurdo, ya que hay tanto letrado, tanto médico y tanto literato, que no solo no saben jota de aquella lengua, sino que aseguran (y cuando ellos lo dicen, estudiado lo tienen) que no sirve para nada. Ventura no deja de la mano los clásicos latinos y dice que lo que sabe de este idioma le ha servido de mucho. Mi amigo es abogado; y como en todo y por todo ha de ser extraño, ha dado en que no ha de hacerse cargo de pleito que no sea justo, y que ha de defender los negocios, yendo al grano del asunto, sin hacer cuenta de los flacos de su contraparte. Ya se deja ver que con tales ideas, el pobre Ventura pierde las más brillantes oportunidades de lucir sus recursos oratorios. ¿Se creerá que dirijiendo un negocio en que el abogado de la parte contraria era tuerto, tenía un pariente algo dado a la bebida, estaba tachado de retrógrado en política, y además, había recibido calabazas en cierta pretensión matrimonial; de nada de esto sacó partido el bárbaro de Ventura, para alegrarlo en favor de su cliente? ¡Qué de cosas buenas no pudo haber dicho sobre lo tuerto, lo retrógrado, lo calabaceado de su adversario y lo borracho de su pariente, tratándose, como se trataba, de una cuestión sobre servidumbre de goteras! Pues no señor, todo se volvió hablar en sus escritos del derecho de su defendido, y darle con el *stillicidi recipiendi*, y el *stillicidi non recipiendi*, que era para fastidiar a un santo.

A pesar de esas faltas, Ventura Fernandez tiene la reputación de ser uno de nuestros más hábiles letrados, y generalmente se conviene en que es muy instruido en otras materias, y en que escribe bien. Verdad es que muchos de sus amigos aseguran a todo el mundo, en reserva, que cuanto escribe Ventura no lo escribe Ventura, sino que se lo escribe alguna alma caritativa para que él lo luzca dándolo por suyo.

Olvidaba yo una circunstancia. Mi amigo y condiscípulo tiene la deplorable manía de hacer versos; quiero decir, que se los hace otro, como la prosa, y él los publica bajo su nombre; al menos así dicen también los referidos amigos. Como quiera que sea, Ventura si no es poeta, tiene una buena dosis del *genus irritabile* que un poeta latino atribuye a los del oficio, sentencia que otro poeta inglés remacha, diciendo en términos más fuertes:

*The jealous, waspish, wrong-headed thym in race.*

“La celosa, enojadiza y dementada raza de los rimadores”.

Ventura no sufre contradicción, y es sumamente sensible al ridículo. Evita la sociedad, tanto porque es sumamente corto de genio, como porque su espíritu irritable y quisquilloso, lo inhabilita para el trato de la gente franca y poco ceremoniosa, como lo es generalmente la nuestra.

Hará obra de seis meses, Ventura vino a verme, como suele hacerlo, y advertí, desde luego, pues es hombre a quien se lee en la fisonomía lo que siente, que algún asunto grave lo traía a mi casa. No quise preguntarle y dejé que se explicara él mismo, cuando yo creyera conveniente. Entabló la conversación sobre objetos indiferentes, y después de un buen rato de plática, dando mil rodeos, vino a parar en preguntarme si conocía a la familia de Pérez Vargas. Díjele que sí la conocía y la trataba; que don Ramón, el jefe de la casa, era apreciableísimo sujeto, que doña Eustaquia, su mujer, era excelente señora, y que las cinco hijas de ambos, eran jóvenes muy amables y

bastante bonitas. Al decir yo esto fijé casualmente los ojos en mi ilustrado amigo, y noté que se ponía encendido, como si le hubiese frotado los carrillos con un puñado de cochinilla. Advertí que había yo puesto el dedo en la llaga, y conocí el mal de que adolecía mi pobre Ventura.

—¿Has fijado la atención, me preguntó luego, afectando indiferencia, en la hija segunda de don Ramón y doña Eustaquia?, Serafina, creo que se llama.

—Sí la he fijado, le respondí y no tuve ya necesidad de preguntar, como el corregidor de la letrilla de Quevedo en la comedia de Bretón: *¿quién es ella? Ella* era Serafina, verdadero Serafín hembra, que por lo visto, hacía que mi amigo perdiera la chaveta a los treinta y cinco y pico. Ventura acabó por hacerme la confianza completa, y me dijo que él no podía vivir sin aquella joven, a quien, sin embargo, no conocía sino de vista, y que estaba resuelto, decidido a pedirla aquel mismo día, por esposa a sus padres.

—¡Hola!, mi amigo, díjele yo; no tan de prisa; eso no se hace así; no estamos ya en el tiempo en que los matrimonios se arreglaban con el papá y la mamá; *anauditam partem* como dicen ustedes los letrados. Me figuro que tu pretendida no es para casarse con el primero que llegue, gústele o no le guste. Joven, elegante, con bastante talento y con eso que los franceses llaman la *beauté du diable* (que solo a ellos podía ocurrirles llamar hermoso al diablo), es necesario que este negocio comience por la correspondiente demanda; que haya contestación, réplica, dúplica, pruebas, y luego la sentencia, que en esta clase de pleitos pronuncia no el juez, sino la parte *contraria* por más que esto choque con tus principios jurídicos.

—¿Pues qué debo hacer?, me preguntó Ventura, aflijido ya, al oír que su pretensión había de seguir los trámites de un juicio. ¿No podríamos al menos, añadió, adoptar la vía ejecutiva?

—Eso es según y conforme, le contesté. Negocios de esos hay que se concluyen y sentencian en juicio verbal; y hay otros que se ordinarían durando... lo que suelen durar los verdaderos asuntos judiciales. Puede haber tercerías...

—No, me dijo un poco amostazado, yo jamás recurriré a esos medios; lo que no haga por mí mismo, nunca lo intentaré por interpósitas personas.

—¡Vaya!, repliqué yo; no me has comprendido; he empleado la palabra *tercería* en el sentido legal, siguiendo la comparación principiada; no he querido hablar de *lenocinio*. Pueden ir apareciendo tercerías en el curso del juicio, y acaso te veas en la mejor, envuelto en un concurso de acreedores. En fin, todo es probar, como suele decirse; y al efecto, es necesario que te presentes en casa de don Ramón, que trates a la niña y procures ganar su afecto.

Algo perplejo quedó mi don Ventura al oír aquello; pero al fin, dando un suspiro que parecía arrancado de las entrañas, dijo:

—Pues si todo eso es necesario, ¡cómo ha de ser!, pasaremos por las horcas caudinas. Mañana voy a casa de Pérez Vargas.

—No, hijo, le contesté; eso no se hace así. Tú jamás has visitado a esa familia, y es indispensable hacerte presentar por alguno.

—¿Cómo presentar? Pues me parece que me conocen, y...

—Es muy probable que te conozcan, ¿quién no conoce a quién en Guatemala? Pero ese es el uso. Es necesario que vayas con alguno que, al entrar diga: “el señor don Ventura Fernández”, y santos en paz.

—¡Qué majadería!, dijo el letrado, para eso no hace falta nadie; pero ya que tú dices que esa fórmula vana es indispensable, nos someteremos a ella, y cuento con que tú servirás el empleo de introductor de embajadores.

Yo, que como ya dije otra vez, me había propuesto no presentar a nadie, me vi en un verdadero conflicto; pero al fin, pudo más la amistad que profeso a Ventura, que mis propósitos y le ofrecí presentarlo, previo el correspondiente permiso del señor y la señora de la casa. Mi amigo tomó su sombrero para marcharse, y yo tomé también el mío.

—¿Vas a salir?, me dijo.

—Sí, le contesté, voy contigo. Vamos a practicar una diligencia indispensable antes de tu presentación.

—Eso más tenemos; ¿y a dónde vamos?

—A casa del sastre.

—¡Del sastre! ¿Y para qué?

—Para que te haga inmediatamente un vestido a la moda.

—¡A la moda! ¿Pues no estoy yo vestido a la moda?

—Sí, a la de ahora quince o veinte años. Con ese traje, siento decírtelo, harías un mal papel en la tertulia de doña Eustaquia. Vamos, vamos. Mi pobre amigo se dejó llevar, y le mandé hacer un vestido sencillo; pero de moda y de buen gusto. Hice que comprara guantes y otros adminículos que en su vida había usado, y, como quien no quiere la cosa, le endilgué una u otra indirecta sobre lo que debía y lo que no debía hacer o decir en casa de su pretendida.

Dejé a mi amigo pensativo y admirado de todo lo que se necesitaba para una visita, y al siguiente día, pasé a ver a la familia de Pérez Vargas, y pedí permiso para presentar a mi buen amigo y condiscípulo don Ventura Fernandez.

—¿Quién?, dijo don Ramón, ese joven tan instruido, que dicen es muy buen abogado, y literato, y...

—El mismo, contesté yo.

—¿El que dicen que ha hecho caudal con la abogacía?, preguntó doña Eustaquia.

—Precisamente, respondí.

—¿Uno que no saluda a nadie en la calle? preguntó la se-

ñorita número 1.

—Sí, señorita, ese.

—¿Aquel señor de un vestido tan raro?, preguntó la niña número 2.

—Justamente.

—¿Uno que no cede a nadie el anden? (número 3)

—Sí.

—¿Un figurón? (número 4).

—¿Muy ridículo? (número 5).

—Sí, señoritas, dije yo; ese que no saluda en la calle, que no cede la banqueta, ese mal vestido, ese que ustedes llaman figurón y ridículo y qué sé yo qué más, es un joven apreciable por su carácter, por su inteligencia y por su instrucción; y sería para mí verdaderamente sensible que no se le perdonaran ciertas exterioridades desfavorables, en gracia de sus excelentes cualidades.

—No haga usted caso de estas locas, dijo entonces doña Eustaquia; prefieren a un tonto mequetrefe, con tal que tenga buena estampa, que esté vestido a la última y hable de óperas y novelas, a un sujeto de las condiciones de su amigo. Puede usted traerlo cuando guste, que será recibido como él lo merece.

—Es que yo no querría exponer a mi amigo a desagradar...

—¡Qué! No señor; ¿cómo había de desagradarnos, me interrumpió la señora, un hombre de caudal, honrado, instruido y...?

—Basta, mi señora doña Eustaquia, contesté, el domingo próximo tendré el honor de presentar a don Ventura Fernandez.

Llegó el tan anhelado por mi amigo y por mí tan temido día de la visita. A la una de la tarde, pasé a su casa, y me lo encontré vestido y acicalado. Estaba con el nuevo traje, como suele decirse, como gallina comprada; le pasé revista de pies

a cabeza, y sentí encontrar tres o cuatro impropiedades inevitables en quien estaba tan poco al corriente de los usos del día. La camisa de Ventura era como las que se llevaban ahora veinte años, con un enorme cuello cuyos ángulos agudos parecían querer tomarse los ojos por asalto. El corbatín, muy alto y estirado, le mantenía siempre la cara hacia arriba, a guisa de sanate clarinero; y el sombrero (en el cual no pensé al ataviarlo a la moda) era un gran cono erguido, de la forma de los que se usaban hace qué sé yo cuánto tiempo. Era tarde para enmendar aquellos adefecios, y no hubo más remedio que pasar por ellos. Llegamos a casa de los Pérez Vargas, donde una porción de jóvenes hacían círculo en derredor de las señritas. Mi pobre amigo saludó todo azorado, y fue a sentarse en una silla sobre la cual estaba una muñeca de esas que llaman lloronas porque producen un sonido algo semejante al llanto de un niño, cuando se les toca el resorte colocado en lo que figura el estómago. Ventura estaba tan corrido que no vio el malhadado juguete, y al sentarse sintió que lo hacía sobre algún objeto y se oyó el quejido de la llorona. Dio un salto, diciendo:

—Ustedes dispensen, no había visto... y tartamudeando otras disculpas. Las personas de la casa y las que estaban de visita, apenas podían contener la risa; pero al fin pareció olvidado el percance.

—Sírvase usted dejar el sombrero, dijo don Ramón, observando que mi amigo conservaba el suyo sobre las rodillas. Entonces Ventura, en vez de colocarlo sobre la mesa, o silla, fue a ponerlo bajo una consola, cubriendo un gato de yeso que allí estaba. Volvieron a sonreír los circunstantes, aunque cuidando siempre de que Ventura no advirtiese la burla. Se habló de varias cosas, después de la introducción obligada sobre la *lluvia y el buen tiempo*; y mi amigo casi no desplegó los labios, tan amilanado se sentía en aquella reunión de per-

sonas a quienes habría tratado probablemente con familiaridad, una por una. Sin el auxilio del sombrero, no sabía qué hacer con las manos y observé qué era lo que más le embarazaba. ¡Qué no diera un corto de genio por ser manco! Dirigía de vez en cuando sus tímidas miradas a Serafina, creyendo el inocente que nadie lo notaba; siendo así, que todos advirtieron al momento que estaba traspasado. La visita se prolongó; yo procuraba llamar la atención a Ventura, para que nos fuésemos; pero todo era inútil. El pobre temblaba a la idea de levantarse, dejando allí a los demás, y aguardó que se marchara el último para hacerlo él. Por fin salimos, y al despedirse Ventura, que aún no volvía en sí, cambió los frenos como suele decirse, y saludó a las señoras, diciendo: “beso a ustedes la mano”, y a don Ramón: “a los pies de usted, caballero”. Ya no pudieron las jóvenes contener la risa; fue una explosión general. Mi pobre amigo, harto corrido, no caía en la cuenta de lo que motivaba aquella hilaridad, que a él le parecía muy impertinente, y se dio prisa a buscar su sombrero, que estaba tan oculto que ya no lo encontraba. Daba vueltas por la sala sin hallarlo, y creo estaba a punto de abandonarlo, cuando Serafina le dijo: allá, bajo la mesa del tremol, donde está el gato; y encontrado, mi desgraciado amigo hizo una profunda cortesía y salió hecho un energúmeno.

—No volveré a esta casa, me dijo ya en la calle, y continuó echando mil imprecaciones. Yo le dejé que se calmara, dirigiéndole las pocas palabras que juzgué más a propósito para consolarle.

Tres días después de aquella primera y malhadada visita, don Ramón fue a buscar a mi amigo y lo instó de mil maneras para que continuara favoreciéndolos con sus vistas. Ventura ya más fresco y *ainda más* enamorado, ofreció volver, y lo verificó como lo había dicho. Pero lo único que logró el desdichado, fue ponerse de nuevo en ridículo. Mostraba una sus-

ceptibilidad exagerada; se tomaba para sí alusiones que tal vez ni remotamente podían alcanzarlo, y veía en los contertulios otros tantos mortales enemigos. Encogido, embarazado siempre, no tenía ni aun la ventaja de poder lucir su instrucción y su talento, y tenía la desgracia de no abrir la boca sino para decir alguna cosa desagradable a uno de tantos de los presentes. Se armó, pues, una verdadera conjuración contra él, en la cual tomaron parte las señoritas Pérez Vargas, declarando que don Desventura, como le llamaban, no les entraba, a pesar de su ponderado talento, saber y demás gracias. Una noche quise ir a ver a qué altura se encontraba mi amigo en la casa donde yo lo había presentado, y fui a la tertulia. Acertó a ser en ocasión en que se entretenían con unos juegos de prendas. Había tocado a Ventura por penitencia, según supe después, aquella difícil y delicada pena de decir a cada uno de los presentes *un favor* y *un disfavor*; y mi pobre condiscípulo anduvo hartamente desacertado en la elección de las *frescas* con que festejó a los dueños de la casa y a los tertulianos. En buenos términos, llamó imbécil a don Ramón, güegüecha a doña Eustaquia, botarates a los jóvenes visitantes, y qué sé yo que más barbaridades a las señoritas. Enojáronse todos, mas lo disimularon y aguardaron el desquite. No tardó este en presentarse. Sigue el juego, cae mi amigo, lo ponen en berlina, por penitencia; ¡Santo Dios! ¡Qué de cosas oyó mi pobre amigo! Estaba en berlina, por adusto, por grave, por caviloso, porque se creía sabio, por *elegante*, por enamorado, por pedante, por autor de versos ajenos... ¿qué sé yo? Aquello fue una granizada de donaires y requiebros. Mi amigo echaba chispas, y hubiera querido, me dijo después, que el fuego del cielo abrasara a aquella casa, como a las ciudades malditas de Pentápolis. Se retiró en el acto, sin aguardar la conclusión del juego, y casi sin despedirse, y renunció a Serafina, diciéndome que prescindiría de ella, aun cuando fuera un verdadero serafín, un arcángel o una dominación.

Desde entonces el desventurado Ventura lleva una vida solitaria y más retraída; su genio, naturalmente selvático, se ha hecho más antisocial, y lejos de aprovechar aquella dura lección, sigue en sus manías, y no quiere comprender que es necesario plegarse a las exigencias de la sociedad, y que si es útil y conveniente estudiar libros, no es menos necesario *estudiar hombres*.



## UN DÍA DE CUMPLEAÑOS

En la mañana del día 4 de octubre del año de gracia 1804, me disponía yo a felicitar a mi amigo don Francisco Antañón, caballero que a los sesenta y tantos años, conserva con religioso respeto las costumbres de sus abuelos; y entre estas, con particular puntualidad, la de celebrar el día de su cumpleaños, casi casi con todo el rigor de la antigua escuela. Don Francisco es, por sistema o por manía, defensor de las pocas costumbres antiguas que aún conserva nuestro país, y que pueden compararse a ciertos rasgos de la fisonomía humana que permanecen inalterables, en medio del cambio que los años van haciendo en los demás. Mi amigo no quiere comprender que nuestro país está en una época de transición; en ese período indeciso de transformación social en que las ideas y las costumbres antiguas disputan el terreno palmo a palmo a las costumbres y a las ideas que se presentan con todo el prestigio de la novedad. El resultado de esa lucha no puede ser dudoso; el deseo del perfeccionamiento, es una ley y una necesidad para el individuo como para los pueblos; y el *recedant vetera nova sint omnia*\*, que la iglesia canta en estos mismos días, parece haber sido siempre la divisa de la humanidad. A dónde conduzca al fin ese movimiento incesante y lo que haya de encontrarse al término de esa marcha fatigosa, nadie puede saberlo todavía. Tal vez a fuerza de avanzar, vuelva el espíritu humano, en el transcurso de los siglos, a encontrarse en el mismo punto de donde partió; y después

---

\* Palabras del himno *Sacris Solemnis*, que se canta en la festividad del Corpus.

de algunas centurias de laborioso esfuerzo para alcanzar el perfeccionamiento, encontrará quizá que ha sido condenado a recorrer un inmenso círculo en la política, en la filosofía, en las ciencias, en la literatura y en las artes. Pero sea cual fuere el camino trazado a la marcha del espíritu humano en la inmensidad del tiempo, la verdad es que nada permanece estacionado. Del movimiento de transformación social puede decirse lo que dice Horacio de los hados: *volentem ducunt, nilentem trahunt*.

Don Francisco Antañón es uno de esos hombres a quienes comprende la segunda parte de la sentencia del poeta latino. No quiere seguir el movimiento del siglo, y va siendo, a pesar suyo, arrastrado por él. Aún no hace muchos años, la vida doméstica de mi amigo, era, poco más o menos, semejante a la que vemos descrita, con mano maestra, en las comedias de Moratín. Hoy, la moda, el espíritu de novedad, han ido haciendo una tras otra conquista en esa casa que se conservaba como la última muestra de la familia guatemalteca de fines del siglo pasado. Ya se almuerza a las nueve y se come a las tres, los *niños* pueden estar fuera de casa después de las oraciones, no se duerme siesta y se hacen o dejan de hacer otras muchas cosas sobre cada una de las cuales se han suscitado en la familia discusiones acaloradas, acabando siempre los muchachos por tener razón, o lo que viene a ser lo mismo, por salirse con la suya. La celebración del día de su santo, es uno de los últimos atrincheramientos que defiende con vigoroso esfuerzo don Francisco Antañón; por más que sus hijos se empeñan en hacerlo entrar también en esto por la moda; es decir, que quisieran que el 4 de octubre pasara casi casi tan desapercibido como los demás días del año.

Con anticipación habían estado haciéndose los preparativos para la celebración del cumpleaños de nuestro don Francisco. La casa se puso en movimiento quince días antes;

quitáronse las telarañas que desde el año anterior tapizaban la paredes, blanqueáronse estas y no se pintaron, pues mi amigo dice que no hay pintura como la cal; remendáronse algunos muebles rotos y desvencijados y se dictaron disposiciones para el opíparo banquete que de tiempo inmemorial da don Francisco el 4 de octubre, so pretexto de celebrar al santo fundador de una orden de pobres mendicantes. No quiero enumerar las cóleras que tuvo el buen señor desde que se comenzó a preparar la fiesta hasta la víspera de su cumpleaños, porque esto sería cuento de nunca acabar. Los operarios que trabajaban en la casa no concluían; los muebles tardaban; los indios que conducían el vino desde el almacén donde se compró, dejaron caer una canasta de champagne y una caja de jerez; los jamones estaban oliscos; en fin, no faltó uno solo de los mil y un contratiempos que ocurren en semejantes casos. Amaneció el día de San Francisco, y todo aparecía, si no a medio hacer, bien distante de estar concluido en la casa de mi amigo. Este se desesperaba, daba mil y mil vueltas, mandaba y desmandaba, sin que su eficacia hiciera más que aumentar la confusión y descomponer lo poco que estaba ya listo y arreglado. A eso de las siete, comenzó a recibir Antañón esquelas cerradas, algunas de ellas en papel calado y burilado, o de colores, con felicitaciones en prosa poética y en versos prosaicos, que le enviaban ciertos vates de esos que ponen el numen al servicio de los que cumplen años, cuando estos tienen reputación de generosos; uno de los noventa y nueve mil modos de pedir limosna con tal cual decencia. Mi amigo, acostumbrado ya a esas socaliñas, o *sacaliñas* pues así sería más propio y más etimológico llamarlas, pagó las coplas de los bardos vergonzantes, no según su mérito, pues eso no habría sido fácil, sino conforme a la mayor o menor necesidad de los respectivos autores. A las 8, la familia estaba toda empavesada, con excepción de mi señora doña Fabiana, la espo-

sa, y de una de las niñas, que andaban ocupadísimas, haciendo de cocineras y de reposteras. Los hijos fueron presentando al papá sus respectivas cuelgas: una de las niñas le regalaba un gorro de terciopelo carmesí, bordado de oro, con las dos iniciales de su nombre y apellido: F. y A. Otra, unos tirantes de seda, también mostacilla con las dos imprescindibles mayúsculas y la palabra *Souvenir* puesta sin duda en francés para que no la entendiera don Francisco, bordados con las mismas letras; la tercera, una relojera y la cuarta una toalla de manos con la A. bordada en un extremo. Al ponerse el gorro, resultó demasiado grande; pues como se había hecho a escondidas de don Francisco para sorprenderlo, se equivocaron las medidas. La donadora exigió que el papá lo estrenara *incontinenti*, y el bueno del hombre andaba con la cuelga de la niña metida hasta los ojos. Los tirantes estaban demasiado cortos, y como tuvo también la condescendencia de ponérselos desde luego, lo tenían medio martirizado. La relojera tenía la boca demasiado estrecha y no cupo el reloj; solo la toalla no presentó inconveniente notable. De los tres hijos varones, el mayor, que es dependiente de una casa de comercio, colgó al papá con un revólver, que no le servirá jamás; el segundo, que es empleado, con un “guía de forasteros”, de ahora tres años, disculpándose de la modicidad del regalo con el atraso de los sueldos; y el tercero, que es bachiller, dijo que reservaba la cuelga para la hora de la comida.

Ni fueron aquellas las únicas que recibió mi amigo; pues sucesivamente iban llegando libros, estuches de navajas de afeitar, cajas de puros, cortes de pantalones, pájaros disecados y otras menudencias, que don Francisco estaba obligado a corresponder con otras de igual o más valor en los días de los santos de los respectivos *colgantes*. Recibidas las cuelgas y hecho un prolijo y minucioso inventario de todas ellas, Antañón se encerró en el comedor a preparar el banquete, quedand-

do colocada una mesa con recado de escribir en el corredor, para que fuesen consignando sus nombres los que llegasen a felicitar al dueño de la casa. Pocos fueron los que firmaron, pues los más dejaron tarjetas, sin hacer caso del registro abierto, a la antigua usanza, por el anticuado Antañón. El resto de la mañana se pasó sin que ocurriera cosa que digna de contarse fuese. La invitación a comer era para las dos de la tarde, a cuya hora comenzaron a llegar algunos de los más puntuales. A las tres estábamos todos reunidos, y debo confesar que pocas veces me ha tocado en suerte el formar parte de una sociedad más heterogénea. Además de los de la casa, se encontraban allí un antiguo coronel, dos abogados, un religioso, el jefe de la oficina donde trabaja uno de los hijos de mi amigo, el comerciante patrón del otro, dos de los catedráticos del estudiante y un compañero de este, señoras de diversas edades y hasta niños a quienes no habían podido dejar las madres y que nos hacían la honra de ser nuestros comensales. Fácilmente se advertía la poca costumbre que los Antañones tenían de recibir, al ver su aire afanado, sus mil vueltas, entradas y salidas, órdenes y contraórdenes dadas en voz baja, pero que todos percibíamos. Por fin, a las cuatro de la tarde estuvo servida la *mala sopa* a que habíamos sido invitados. Pasamos al comedor y nos colocamos veinticinco en torno de una mesa que no habría podido contener cómodamente más que diez y seis o diez y ocho personas. Hubo larga controversia sobre la colocación. Don Francisco ofreció la cabecera al alto funcionario de quien su hijo esperaba ascensos y adelantos; este rehusó modestamente y se entabló una verdadera lucha, triunfando al fin la resistencia del digno servidor del país. Siguieron siendo objeto de igual exigente atención, el coronel y el comerciante, y estaríamos todavía disputando sobre precedencias, si no hubiéramos todos acordado, por aclamación, dar la cabecera de la mesa al grave religioso, a quien por

su edad y carácter correspondía de derecho. Los demás nos fuimos incrustando como pudimos, quedando el dueño de la fiesta en una esquina de la mesa. Era esta algo más alta de lo necesario; pues por poco no nos llegó a la barba, lo cual al menos tenía la ventaja de acortar la distancia que los manjares habían de recorrer para llegar hasta las bocas, que apenas quedaban a unos doscientos cincuenta milímetros sobre el nivel de la tabla. Para poner a los párbulos a la altura de las circunstancias, hubo necesidad de encaramarlos sobre cajones de vino vacíos y sobre tercios de almohadas.

Don Francisco se deshacía en excusas:

—Ustedes dispensarán; van a pasar un mal día; casi no ha habido tiempo de preparar nada; esto es improvisado, etcétera, frases obligadas, en que no creíamos ni él que las profería ni los que las oíamos. Sin embargo, la buena crianza exigía contestásemos que todo estaba muy bien, excelente, magnífico. En el curso de la comida pudimos persuadirnos de que Antañón no había andado hiperbólico al decirnos que íbamos a pasar un mal día. En Dios y en conciencia, debo declarar que la comida era poco menos que detestable. Mi buen amigo, con su respeto exagerado por todo lo antiguo, no sale de lo que él llama la cocina española, y que bien visto, yo creo que no es la cocina de ninguna parte. Dijo herejías contra los platos de moda y puso por las nubes su pastel turco y su olla podrida, que casi casi me pareció merecía el nombre en el riguroso sentido de la palabra.

En fin, de un modo o de otro, llegó la hora de los postres y comenzaron los brindis. Todo se volvió desear que pasáramos otros muchos días como aquel, (contra lo cual yo protesté en mis adentros) y que el anfitrión viviera más años que los que vivió Matusalén. Después de aquellos lugares comunes, y cuando ya la reunión parecía bastante animada, pues el vino comenzaba a hacer su efecto, el estudiante Antañito reclamó

la atención del auditorio y pidió permiso para presentar su cueлга. Obtenido este, desenvainó un enorme cuaderno de papel de marquilla, escrito de cabo a rabo, y después de haber tosido dos o tres veces, leyó el encabezamiento: “Corona poética dedicada a mi muy amado padre, en el sexagésimo tercero aniversario de su feliz natal”.

—Son —dijo—, sesenta y tres composiciones, en diversos géneros y metros. Un aplauso general acogió el retumbante título, con lo cual animado el joven escolar, levantó más la voz y comenzó la lectura de un soneto que hacía de introducción; lectura que fue interrumpida y cortada por lo que hablaban los convidados, que poco aficionados a la poesía y excitados con el licor, no estaban para poner sus cinco sentidos en los versos del estudiante. Por otra parte, como de la animación viene la confianza, y como el dueño de la casa excitaba a sus convidados a dejar a un lado toda etiqueta y él daba el ejemplo, poco a poco se fue volviendo aquello una barahúnda. Antañón se había desabotonado uno en pos de otro los botones del chaleco, hasta dejarlo suelto, y reía y charlaba como un tonto. El coronel contaba sus campañas y se divertía en arrojar bolas de migas de pan sobre los circunstantes; el reverendo hablaba latín; el comerciante y el empleado habían trabado disputas sobre tarifas, aforos, derechos y alcabalas; los dos abogados se habían engolfado en la alta política; los dos hijos de Antañón, que no eran poetas, el otro estudiante y las jóvenes que había en la reunión, andaban engolfados en otras políticas algo menos altas; las madres hablaban de enfermedades, y yo no hablaba de nada. Comenzó, pues, el inspirado vate la lectura de su soneto, entrecortada con la charla de los convidados, a quienes ya no era posible hacer callar; produciéndose así el más extraño baturrillo de poesía y prosa que puede imaginarse, del cual procuraré dar una muestra, reproduciendo el soneto con las interrupcio-

nes, que van anotadas en letra bastardilla. Esforzando la voz dijo el estudiante:

## SONETO

De mi sonora trompa el dulce acento  
—*Llévese ese chumpipe*  
Se oiga de polo a polo en este día,  
— *Vamos, otra copita*  
Expresando la dicha y el contento  
—*¡Qué bueno está el merengue!*  
En que tierna rebosa el alma mía.  
—*¿Es Oporto o Madera?*  
A mi filial, profundo sentimiento  
—*¿Quiere usted, quiebradientes?*  
Preste su voz la noble poesía  
—*Pictoribus atque poetis*  
Y que Apolo y las musas con su aliento  
—*Reformen la tarifa*  
Despierten mi dormida fantasía.  
—*No tiren más bодоques*  
Retumbe por el monte y por el risco  
—*¡Jesús qué largo está eso!*  
Este cantar patético, inspirado,  
—*Mamá, quiero más dulce*  
Celebrando el cumpleaños de Francisco  
—*Pásenme un huevo chimbo*  
Antañón Bejarrano, padre amado;  
—*Una cuchara limpia*  
Y que sea su gusto tan completo,  
—*¡Que se cae ese niño!*  
Cual lo pide el autor de este So...

El estudiante no pudo concluir la palabra, pues una bola disparada por el pulgar y el índice del coronel, fue a darle en el ojo izquierdo, y estuvo en un tris que lo dejara tuerto para el resto de su vida. Encendido de ira, arrojó el cuaderno y dijo:

— ¡Es cuento! Pierde uno su tiempo y la paciencia leyendo versos a quienes son incapaces de comprender y de sentir la poesía. Es echar perlas a los cerdos.

— *Margaritas ad porcos*, — dijo el religioso y el episodio del bodocazo y la cólera del estudiante apenas se advirtieron entre la confusión y la bulla que armaban los convidados. Todos estos se consideraban obligados a beber con el dueño de la casa, y este, en el deber estricto de no desairar a nadie, apurando las copas hasta el fondo. El resultado no podía ser otro sino dar en tierra con mi pobre amigo, a quien fue preciso levantar en peso y meterlo en la cama. Le produjo la broma dos días de enfermedad, algún dinero gastado, platos, copas y vasos rotos, críticas y murmuraciones; pero él todo lo da por bien empleado, y durante cinco meses, no habla de otra cosa que de la fiesta de su cumpleaños. *De gustibus non est disputandum.*



## UN LITIGANTE

### I

El día 24 de junio del año 1780, a las siete de la noche, pasaba delante de la iglesia parroquial de San Sebastián de esta ciudad un caballero llamado don Pedro Pleitín Machaca, que contaba a la sazón unos treinta años de edad y que tenía fama de poseer uno de los caudales más saneados del reino. Acertó a suceder que al pasar Pleitín por el atrio de la iglesia, repicaban a vuelo las campanas; y como el caballero fuese un si es no es curioso, no teniendo cosa mejor que hacer, entró con el objeto de ver lo que motivaba aquel repiqueteo. Era simple y sencillamente un bautizo, como se dice en buen castellano, o un bautismo, como decimos nosotros, confundiendo el nombre del primero de los sacramentos con el acto de administrarlo. El curioso presenció la ceremonia, oyó que el bautizado recibía de nuestra santa madre Iglesia el nombre de Juan y le dijeron que su digno y honrado padre le trasmitía el feo apellido de Tramoya. No es uno dueño de escoger su apelativo. Si lo fuese, no habría tantos Ladrones, Barrigas, Cabezas de Vaca, Toros, Caballos, Borregos, Cachos y otros apellidos semejantes, que suelen comprometer seriamente a sus propietarios. El niño Juan Tramoya se hallaba precisamente en ese caso y entraba en el teatro del mundo con un apellido que casi casi parecía un apodo. Terminado el acto religioso, el infante, su padrino y demás gentes de la comitiva, se marcharon por su lado y don Pedro Pleitín Machaca se

fue por el suyo, sin que ocurriese nada, absolutamente nada particular y extraordinario. Si por una extraña casualidad mis benévolos lectores fuesen tan curiosos como el citado caballero y esperaban encontrar algún suceso raro en el acto de hacer cristiano a aquel recién nacido, quedáme el sentimiento de no poder satisfacerlos. Parodiando el estrambote de un soneto de Cervantes, diré que el caballero Machaca

*Llegó a una iglesia, ya la noche entrada,  
miró un bautizo, fuese y no hubo nada.*

## II

Pero me olvidaba de una circunstancia importante. Cuando entró Pleitín a presenciar el bautizo del niño Tramoya, llevaba casualmente bajo el brazo, cubierto con la capa, un legajo o cuaderno de papel sellado que constaba de cincuenta y cinco fojas *útiles*, según se leía en la carátula del folleto, aunque habría mucho que decir sobre eso de la *utilidad* de las dichas fojas. Si la circunstancia del cuaderno pareciere a mis lectores tan insignificante y tan fútil como lo demás del cuento, por vida mía que la yerran medio a medio; pues en eso está precisamente el busilis de esta peregrina historia, como lo verá el que tenga la paciencia suficiente para llegar al cabo de ella. Más he necesitado yo para escribirla, y mayor la hubo menester su honrado protagonista, que bien pudo ser declarado el prototipo de los pacientes, y aun canonizado; pues si San Simeón Stilita permaneció setenta y ocho años parado sobre una columna, nuestro héroe anduvo la mayor parte de su vida como por el aire.

Lo que contenía el cuaderno que llevaba Pleitín debajo del brazo izquierdo, o el derecho, que en este punto no están de acuerdo los autores que me han suministrado datos para esta verdadera historia, era un escrito de demanda en que jurando no proceder de malicia reclamaba la propiedad de unas cinco caballerías de tierra casi inútil, que según él, formaban parte de una hacienda de ganado que poseía en la costa de Suchitepéquez, y constaba de la miseria de ochocientas caballerías. Un vecino se había apoderado, a mano armada, del pedazo de terreno; y don Pedro, que en punto a ser despojado de lo suyo no aguantaba pulgas, trataba de sacudirse la que por aquel lado le chupaba la sustancia. Tenía razón el pobre. Cinco caballerías de tierra es cuestión de vida o muerte para un infeliz propietario que apenas cuenta con ochocientas más. Había, pues, resuelto pelear y comenzaba a saborear las dulzuras de la vida del ligante. El abogado con quien consultó su cuita, bajó media librería y con ella le probó, como dos y tres son cinco, que estaba en su derecho y que un juez de palo que fuera lo pondría en posesión de la tierra disputada, antes de treinta días. Lo que Pleitín no supo, sino hasta muy tarde, fue que la otra media librería del abogado probaba con la claridad de la luz del sol que la razón estaba de parte de su contrario; y que si una ley de partida declaraba que eran de Pleitín las cinco caballerías, una ley recopilada mandaba se le adjudicasen al otro; y que si un comentador decía blanco, otro comentador decía negro. Ello es que el pleito duraba ya seis meses, que la actuación tenía cincuenta y cinco fojas *útiles* y que el demandado ni aun soñaba en contestar la demanda. Se le habían acusado dos rebeldías, y había vuelto a rebelarse una tercera y una cuarta vez, con lo que hubiera habido para declararlo un rebelde contumaz y vitando. Se armó

la marimorena sobre si era pobre o rico. Pleitín sostenía que si no era un Crespo, poco le faltaba, y el socarrón del demandado probó con una doctrina de Gregorio López y con un texto de la *Curia filípica*, redactado en un estilo semibárbaro, que era más pobre que Amán. El juez se decidió por lo de la *Curia*, acaso porque fue lo que menos entendió, y declaró pobre solemne a aquel solemne bribón. Primer percance que sufrió Machaca. Su abogado era algo bilioso y se desquitó poniendo de oro y azul al juez en el primer escrito que presentó, verdadero *libelo* en el sentido usual de esta palabra y no en el forense. En él probó, de paso, que su escrito de demanda era un modelo y que pocos en su género habría en que se hubiese observado con más escrupulosidad aquello del *quis, quid, coram quo, quo jure petatur et á quo*.

#### IV

Tres años después de ocurridos los acontecimientos que acabo de referir, el pleito de las cinco caballerías había crecido y engordado mucho. Las cincuenta y cinco fojas tenían otras cien compañeras tan *útiles* como ellas y el negocio estaba en el tercer escrito, o sea réplica, en términos forenses. Pleitín había sido apercebido tres veces y multado otras tantas por irrespetos a la justicia. Había cambiado ya cuatro letrados, y decía que aun cuando tuviera que repasar el colegio entero y que gastar la mitad de su caudal, no dejaría el negocio de la mano hasta ganarlo. Cada abogado nuevo le probaba hasta la evidencia que el asunto era sencillísimo, justísimo y facilísimo, y que si no estaba ganadísimo, era por la torcidísima dirección que le habían dado los atrasadísimos rúbulas que lo habían dirigido. Pleitín tenía casi abandonados sus demás quehaceres verdaderamente importantes; vivía en el edificio

de la Audiencia, por el día, y una parte de la noche la ocupaba en registrar autores y repasar el expediente, que sabía casi de memoria. Contaba apenas treinta y tres años y ya le blanqueaba la cabeza; pues si él no había logrado sacarle las cinco caballerías a su contrario, este sí había sabido sacarle a él cinco mil canas. Vayase lo uno por lo otro y adelante.

v

No pretendo seguir punto por punto el curso del ruidoso pleito del terreno del “Encantado”, que tal era el nombre de las cinco caballerías. Daremos, pues, un pequeño salto de diez años, y nos encontraremos con una actuación que constaba de quince cuadernos con quinientas veintiocho fojas *útiles*. Pero eso sí, ni el tiempo, ni el dinero, ni las cóleras del litigante habían sido en balde. El undécimo abogado hizo marchar el negocio con tanta celeridad, que estaba a punto de sentenciarse en primera instancia. Pleitín había pagado siete multas más, pero ¿qué significaba eso, tratándose de un asunto de tal importancia? Había invertido una suma muy decente en papel sellado y otra no menos respetable en zapatos, pues los gastaba que era un gusto en ir y venir a la Audiencia, en las visitas al oidor de turno, al abogado, al escribano, etcétera. Otra ventaja más le había proporcionado el pleito; a saber: emparejarle el color del cabello, que era ya de una brillante blancura. ¡Y luego habrá quién diga que no proporcionan beneficios los dilatados negocios judiciales! Machaca no pensaba más que en su pleito; comía poco y dormía menos; su fortuna se deterioraba y su salud comenzaba a resentirse de la vida agitada que llevaba. Sin embargo, era ya punto de honor el ganar el negocio y no había sacrificio que no le pareciese pequeño con tal de conseguir su objeto. Desgraciadamente sucedió que el letrado

que auxiliaba a la contraparte era un grandísimo bellaco, y temiendo perder el pleito, tuvo la diabólica inspiración de hacer perdedizos los autos, no pudiéndosele probar la mala acción, porque en la oficina se descuidaron y no le hicieron firmar el conocimiento. Pleitín estuvo a punto de desesperarse. Dio mil pasos *inútiles*, protestó exigir daños y perjuicios contra quien hubiera lugar y se emprendió la divertida tarea de reponer la actuación. Como no eran más que quince cuadernos, la cosa no presentó mayor dificultad, y a los cinco años, con unos pocos gastos, los quince volvieron a aparecer triunfantes sobre la mesa del juzgado. Se pronunció la sentencia, por supuesto en favor de Machaca, a quien le resbalaba la razón. Aquel fue día de júbilo y enhorabuenas en casa del litigante.

—¿Ya lo ve usted, amigo mío? le decía el abogado; si yo hubiera dirigido este negocio desde el principio, hoy ya sería usted dueño y señor del “Encantado”. Pero no hay nada perdido, y con un poco de tiempo más, usted tendrá sus tierras o yo quemó mis libros.

En efecto, era necesario aguardar otro poquitito de tiempo y gastar otro poquitito de dinero, pues la parte contraria había apelado, y la apelación estaba otorgada. Siguió, pues, la batalla. Los escritos se sucedían unos a otros; llovían las notificaciones; los jueces fueron a hacer vistas de ojos del “Encantado”, la actuación constaba ya de treinta y seis cuadernos con mil doscientas cuatro fojas *útiles* y Machaca comenzaba a encalvecer. Eran diez y ocho los letrados que habían tenido a su cargo la dirección del pleito.

## VI

El día 10 de mayo del año 1805 había grande anuencia de abogados y de estudiantes en el edificio de la real Audiencia.

Paseábase por los corredores, viendo con curiosidad aquella inusitada concurrencia, un anciano, que parecía tener setenta años de edad, agobiado, mal vestido y completamente calvo. Era don Pedro Pleitín Machaca, a quien el negocio del “Encantado” había hecho perder hasta el último cabello, dejándole casi por puertas, por el abandono de sus negocios y dándole la apariencia de contar quince años más de los que en realidad tenía. Al ver toda aquella *gens togata*, informóse de la causa que la llevaba al edificio, y supo que era el examen de un bachiller pasante, que optaba el título de licenciado. Movido de la curiosidad y habiendo tomado ya una afición decidida a aquellas cosas, Pleitín entró a la sala de acuerdos y se colocó modestamente en un rincón, desde el cual podía ver y oír al examinando. Era este un mozo despejado para su edad, y bien lo dio a entender al contestar a la primera pregunta del primer examinador.

—¿Qué es lo primero que debe hacer, dijo el oídor, un abogado a quien se le encomienda la dirección de un negocio?

—Asegurar sus honorarios, —contestó con viveza el estudiante—; respuesta que provocó la risa del auditorio. Por lo demás, manifestó el bachiller en el examen, tanta pericia, que mereció la más honrosa calificación, dejando pasmados a los señores de la Audiencia y al lucido auditorio. Machaca comprendió que aquel era el hombre que él necesitaba para concluir el negocio del “Encantado”, que aún estaba pendiente, y preguntó a la persona que tenía más inmediata el nombre del nuevo licenciado.

—Juan Tramoya, le contestaron.

—Juan Tramoya —repitió Pleitín—, Juan Tramoya; y después de algún trabajo para refrescar su memoria, dándose una gran palmada en la frente, dijo: Acabáramos ya. Ese era el nombre del niño a quien vi yo bautizar allá por el año de 1780. ¡Cómo ha crecido y adelantado este pelele! ¡Si está

ya hecho un hombre! Junto con él había crecido también la actuación del terreno del “Encantado”, que por una extraña coincidencia, iba a caer, al cabo de veinticinco años, bajo la dirección de aquel a quien llevaba únicamente unos seis meses de edad. Tristes y penosas fueron las ideas que se cruzaron, con tal motivo, bajo el pelado cráneo de don Pedro, y una involuntaria lágrima rodó por la arrugada mejilla del prematuro anciano. Por la primera vez acaso desde que se había iniciado aquel malhadado negocio, el litigante entraba en cuentas consigo mismo y hacía el balance de los males que le originara y de las ventajas obtenidas. Por desgracia, era ya demasiado tarde para retroceder. La ruina de su fortuna, los sufrimientos físicos y morales, todo le parecía nada, a trueque de ganar aquel pleito endiablado. Al siguiente día muy temprano, se constituyó en casa del nuevo licenciado, y con toda la elocuencia del que defiende su derecho, le refirió el caso y le pidió su asistencia. Tramoya se hizo cargo de la dirección, después de haber asegurado el pago de una decente suma, pacto prohibido, según dicen, y que parece se llama *igualala*. Machaca y Tramoya quedaron, pues, igualados, con esa igualdad que es como todas las igualdades de esta vida; esto es, que el uno sacó todo el partido que le fue posible a costillas del otro; y el negocio del “Encantado” comenzó a caminar hacia adelante como por encanto.

El alegato de bien probado que escribió Tramoya era un modelo de alegatos. Citaba cincuenta y cinco disposiciones legales y traía a colación las doctrinas de más de doscientos tratadistas. Para probar el origen de la propiedad, comenzaba citando el Génesis y acababa con no sé qué ley de la *Novísima*. Hacía el más gracioso ridículo de los jueces, de los escribanos, de los procuradores, de la contraparte y de su abogado, y con un arte admirable, probaba que el “Encanto” era de su cliente, fundado en los defectos reales o imaginarios de

todas aquellas gentes. El alegato pareció una pieza acabada y los amigos de Tramoya se empeñaron en que se publicase; lo que se hizo en efecto, costeando, por supuesto, Machaca la impresión. El letrado dijo que estaba resuelto a mover cielo y tierra, y habló al litigante de hacer publicar por la prensa toda la actuación, si parecía necesario. Por fortuna no llegó ese caso: las injurias y los chistes en que abundaba el alegato divirtieron mucho al público, que se declaró tan decididamente favorable a la parte de Machaca, que la Audiencia no vaciló en confirmar la sentencia de primera instancia.

## VII

Don Pedro Pleitín había ido perdiendo más y más en su físico desde que el negocio estaba en manos de Tramoya. La excitación febril que le proporcionaba un vigor ficticio, decaía visiblemente y se le advertía ya cierta laxitud y cansancio de espíritu. No comía y dormía apenas, y solamente de vez en cuando, al notificarle algún auto, o en conferencia con el abogado, parecía recobrar momentáneamente su antigua energía. Llegó, por fin, el momento en que vio el término de 27 años de afanes. Un curial fue a notificarle la sentencia, que declaraba las cinco caballerías de tierra del “Encantado” parte integrante de la hacienda de Pleitín Machaca, sin especial condenación de costas.

Mientras el escribano leía la sentencia, un temblor nervioso sacudía toda la débil y enfermiza máquina del litigante. Contrajéronse de una manera extraña sus facciones, dilatáronse desmesuradamente sus pupilas, y sus miradas tomaron ese aire particular que denota una revolución completa de las facultades mentales. Concluida la lectura, don Pedro dijo como distraído:

—Pues sí señor; cualquiera que sostenga que el sabio rey don Alfonso no fue real y verdaderamente el único y solo autor del famoso *Código de las siete partidas*, miente como un deslenguado, y me responderá de ello en juicio, aun cuando para ganar el pleito, tenga yo que perder un caudal y que litigar veintisiete años. ¿No le parece a usted, señor licenciado Tramoya? —dijo, apretando fuertemente el brazo al escribano, que se retiró aflijido, comprendiendo que el buen señor había perdido el juicio. Y era así efectivamente. Los sinsabores, las amarguras, los desengaños y la ruina de los intereses habían dado al traste con aquella pobre inteligencia. Pleitín fue despojado de lo último que le quedaba para pagar las costas y satisfacer al abogado. Roto, miserable, sin habitación y sin pan, Machaca acabo su vida, repitiendo palabras sin sentido, tales como “1340 fojas útiles, veintisiete años, apelo, traslado, 46 cuadernos”, y otras que denotaban el completo trastorno de su inteligencia y las ideas que lo preocupaban.

Por conclusión diré únicamente que esta historia, como se vé, tuvo lugar desde 1780 hasta 1807, hace ya cincuenta y ocho años. De entonces acá, las cosas han cambiado mucho, como lo saben todos los que tienen pleitos.

## HISTORIA DE UNA GUERRA DE TREINTA AÑOS

El poeta alemán Schiller escribió una *Historia de la guerra de treinta años* obra que tiene por objeto referir las luchas religiosas que asolaron la Alemania desde 1618 hasta 1648, y que terminaron con la paz de Munster. Yo no soy alemán y de poeta no tengo más que el haber escrito, por mis pecados, unos cuantos versos que no me proporcionarán una celebridad igual a la que se adquirió con los suyos el autor de *Don Carlos* y de *Los ladrones*. Trato, pues, de ver si como historiador de guerras de treinta años, puedo hacerme de tal cual reputacioncilla, y encuentro algún crítico caritativo que diga de mí lo que con tanta justicia ha dicho Charles de Schiller por su libro sobre la guerra de treinta años; esto es, que quedo colocado en el número de los historiadores distinguidos. No sé si la guerra de que voy a hablar, ha sido originada por la religión, o más bien por la falta de esta; lo que sí puedo asegurar es que en lo dilatada y en lo acerba, se las puede apostar con todas las guerras religiosas o no religiosas habidas y por haber. Como muchas otras, comenzó por una alianza y acabó con un tratado; cumpliéndose así en ella aquella de *ex pace bellum* y de *ex bello pacem*: de la paz nace la guerra y de la guerra nace la paz. Basta de prólogo y entremos en materia.

### I

Todo era animación, júbilo y movimiento en la casa de don Froilán Chinchilla, en la noche del 26 de noviembre del año

1834. Los corredores estaban iluminados con la luz de docena y media de velas de sebo colocadas en otros tantos faroles, y la sala principal de la casa, que era bastante espaciosa, contenía lo más granado de la sociedad guatemalteca de aquel tiempo. En un rincón estaban colocados unos ocho músicos, como se llamaban entonces, o filarmónicos, como se llaman ahora, que ejecutaban, como Dios les daba a entender, valses, contradanzas y las flamantes y nunca bien ponderadas cuadrillas, gran novedad de la época. Unas veinticinco o treinta señoras ocupaban las sillas de la mitad de la sala, sin interposición de un solo calzón profano. Los caballeros, o los hombres, como se decía entonces, ocupaban la otra media sala; dividiéndose así la concurrencia en dos campos que se observaban y asechaban como dos ejércitos enemigos en el momento que precede a una batalla. Iba a principiar el baile. Dos personas llamaban especialmente la atención general en aquel *gran* concurso. La señorita Rosa Chinchilla (entonces se daba el don solo a las viejas) y el ciudadano Bárbaro Tarascón, que acababan de llegar de la iglesia, donde se habían unido con el santo e indisoluble lazo del matrimonio. Rosa era una Joven vivaracha, coqueta, antojadiza, novelesca y consentida como hija única; tocaba algo el piano, al oído; cantaba las canciones en boga, bordaba, guisaba, etcétera. Es decir, que era una muchacha perfectamente educada. Así lo aseguraban todos y envidiaban la dicha de Tarascón, que, según malas lenguas, no la merecía. El ciudadano era más feo que Picio, algo mal genio, un poco ridículo, medianamente tonto, un sí es no es celoso; “por lo demás, bellísimo sujeto”, como dice el autor de *El relox* en una feliz imitación de Casti. La familia de Chinchilla presumía de muy hidalga y hacía remontar su antigüedad casi casi a los tiempos antidiluvianos. Algunos amigos de la casa, inteligentes en achaques, de genealogía, habían andado a caza del origen del apellido; pero

por desgracia los papeles se habían perdido en la traslación de la Antigua, y por más que se hizo para apurar el discurso, lo único que pudo sacarse en limpio fue que el apellido Chinchilla parecía ser un diminutivo o una corruptela de chinche. A la verdad, no eran malas chinches los que lo llevaban cuando lograron hincar el aguijón al ciudadano Bárbaro. Era este un cualquier cosa, un hombre de ayer; pero rico como un judío, y su alianza con la niña Rosa significaba lisa y llanamente el consorcio de los talegos y los pergaminos. Los Chinchillas aseguraban honrar a Tarascón admitiéndolo en el seno de aquella sacra familia; y él, allá en sus adentros, consideraba que les hacía un grandísimo favor, ligándose a gente tan *pelada*. Bajo tales auspicios, se celebraba el matrimonio de don Bárbaro y la señorita Rosa. Al novio se le veía la barbaridad sobre la ropa; la novia era una rosa cuyas espinas estaban aún ocultas; pero que debían punzar muy pronto hasta lo vivo al pobre Tarascón. Rosa hubo de considerar que un marido de la catadura del ciudadano Bárbaro, apenas merecía alguna ligera atención de puro cumplimiento y no se dignó acercarse sino muy rara vez a su legítimo señor y dueño. Este, por su parte, quiso poner el *veto* a dos o tres de los danzantes que solicitaban a su novia para valeses y cuadrillas; pero esta se pronunció contra aquel ensayo de tiranía doméstica y llamó en su apoyo al papá, a la mamá, a la abuela, a las tías, a los primos, en una palabra, a toda la noble e inagotable tribu de los Chinchillas. Tarascón perdió capítulo; se dejó derrotar en el primer encuentro, lance que decidió quizá la suerte de aquella guerra de treinta años. Rosa bailó con quien le dio su regalada gana; Bárbaro se *empurró*, no quiso cenar y pretextando un fuerte dolor de cabeza, a las diez y media de la noche se fue a acostar, dejando a su novia entregada al brazo secular de los danzantes.

Caracteres más opuestos y gustos más divergentes no hubieran podido encontrarse *ni con candela*. Si el marido decía blanco, la mujer decía negro; si ella quería salir, él deseaba estar en casa y viceversa. El padre, la madre, la abuela, las tías y los primos de Rosa invadían, de vez en cuando, la casa de Tarascón, como los bárbaros del norte invadieron el medio día de la Europa, y dejaban, como ellos, ruinas y desolación como únicos vestigios de sus temibles irrupciones. Bárbaro intentó más de una vez sustraerse al yugo que hacían pesar sobre él su mujer y la familia de esta; pero Rosa tenía siempre a mano mil arbitrios femeniles para sujetar al rebelde, y en los casos más arduos y apurados, a imitación del pueblo romano cuando se refugiaba al Monte Sacro, buscaba ella el sagrado del hogar paterno, de donde no la hubieran arrancado todos los Tarascones de este mundo. A los quince días de casados, Rosa había amanecido una mañana con la idea fija de que el nombre propio de su marido era un absurdo, una aberración, una verdadera barbaridad; y como tenía una afición particular a la *Corina* de Madama Stael, decidió que Bárbaro no sería en adelante Bárbaro, sino Oswaldo, después de haber vacilado un poco entre este nombre y el de Malek-Abel, otro de sus héroes favoritos. En vano el pobre Tarascón se resistía y porfiaba que él había sido siempre Bárbaro y Bárbaro había de morir; Rosa declaró rotundamente que no lo llamaría por un nombre tan ridículo, y que para ella y la familia sería en adelante Oswaldo, aun cuando para los demás siguiera siendo tan Bárbaro como antes.

Pasaron algunos años y comenzaron a llenarse de hijos. Nuevos motivos de discordias y de contumelias. Tarascón quería ponerles nombres cristianos; Rosa no podía pensar en ello. El hijo mayor se llamó Pericles y la primera hija Ama-

tiste; sin que alcanzara a hacerla desistir de tan extravagante idea, el anuncio que hizo Tarascón de que las criadas convertirían aquellos dos nombres en *Perico y Damatriste* como en efecto sucedió. Los de los otros hijos fueron por el mismo estilo. Intentó el ex Bárbaro dar educación a las criaturas cuando fueron estando en edad de recibirla; pero Rosa se pronunció contra escuelas y colegios y dijo que si Dios les daba fortuna, lo demás poco importaba. ¿Quién se resiste a un adagio vulgar oportunamente aplicado? Eso vale más que veinte silogismos. Quedó, pues, decidido que los Tarasconciotos no conocerían la *O* por lo redondo y que se irían criando como Dios fuese servido, y a bien que eran nobles y ricos y con eso lo tenían todo.

### III

En 1854 el matrimonio de Bárbaro Tarascón y Rosa Chinchilla era el peor de los matrimonios posibles. Los hijos sin carrera ni oficio conocido; las hijas lectoras de novelas, coquetas, descuidadas y llenas de necias pretensiones. El marido, después de veinte años de guerra fatigosa, aún lucha por conservar la sombra de dominio que ejercía en su casa. La hacienda se derrochaba y no había cosa con cosa en aquella familia donde reinaba la anarquía más completa. Pericles, a los diez y nueve años, había sido ya cómico, militar, lego de un convento, últimamente tramposo. Dividida la familia en dos partidos, unos seguían la bandera de la madre, y estos eran los más, y dos o tres componían el pequeño ejército del padre, que naturalmente llevaba la peor parte en la guerra. Desde que amanecía hasta que anochecía, era un continuo zipizape, y más de una vez se pasaba de las discusiones teóricas a las vías de hecho. Por supuesto, el *tirano* quedaba siempre vencido y *molonqueado*; pues regularmente el partido de la

mujer recibía el refuerzo de sus naturales aliados; a saber: la madre (ya don Froilán Chinchilla había muerto), las tías y los primos. A los treinta y ocho años, Rosa gustaba todavía de las diversiones, y además quería hacer lucir a las niñas para proporcionarles buenas colocaciones, pues decía que santo que no es visto no es adorado. Las Tarascones eran, pues, muy vistas y muy adoradas, siendo la casa una colmena de estudiantes. Bárbaro reclamaba de vez en cuando el derecho de intervención; pero se le replicaba y se le probaba que el espíritu del siglo condena ese principio como pernicioso, y seguía la jarana. Tarascón estaba convertido en padre y marido *in partibus*, teniendo únicamente los honores de su posición. Reducido a una sola pieza de la casa, sin facultad para disponer de nada, veía desaparecer su fortuna, sin poderlo remediar. Un día lo hizo llamar Rosa a su cuarto, donde estaba reunida la familia en consejo de guerra, y se le notificó el casamiento de la hija mayor, Amatiste, o *Damatriste* con uno de sus tíos. Bárbaro combatió la idea con sólidas razones; pero se le respondió que era negocio concluido. Replicó el marido y habló de autoridad; y esto produjo una explosión de gritos y de mojicones. Se le llamó déspota, mal padre y peor marido; Rosa le dijo ingrato y la suegra lo calificó simple y sencillamente de badulaque. El matrimonio se llevó a cabo y en las fiestas de la boda se consumió la última parte de la hacienda del pobre Tarascón.

A los pocos días la necesidad comenzó a hacer sentir su punzante aguijón a aquella gente descabellada. Comenzaron a trampear y así pasaron algunos años, hasta que no encontrando ya a quien explotar, llegaron a una situación muy apurada. Volvió a reunirse el consejo de guerra y decidió, *nemine discrepanti* que la obligación de mantener a la familia pesaba exclusivamente sobre el marido; y que si por el mal manejo de este se había discipado el caudal común, él y solo él debía

proporcionar recursos para llenar el *déficit*. Se le hizo solicitar una colocación y se pusieron en juego doscientas mil intrigas para hacerlo nombrar corregidor de no sé dónde. No pudiéndose obtener el empleo, se procuró otra ocupación más modesta y se logró, con mil trabajos, convertirlo en administrador de una finca de campo. Los veintiocho pesos que ganaba no alcanzaban, ni con mucho, a cubrir los gastos de una familia numerosa, habituada a la dilapidación. El consejo dispuso que Bárbaro hiciera dimisión del empleo y que volviera a la ciudad, a solicitar destino más conforme a la posición de la familia con la cual tenía la honra de estar enlazado. Cuando llegó el pobre hombre, tuvo la pena de encontrar a uno de sus hijos preso por ebrio escandaloso, y a los dos días de estar en la ciudad, una de las hijas desapareció de la casa en compañía de su adorador.

—Tú tienes la culpa de estas desgracias, le dijo Rosa hecha una hiena. Tu ineptitud, tu holgazanería, nos dejan en la calle. Has disipado todo *mi* patrimonio, y ahora salimos con que no sirves para nada, ni para... Al oír aquello, se le agotó ya la paciencia a Tarascón y dijo:

—Calla, deslenguada, y no hables de patrimonio, que lo único que has traído a mi casa es un retrato viejo de tu bisabuelo el regidor perpetuo, un loro y dos chuchos. A tí y a los famélicos de tus parientes debo la pérdida de mi caudal y la ruina de mis hijos.

No había acabado de pronunciar aquellas palabras, cuando entraron todos los Chinchillas, que acudían a la noticia de la fuga de la niña. Aquello se convirtió en un campo de Agramante: la suegra se prendió como una gata con rabia de las narices de Tarascón; las tías de Rosa lo agarraron por los brazos; uno de los primos aprontaba un cordel para atarlo y llevarlo preso, mientras el otro, que era su yerno, le apuntaba con una pistola. Todo era gritos, bofetones, coces, hasta

que llegó la policía, atraída por el alboroto, y puso en paz a aquellos energúmenos. Todos acusaron, a una voz, a Bárbaro, que, por supuesto, fue conducido a la cárcel, levantándose un voluminoso proceso por sevicia. No pudo probarse el crimen y fue puesto en libertad, después de dos años de prisión. Salir y solicitar el divorcio fue todo uno. Cuando Tarascón estaba a punto de obtenerlo, intervinieron algunos amigos, y mediante sus buenos oficios, hubo de hacerse un arreglo privado, por el cual quedaron separados los esposos, conviniendo en que cada uno buscara su vida como Dios le ayude. Dos de los hijos sentaron plaza, otro emigró y las hijas se acomodaron como pudieron, aunque no sé si con mucho provecho de las almas. Esta transacción se verificó el 26 de noviembre de 1864, aniversario del día del matrimonio del ciudadano Bárbaro Tarascón y la señorita Rosa Chinchilla. Así terminó aquella guerra de treinta años, que como otras muchas, causó la ruina y la desgracia de los beligerantes.

PADRE MERCADER, HIJO CABALLERO  
Y NIETO PORDIOSERO

I

Don Juan de Orreitigorrea era un caballero vizcaíno que vino a Guatemala por los años de 1780, en calidad de primer cajero y tenedor de libros de un tío suyo que residía en el país desde algunos años antes, y se hallaba al frente de una de las principales casas de comercio del reino. Orreitigorrea no tenía el alma larga y delgada; no hablaba de la nobleza de sus abuelos ni hacía malas concordancias; por lo demás, y fuera de eso, era un legítimo vizcaíno. Saboreó todas las dulzuras de la vida del dependiente; trabajando desde la mañana hasta la noche y viviendo en medio de toda clase de privaciones; pero andando el tiempo, vino a hacerse socio de la casa, y muerto el tío, que no dejó sucesión, se encontró jefe de un establecimiento muy acreditado, con hábitos de economía y de trabajo, y con un caudal considerable, que aumentó, casándose en 1792, con una señorita criolla, de muy noble, muy rica, y muy cristiana estirpe.

Al terminar el siglo pasado, Orreitigorrea era uno de los *chapetones* más acaudalados y más respetables del país. Había sido alcalde, conciliario del consulado de comercio y diputado de la archicofradía del Santísimo, como que yo lo vi varias veces, por más señas, con la vara de plata en las funciones de tabla. Era caritativo, servicial, patriota; creía en Dios a machamartillo y se volvía medio loco cuando, de tarde en tarde, anunciaba la esquila el correo de España, con la feliz noticia

de que el Rey Nuestro Señor vivía. En la casa de Orreitigorena no había lujo ni ostentación, ni gasto superfluo; aunque no por eso pasaba por tacaño. Era de aquellos que dicen que se debe gastar un peso como medio real y guardar medio real como un peso. Bendijo Dios el matrimonio de don Juan, y en 1797, su consorte dio a luz un niño, que se llamó Pascual Bailón, porque nació el día de aquel santo, y el vizcaíno no entendía de andar cambiando nombres, cuando tan bueno era uno como otro. Creció Bailoncito en edad y en perfecciones, y como no tuvo otros hermanos, concentróse en él solo todo el amor que hubiera podido repartirse entre una numerosa prole. Aprendió todo lo que se podía aprender en aquel tiempo, en cuenta algo que sus padres no hubieran querido que aprendiese; esto es: que la libertad y los derechos del hombre eran cosas muy buenas; que todos éramos iguales y que la América española podía gobernarse por sí misma, sin necesidad de que se le enviasen desde dos mil leguas de distancia leyes y hombres que las aplicasen bien o mal. Ello es que en 1820 Bailón de Orreitigorena era un pequeño insurgente hecho y derecho. Don Juan vio de mal ojo aquellas tendencias, pronosticó desgracias, habló de viaje a España; pero la esposa no lo consintió y la casa del vizcaíno se dividió en dos bandos, como el reino: el padre *gas* y el hijo *caco*.

Los acontecimientos políticos se precipitaron y llegó la hora en que Guatemala debía desatar los vínculos que por trescientos años la habían tenido unida a la metrópoli. Bailón se distinguió entre los que gritaron más en los corredores del palacio, en la mañana del día 15 de septiembre de 1821; y la exaltación que mostró en aquellos días fue parte para que su anciano padre, cuya salud estaba ya muy quebrantada de antemano, descendiese al sepulcro, lleno de los presentimientos más funestos. Poco le sobrevivió su esposa, y Bailón vino a encontrarse, de la noche a la mañana, único dueño de la pin-

güe herencia, acumulada durante muchos años de trabajo y de privaciones, por su padre y por su tío abuelo.

## II

Bailón estaba muy distante de tener lo que se llama un mal carácter. Por el contrario; era bondadoso, tierno, cortes y generoso hasta la prodigalidad. Lecturas mal dirigidas habían extraviado algún tanto sus ideas, y encontrándose poseedor de un caudal que nada le había costado, profesaba el principio de que el dinero sirve para gastarlo y nada más. Comenzó muy pronto a poner en práctica aquella hermosa teoría, ayudándole a desarrollarla unos cuantos amigos, que lo lisonjaban y explotaban sus debilidades. Montó su casa con lujo, tuvo muchos criados, dio comidas y cenas, y relegó a un almacén de trastos viejos los retratos de cuerpo entero del padre y del tío abuelo, no queriendo tener delante a todas horas aquellos fiscales molestos, aunque mudos, de su desordenada vida. Por supuesto se declaró volteriano; aunque no había tenido paciencia ni tiempo suficiente para leer más que una parte del *Diccionario filosófico* y el *Cándido* y el *Micromegas* del patriarca de Ferney. Bailón jugaba; Bailón cortejaba; Bailón prestaba y Bailón bailaba. Entre todos *esos abas* el caudal de Orreitigorrea se acababa.

Sin embargo, Bailón tenía fama de ser lo que se llama un caballero. ¿Perdía al juego?, le importaba poco; satisfacía con puntualidad, pues le habían dicho sus amigos que las deudas de juego son sagradas para un caballero. ¿Se encontraba en apuro alguno de sus cofrades? Allí estaba abierta la bolsa de Bailón, que era todo un caballero. ¿Tenía consecuencias, verdaderas o imaginarias, alguno de sus galánteos? Como caballero cumplido, cubría Bailón aquel desaguizado a fuerza

de dinero. La gente grave deploraba y condenaba su faltas; pero eso sí, todo el mundo convenía en que Bailón era lo que se llama un caballero.

Un día de tantos, Bailón, que en el fondo había conservado los buenos instintos de su primera educación, llegó a encontrarse seriamente enamorado. Casóse y se propuso, con la mayor formalidad, hacer vida nueva y salvar los últimos restos de su fortuna. Hubiéralo logrado el infeliz mancebo, a haber dado con una mujer cual él la necesitaba. Pero un caballero como él, no podía tener una fuerte inclinación, sino por una dama de mundo y de buen tono. A los dos meses de matrimonio, los propósitos de economía y de orden estaban olvidados; y si antes había un derrochador en la casa, ahora había dos, pues la mujercilla se las apostaba con el mozo a quien más locuras imaginaba y hacía. A pesar de todo, un caudal que pasa de trescientos mil pesos, como el de los Orreitorreas, no puede destruirse con facilidad en un país donde aún no hay todos los alicientes que en las grandes poblaciones ofrecen sebo al espíritu de discipacion. En 1834, cuando la esposa de Bailón dio a luz un niño, que debía ser el único, aún conservaban aquellos dos desbaratadores consortes los últimos restos de su cuantiosa fortuna.

### III

Federico Orreitorrea, que así se llamaba el hijo de Bailón, no encontró en su casa, cuando vino al mundo, las comodidades y el regalo que habían rodeado la cuna de su padre. Sin medios para proporcionarle ni aun aquella educación superficial que había adquirido el hijo del vizcaíno, el nieto no estaba destinado a adquirir la reputación de caballero. Casi agotado el caudal, y habiendo venido con la pobreza los

disgustos domésticos, aquel pobre niño se crió en el mayor abandono. Los amigos que habían beneficiado la mina, se fueron retirando cuando la vieron agotada; y Bailón, delicado en medio de su miseria, prefería la privación de todo, a la vergonzosa extremidad de molestar a nadie.

Un día la ingrata esposa abandonó la casa, llevando consigo lo poco que se había salvado del naufragio, que eran unas cuantas alhajas, y dejó a Bailón entregado a la desesperación más sombría. No sabía trabajar y era en realidad demasiado caballero para venir a serlo de industria. En aquellos días le cayó en las manos la *Julia* de Rousseau, autor por quien tenía particular predilección; y leyendo con empeño la discusión sobre el suicidio, que en esa obra intercala aquel filósofo, hubo de encontrar más sólidos y convincentes los argumentos de Saint Preux que los de Milord Eduardo y mostró su adhesión a aquellas funestas teorías, levantándose la tapa de los sesos. Así acabó su vida aquel desventurado, dejando como única huella de su paso por el mundo, una fortuna disipada de locuras, una mujer extraviada y un hijo sin educación, sin abrigo y sin pan.

#### IV

Federico Orreitigorrea comió y vivió, porque entre nosotros no hay quien no coma y viva. Sin la honradez y la laboriosidad de su abuelo, y sin las ideas caballerescas de su padre, comenzó por ser un petardista de mal tono, un tuno, un tramposo que *empadronó* a medio mundo, mientras encontró gentes bastantemente cándidas para pagarle aquella especie de contribución forciivoluntaria. Poco a poco fueron conociendo de qué pie cogeaba el marchante, y por último, los prestamistas recurrieron a la *ultima ratio del lo siento mucho*;

*pero no me es posible.* Federico no era volteriano ni había leído la *Julia* de Rousseau, y así, en vez de levantarse la tapa de los sesos, se levantó la máscara de la vergüenza y sentó plaza de mendigo. Tuvo la habilidad necesaria para explotar los recuerdos de la fortuna de su casa y nunca pedía sin decir que pertenecía a una familia que había sido muy rica y que por reveses de la suerte se veía en la necesidad de pordiosear. Arrastró una existencia miserable y murió en el hospital aún no hace muchos años. Así acabó aquella familia, que en solas tres generaciones, tocó los extremos de la opulencia y la miseria; acumulando el padre, laborioso y honrado *mercader*; disipando el hijo, elegante y manirroto *caballero*; y mendigando el nieto, ruin, miserable y desgraciado *pordiosero*.

## EL CUCUXQUE

Muchos escritores se han complacido en hacer el elogio de la pobreza. Los poetas han solido cantar sus alabanzas; si bien puede inferirse del modo de vivir de algunos de estos caballeros, que su amor a aquella señora no pasa de ser puramente platónico. Horacio, el protegido de Augusto y de Mecenas, cantaba en magníficas odas la pobreza, desde su deliciosa quinta de Tibur; y el famoso y antiquísimo poeta Juan de Mena, favorito y secretario del rey don Juan II, la canonizaba en los siguientes versos, muy expresivos aunque no rigurosamente ajustados al metro:

*Oh vida segura la mansa pobreza,  
dádiva santa desagradecida,  
rica se llama no pobre la vida  
del que se contenta vivir sin riqueza.*

Yo creo que la pobreza, como todas las cosas de este mundo, tiene sus lados buenos y sus lados malos; pero pienso que son muchos más estos que aquellos, y que en este punto está de acuerdo el parecer de los sabios y de los ignorantes, ya que todos se manifiestan tan poco devotos de la santa del señor don Juan de Mena.

La pobreza, lo mismo también que muchas otras cosas, es relativa. Uno de nuestros indios cargadores, que gana un real o dos todos los días, es un pobre, comparado con cualquier individuo de nuestras clases medianamente acomodadas; este lo es a su vez en parangón con uno de nuestros ricos nego-

ciantes, el cual pasaría muy bien por pobre de solemnidad al lado del barón de Rothschild. Y aun el indio aquel que gana un par de reales diarios con su trabajo, es rico si se pone en paralelo con un *cucuxque*.

¿Y qué es un *cucuxque*?, dirá cualquier español al leer esa palabra, cuya pronunciación legítima no podrá adivinar, si no ha oído la voz en boca de alguno de los guatemaltecos que la pronuncie como se debe.

En efecto, esa *x* colocada entre la *u* y la *q*, no suena como en examen, sexo, etcétera. Suena la *ch* de los franceses en *lache*, *choux* y otras muchas voces semejantes, y como la *sh* de los ingleses en *shade*, *ship*, *bushel*, etcétera; sonidos que conocen bien los que poseen esos idiomas. Reflexionando sobre lo que puede haber dado origen a que se representase con una *x* ese sonido peculiar de algunos idiomas aborígenes, he creído que probablemente los primeros religiosos españoles que vinieron a estos países con los conquistadores, serían de Cataluña o de Galicia, provincias en las cuales aquella letra suele pronunciarse de la manera indicada, y que por analogía la emplearon, cuando tuvieron necesidad de representar por escrito un sonido semejante en la lengua de los naturales. Así, adoptaron la *x* para escribir *Xelabú*, *Xenacoj*, *Mixco*, etcétera, y debe usarse de ella en la palabra *cucuxque* y en otras en que ocurra igual pronunciación, que de otro modo no podría representarse en castellano.

Pero dejando a los filólogos el profundizar esta materia, paso a ocuparme en decir lo que es entre nosotros un *cucuxque*. Se designa con esta palabra algo que no estaría exactamente representado con ninguna otra de los idiomas antiguos y modernos que al efecto pudieran emplearse. El *cucuxque* es la encarnación de la miseria y de la degradación humana, es el prototipo de la incuria, de la suciedad y del abandono, es el sulfato de la pobreza y la quintaesencia de la necesidad.

Es algo peor que el *gueux* de los franceses, que el *beggar* de los ingleses y que el *pordiosero* de los españoles. Ninguno de los diferentes tipos de mendigos que puedan representar esos nombres, iguala la miseria, la repugnante asquerosidad y la abyección del *cucuxque*.

Figúrese el lector un hombre de mediana estatura, enjuto de carnes, de color cobrizo, entrecano de cabello y barba, que descubre en la mirada y en la risa la estupidez y la indolencia, de andar dificultoso, vestido con los harapos de un traje de forma y de color indefinible, apoyado en un largo y grueso bastón y que lleva pendiente de un cordel, en el brazo izquierdo, una ollita de barro, sucia y negra, y tendrá una idea aproximada de la catadura de Tata Nicho el *cucuxque*. Cuando en realidad no tenía más que cincuenta años, cualquiera le habría supuesto sesenta o setenta, tan viejo lo hacía parecer el abandono y la inmundicia. Tata Nicho sentó plaza de *cucuxque* desde sus tiernos años y pasó por todas las transformaciones y las vicisitudes anexas a tan honrosa profesión. Comenzó fingiéndose llagas en diferentes partes del cuerpo, y al invocar la caridad pública, mostraba aquellas lacras apócrifas, cuya falsedad quizá no hubiera descubierto el ojo del más experto cirujano. Posteriormente, cuando se habían desprestigiado ya las llagas, Tata Nicho se convirtió en manco de la mano derecha y pedía *una limosna para un pobre impedido por el amor de Dios*. Curado de la noche a la mañana de aquel impedimento dirimente, el *cucuxque* apareció convertido en cojo del pie izquierdo; y apenas podía andar, a favor de una muleta. Sucedió, de cuando en cuando, que se le olvidaba que el nuevo impedimento estaba en la pata zurda, y cojeaba de la derecha; pero esa era una bagatela en que no se fijaban aquellos a quienes se exigía la limosnita. Siendo cojo, Tata Nicho corrió una vez de los agentes de la policía, que lo perseguían por haber hurtado no sé qué objeto en una casa donde

entró a solicitar una *bendita caridad por el amor de Dios*. Lo atraparon y entró a la cárcel, de donde salió curado de la cojera, pero no de la cogedera, pues siguió cogiendo cuanto le venía a las manos.

En 1857, cuando se estableció el hospicio en esta capital. Tata Nicho, seriamente alarmado y considerando su suerte en grave peligro, se convirtió en sedicioso. Esparció entre sus honorables colegas la voz de que el hospicio se había establecido para recoger a los pobres, engordarlos y mandarlos al inglés para que se los comiera. Esa invención, creída como misterio de fe, estuvo a punto de producir un alzamiento del gremio de los pordioseros. Hablaron de pegar fuego a aquel benéfico asilo; pero tuvieron miedo, y obrando con más prudencia, resolvieron levantar el campo y sacudir el polvo de sus caites. Entonces se verificó el éxodo de los *cucuxques*; abandonaron la ciudad ingrata que los quería alojar, alimentar, vestir y enseñarles algún oficio honrado y se esparcieron por toda la redondez de la república. No se hallaba en las calles de la capital un *cucuxque* ni para un remedio. Tata Nicho fue a parar hasta Quezaltenango, donde ejerció la profesión con bastante crédito. Pasadas las primeras impresiones del miedo, sabiendo que el hospicio se iba poblando de niños huérfanos, y considerando que los ingleses se habrían conformado ya con manjares menos apetitosos que el *roast-beef* de *cucuxque* fueron volviendo poco a poco de la emigración, “sin haber olvidado ni aprendido nada”, como todos los emigrados de este mundo. Tata Nicho fue la excepción de esa regla; pues había aprendido a ciego y tomado de memoria unas largas relaciones nuevas, en que salía a danzar toda la corte celestial y que recitaba con el sonsonete acostumbrado. Con ellas pedía la *limosnita* en las casas grandes, el *bocadito* en las puertas de los conventos y el *cuartillito* en las tiendas de mercancías. Pronto recobró el nuevo ciego sus antiguas hábitos. Se le

encontraba en medio de la turbamulta de *cucuxques*, en los zaguanes de las casas donde había muerto, esperando la limosna de ordenanza. Los sábados asediaba ciertas y determinadas casas, de donde no salía sin la correspondiente pitanza. Mientras él y sus compañeros aguardaban la caridad del amo, se entretenían en hablar mal de los ricos y en otras truhanerías de la misma especie. Se situaba en los atrios de las iglesias en los días de grandes funciones y concurría a los paseos públicos, pidiendo en todas partes: *por el santo del día de hoy una limosna para un pobre ciego por el amor de Dios, señores*. Si alguno de los devotos o paseantes se descuidaba, el *cucuxque* introducía bonitamente la mano en los bolsillos, en medio de la confusión, y escamoteaba pañuelos, cigarreras y otras menudencias.

Una vez un caballero, caritativo, que tenía la piadosa costumbre de vestir, el jueves santo, a doce pobres mendigos, habiendo observado que tomaban los vestidos nuevos y los vendían, conservando los mugrientos harapos, discurrió hacer desnudar en el patio de su casa a aquellos doce apóstoles de nuevo cuño, hizo una hoguera de los vestidos viejos y los obligó a vestir los trapos nuevos. Cogidos de improviso los *cucuxques*, no pudieron evitar el lance y abandonaron con tristeza sus guiñapos, que pronto quedaron consumidos. Mas, ¿cuál sería la sorpresa del caritativo caballero, al encontrar, entre las cenizas de aquellas miserias, un pedazo de plata, como de tres libras de peso? Eran los *pistillos* que guardaban aquellos pobrecitos, que se habían fundido con el fuego. Tata Nicho fue uno de los que más contribuyeron, según después se supo, a aquella extraña función.

Cuando lo cogían en un renuncio de esos, el *cucuxque* huía la cara y se iba a pordiosear por un barrio distante. Así siguió viviendo, hasta llegar a una edad avanzanda, y las enfermedades, con las cuales se había chanceado tantas veces

aquel perillán, se encargaron de pagarle sus burlas con usura. Llegó a ponerse realmente imposibilitado de andar, y abrumado de dolores, aunque milagrosamente curado de las cataratas, se instaló en el hospital. Los enfermos observaban que aquel *cucuxque* se obstinaba en que no habían de levantar la manta que lo cubría, como si guardase debajo de ella alguna cosa que le interesase mucho conservar. Al fin llegó la muerte, que, como dijo Horacio, no respeta ni a reyes ni a *cucuxques*, y Tata Nicho le recibió la visita a más no poder y refunfuñando. Cuando ya no era más que un cadáver, los sirvientes tiraron de la manta y encontraron ¡quién lo creyera! que el mendigo tenía estrechamente un talego de jerga, bien cosido y asegurado, que contenía cerca de quinientos pesos, en toda clase de monedas. Era el fruto de cincuenta años de industria y de trabajo. ¡Y luego habrá quien diga que la carrera del *cucuxque* no es una de las más socorridas que pueden abrazarse en este bendito país! Hay empleados, abogados y médicos que no dejan bajo la manta ni la quinta parte de lo que dejó el *cucuxque*.

## EL TELÉGRAFO

### SEGUNDA PARTE

Anteriormente publique un articulejo con el título de “El telégrafo”, y aunque no ofrecí dar una segunda parte de él, y ni aun dije que aquella fuese la primera, indiqué la idea de esta, al mencionar de paso, ciertos abusos peligrosos que suelen hacerse de ese admirable invento que llamo yo *telegrafía humana*. Doy, pues, ahora lo que no prometí, en descuento de tantas otras deudas que estaba comprometido a satisfacer y no he pagado.

Me limité en el Cuadro referido a hablar de una telegrafía inofensiva, que sin dejar de tener inconvenientes, no los ofrece tan graves, que puedan causar perjuicios irreparables. Pero sucede que la telegrafía, como las calenturas, suele degenerar en perniciosa, o presentarse desde luego con ese carácter, y entonces merece un estudio aparte y da lugar a observaciones especiales.

La telegrafía maligna es una de la peores plagas que pueden sobrevenir a un país, y cuando llega a ser endémica, no hay preservativo, ni antídoto; ni método higiénico, ni específico alguno que contra ella valga. Como el cólera morbo, es un envenenamiento del aire; y como la viruela, cuando no mata, lo deja a uno señalado para siempre. Esta grave enfermedad se conoce con diferentes nombres; unos autores la llaman *chismitis crónica*; otros *calumnitis aguda*; otros *falsotestimonitis epidémica*; yo la llamo telegrafía maligna o perniciosa, a diferencia de la telegrafía simple, intermitente, remitente y continua.

El telégrafo maligno ataca, de preferencia, a las personas situadas en las localidades más altas de la esfera social y se ceba en ellas con indecible encono. Sus tiros no son francos; los asesta en la sombra, esconde la mano que ha arrojado la flecha envenenada, o la tiende, muchas veces cubierta con la elegante cabritilla, al mismo a quien acaba de herir alevemente. Lector amado: si es usted ministro, juez, corregidor, o por sus pecados ocupa algún otro puesto de esos que suelen excitar la envidia del numeroso gremio de los pobres de espíritu, haga usted de cuenta que desde el momento en que está usted prestando el juramento de cumplir y hacer cumplir las disposiciones del acta constitutiva, todos los telégrafos malignos están jurando acribillarlo a usted, vigilar sus pasos, expiar su conducta, tomar nota de lo que hace y de lo que no hace; para enredarlo en el inextricable laberinto de sus hilos invisibles.

Para el telégrafo maligno nada hay sagrado. El honor de la esposa, la reputación de la doncella, la buena fama del magistrado, la probidad del negociante, todo queda destruido y mal parado cuando cae bajo la jurisdicción de la telegrafía-humana-perjudicial. Introduce la perturbación en las familias y aun suele influir en la suerte de los Estados.

Don Timoteo Tamagaz es el prototipo del telégrafo maligno. Este buen señor tiene la desgracia de padecer de aquel mal que el padre Ripalda ha clasificado con tanta exactitud y en tan pocas palabras, llamándolo *tristeza del bien ajeno*. El rico, el hombre de talento, el buen mozo, el elegante, el que ha llegado a ocupar un alto empleo, el virtuoso, todos excitan la melancolía de don Timoteo, que pobre, tonto, feo, zurdo y oscuro, no lleva en paciencia la superioridad de ninguno de sus prójimos. Para vengarse de sus enemigos, que son todos los que valen algo, Tamagaz tomó un día la resolución heroica de convertirse en telégrafo maligno, estableció sus aparatos y comenzó a funcionar con perfecta regularidad. No le quedó

títere con cabeza. El rico se convirtió en ladrón; el literato y buen escritor en plagiarlo; el virtuoso en hipócrita; etcétera. ¡Cuántas reputaciones bien fundadas han venido abajo, merced a las operaciones de don Timoteo! ¡Cuántos matrimonios ha descompuesto! ¡Cuántas familias ha convertido en verdaderos campos de Agramante! Si se esparce de repente por la ciudad una bola de esas que en sus vueltas hacen rodar el honor de una persona, de seguro esa bola salió del torno de don Timoteo. El día menos pensado le tuercen a uno el gesto sin saber por qué, personas con quienes siempre había corrido bien y a quienes no ha causado, ni por pienso, injuria o pesar, pues no hay que cansarse, es el telégrafo maligno, es Tamagaz el que tendió sus hilos por aquel rumbo y armó un enredo del demonio.

— Señor don Diego Tragaderas, dice el telégrafo a un individuo a quien pretende indisponer; ¿que disgusto ha tenido usted con su vecino y amigo Mastuerzo?

— Yo, ninguno, contesta el inocente; estamos perfectamente bien, en la mejor armonía, como siempre, tanto que ayer me convidó a comer. Pero, ¿por qué me lo pregunta usted?

— Yo, por nada, responde don Timoteo, con una sonrisa maligna. Creí que estaban ustedes mal. — Alarmado don Diego, apura, insta, suplica, quiere saber lo que hay, y entonces el diabólico enredador le dice, que ha sabido, por una gran casualidad, y en mucha reserva, que Mastuerzo es el abogado que ha hecho un escrito sangriento contra don Diego en el pleito tal; o bien que el susodicho amigo ha ido a malinformarlo con la autoridad; o que le está haciendo cualquiera otro de esos que se llaman flacos servicios y que más bien deberían llamarse gordos deservicios. Por supuesto, el telégrafo dice a renglón seguido, que aquello se lo cuenta a don Diego únicamente por el grande interés y simpatía que le inspira y le hace jurar por todos los santos guardar secre-

to, porque él es enemigo de chismes y de enredos. Tragaderas cree y jura, y en vez de sacar de las orejas a Tamagaz, tuerce el hocico a Mastuerzo, que se desbautiza por adivinar lo que puede haber dado origen a aquel cambio.

Un caballero iba a casarse, y cuando estaba a punto de obtener lo que él consideraba como el colmo de la dicha, Tamagaz, que vio con envidia aquella perspectiva de felicidad, urdió la más indigna trama, fingió cartas, dirigió anónimos, sembró con tal astucia la cizaña, que el enlace no se verificó. El chasqueado amante, entregado a la desesperación, se levantó la tapa de los sesos, y la novia, desengañada, aunque muy tarde, estuvo a punto de perder el juicio para siempre, de dolor y de remordimiento. Entre tanto el verdadero autor de aquella desgracia, contemplaba impávido, desde su rincón, los resultados de sus diabólicos artificios.

Pero todo eso es tortas y pan pintado en comparación con la habilidad que despliega Tamagaz en la telegralía maligna-política, ramo en el cual sobresale y se distingue por el talento de inventiva, por la astucia y por la actividad infatigable de que da pruebas, especialmente en las circunstancias graves y extraordinarias. Si hay guerra, el ejército enemigo ha pasado la frontera con diez y seis mil hombres y cincuenta cañones, aun cuando el tal enemigo no se haya movido de su casa, ni tenga una sola pieza de artillería. Él sabe siempre las noticias más seguras y más frescas. Cuenta derrotas, marchas y contramarchas, sorpresas y capitulaciones. El país está perdido y el diablo se va a llevar a los que mandan, de los cuales, sean los que fueren, es el telégrafo enemigo nato. Cuando las cosas apuran y hay necesidad de redoblar el celo, el telégrafo apela a la imprenta *carbonaria* y en una sola noche, pone trescientos cincuenta *¡Viva!* y otros tantos *¡Muera!* en las paredes. Algunos bobos toman aquello como expresión de la opinión pública, y en realidad no es sino una sencilla operación

telegráficomaligna. Otra vez se encierra a hacer pasquines en prosa y verso y sale por la noche a desparramar los quinientos o seiscientos que ha fabricado durante el día. Si es menester, él mismo dice a cuantos encuentra:

— Malas veo las cosas; muchos pasquines han amanecido hoy; creo que no tarda en reventar la bomba. A los gobernantes va a revelarles supuestas conspiraciones; a los gobernados, les dice, bajo reserva, que sabe hay orden de prenderlos; y así los trae a todos revueltos y medio locos.

Un día fue Tamagaz a denunciar una conspiración temible y muy ramificada, según dijo, y delató como jefe de ella a un don Cándido de Paz, que así pensaba en conspirar, como yo en hacer el viaje a la Meca. La policía se alarmó, tomó sus medidas, siguió los pasos al supuesto conspirador. Este, advertido por el telégrafo mismo de que sospechaban de él, andaba receloso, se disfrazaba, no dormía dos noches seguidas en una misma casa; desconfiaba de sus criados y hasta de su mujer y de sus hijos. La policía veía todas aquellas sombras y más y más se persuadía de que don Cándido era un verdadero Catilina. Ponía los puntos a cuantos hablaban con el pretendido jefe, y sin embargo, no podía dar con el hilo de la trama. Las denuncias telegráficas apretaban; señalaban el día y la hora en que debía estallar la revolución y daban tales pormenores de ella, que era imposible dudar de la certeza. Se redobló la vigilancia, se destacó la gendarmería, ocupáronse los puntos estratégicos vecinos a la casa donde se aseguraba estaban reunidos los conspiradores y su jefe. Cinco minutos antes de la hora precisa en que según el telégrafo, debía estallar la bomba, fue ocupada la casa de improviso por la autoridad, que encontró a don Cándido y sus amigos, tan pacíficos como él, sentados en torno de una mesa, jugando *orejas* muy ajenos de imaginar el peligro que podían correr las suyas en aquel momento.

Preciso es confesar que, a fuerza de pegar chascos a los crédulos, la telegrafía maligna ha venido a caer en tal cual descrédito, y que algunos no prestan fe a sus avisos, habiéndose hecho proverbiales las noticias de Tamagaz. Pero, a pesar de todo, hay muchos, muchísimos que hacen poco aprecio de lo que este dice; y aun los que no le dan entero ascenso, por lo menos dudan, y el mal queda hecho, aun cuando sea a medias. Solo la sociedad, con una justa y severa reprehensión, puede evitar el daño que causan los telégrafos malignos; pero mientras haya quien les de pávulo, por interés mal entendido, por amor del escándalo, o por cualquier otro motivo, continuarán en posesión de la prerogativa de matar el honor del prójimo. No alcanzando la acción de las leyes a remediar el mal, y encontrándose este, en cierto modo, autorizado por las costumbres, no queda más arbitrio que clamar a lo alto, como decía un loco; por lo que propongo a quien corresponda que las letanías mayores, en la parte donde se pide a Dios nos libre de la tempestad y del rayo, de las asechanzas del diablo, de la muerte repentina, del odio, la ira y la mala voluntad etcétera, se intercale la siguiente deprecación: *Ab humano télégrapho maligno, libera nos Domine.*

## VISITA AL CEMENTERIO

El 3 de noviembre de 1854 publiqué en un periódico de Guatemala el artículo de *Crónica local* que hoy reproduzco a continuación, así porque viene como de molde en un cuadro de costumbres consagrado a la visita anual que hacemos al cementerio, como porque hay noventa y nueve probabilidades contra cien de que la mayor parte de los que en su tiempo leyeron el tal artículo, lo hayan olvidado por completo. Decía así:

*Antes de ayer por la tarde un numeroso concurso de todas las clases de la población, acudía, como de costumbre, a visitar el cementerio general. Los sepulcros habían sido reparados, blanqueados o pintados de nuevo; reproducidas las inscripciones que ha borrado el tiempo y colocadas por todas partes guirnalda de flores naturales. Después de las fiestas de los vivos, que se han multiplicado en los últimos días, debía venir también la fiesta de los muertos. La palabra está escrita, y no la borraremos, ciertamente. Porque, ¿qué otra cosa es sino "una fiesta" esa bulliciosa peregrinación que hacemos anualmente al lugar donde reposan las cenizas de nuestros padres, no para nutrir el ánimo con inspiraciones cristianas y filosóficas, sino para buscar una distracción, para procurarnos algunas emociones en el comercio con los vivos, que invaden en tropel el pacífico dominio de los muertos? Y sin embargo, si esa visita anual se hiciese con un espíritu de religiosa reflexión, no hay duda que en vez de ser un vano pasatiempo, sería una excursión provechosa para el ánimo. Son tantos los pensamientos graves que naturalmente inspi-*

*ra la visita de un cementerio que es necesaria toda la insolente ligereza de la informe civilización de nuestro siglo, para imponerles silencio. No somos aficionados a contrastes romancescos, y por eso omitimos el fijar la consideración, como pudiéramos hacerlo, en esa chocante ostentación de la vida y la salud, bienes tan frágiles y perecederos, ante la podredumbre y las cenizas. Recorremos indiferentemente los nombres de los que duermen allí el último sueño, como si nunca debiésemos acompañarlos, y nos entretenemos en leer los epitafios, como quien ve los títulos de las obras en una biblioteca. Si nuestra curiosidad nos hace quizá encontrar al paso el nombre de un deudo, de un amigo, de un favorecedor, el recuerdo que excita en nosotros dura mucho menos, de seguro, que esas coronas de amaranto y de ciprés con que se han ataviado los sepulcros.*

*Parece que nos olvidamos de que todos los hombres somos, según la feliz expresión de un escritor, “condenados a muerte con diversos plazos”, y sin pensar en que dentro de breve acaso nuestro propio nombre estará inscrito en ese catálogo de los que fueron, visitamos el cementerio como si fuese un jardín público, y acudimos alegres a ver la fiesta de los muertos.*

*¿No habrá en esa visita tal cual hoy la hacemos, algo de aquel epicureísmo de los griegos y de los romanos, que procuraban siempre asociar a la idea de la muerte imágenes de voluptuosidad y de goces sensuales? En los banquetes de estos últimos, se dice que cuando los esclavos colocaban las luces en la mesa, pronunciaban estas palabras: “Vivamus, perundum”. “Vivamos, pues hemos de morir”. Hemos leído en alguna parte que en un antiguo monumento griego está representada una calavera junto a un trípode cubierto de manjares, y la inscripción siguiente: “Come, bebe, corónate de flores, porque pronto estarás así”. Pero esas fórmulas de felicidad terrestre repugnan a la austera severidad del*

*cristianismo; y por eso es extraño que mientras la Iglesia se lamenta y ora sobre el polvo de las generaciones que nos han precedido en el camino del sepulcro, vayamos a ostentar lujo y vanidades a la tranquila morada de la muerte.*

*Al mencionar hoy en nuestra crónica local la visita al cementerio, no hemos podido prescindir de hacer estas observaciones, pues cualquiera que reflexione algún tanto, al ver esa multitud que acude, por costumbre, a reír junto a los sepulcros, adornados como para fiesta, no dejará de meditar en todo lo que hay de chocante en ese paseo al sitio melancólico donde reposan hacinados los mortales despojos de la senectud, la virilidad, la adolescencia y la infancia, confundidos allí por aquel poder terrible y misterioso, a cuyo golpe nadie puede sustraerse, y que frecuentemente elige para sorprendernos los instantes de la vida en que creemos no deber temerlo.*

*Imminet et tácito clam venit illa pede.*

De 1854 a 1865 han transcurrido once años (no se necesitan muchas matemáticas para hacer la cuenta), y en ese período de tiempo se han hecho diez visitas más al cementerio, en la tarde del 1.º de noviembre de cada año, en la misma forma y con el mismo espíritu que se hace notar en las líneas que quedan reproducidas. Esto prueba que la gente no se corrige con artículos de diarios, cuya verdad no nos impedirá a los periodistas seguir censurando las costumbres, ni a estas el continuar su camino, sin hacer maldito el caso de los periodistas.

En los ocho días últimos del mes de octubre, el cementerio se ve invadido por una bulliciosa turba de albañiles, encalladores y pintores, que van, *por cuánto vos*, a reparar los mausoleos, a reproducir las inscripciones, a asearlo y adornarlo todo, porque así lo quiere no sé si el amor propio y vanidad de

los vivos, o el afecto y respeto a la memoria de los muertos. A medida que se acerca el 1.º de noviembre, aumenta y redobra el empeño por acicalar el panteón, como se apresuran los trabajos para concluir el adorno del local destinado a un baile, o a un banquete, cuando está encima el día de la fiesta.

Por fin llega la tarde en que la Iglesia reza la vigilia de la conmemoración de los fieles difuntos. Las campanas de los veinticinco o treinta templos de la capital hacen resonar sus solemnes y lúgubres clamores, capaces de contristar y compungir el ánimo más ligero y distraído. La multitud empieza a dirigirse al cementerio desde muy temprano, tan contenta casi, como cuando acude a la plaza de toros en la tarde del martes de carnestolendas. Hacia las cinco, se hace difícil penetrar en el edificio, cuyas puertas están obstruidas por el gentío que entra y sale. Soldados y agentes de policía están distribuidos por todas partes para conservar el orden, pues por desgracia nuestra civilización no ha llegado todavía al punto de que podamos tener reuniones públicas sin el indispensable adorno de los sables y de las bayonetas. Los sepulcros están de veinticinco alfileres y los nichos bastante *presentables*. Hay algunos epitafios y nombres a medio pintar, porque no alcanzó el tiempo a los artistas; pero esos forman la excepción de la regla general. La multitud recorre los tres o cuatro departamentos de la necrópolis; pues hay ya más de un cementerio, habiendo parecido el primitivo estrecho para tanto muerto. Como aquí todo se pone pronto de moda, creo que también se ha vuelto de moda el morir y dentro de poco tiempo los que estén vivos habrán de pasar por gente antielegante y de mal gusto.

El miércoles próximo pasado, víspera del jueves, día en que *cayeron* los finados, estaba el cementerio casi tan concurrido como de costumbre. La única novedad que puedo mencionar es la aparición de muchas elegantes guirnaldas de

inmortales y de mostacilla, importación de París, que adornaban los mausoleos, algunos de los cuales estaban realmente muy bien puestos. Pienso que el año entrante habrá competencia en los adornos y que cada cual se esforzará en presentar su muerto lo más decentito que le sea dable.

Yo recorrí el cementerio, leyendo los epitafios, algunos de los cuales están escritos en un idioma que no conozco, aunque algo se parece al castellano. Acaso sea portugués. Vayan algunas muestras:

*—Aquí ya hace Guan Gus man que murió de muerte repentina y ora esta josando de la glorya como los angueles.*

*—RIPA.*

*—Apenas un breve guto  
En beste Mundo ce albiete  
Quando nos guita la Bida  
La guadaña de la Muete.—*

*—Aquí rreposa el calaver del difunto niño Juan Abilés, que murió cuando la guerra de 1000, 800, 60 y 3.*

En algunos se supone que hablan los difuntos mismos y dan a los *caminantes* lecciones de moral, o les echan algunas pullas sobre la vanidad de la vida y sobre la suerte que espera a los curiosos que se divierten con leer epitafios. Vi uno que decía así:

*Allá en tiempo de entonces  
Fui Bárbaro Lardon  
Y hoy solo soy espentro  
Y aujeto de terror.  
Reflecionad sovervios,*

*Fijad bien la atension,  
Pues digo que algún día  
Seréis lo boy soy Yo.*

Otro contenía una como adivinanza o charada, concebida, *mutatis mutandis* en los términos siguientes:

*Soy lo que no fui.  
Fui lo que no soy,  
Tu que estás parado allí  
Otro día serás lo que soy boy.*

¿Para qué más reproducciones? Triste idea formaría, por cierto, de la literatura guatemalteca el que quisiera juzgarla por esas muestras. En el cementerio hay de todo, como en la viña del Señor; y así como he pasado por la vergüenza de leer inscripciones tan disparatadas como las que quedan reproducidas, vi otras bien sentidas y sencillas, cual cumple a la expresión del verdadero dolor. La multitud las leyó también, haciendo probablemente tan poco caso de las unas como de las otras; y cuando se hubo cansado de recorrer el panteón en todas direcciones y la luna comenzaba a derramar su pálida luz sobre los mármoles de los sepulcros, fue alejándose poco a poco en busca del *fiambre* y de los otros platos que la costumbre quiere engullan los vivos al regresar de la visita a los restos inanimados de los muertos. *Fiambre*, en buen castellano, es un adjetivo que significa el asado o cocido que se ha dejado enfriar para comerlo así. Entre nosotros es un sustantivo que designa un plato eminentemente nacional, compuesto de muchas yerbas y de muchas carnes, que se come frío también, de donde probablemente le viene el nombre. Creo que habrá muchos guatemaltecos que no hagan, en la víspera del día de difuntos, la visita al cementerio; pero dudo que haya uno

solo, sea de la clase que fuere, que deje de comer el *fiambre* que se hace únicamente en ese día, aun cuando no habría inconveniente en fabricarlo en cualquier otro de los del año. Se hace así, porque así se ha hecho siempre, y se seguirá haciendo hasta la consumación de los siglos, mientras haya en esta tierra costumbra con qué condimentar un *fiambre* y quién se lo coma el Día de los Santos.



## EL LANA

*Les rois s'en vont*, “Los reyes se marchan”, dijo Mr. de Chateaubriand, no recuerdo en cuál de sus escritos; especie de profecía que aún no se ha realizado, o que se realiza tan pausadamente, que cualquiera diría que no lleva trazas de quedar cumplida en los siglos de los siglos. Si los señores reyes están de marcha desde que lo dijo el ilustre vizconde, no hay duda de que se dan muy poca prisa y que están *haciendo la vieja* como decimos por acá cuando queremos dar a entender que alguno entretiene el tiempo y no despacha el negocio que se le ha encargado. Si Mr. de Chateaubriand hubiera vivido en Guatemala y conocido, allá por el año 1830, a los que aquí se llaman *lanas* habría podido decir a boca llena *Les lanas s'en vont*, sin temor de que el tiempo dejase chasqueada su profecía. En efecto, los *lanas* se marchan, o se han marchado ya; pues uno u otro que pueda quedar como reliquia, no constituye gremio, así como una golondrina no hace verano.

El *lana*, lo mismo que el *cucuxque*, del cual hablaba yo hace pocos días, es una producción indígena de este país; y si tiene puntos de contacto con ciertos entes de otras partes, concurren en él condiciones y circunstancias especiales que le dan, por decirlo así, una fisonomía propia y *sui generis*. El *lana* guatemalteco no es enteramente ni el *lépero* de México, ni el *roto* de Chile, ni el *jaque* de Andalucía; y sin embargo, participa de los caracteres de esos diferentes tipos de las clases ínfimas del pueblo. En cuanto al origen del nombre *lana*, en la acepción en que aquí se toma y en la cual lo empleo en este artículo, supongo será el cobertor de *lana* ordinaria lla-

mado entre nosotros *chamarra*, con que se abrigan los hombres del pueblo, y que así suele servir de capa por el día, como de colcha por la noche. Es ciertamente un raro capricho el haber aplicado a una clase de la sociedad la palabra que denota una materia textil; y solo la costumbre de emplearla en ese sentido, puede hacer que no nos choque su uso, y que comprendamos perfectamente que al decir en Guatemala, por ejemplo, “me han correteado los *lanas*”, “muchos *lanas* entraron a la cárcel”, “esa es acción de un *lana*”, etcétera, se trata de hombres que corretearon, que fueron encarcelados, que han cometido un desaguisado, etcétera. Es muy probable que si los ciudadanos de la plebe de este país vistiesen seda, lienzo o algodón, no se llamarían *lanas*, sino *sedas*, *lienzos* o *algodones*; y se diría verbigracia, “anoche encontré a una *seda* completamente bolo, y vi que los *perejiles* cargaron con él y se lo llevaran a la gerusa”.

El *lana* no es precisamente un hombre sin oficio; puede muy bien ser zapatero remendón, albañil chapucero, o tejedor de esos a quienes el comercio libre vino a reducir a una situación muy apurada. En economía política, el *lana*, es decididamente proteccionista, y por su cuenta se pegaría fuego en la plaza pública a los géneros *ingleses* siendo su opinión que todos deberíamos vestir pantalones de cotín de la tierra y cuanto más, en los días grandes fraques de pañete de Quetzaltenango. Socarrón y malicioso, enemigo nato de los *chancletudos*, con cuya denominación despreciativa designa a las personas de condición más favorecida que la suya, localista decidido, valiente en la ocasión, vivo, sagaz y hasta ingenioso algunas veces, el *lana*, es el *chapín* por excelencia, reuniéndose en él, aquilatados, los defectos y las buenas cualidades del hijo de la capital.

Hace cosa de treinta y cinco o cuarenta años, los *lanas* estaban en su apogeo. Desde las oraciones de la noche en ade-

lante, especialmente en los barrios de la ciudad, eran señores de vidas y haciendas, anotando la crónica diaria las hazañas de esos caballeros. Los hombres decentes no salían entonces de sus casas por la noche, sino armados de trabucos, sables y hasta esmeriles, precauciones ineficaces muchas veces, pues no hay defensa que valga contra la piedra, arma favorita de los *lanas*. En la época ingrata que alcanzamos, ¡*quantum mutatis ab illo!* La mejora general de las costumbres y el aumento del bienestar de las clases pobres, comenzaron a disminuir el número y la importancia de los *lanas* y en 1840, el establecimiento del alumbrado y de los serenos, vino a dar el último golpe a esa antiquísima y respetabilísima institución social. Al principio los *lanas* lucharon denodados en defensa de sus derechos, rompieron los faroles y atacaron a los guardias nocturnos; pero por último sucumbieron ante la fuerza y se limitaron a protestar daños y perjuicios, contra quien hubiese lugar. Los muy taimados consideraron tal vez que al fin y al cabo el león no sería tan fiero como lo pintaban; que los vigilantes no vigilarían y que el alumbrado público no alumbraría, en lo cual, *como vemos*, la erraron, medio a medio. Como quiera que sea, el establecimiento del alumbrado ocupará la página más oscura en la historia de la grandeza y decadencia de los *lanas* de Guatemala.

Un antiguo compañero mío de escuela, en quien se desmintió el común y poco humanitario proloquio de que *la letra con sangre entra* vino a parar en un *lana* consumado. Verdad es que desde niño comenzó a dar indicios de lo que había de ser, andando el tiempo. Francisco Vargas, o Chico Araña, como le llamábamos por mal nombre, era el promotor de cuantas travesuras se llevaban a cabo dentro y fuera de la escuela; habiendo entre ellas algunas que podían llamarse de arte mayor, y que revelaban la sagacidad y la osadía de aquel *lana* en miniatura. Chico Araña andaba casi siempre

*jubilado*, lo cual, en el diccionario tecnológico de los escolares, quiere decir que no concurría casi nunca a la escuela. Aunque de pronto pueda parecer mal aplicada la palabra, se convendrá, por poco que la cosa se medite, en que con mucha propiedad se llaman *jubilados* los párvulos que se dan esas vacaciones, aunque no sean empleados de hacienda que hayan encanecido en el servicio. *Jubilarse* significa rigurosamente *alegrarse* y nadie dudará de la alegría de un muchacho que saliendo de la casa paterna para ir a la escuela, tuerce el camino y se va derecho a retozar al campo.

Araña era hijo de un tejedor del barrio de San Sebastián, que podía pasar por la honradez misma en calzón *rajado*. Tata Marcos era un apreciable industrial, antiguo sargento de milicias y mayordomo de la Cofradía de las ánimas. De tan diversa índole estaban dotados el padre y el hijo, que mientras tata Marcos andaba en estas noches del mes de noviembre, por ejemplo, recorriendo el barrio con su farol, pidiendo devotamente para las ánimas, entonando los melancólicos cantares del funeral en voz gangosa y acatarrada, Chico Araña, a la cabeza de una turba de patojos de su edad, recorría otras calles, cantando a grito herido:

*Angeles somos,  
del cielo venimos,  
limosna pedimos,  
si no nos la dan,  
ventanas y puertas  
nos la pagarán.*

Y ¡desgraciada la casa donde se rehusaba el pago de aquella contribución forci voluntaria! Las puertas y las ventanas y aun las cabezas de los habitantes la pagaban en efecto, como la copla lo canta, teniendo que sufrir certeras pedradas.

Un día de tantos, Chico Araña se jubiló por completo y no volvió a poner un pie en la escuela. Apenas sabía leer y casi no acertaba a escribir su nombre; pero por lo demás, el perillán era un estuche de habilidades. Entendía toda clase de juegos, no rehusaba un *trago* cuando se le ofrecía, y sí no se le ofrecía, él lo buscaba; era provocativo y pendenciero, *cargaba* fierro, y comenzaba a mostrar cierta propensión a tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño. Con aquellas buenas cualidades, hizo Chico Araña su entrada en el gran mundo y pronto comenzó a ser conocido su nombre en ciertas recónditas localidades. Desde la pila de La Habana hasta la del Martinico, y desde la laguna de San Juan de Dios hasta el callejón del Judío, no se hablaba de otra cosa que de sus hazañas. Vino a ser el *cuco* como decimos aquí, o el *coco* como sé dice en castellano, de los barrios de la capital, y no pocas veces extendía sus irrupciones a la *república* o sea la población central. No había diablura ni desaguisado de que no fuese autor verdadero o putativo, pues más de una vez pudo haber probado la coartada y sincerándose de robos, heridas y otros excesos por el estilo que se le atribuían. El pobre tenía bastante con sus propios hechos, para que hubiese necesidad de hacerlo responsable de lo que no había comido ni bebido. Pasaba la mitad de su vida en su casa y la otra mitad en la cárcel, donde, gracias a la feliz organización que entre nosotros tienen esos establecimientos, acabó de perfeccionarse en todo género de bellaquerías. Araña entró a la cárcel *lana* y salió de la cárcel *lana* y medio. Podía poner cátedra de zanganadas. Una de tantas veces la cosa era sería: estaba acusado de asesinato calificado y además se habían acumulado otros procesos anteriores, por abigeato, asalto en despoblado, etc. Recibí un billete en que me suplicaba, por el alma de mi señora madre, fuese a verlo a la cárcel, pues le urgía hablarme; y considerando que no debía negar mi auxilio a un antiguo discípulo, aunque

tan extraviado, pasé a verlo a la reja. Hízome, a su modo, una larguísima relación de sus desdichas, de lo que saqué en limpio que era más inocente que el cordero inmaculado y que en todo aquello no había más que levantes y malas voluntades. El hombre de cuya muerte se le hacía cargo, había ido, por su propia voluntad, a prenderse en el cuchillo de mi coescolar; el buey que le *acumulaban*, según me dijo, se había ido tras él por su gusto, y así explicaba los demás delitos, concluyendo con que ni era reo del *abiejato* ni por la muerte de aquel hombre merecía la *ordinaria* de que se veía amenazado. Ofrecíle hacer en su favor lo que me fuese dable y me retiré temeroso de que el pobre Araña las pagaría juntas en aquella vez. Aca-so él tuvo la misma aprehensión y consideró más prudente no exponerse a la ordinariez de la ordinaria. Una noche se escapó, mediante un ardid bastante ingenioso y pronto volvió a ser el terror de la ciudad amedrentada.

Olvidábame de decir que Chico Araña poseía, entre otras gracias, la de puntear la guitarra muy regularmente, acompañándose, mientras cantaba las *tonaditas* con acento gangoso y plañidero. Como quiera que sea, ello es que aquel Rubini de callejuela había adquirido gran fama de tocador y de cantador entre los *dilettanti* de la vida airada. Una noche daba serenata, en unión de varios amigos de su laya, a una moza conocida con el apodo significativo de la *Tarasca* de quien Araña estaba perdidamente enamorado. Rasgaba la guitarra con garbo, y después de haber tosido dos o tres veces, entonó la siguiente copla:

*Si el idolatrarte  
y haber puesto en vos  
todo mi cariño  
fue delito en yo;  
Oigo que dices ingra...*

Una patrulla no lo dejó concluir. Los *lanas* estaban rodeados; pero comprendiendo Araña que le iba la vida si se dejaba atrapar, levantó la guitarra, dio con ella en la cabeza al cabo de la patrulla, con ligereza inaudita sepultó su cuchillo en el vientre de otro de los soldados y rompiendo así el sitio, se escapó, dejando cogidos a sus compañeros. Para poder seguir haciendo de las suyas, dio en disfrazarse, y de ese modo pudo seguir paseando con menos riesgo. Pero al fin y al cabo hubo de caer en la ratonera. Cierta regidor muy celoso del cumplimiento de su deber, juró, al hacerse cargo del oficio, que había de capturar, vivo o muerto, a Chico Araña. Como lo dijo lo hizo aquel Fénix de los rejidores. Tomó sus medidas tan sabiamente, que una noche lo pescó de pura casualidad y sin saber qué peje pillaba. Rodeó con su patrulla un grupo de paseadores sospechosos, a quienes acompañaba una mujer. Mandóles hacer alto, quisieron huir, amenazó con hacer fuego y los *lanas* tuvieron que rendirse a discreción. “Los hombres a la cárcel y la mujer a la *casanueva*”, dijo con voz de trueno el regidor, y fue preciso obedecer. Pero el buen señor ignoraba que aquella mujer era tan mujer como él. Chico Araña, a favor de su pequeña estatura y de su falta de barba, había adoptado con buen éxito aquel disfraz. El *quid pro quo* no se advirtió de pronto y el *lana* quedó instalado en la cárcel del bello sexo. Allí permaneció sin darse a conocer, hasta que no sé por que extraño incidente hubo de sospecharse, algún tiempo después, que había gato encerrado en la *casanueva*. El gato era Araña, que descubierto, cambió de habitación en el acto. La ciudad entera se regocijó y el señor regidor quedó declarado el *non plus* de los regidores. La causa se siguió con mucha actividad; tanto que al cabo de veintiséis meses, Chico Araña estaba condenado a diez años de presidio. Por fortuna para él, no había podido probarse la premeditación del asesinato, y así escapó de la ordinaria.

Nadie volvió a acordarse de aquel *lana*. Corrieron los años y cumplió su condena. Un día se me anunció que un sujeto deseaba hablarme. Dije que pasase adelante y vi un hombre pequeño de cuerpo, viejo, al parecer, vestido con un uniforme gris con vueltas azules y sable ceñido. Parecióme que no me era desconocida aquella cara, y cuando trataba de ayudar a mi memoria, el sujeto puso término a mis cavilaciones, dándose a conocer de plano. Era Chico Araña, convertido en defensor del orden público. El *ex lana* era todo un señor gendarme. Al pronto temí fuese aquel un nuevo disfraz que hubiese adoptado para seguir haciendo de las suyas; pero pronto me desengañó. Me refirió su historia y conocí que su conversión era sincera. Sus antiguos compañeros de profesión no tenían enemigo peor que él. Sabía bien sus mañas y conocía perfectamente sus guaridas. No sé si un día u otro le sucederá lo que a la gata mujer de la fábula; pero hoy por hoy la policía no tiene un agente más listo y avisado y la ciudad entera se hace lenguas de aquel señor regidor, a cuya habilidad (dicen) se debió originariamente tan importante adquisición. Chico Araña será, pues, probablemente, el último *lana*; por lo que creo prudente que cuando muera, se procure comprar su cadáver, por lo que valga, para disecharlo y colocarlo en el Museo, a fin de que nuestros tataranietos tengan idea exacta de los *lanas* de que tanto hablaban sus antepasados.

## UN HOMBRE DE DESEMPEÑO

En este nuestro país de anomalías o de animalías, no hay desgracia mayor para un cristiano que la de ser apto para muchas cosas y ser al mismo tiempo un hombre *bonæ voluntatis*. La paz que se ha prometido a las gentes de esta condición, no está seguramente guardada para él, ¡mísero!, que sabe ha de vivir en continua fatiga, sudando la gota gorda de la mañana a la noche, y zumbándole siempre en los oídos el terrible anatema que persigue al Judío errante: *marcha, marcha*.

Y en efecto, no hay marchante que marche como don Sinforoso Comodín, sujeto apreciabilísimo, de quien toda la república se hace lenguas y que se hace él todo pies y manos, para dar abasto a las infinitas comisiones, encargos, agencias, corredurías y servicios que tiene que desempeñar. La fama de hombre de desempeño que se ha adquirido Comodín, hace que todo el país considere a este sujeto como una especie de propiedad pública, de la cual cada uno puede disponer, sin el menor escrúpulo. Habiendo llamado mi atención ese tipo raro, propúseme observarlo, seguirle los pasos y estudiar su vida y sus costumbres, con el objeto caritativo de *encuadrarlo*, como lo hago hoy, suponiendo que mis lectores me agradecerán el que no deje en las sombras del olvido a tan interesante personaje.

Don Sinforoso Comodín no es hombre a quien falten negocios propios en que ocupar su tiempo. Tiene intereses de alguna consideración que reclaman su asistencia y que andan como Dios quiere (con cuya frase se acostumbra, no sé

por qué, designar lo que anda mal), y creo que sería bastante rico, si la mitad del tiempo siquiera que emplea en las cosas de todos, la emplease en las que le atañen. Hace pocos días, encontré a Comodín en la calle, a eso de las seis de la mañana, y después de saludarlo, le manifesté alguna sorpresa de verlo levantado tan temprano.

—Tuve que ir, me contestó, a ver un potrero que desea comprar un conocido mío que no entiende de tierras y me encargó fuese yo a examinar la finca. Está cerca de los Arcos, y como estoy a pie, porque me pidieron prestado mi caballo, he ido en el de San Francisco, emprendiendo el viaje antes de las cinco de la mañana. La finca se remata hoy, y la cosa no podría diferirse.

Me despedí de don Sinforoso, me dirigí a mi casa y después de almorzar, volví a plantarme en la calle.

La primera persona con quien me encontré fue, el servicial, que me dijo al verme.

—¿Qué horas tiene usted?

—Yo, ninguna, le contesté, mi reloj apunta las ocho menos cuarto.

—Bueno, repuso, tengo todavía un cuarto de hora para llegar y debo apretar el paso. Figúrese usted que voy a ser padrino de un niño a quien se va a bautizar en Jocotenango, y no debo perder un minuto, pues el cura estará ya aguardando.

—Vaya usted con Dios, señor perito en potrereros y padrino de bautizandos —le dije—, y lo deje seguir su camino.

A eso de las nueve, pasé por casualidad, delante del edificio de la corte de justicia, y vi entrar a Comodín con un gran legajo de papeles debajo del brazo.

—¡Qué!, le dije, ¿se ha vuelto usted ya litigante?

—No es negocio mío —me contestó—; soy apoderado general de don Juan Camorras, de Huehuetenango, que tiene entablados catorce pleitos, y como el pobre no conoce a na-

die en la ciudad, habiendo oído hablar de mí, quiso darme, según me escribió, una prueba de confianza, haciéndome su apoderado. Me ha encargado que supla el papel y todo lo que sea preciso gastar, ofreciéndome que cuando se ganen los pleitos, me ajustará las cuentas. Ya usted ve que no podía uno negarse; más hace él en ocuparme sin conocerme, que yo en prestarle ese servicio.

—Por supuesto, —le contesté, y lo dejé meterse entre la turba de oficinistas, tinterillos y litigantes.

Dieron las diez en el reloj del palacio; yo no me había alejado de la plaza, pues tenía que ver a un sujeto que vive cerca de ella, y al volver una esquina di otra vez con el infatigable Comodín, que había dejado ya sus expedientes y que llevaba en la mano un papel y un tintero portátil.

—¿Entra usted? —me preguntó.

—¿En dónde? —le contesté.

—En la rifa del niño Jesús. Tengo encargo de acomodar quinientos números, y como es para un objeto piadoso, no me pareció negarme. He realizado ya ocho billetes y tengo cuatro días para dar salida a los cuatrocientos noventa y dos restantes.

—Pues apunte usted, y será pleito por uno menos, —le contesté, y me despedí del corredor de billetes de rifa.

Estaba de Dios que aquel día había yo de encontrarme en todas partes con don Sinforoso. Dos horas después, hube de ir a la Aduana y lo hallé dirigiendo la maniobra de cargar diez carretas con una porción de bultos de mercaderías.

—No sabía yo, amigo Comodín, le dije, que se hubiese usted dedicado al comercio. ¿Va usted a negociar en trapos?

—No, me contestó, es la carga de M. Sans-souci, aquel francés que ha abierto almacén hace poco en la calle de los Judíos. La tal carga viene casi toda averiada y me han encargado de dar los pasos necesarios para hacer constar la avería

y cobrar a los aseguradores. Me han dicho que solo son diez y nueve diligencias las que hay que practicar y que el negocio quedará concluido. La primera es la que usted me ve despachar ahora, y voy a hacer un lugarcito para las otras diez y ocho, pues estoy un poco ahorcadito con otros encargos. A propósito: ¿Sabe usted por casualidad dónde podré encontrar una buena albarda? Me la encargan de Izabal y tengo que enviarla, con unos arrieros que salen esta tarde.

—Pues me parece, le contesté, que por albarda no se ha de quedar usted, y que hasta sin buscarlas, las encontrará.

No bien había yo dicho aquellas palabras, cuando se acercó un hombre a don Sinforoso y le preguntó si él sería el señor Comodín.

—Yo soy, ¿qué se le ofrece? —dijo mi amigo.

—Es que mi señora, doña Rita Pedrosa, manda a decir a su merced que hoy se traslada a otra casa, y que cuenta con su favor para que le pase los trastos.

—Dile que dentro de una hora me tiene por allá.

Hé aquí al desventurado Sinforoso metido en la barahunda de trasportar un menage, laberinto de que no pueden tener idea sino los que por sus pecados se hayan visto en él. A eso de la una de la tarde, el hombre de desempeño componía cargas para los indios, descolgaba arañas y cuadros, y subía y bajaba calles, en la faena de la traslación. Duró la operación hasta después de las cuatro; a cuya hora, muy cansado ya, se marchó Comodín a su casa. Acababa de ponerse a la mesa, y de atravesar los primeros bocados, cuando dieron recios aldabonazos en la puerta de la calle. Fue preciso abrir y entró un joven muy asustado y afligido.

—Señor don Sinforoso, dijo, mi tío el licenciado Pulguillas acaba de caer malo con un ataque al corazón; los médicos han mandado disponerlo, y va a hacer testamento. Queremos que usted nos haga favor de venir a ser testigo.

—¡Hombre! dijo el desventurado, ¡cuánto siento esa desgracia! Voy a acabar de comer, y dentro de un momentito estoy allá.

—No hay que perder un minuto, señor don Sinforoso; el escribano y los otros testigos están allá; volemós, porque si no, tal vez ya no alcanzamos a mi pobre tío.

El caso, como se ve, era urgente; hubo, pues, don Sinforoso de renunciar a la comida, tomó el sombrero y fue a ser testigo del testamento. Concluido este, se murió el licenciado, y la familia, *nemine discrepanti* encargó a Comodín practicar las diligencias para el entierro. Como era hombre de desempeño, a nadie mejor que a él podían darle la comisión. El pobre señor tuvo tarea hasta la oración de la tarde. Estaba hecho pedazos y se metió en su casa medio desesperado. Al entrar, le presentó un criado cuatro cartas, que abrió y leyó rápidamente.

En la primera le encargaba un amigo fuese al día siguiente muy temprano a recibir por él unos cinco mil pesos, recomendándole mucho no fuera a recibir falsos. La segunda contenía una súplica de otro amigo para que fuese a pedir en matrimonio a una señorita con quien quería casarse, con recomendación expresa de hacer todo lo posible para vencer la infundada resistencia de los padres. En la tercera le pedía un conocido le compusiese una décima de convite para la fiesta de Nuestra Señora de la O, y la última que leyó era una papeleta de invitación para una entrada. Arrojó las cartas con mal humor sobre una mesa y dijo:

—¡Verdaderamente que ya no hay paciencia para tanto!, pero, ¡cómo ha de ser! No puede uno negarse; esta noche haré la décima y mañana iré a lo del matrimonio y a recibir el dinero, y después aguantaremos la entrada!

Don Sinforoso, que no había comido, tomó su chocolate, y en seguida, para descansar un poco y distraerse, pasó a casa

de doña Juliana Molinos, viuda, con tres hijas muy lindas y agradables, que tienen gran tertulia. Yo estaba ahí cuando entró el asendereado don Sinforoso.

—A buen tiempo, Comodín —dijo una de las señoritas—, voy a ponerle a usted un oficio, —y le alargó una madeja de seda, para que la tuviese mientras ella devanaba. El servicial se prestó con gusto, pues oficio por oficio era mejor aquel que los que había tenido que desempeñar durante el día. Concluido el devaneo, dos de las ninfas se pusieron al piano, la otra entabló una partida de ajedrez con uno de los tertulianos y la viuda continuó sustentando la conversación.

—Comodín —dijo la Molinos—, podría usted hacernos el favor de encargarse de despabilar las candelas, pues estamos casi en tinieblas.

Mi amigo no creyó deber excusarse, tomó las despabiladeras y pasaba como lanzadera del piano, donde estaba una vela, a la mesa del ajedrez, donde había otra. Todo el tiempo que duró la tertulia, lo empleó en tan divertida ocupación; hasta que llegó la hora de retirarse.

Cuando nos disponíamos a salir, entraron recado de que un sujeto deseaba hablar con don Sinforoso, para un negocio urgente. Hízose entrar al individuo, que llevaba encargo de suplicar a Comodín fuese aquella noche a velar a un don Aniceto Buñuelos, que estaba a la muerte. Doña Eusebia, dijo el mensajero, la esposa de don Aniceto, ha caído con convulsiones, las niñas lo mismo; los que estamos allá no alcanzamos a contener a las de las convulsiones, que cuando les dan los ataques, arañan y patean a cuantos están presentes. Necesitamos quien nos ayude y se dispuso suplicar al señor don Sinforoso nos preste ese servicio.

No hubo remedio, Comodín, renegando en su interior de la fama de hombre de desempeño que le proporcionaban aquellos percances, salió a que lo arañaran y patearan la mu-

jer y las hijas de don Aniceto, como en efecto sucedió, según supe después, coronando aquella noche tormentosa un día de trajín y de fatiga.

La mañana siguiente encontré a Comodín en sus acostumbradas andanzas. El pobre me contó las escenas del velorio, y no pude menos de decirle:

—Señor don Sinforoso, permítame le manifieste que usted y solo usted tiene la culpa de todos esos chascos. Muy santo y muy bueno que usted sirva a los prójimos; que no niegue su asistencia a los que necesitan de ella; pero todo tiene su medida, y usted no ha nacido, que yo sepa, para servir el empleo de comisionista y corredor sin sueldo. Acuérdesse usted de que suele decirse que cuando el muerto encuentra quien lo cargue, se hace más pesado; arroje usted, pues, el fardo, y deje que se lo lleve todo Satanás.

—¡Ay amigo! —me contestó don Sinforoso, con un profundo suspiro—; es demasiado tarde. Conozco que mi carácter excesivamente servicial me ha perjudicado. Los días de mi vida son todos, poco más o menos, como el de ayer; aunque es verdad que la cosa fue un si es no es extraordinaria. Estoy declarado hombre de desempeño y no hay santos que me libren de los compromisos que esa declaratoria me acarrea. Me he ocultado ya y me han buscado hasta dar conmigo. Me he fingido enfermo y tampoco me ha valido. ¿Qué más? Hasta he pensado seriamente en emigrar; pero ni por esas. Se ha movido cielo y tierra y no he logrado me den el pasaporte. Dicen que soy necesario, indispensable, y que sin mí y otros pocos se hundiría el país. Para todos hay horas de descanso, hasta para los serenos, que roncan en la calle; para mí no hay día ni noche, ni verano ni invierno; mi tiempo, mi persona y mis cosas son propiedad de todo el mundo. Esto no tiene remedio, era preciso hacer a la gente de nuevo, y ni usted ni yo hemos de componerlo. Con que, adiós amigo, que se va

haciendo tarde y tengo que ir a desempeñar el encarguito de los cinco mil pesos, y después la comisioncita de pedir a una niña en matrimonio, y luego lo de la decimita, y más tarde la entradita y en el resto del día todos los demás diminutivos con que se procura hacer más tragables las pildoritas que me suministran diariamente.

Dicho esto, se alejó don Sinforoso con presteza y yo dije, en voz alta: “*Marcha, marcha* cristiano errante, víctima de las gorduras de tus prójimos; *marcha marcha*”, y luego, recordando las bienaventuranzas, me ocurrió que sería muy del caso adicionar el catecismo con la siguiente: *Bienaventurados los que no sirven para nada y no son hombres de desempeño, porque de ellos es el reino de Guatemala.*

## UN ENFERMO

Yo tengo para mí que el clima de Guatemala es el peor del universo, y que la idea que hemos tenido antes de ahora de que era uno de los más sanos del globo, debe atribuirse a ese amor propio nacional que nos hace ver bajo un prisma falaz cuanto corresponde al país en que nacemos. Por lo menos, ha de convenirse en que si Guatemala pudo contarse en el número de los lugares no enfermizos, eso fue allá *in illo tempore* y cuando los chuchos se amarraban con longanizas. Hoy, el Petén, Izabal, Iztapa, o cualquiera otro de los puntos que a fuerza de despachar cristianos a la eternidad, se han conquistado la reputación de morideros de primer orden, han dejado atrás a este valle, que verdaderamente puede llamarse de lágrimas. Casi no hay persona que no sea una novísima recopilación de enfermedades, a creer a cada cual de los pacientes, y el que quiera hacer un curso de patología general no tiene más que entrarse de rondón en cualquiera de nuestras alegres y animadas tertulias. Si no sale de ellas con el corazón más prensado que una sobrepelliz, declaro que tiene entrañas de alcornoque. Casi no oye uno más que lamentaciones y quejumbres.

—¿Cómo han estado ustedes por acá?, se pregunta en cualquier parte.

—Tan bonito, le responden a uno; solo que la Dolores no hay modo de que se componga de la jaqueca; la Dominga, con su dolor de estómago; la Cirila, siempre con su cara; la Casimira, con inflamación en la *vista*; Antonio, con su dolor reumático; Juan, cada día peor de la canilla; Manuel, del bra-

zo; Chico, de la rabadilla; Prudencio, del pie y Diego de todo el cuerpo. En fin, la casa es un hospitalito sin licencia del rey. A esto se sigue una lista de remedios, desde el agua con azúcar hasta las más sublimes combinaciones de la farmacopea, que se apresuran a recetar los tertulianos. Deduzco de todo que nuestro clima se ha echado a perder por completo. He procurado investigar las causas, y me han indicado diversas; pero la generalidad conviene en que nadie puede tener la culpa de eso, sino el gobierno. Yo creo que los que piensan así son los que aciertan, y estoy seguro de que si no hubiera gobierno, no habría reumatismos, ni jaquecas, ni oftalmias, ni gastritis, ni colitis, y que la gente o se moriría de puro vieja, o no se moriría nunca, y eso es lo más cierto.

Hay en la ciudad un caballero que es la encarnación, como se dice ahora, de esa teoría que he asentado de la ruina del clima de Guatemala. Conocí hace algunos años a don Agapito Flatillo, robusto, sano de todos sus miembros, fresco como una lechuga, comiendo y digiriendo bien, y como suele decirse, vendiendo salud. Ahora, da lástima el verlo. No es ni sombra de lo que fue. Flaco de solemnidad, su cuerpo puede servir para estudiar en él osteología, manteniéndose unidos los huesos, únicamente por amor del pellejo. Flatillo es el más incorpóreo de los seres vivientes; es un *carnes tollendas* animado, un alma que no tiene más enemigos que el demonio y el mundo; un *pellis et ossa* como el caballo de Pedro Gonela. Por qué accidentes ha venido don Agapito a ser una cantidad negativa en forma humana, es lo que procuraré dar a conocer al piadoso lector en este breve artículo.

Flatillo es de aquellos que dicen y creen que la salud es el primero de los bienes; proposición muy discutible y contra la cual protestan, de hecho, todos los que la pierden de buena gana, con tal de adquirir algún dinero, o hacer lo que llaman darse gusto.

Cuando llegó a sus veinticinco años, don Agapito resolvió cuidarse, y no contento con su cabal salud, hizo las de aquel español *que estando bueno, quiso estar mejor*. Evitó la humedad y el sereno, el viento y el sol, y se volvió un gran bebedor de aguas cocidas. Hablaba solo de enfermedades, andaba siempre en dimes y diretes con médicos y boticarios, pidiendo recetas y métodos curativos de los males que no tenía. No comía una cosa; porque era indigesta; otra, por biliosa; esta por ventosa; aquella por astringente; la de más allá por laxante. Tal alimento era malo para el hígado, cual otro para el bazo; uno aumentaba la sangre, otro la liquidaba; en fin, todo él estaba lleno de teorías a cual más divertidas.

Un día me lo encontré saliendo de una botica, y llamándome la atención el estado de flacura en que lo veía, no pude menos de preguntarle si había estado enfermo.

—Pues, ¿no lo he de estar?, me contestó; si no tengo día bueno. La cabeza, el pecho, el estómago, todo anda perdido; me han visto diez y ocho médicos, he tenido hasta seis juntos, recetándome cada uno lo que le ha parecido mejor; me lo he hecho todo a un tiempo con puntualidad, y ¡qué!, cada día peor. Vea usted, añadió, sacando de las faltriqueras los diversos objetos que iba mencionando, llevo aquí unas píldoras de Holloway, con las cuales voy a probar ahora, aquí tengo el pectoral de Anacahuita, que ensayaré también; este frasco es de zarzaparrilla de Bristol, este otro contiene jarabe bromo-yodurado-ferruginoso de Boille, para restablecer las carnes; toque usted, tengo ya puesto el cinturón eléctrico para los dolores reumáticos; aquí hay gotas amargas, para abrir la gana de comer; este es un excelente vinagre aromático, para volver de los desmayos, y este otro es un poco de aguardiente que llevo siempre a prevención, para los sustos y otras emociones fuertes y repentinas.

Estuve a punto de reventar de risa, al ver la exhibición de

aquel botiquín; pero considerando que Flatillo era más digno de compasión que de mofa, me despedí de él, aconsejándole economizara píldoras y bebistrajos y que procurara alimentarse y distraerse. Aquellas recomendaciones le entraron por un oído y le salieron por otro, y continuó impertérrito con sus panaceas, aquel segundo tomo del “enfermo imaginario”.

Como la imaginación ejerce una influencia tan grande en el físico, especialmente en los hombres de temperamento nervioso y delicado, don Agapito, a fuerza de suponerse enfermo, fue deteriorándose y aniquilándose, hasta el punto de hacer creer a los demás y de persuadirse él mismo que estaba realmente malo. Se metió en la cama, colocáronse en la calle, enfrente de su casa, maderos en forma de barricadas para no dejar pasar coches ni animales cuadrúpedos, la casa se llenó de gente, la parentela y amigos del enfermo le prodigaban los cuidados más solícitos, y los *telégrafos* tomaron por su cuenta al infeliz don Agapito. Le achacaron todas las enfermedades conocidas, le calcularon el caudal que iba a dejar, hicieron testamento por él, nombraron herederos y legatarios, mandaron hacer el ataúd y hasta lo mataron cuatro veces.

Llegó, por supuesto, el caso extremo de convocar el consejo de guerra (vulgo) junta de médicos, reuniéndose cinco célebres galenos. Uno dijo que la enfermedad era dispepsia, y lo probó; otro sostuvo que era diabetes y lo probó también; el tercero calificó el mal de tisis laríngea, y apoyó su opinión en argumentos irrefutables; el cuarto creyó encontrar en el paciente todos los síntomas del cólera asiático, y fundó su dicho en razones convincentes; el quinto, hombre en realidad sabio y prudente, como lo son algunos otros de nuestros médicos que no estaban en la junta, no habló palabra. Acaso conoció que el supuesto enfermo estaba bueno y sano; pero no se atrevió a indicarlo, y él tendría sus razones para ello. No anduvieron los vocales más acordes en cuanto a tratamiento,

de lo que lo habían estado respecto al diagnóstico, sobre todo lo cual se hecharon mil piropos; y en lo único en que convinieron, fue en que don Agapito se marcharía luego al otro mundo. Flatillo hizo sus disposiciones espirituales y temporales y quedó aguardando la ejecución de la sentencia.

En esa situación, un amigo del casi difunto, preguntó a la familia ¿por qué no llaman al doctor Barbaroff, famoso médico, homeópata, ruso, recién llegado a la ciudad, que había resucitado muertos de tres días? Se promovió una acalorada discusión a la cabecera del enfermo, sobre si se llamaría o no se llamaría al ruso, y al fin don Agapito mismo le puso término, suplicando le llevaran al doctor nuevo. Hízose así, y desde aquel día quedó nuestro Flatillo entregado al discípulo de Hahemann. Este pulsó al enfermo y meneó la cabeza, le hizo sacar la lengua y la meneó otra vez; vio los esputos, y la siguió meneando, examinó otras cosas y no paró el meneo en un cuarto de hora. Los telégrafos hicieron circular por la ciudad la noticia de que el doctor Barbaroff había dicho que don Agapito tenía fundidos los dos pulmones y deshechos completamente los intestinos. Al siguiente día volvió el homeópata, y después de un segundo examen, dijo que respondía de la vida del enfermo, si se sujetaba rigurosamente al método que prescribiría. Ofrecieronle que así se haría, aun cuando recetase la cicuta con que envenenaron a Sócrates. Con esta seguridad, Barbaroff llevó una bolita de migajón de pan, y en presencia de todos los deudos, y de docena y media de telégrafos, la mezcló con noventa granos de azúcar cande; tomó un grano de esa composición y lo volvió a mezclar con otros noventa granos de azúcar, y siguió repitiendo la operación hasta treinta veces, quedando un punto microscópico, que echó en una garrafa de agua fresca. Tomó del líquido lo suficiente para llenar un frasquito de una pulgada de largo, y dijo que se le administrase por gotas, de hora en hora. Con la

velocidad del rayo cundió por la ciudad la noticia de aquella asombrosa operación, y todos esperaron con impaciencia el resultado de ella. Con el reloj en la mano administraron la pócima a Flatillo, aunque, a decir verdad, después se supo que los asistentes resolvieron darle únicamente media gota, en vez de la gota entera, diciendo que esos médicos extranjeros eran muy atrevidos, que no conocían la naturaleza de los criollos y que el remedio aquel era un veneno activísimo. Si lo era o no, yo no lo sé; lo cierto es que a las tres gotas, don Agapito era ya otro hombre. Respiraba con más libertad, comenzó a oírsele la voz, abrió los ojos y conoció a los que lo asistían. A los dos días, el sabio médico ruso, después de haber observado al enfermo, hizo llevar una arteza con agua fría, y que metiesen en ella a Flatillo, lavándolo muy bien, de pies a cabeza; lo mandó vestir y afeitarse, lo plantó en la calle, con asombro, estupefacción y pasmo de todo el vecindario. ¡Admirable curación!, decían todos. ¡Un hombre sin pulmones y sin intestinos! Don Agapito recompensó generosamente a su salvador, quien en quince días vendió frasquitos del licor milagroso por valor como de tres mil pesos. Los médicos alópatas estaban dados a Barrabás y se hablaba de pedir que se desterrara del país al charlatán de Barbaroff.

En cuanto a don Agapito Flatillo, verdad es que salvó de aquel peligro grave; pero ha continuado flaco y valetudinario, y sigue con sus aguas cocidas, sus pildoras, ungüentos y cinturones eléctricos. Y como, desgraciadamente, el doctor Barbaroff se fue del país hace mucho tiempo, ya bastante rico, se cree generalmente que el enfermo no escapará de otro ataque como el pasado, habiéndose llevado el ruso el secreto maravilloso de hacer de nuevos intestinos y pulmones, por medio del migajón de pan y del azúcar, administrados en dosis infinitesimales.

## LAS MUDANZAS DE CASA

Perplejo me encontraba yo, tres días hace, sin decidir a cuál de los diversos asuntos que aún tengo reservados *in pectore*, daría preferencia para hilvanar un nuevo cuadro de costumbres, cuando he aquí que, sin previo anuncio, se me presenta un amigo, el señor don Agatón Las Casas, que, (entre paréntesis) no es pariente del virtuoso obispo de Chiapas, fray Bartolomé, ni del célebre conde autor del *Atlas histórico* e historiógrafo de Napoleón en Santa Elena. El Las Casas guatemalteco se ha dado también a escritor, como sus dos ilustres homónimos, y venía precisamente a consultarme acerca de sus *pobres trabajos literarios*, empleando esa fórmula, aparentemente modesta, con que procuran encubrir su vanidad los que más orgullosos están en sus adentros de las producciones de su ingenio. Aconseja Quevedo que a esos que hacen alarde de una falsa modestia, diciendo que *nada saben*, se les coja la palabra, lo cual les contentará muy poco, según la opinión de aquel maligno escritor. Tentado estuve de ensayar la receta con don Agatón, declarándole no solo pobres, sino *cucuxques* sus escritos; pero pudo más la urbanidad que la mala tentación, y sin decir palabra, púseme a recorrer el voluminoso manuscrito del consultante. Era nada menos que la narración circunstanciada de la vida y milagros de mi amigo, con el título de *Aventuras de don Agatón Las Casas, ciudadano guatemalteco*. Como este novel autor no es hombre muy a la moda, en vez de escribir sus *memorias*, o sus *confesiones*, ha hecho lisa y llanamente un libro en que cuenta sus *aventuras*; que no son como las del *ingenioso hidalgo*, una vez que don Aga-

tón no tiene nada de hidalgo ni de ingenioso; ni como las de Gil Blas, ni como las de don Querubín de la Ronda, ni como las de otros aventureros igualmente famosos. Sin embargo, como según dice no sé quién, no hay libro tan malo que no tenga algo bueno, recorriendo el folleto, encontré un capítulo entero que llamó mi atención, y que me sacó el pie del lodo, según suele decirse, proporcionándome, *tuot fait*, el cuadro de costumbres que necesitaba. Trata el tal capítulo, que es el xxxviii de la obra, de las mudanzas de domicilio del protagonista, y voy a trasladarlo aquí al pie de la letra, dejando enteramente al autor la gloria, si es que los lectores juzgan el trabajo digno de alabanza, o la reprobación, si pareciere que no merece otra cosa.

*Cuento en el número de mis aventuras, o de mis desventuras —dice don Agatón en el capítulo citado—, los cambios y traslaciones que, en lo que llevo corrido de vida, he tenido que hacer de unas casas a otras. No habiendo contado jamás con fondos suficientes para comprar un finca urbana, y convertirme en propietario tal vez no muy urbano, he vivido siempre de inquilino, anidando en diferentes barrios de esta capital, lo que me ha proporcionado la ventaja de comprender las excelencias de esa vida trashumante y las delicias de andar cambiando de casa con frecuencia.*

*La primera que me tocó en suerte tomar en arrendamiento cuando ya casado salí de la de mis padres, pertenecía a doña Jacinta Cristales, viuda de un antiguo empleado, que estaba, como suele decirse, mirándose en ella. Cuando le pedí las llaves para ver si me acomodaba, siguió una información secreta de siete testigos, acerca de mis circunstancias, vida y costumbres; y habiendo adquirido las noticias más satisfactorias, me envió un manojito de quince llaves, que me entregó, por inventario, el encargado de ne-*

gocios de la señora Cristales. Díjome que me recomendaba me resolviese pronto, porque la habían pedido cinco sujetos de los más abonados de la ciudad, y que la viuda me había preferido, por ser yo quien era. Contestéle que Dios se lo pagara a la señora, y fui a inspeccionar la casa. Era, en efecto, bastante cómoda y aseada, y no me pareció excesivo el precio del arrendamiento. Quedó, pues, ajustado el trato. El encargado, por orden expresa de doña Jacinta, fue a darme posesión, haciéndome ver el estado en que recibía los tapices y los cielos rasos, los vidrios de las ventanas, etcétera. Contó uno por uno los “sembraditos” del jardín y me hizo subir al tejado para que viese que las tejas estaban todas enteras. Poco faltó para que aquel cernícalo me entregase contadas hasta las piedras del patio. Comprometíme a devolverlo todo como lo recibía y quedé instalado en aquella “taza de plata” como decía la viuda hablando de su casa.

En el momento mismo en que colocaba mis muebles, apareció la señora Cristales, que iba a presenciar la operación. No quiso que se colocasen arrimados a las paredes los sofás y las sillas, porque se maltrataba el papel pintado con el roce, y cuando me disponía a colgar los cuadros, la propietaria me puso el veto más absoluto, diciendo que por nada de este mundo consentiría que le abriesen hoyos. Fue necesario prescindir de las láminas, y ni aun me fue dado clavar una tachuela para mi relojera.

Desde que ocupé la dichosa casa, tuve casi todos los días visitas domiciliarias de la Cristales, o de su apoderado, que iban a ver, con más o menos disimulo, cómo trataba yo la finca. Mi mujer era muy aficionada a conejos, y quiso tenerlos; pero la viuda no lo permitió, porque, según dijo, eran animales perjudicialísimos. Quise tener un caballo, y no se me consintió, por el mismo motivo. Quedaron igualmente proscritos los pájaros, las gallinas y los muchachos, decla-

*rándome rotundamente la señora que si sabía que iban mis sobrinos a visitarme, pediría la casa, pues había oído decir que esos niños eran muy traviesos. Esa era una advertencia indirecta para que estuviese yo preparado a cambiar de domicilio si Dios me concedía sucesión. Pero antes de que esto aconteciese, tuve que dejar la casa de la Cristales; pues cansado de sus impertinencias, la habría yo devuelto, aun cuando hubiera sido la casa santa de Jerusalén.*

*Fui a ver la de un don Marcos Apretado, que estaba de alquiler, y era el reverso, en cuanto al cuidado y al aseo de la que yo dejaba. De aquel propietario puede decirse lo que dice Quevedo de otro de su misma calaña:*

*Y es el dar en no dar nada.  
Sólo un dar no más le agrada;*

*Así, Apretado no quiso dar para empapelar las piezas ni para ponerles cielos rasos, pretextando que las paredes desnudas y los tabancos descubiertos tienen la ventaja de no impregnarse del mal olor del humo del tabaco. Tampoco quiso pintar pilares ni ventanas, sosteniendo que nada hay más hermoso que el color natural de las maderas. Me anticipó que no cogería goteras, ni compondría cañerías, ni haría, en fin, gasto de ninguna clase, aunque la casa se viniera abajo, y concluyó pidiéndome un arrendamiento casi doble del que, en Dios y en conciencia, habría debido cobrarme. Pasé por todo, con tal de salir de la Cristales, y comencé a ocuparme en la faena de la traslación. Tengo muchos muebles, y aunque hay una gran parte inútiles, como no los había de dejar, ni arrojarlos a la calle, hube de cargar con ellos. Dos carretas y veinte indios eran los vehículos para la conducción del menaje. A las seis de la mañana, nos pusimos en movimiento, y dos horas después, aquello era una Babilonia. Ya me rompen*

*un trasto; ya uno de los cargadores se echa en la bolsa (por equivocación) el bracerito de plata; ya me arrojan, sin el menor cuidado, a la carreta, un cajón con el servicio de mesa, haciéndolo diez mil astillas; ya derraman unas botellas de oloroso petróleo sobre mi ropa de paño; ya me amontonan en un solo cajón libros, velas de sebo, chocolate, rapé, útiles de escritorio y “cajetes” de manteca. ¡Qué baraúnda! ¡Qué rompedera! ¡Qué confusión! En solos dos días que duró la traslación, me deterioraron el menaje más que en todo el tiempo transcurrido desde que estaba en mi poder. Al fin concluimos, y colocados los muebles en la nueva casa, fui advirtiéndolo poco a poco los desfalcos que me había originado el cambio de domicilio. Luego sucedía que no daba yo con los objetos más usuales y que mayor falta me hacían, pues era empresa de romanos el averiguar a dónde había ido a parar cada cosa. Ocho días estuve sin salir a la calle, cubierta la cabeza con un gorro negro, porque no se sabía dónde estaba la caja de las pelucas. Los espejuelos resultaron dentro de un frasco de peras en compota, y las navajas de afeitar en el fondo de una caja de higos pasas. La lora de mi mujer fue colocada, provisionalmente, debajo de mi cama; y en la noche, como se habían olvidado de ella y dejándola allí, el perverso animal, salió en santo silencio, y trepando por una silla, se colocó en mi almohada y me mordió una oreja, haciéndome despertar dado a los diablos contra el avechucho y contra quien lo había puesto en tan mal sitio. Todavía quince días después, andaba todo desbarajustado y me costaba un bigote dar con mis trevejos. Por último fue todo entrado en tal cual orden y me acomodé en la casa lo mejor que pude.*

*Viendo que Don Marcos Apretado era más duro que un pedernal, y no resignándome a vivir a la espartana, determiné adornar la casa por mi cuenta y riesgo, y puse cielos rasos, empapelé y pinté, en cuya empresa se me fueron más*

*de doscientos duros. Eso sí, la casa quedó como una plata, y tal que no la hubiera conocido la madre que la parió. Apretado me había dado generosamente carta blanca para que reparara y compusiera a mi satisfacción, con tal de hacer los gastos de mi bolsillo. Contaba yo con disfrutar por algunos años de aquellas mejoras; pero el hombre pone y el envidioso dispone. Viendo la casa vieja de don Marcos aseada y pulida, no faltó quien fuera a pujármela, aunque no estaba en pública subasta, ofreciendo cinco pesos mensuales más sobre el arrendamiento que yo pagaba. El caribe de don Marcos no tuvo vergüenza de notificarme que si quería yo continuar en la casa, por el tanto era mía. Como no había contrato escrito, por no perder lo gastado y por no desacomodarme, convine, después de un reñido debate, en dar los cinco pesos mas. Pero mi contrincante conocía el lado flaco de mi propietario y le ofreció otro peso. Volvió a la carga conmigo, lo que me dio a Barrabas y lo mandé a pasear, diciéndole que iba a dejar la casa. En efecto, propúseme buscar nueva posada; pero la cosa no era tan sencilla, como me figuraba. Anduve arriba y abajo; di encargos, y no encontraba nada que me conviniese. Una era muy chica; otra demasiado grande; esta se hallaba de venta y podía pedirla de un momento a otro el que la comprara; aquella solo podía servir para baños, porque vertía agua. Al fin de tanto andar, di con una que me pareció la menos mala, y verifiqué mi traslación con idénticos percances a los de marras. Pude convencerme de la verdad del dicho común de que dos cambios de casa equivalen a un incendio, pues casi no me quedó mueble sano. Eso sí, antes de desocupar la de Apretado, me di la satisfacción de arrancar los tapices y los cielos rasos, aunque para nada podían servirme, solo para hacer ver a aquel tunante que conmigo no jugaba.*

*Instalado en mi nuevo domicilio, de cuyo dueño, a la verdad, no tenía por qué quejarme, mi mujer pasó el recado de*

reglamento a todas las vecindades, comprendiéndose en esta denominación las casas situadas en una área de cuatro cuerdas en torno. La primera que se presentó a hacer la visita, fue una señora que ocupaba una casa frente a la nuestra, llamada doña Tomasa Ripalda, gran telégrafa, y la mujer más curiosa de todo Centro América. Nos tomó declaración “ad inquirendum” y no satisfecha con nuestras respuestas, examinó al día siguiente a las criadas de mi esposa, haciendo la informasen de nuestra vida y costumbres, desde que Dios amanecía hasta que anochecía. Era tanto el interés que aquella alma caritativa tomaba por nuestras cosas, que examinaba diariamente, cuando pasaba la cocinera debajo de su ventana, el canasto de los comestibles, sin duda para cerciorarse de que no había cosa nociva a nuestra salud.

A pesar del cuidado que habíamos tenido de participar a los deudos y amigos nuestra traslación, perdimos cuatro de nuestras mejores relaciones, porque no recibieron el correspondiente aviso; y así, aunque después tuvimos pesadumbres en la familia, no nos visitaron, diciendo que ignoraban en dónde vivíamos, aun cuando lo sabían perfectamente. A los tres meses de instalados en aquella casa, la señora Ripalda nos traía secos y había logrado enemistarnos con la mitad del vecindario. La telegrafía andaba lista, y casi desesperados ya, determiné largarme con la música a otra parte.

Después de dar mil y una vueltas, arrendé la casa de don Martín de la Ventolera, sujeto apreciableísimo, solo que tenía fama de ser excesivamente variable, sumamente caprichoso, soberanamente descortés y superlativamente tonto y endemoniado. Como yo no iba a vivir en él ni con él, tomé la casa, con contrato escrito por cinco años, esperando que mediante aquella precaución, no haría conmigo don Ventolera de las suyas. Pero sucedió que aquel bello sujeto, que era también propietario de una casa contigua a la que yo tomé,

*a los ocho días de estar en esta, alquiló la otra para que se encerrara en ella a un loco rematado. El demente nos daba muy malos días y peores noches, y como reclamase yo a don Martín contra aquel mal vecindario, me mandó muy enboramala, diciéndome que cada uno era libre; que él haría de lo suyo lo que le diera su regalada gana y que si no me acomodaba, saliera de su casa por donde había entrado. Bien habría yo querido tomar desde luego el consejo, pero no se encontraba una ni por un ojo de la cara, por lo que tuve que resignarme a sufrir las impertinencias de aquel atrabancado.*

*Un día de tantos amaneció mi dueño de mala data, y por quitarme allá esas pajas que había ocurrido, me mandó decir que le desocupara la casa en el perentorio término de tres días. Le contesté recordándole el contrato privado, pero escrito, que habíamos hecho, y citándole la ley recopilada que previene que a todo aquello que aparezca que el hombre quiso obligarse, a tanto quede obligado. El mastín me replicó mil barbaridades contra mí y contra las leyes, y yo dupliqué en toda regla, diciéndole que nos veríamos las caras en los tribunales. Al sordo se lo dijeron. Inmediatamente me plantó demanda; y a pesar de la evidencia de la justicia que me asistía, el negocio duró la miseria de un par de años. Es verdad que lo gané en todas sus instancias y que se me declaró el derecho de continuar habitando la casa, sin especial condenación de costas. Mi contrario, fuera de sí, juró por la laguna Estigia, hacerme salir, y yo juré por el Averno que no saldría sino hecho pedazos. Aquí fue Troya. Ventolera empleó diferentes arbitrios, sin lograr su intento, hasta que el diablo le sugirió una resolución digna de semejante consejero. Una mañana don Martín el emperrado se encaramó al tejado de la casa, con media docena de albañiles y otra media docena de carpinteros y mandó echar abajo el techo. Creí al principio que aquella era una medida tomada úni-*

*camente “ad terrorem” y que el cafre no la llevaría a cabo; pero me engañé muy mucho, pues al siguiente día, el sombrero de la casa había desaparecido y mi familia y yo, si no quedamos a la luna de Valencia, estábamos al sol y a la luna y a las estrellas de Guatemala, que todo va a dar allá. No hay para qué decir que inmediatamente saqué mis trastos y me metí en el primer chiribitil que encontré a mano, dejando a mi implacable enemigo triunfante sobre los escombros de su techo derribado.*

*Recordando mis percances con la casa de la Cristales, de Apretado, de las otras donde había vivido sobre todo el último y pesado lance, habría yo dado diez años de existencia por habitar en un globo aereostático, o aun cuando fuera en la punta del volcán de Agua, para estar lo más lejos posible de las fincas urbanas y de sus rústicos propietarios. Pero no pudiendo cumplir ninguno de esos dos antojos, empleé los primeros cien pesos de que pude disponer en comprar un rancho en Jocotenango, en donde hoy vivo y moro, si no como hombre de caudal, al menos libre de incomodidades.*

Aquí termina el capítulo xxxviii de las *Aventuras de don Agatón Las Casas*, que he copiado textualmente. Como lo demás del libro no vale un comino, me parece que el mundo no perderá gran cosa en que el manuscrito se de a luz únicamente en los cohetes, en lo que ha venido a parar al fin y al cabo, como la mayor parte de las obras de su especie.



## EL EMBROLLÓN

En el próximo enero hará cuatro años redondos que pasó a mejor vida el señor don Pedro Maraña, a quien traté con intimidad y que era un sujeto de los más chuscos que he conocido. Alegre y bonachón, de entendimiento despejado y no escaso de conocimientos, el bueno de don Pedro no tenía más que un defectillo de poca monta, y era el ser la persona más informal que calentaba el sol; el hombre más liberal en el prometer y el más avaro en el cumplir; para decirlo de una vez, la quinta esencia de los embrollones.

Fue municipal, individuo de la junta del consulado de comercio y de otros varios cuerpos, y en todos se hizo notar por la puntualidad de no concurrir a las sesiones y en no despachar los negocios sobre los cuales debía abrir dictamen. Se le aguardaba algunas veces por sus compañeros, que quizá contaban con él para la decisión de un asunto arduo; el embrollón, que había ofrecido su voto a los que decían blanco y a los que decían negro, a la hora de la junta, tomaba su escopeta, y seguido de sus perros, se iba a una cacería, a tres o cuatro leguas de la capital.

Lo comprometieron una vez para que hiciera el principal papel en una comedia casera. En el segundo acto, el personaje a quien representaba debía simular una fuga. Maraña tuvo la peregrina idea de fugarse real y verdaderamente, marchándose a dormir a su casa, dejando la pieza a medio andar y chasqueados a los espectadores y a los comediantes.

Era tutor testamentario de un sobrinito suyo, y habiéndole ocurrido entrar en la lotería de la Academia de San Car-

los de México, por medio de un amigo que tenía en aquella ciudad, compró un billete para él y otro para el pupilo. En mucho tiempo se les mostró contraria la fortuna; pero cádate que el día menos pensado recibe aviso de haber salido premiado el número de su sobrino, enviándole el amigo una libranza contra su apoderado en Guatemala, por 4,000 pesos. Queriendo colocar aquel dinero a premio, puso un aviso en la *Gaceta* para que le dirigiesen sus propuestas las personas que desearan tomar aquella cantidad a usura pupilar. Muchos hubo que acudieron con la mira de aprovechar la ganga, y Maraña dio la suma al más abonado de los solicitantes. A pocos días recibe carta de un negociante de San Salvador, que habiendo visto el consabido aviso, pide los 4,000 pesos, con buenas hipotecas. Contéstale Maraña que lo siente mucho, que otro se había anticipado, pero que si dentro de un mes podía necesitar aún el *pistillo*, contase con él desde luego. Yo sabía perfectamente que no tenía un real, y admirado de que hiciese una oferta tan rotunda, le pregunté con qué contaba para cumplir el compromiso que contraía.

— ¡Toma! —me contestó muy serio; cuento con los 4,000 pesos que me voy a sacar yo en el siguiente sorteo. —Hícele las observaciones convenientes sobre el perjuicio que un ofrecimiento semejante podía causar al que fiándose de su palabra, contaría con el dinero para sus negocios. Me contestó con una carcajada y me dijo que estaba tan seguro de cumplir, como de que se llamaba Pedro. El negociante salvadoreño aceptó, y por supuesto hasta ahora está aguardando el santo advenimiento; pues el bueno de Maraña se sacó la lotería como yo, que no entré en ella.

El embrollón no contestaba cartas, ni acudía jamás a una cita, aun cuando se la hubiese dado el *sursum corda*. Había dos cosas que no pagaba por nada de esta vida: visitas y deudas, teniendo siempre a la mano algún enredo para excusarse

y salir airoso de cualquier apuro. Si un amigo lo había convidado a comer y tuvo que aguardarlo en balde, sentándose a la mesa ya aburrido, llegaba corriendo cuando se servían los postres, y se disculpaba pretextando haber sido llamado padrino de un desafío, contando el lance con todos sus pelos y señales y diciendo que dejaba muerto a uno de los combatientes. Por supuesto poco tardaba en saberse que qué desafío ni qué calabazas, que la verdad era que Maraña se había entretenido en el patio de gallos, y no había pensado en ir al tal convite.

Su persona, su casa, sus bienes, estaban a la disposición de todo el mundo, según él decía. Si se ofrecía que uno anunciara en su presencia que iba a hacer un viaje a Amatlán, — yo tengo caballo — decía Maraña—, cuente usted con él. Cuando ocurría el crédulo por el animal, contestaba que lo sentía mucho, pero que acababa de darle un torozón, y no podía enviarlo. Si uno buscaba coche para ir al encuentro de una familia que regresaba de fuera, el embrollón se apresuraba a brindar el suyo; pero a la hora precisa, se habían roto los resortes, o sucedido cualquier otro percance.

Pero todo eso era nada en comparación de los embrollos del amigo Maraña en materia de amoríos y *cortejaciones*. Emprendía las aventuras de ese género por centenares, diciendo que con que le correspondiera un *dos por ciento* de las jóvenes a quienes cortejaba, saldría bien librado. Así, llegaba a tener ocho o diez novias simultáneamente, y a veces se le alcanzaba el tiempo para contestar billetes, acudir a citas y hallarse presente en los diversos puntos a donde debían concurrir sus adoradas. Para dar abasto a lo de las cartas al fin tuvo que tomar un escribiente a sueldo, y aun así, algunas veces se le acumulaba demasiado el trabajo, como sucede por albaricoques, en las oficinas. Entonces discurrió comprar una prensa copiadora y estableció el cómodo sistema de las *circulares*

para declaraciones, rompimientos, etcétera. Para cumplir medianamente con las citas, dispuso concurrir a ellas a caballo, como hacen sus visitas los médicos que están de moda. Un *álbum* entero de más de cincuenta fojas, estaba lleno con las fotografías de sus dulcineas, y un cajón de muy regulares dimensiones contenía rizos de todos colores, desde el rubio más pronunciado, hasta el mechón rocillo cosechado en *alguna dorada cumbre esparcida ya de nieve*, según la poética imagen de fray Luis de León. En fin, que el tal Maraña para todas tenía con tal que no arrebataran.

En una de tantas ocasiones mi don Pedro dio, como suele decirse, con la horma de su zapato. Ocurriósele agregar a sus cautivas a una señorita llamada doña Florencia del Anzuelo, de veinticuatro años y meses y meses y meses, hasta ajustar unos treinta y cinco abriles. Florencia estaba un poco marchita; tenía fea boca, nariz chata y remangada; a no haber sido un poco *turnia* habría tenido muy hermosos ojos, como casi todas las mujeres de Guatemala; era bastante flaca y su garganta había pedido esperas, por no decir que estaba ya *quebrada*. A pesar de todo eso, Florencia llegó a ponerse muy a la moda, y fue declarada linda, hechicera, admirable, salvando su voto en el libro secreto de acuerdos las demás señoras, que declararon que en realidad la tal Florencia no tenía nada bueno. El embrollón vio a la sin par belleza, y a decir verdad, le pareció más fea que la Tarasca; pero tenía fama y esto bastaba. Emprendió la que le pareció desde luego harto fácil conquista; pero, con gran asombro suyo, sus atractivos no hicieron impresión alguna y después de su declaración solemne, volvió a su casa cargado de *cucurbitáceas* o en buena prosa, calabaceado. Aquel fracaso solo sirvió para encaprichar al galán, que volvió a la carga con mayor denuedo. Instó, porfió y la ingrata permanecía dura como el bronce. Maraña estaba a punto de volverse loco, y al fin apeló a la *última ratio*

y ofreció formalmente casamiento. Como cayeron las murallas de Jericó al sonido de las trompetas de los israelitas, así se rindió la fortaleza de la dama al eco mágico de la voz que designa el séptimo sacramento. Todo quedó allanado y se señaló día para la boda. Ocho empleó el futuro en devolver cartas, retratos; sortijas, flores secas, cabellos y demás artículos menudos que forman el contrabando de las relaciones amorosas, y libre de esas atenciones, se consagró exclusivamente a los preparativos de su matrimonio. La noticia tronó como una bomba en la ciudad, y apenas podía creer que aquel archiembrollón estuviese realmente resuelto a aflojar las cinco. Pero el hecho era demasiado cierto. Todo estaba listo, y al fin llegó el día en que aquella mariposa iba a quemar sus alas, para no volar más de flor en flor. El cura y los padrinos estaban en la iglesia, que se había llenado de curiosos, que oyendo contar cómo Maraña se casaba, decían con el apóstol confiado: ver y creer. La novia no cabía dentro del pellejo, y se acercó al altar como un general triunfante a quien le abren las puertas de una plaza declarada intomable.

Don Pedro Maraña estaba pensativo, como quien medita una resolución extraña y atrevida. En efecto, no podía serlo más la que rumiaba aquel embrollón incorregible, como se vio inmediatamente. Al preguntarle el párroco si recibía por legítima esposa a la señorita doña Florencia del Anzuelo, un *no* redondo, claro y bien pronunciado, dejó pasmada a la concurrencia. El cura repitió la pregunta, y habiendo escuchado la mismísima respuesta, se encogió de hombros y se retiró, no menos asombrado que los otros circunstantes. La pobre novia cayó desmayada, y los padrinos y testigos se veían las caras unos a otros, sin saber que hacer. El único que estaba fresco era don Pedro, que se marchó a su casa tarareando entre dientes una cancioncilla.

Como debe suponerse, aquel escandaloso suceso fue el

asunto de todas las conversaciones. La murmuración caritativa no dejó de hacer su oficio, y *la pobre* Florencia exitó las simpatías de todas sus amigas, y muy especialmente de las solteras involuntarias, que declararon a Maraña monstruo abominable. Las gentes de juicio afeáronle su proceder, y los parientes de la ex novia tuvieron intenciones de desafiarlo; pero lo pensaron mejor, y resolvieron verlo con desprecio. La infeliz mujer estuvo ocho días con una punta de fiebre, y cuando recobró la salud, consagró todas sus potencias a imaginar alguna manera de reparar aquel ultraje. Poco tardó en encontrarla. El embrollón, que en el fondo estaba lejos de ser lo que se llama un hombre malo, viendo el fatal resultado de su fea acción, se arrepintió en el acto como San Pedro y lloró su pecado. Cualquier cosa haría por reparar el daño causado, dijo a sus amigos, menos casarse, pues a la verdad, caída la venda que lo había cegado, su Dulcinea se había convertido para él en la más insoportable Maritornes.

Estando las cosas en aquella situación, ocurrió a la ingeniosa Florencia un arbitrio que la dejaría bien puesta, sin necesidad de que se hiciese el matrimonio, al cual no podía ocultársele estaba Maraña muy poco inclinado. Hízole proponer, por medio de persona respetable, que volviesen al altar, y que entonces ella lo rechazaría a él, con lo cual quedarían iguales y su amor propio satisfecho. Excelente pareció la idea al caballero, a quien poco importaba el convenido chasco, con tal de acallar el cencerro de la murmuración que se había levantado contra él y no casarse. Convino, pues, en la propuesta, y todo quedó arreglado, bajo la condición precisa de guardar un secreto inviolable. Llegó el día de la nueva boda fingida, y como era natural, la iglesia se llenó de bote en bote, deseando el vecindario ver si ocurría algún otro episodio como el de la vez pasada. El cura hizo al contrayente la pregunta de ordenanza, y respondió clara y distintamente

que *sí* recibía por esposa y mujer a doña Florencia del Anzuelo, que estaba presente.

Volviéndose entonces a la dama, la requirió el eclesiástico para que dijese si recibía por esposo y marido al señor don Pedro Maraña, a lo que la bellaca respondió con un *sí* tan sonoro, que retumbó en las bóvedas del templo. El bueno del embrollón se quedó frío como un muerto, y estuvo a su vez a punto de desmayarse. La novia estaba seria e impasible como una estatua, paladeando interiormente su venganza, más completa de lo que se había convenido. Al salir de la iglesia, el novio dio tal pellizco a doña Florencia, que le hizo saltar las lágrimas, lo que se atribuyó por los concurrentes a la emoción que le causó el acto solemne en que acababa de hacer el principal papel.

Maraña quedó desde aquel lance, como suele decirse, curado de espanto, y se le quitó la gana de embrollar. En cuanto a la señorita Anzuelo, poco le duró el gusto de la pesca que había hecho; pues el pobre hombre, cogido en la red contra su voluntad, fue entristeciéndose, hasta que enfermó y murió, dejándome muy encargado que no me olvidase de escribir su historia, por si acaso podía ser útil a alguno; lo que he puesto por obra, únicamente para cumplir la postrer voluntad de aquel difunto, aunque bien sé que es trabajo inútil, pues no hay en Guatemala una sola persona a quien pudiera aprovecharle la lección.



## ¡POR INOCENTES!

Las antiguas costumbres, como algunos de nuestros antiguos tipos, están de viaje. Se van, se van y dentro de poco nos quedaremos sin costumbres y sin tipos. ¡Cuántas cosas de las que se hacían antes no se hacen ahora! Lo que yo no encuentro en ninguna parte, por más que lo busco, es lo que ha de ocupar el vacío que deja lo que se pierde. Diógenes buscaba un hombre en la plaza pública de Atenas a la luz de su linterna; yo busco en mi país, a la luz de mi *ocote*, una costumbre, y vuelvo a mi casa tan habilitado como el filósofo griego.

En otro tiempo había la inocente costumbre de chancarse el Día de los Inocentes; y el 28 de diciembre podía haberse llamado la jornada de los tontos, pues el número de estos (infinito, según dijo quien debía saberlo), se hacía más patente en ese día, en que era lícito explotar la candidez ajena.

No sé por qué se le escogió para consagrarlo a la broma y a la burla, con preferencia a otro cualquiera, ni alcanzo la relación que pudiese haber entre el recuerdo de la barrabasa inútil que cometió el suspicaz tirano de la Judea, con los chascos que se daban unas a otras las gentes de buen humor. Ello es que el Día de Inocentes había carta blanca para la travesura y el engaño, no teniendo nadie derecho a enfadarse, si cuando después de haber caído en el garlito, se pronunciaba la frase sacramental: *¡por inocente!*

Desde muy temprano se ponía en movimiento en aquellos tiempos semipatriarcales, la servidumbre de las casas, llevando recados a los amigos y conocidos, pidiendo prestados diferentes objetos. Los olvidadizos, que no recordaban la fe-

cha del día, pagaban su contingente, quedando burlados, y se desquitaban, si podían, a costa del vecino. Es verdad que la broma no pasaba adelante y que los objetos se devolvían a sus chasqueados dueños. Se enviaban buñuelos rellenos de tierra, y el que se los echaba al gazzate, tenía que recordar, muy a pesar suyo, que había caído *¡por inocente!* Se convidaba a bailes, y cuando llegaban las damas muy acicaladas, gozando de antemano con la esperanza de la fiesta, encontraban que los convidantes se habían marchado y que las recibían los domésticos ataviados con trajes del tiempo del rey Perico. Cada cual se divertía y embromaba, según su ingenio, inventando chascos más o menos graciosos; pero siempre inspirados por el más franco buen humor.

Hoy, todo eso ha pasado de moda, y nadie tal vez se atrevería, en la época de gravedad que nos ha tocado en suerte, a divertirse con las chanzas que se permitían nuestros candorosos abuelos. Se pide prestado, en verdad, así el 28 de diciembre como en los otros trescientos sesenta y tantos días del año; pero suele ser para no devolver jamás la prenda. Se convida a fiestas, y más de una vez, cuando se halla uno en ellas, duda si son fiestas de veras o de broma. Hay tantos que se dan por lo que no son, que aparentan tener lo que no tienen, valer lo que no valen, creer lo que no creen, que viven *pegándola* a cuantos pueden, que casi casi está uno tentado de decir que todo el año es de *Inocentes*. Al banquero chasqueado que embarcó sus fondos en una empresa aventurada que quebró, y se queda, como suele decirse, sin el mico y sin la montera, habiendo perdido el capital y el interés, a ese puede decirsele: *¡por inocente!* El galán *pelado* a quien lo plantó su novia, dejándole con tres cuartas de narices, por haber intervenido el poderoso caballero don Dinero, aguantará *¡por inocente!* La dama que después de diez y seis años de amores crónicos, ve volar el pájaro el día menos pensado, llorará la pérdida del

infidel, ¡por inocente! El mercader que vendió caro pero fiado, y no le vé la cara a su dinero, debe escribir con letras gordas en la partida de pérdidas y ganancias: ¡por inocente! El individuo de corporación que, citado para las ocho de la mañana, llega a la hora precisa y tiene que aguardar dos o tres más a sus compañeros, se vuelve a su casa de mal humor, ¡por inocente! El que presta al petardista, el que evoca los espíritus, el que consulta al *zajorín*, el que se traga las noticias de los *telégrafos*, el que rebusca palabras raras, con la idea de dejar a sus lectores con la boca abierta, el que compra remedios universales, el que sale sin paraguas en septiembre, el que recibe moneda falsa, el que compra géneros *Magenta*, el que sirve al público esperando que se lo agradezca, el que vive de ilusiones, el que da de hocicos en los hoyos de las cañerías, el que se considera un Salomón porque leyó diez libros, el que va a los espectáculos públicos por divertirse, el que entabla pleitos pudiendo transarse, y el que comenzó a leer este artículo con la esperanza de encontrar en él un *cuadro* completo, todos esos, me pesa el decírselos, pero se la han pegado ¡por inocentes!



## EL ZAJORÍN

La superstición es fruto de todos los tiempos y de todos los países. Desde la antigüedad más remota hasta nuestros días ha habido magos, hechiceros, encantadores, brujos, adivinos, hombres dotados del don de segunda vista, decidores de la buena ventura, nigrománticos, astrólogos judiciares y evocadores de los espíritus. El charlatanismo y la impostura han explotado siempre la credulidad y esa afición a lo maravilloso, esa ilusión por todo lo que se sobrepone aparentemente a las leyes naturales, que así parece ser achaque de los pueblos más atrasados, como de los más cultos de la tierra. En el antiguo Testamento se habla de magos que pretendieron imitar los milagros de Moisés, y en el nuevo de otro mago que emprendió una lucha temeraria con el apóstol San Pedro. La historia profana está llena también de iguales aberraciones, siendo la más notable el que ni los mismos pontífices hayan estado a cubierto de la sospecha de brujería, puesto que vemos haber sido lanzada tan absurda acusación contra el papa Gregorio VII ante un Concilio. De Alberto el Grande se dijo que había forjado un hombre artificial por medio de malas artes; pero Santo Tomás de Aquino pudo más que el diablo, pues hizo añicos el muñeco de su insigne maestro. También se acusó de mago al fraile inglés Rogelio Bacon, inventor de la pólvora, lo cual no va tan fuera de camino, pues el que hizo descubrimiento semejante, no era mucho que tuviese el diablo en el cuerpo. Los célebres condes de Cagliostro y de San Germán supieron aprovechar la credulidad de la época menos creyente, en la nación de Europa más a propósito para comprender

el lado ridículo de los hombres y las cosas. En tiempos posteriores apareció la famosa señorita Lenormand, a cuya ciencia adivinatoria se dice que no vacilaron en recurrir Robespierre, Marat y otros personajes del mismo jaez, de quienes no hay por qué dudar hayan intentado atrapar al demonio por el rabo. Después de haber sido protegida de la desgraciada emperatriz Josefina y provocado la cólera de Napoleón, la célebre pitonisa del siglo XIX vino a morir en 1848, dejando la modesta fortuna de cien mil pesos, adquiridos en el ejercicio de la honrada y noble profesión de la brujería.

Nuestro país que si bien puede dejar de imitar a otros en lo bueno, ha jurado no quedarse atrás de nadie en cuanto a lo malo, ha tenido también y tiene sus brujos y adivinos. Hasta hoy dura la celebridad de la Tatuana, persona que existía en la Antigua, en carne y hueso, por los años de 1725, y cuyo nombre figura en un famoso proceso, cuya historia, si Dios me da vida y ganas, pienso aprovechar en una obrilla de menos cortas dimensiones que estos articulejos de costumbres. En el día existen, tanto en esta capital como en algunas poblaciones de los departamentos, los llamados *zajorines* corruptela de la palabra castellana *zahoríes*, que significa hombres que poseen la zahoría, o arte de adivinar lo que se encierra en las entrañas de la tierra.

Terreros dice que los Padres de Trevoux opinan que hay zahoríes en España y que algunos afirman que son los que nacen en viernes santo; y agrega: “todo lo tengo por falso y lleno de mentira y avaricia, pues no tiran sino a vivir con este engaño; y si los zahoríes no son supersticiosos, son unos embusteros”. Convenido. Embusteros, avaros y mentirosos y todo cuanto quiera el padre don Agustín Terreros son los tales zahoríes, ya sea que hayan nacido en viernes santo o en sábado de gloria, ya sean españoles, ya naturales de estas Indias. Pero los zahoríes son como las definiciones, que constan de

género y diferencia; y si bien convienen todos en lo estafadores, hay circunstancias que particularizan a los de por acá, y esto es lo que procuraré hacer resaltar en el presente artículo.

El *zajorín* guatemalteco es un tipo enteramente indígena, como el *cucuxque* y como el *lana* a los cuales he consagrado algunos *estudios*; pues ya que cuando debí hacerlo, no estudié cosas de más provecho, he venido a parar ahora que peino canas, en estudiante de *zajorines*, *lanas* y *cucuxques*. La *zajorinería* rinde muy regular provecho en Guatemala, en lo cual hace ventajas (mala es la comparación) a la abogacía, a la literatura, al oficio de periodista y a otras profesiones igualmente honestas. Además del tal cual beneficio, la carrera proporciona una buena dosis de gloria; y nadie negará que un *zajorín*, una vez que ha logrado sentar su reputación, puede considerarse como un personaje, como una *notabilidad*, si no entre la clase culta, al menos entre aquella que da la verdadera popularidad, la que no es transitoria ni de convención, la que se transmiten unas a otras las generaciones, como ha sucedido con la de la Tatuana, a quien he nombrado hace poco. ¿Conocen mis lectores, por ventura, el nombre del muy ilustre señor don Antonio Pedro de Echevers y Subisa, Jefe de Escuadra de la Real Armada, Caballero de la Orden de Calatrava, gentilhombre de Cámara de S. M.? Si se responde con franqueza a esa pregunta, muy pocos serán los que contesten con la afirmativa. Y, por el contrario, ¿habrá un solo guatemalteco, respetable lector, o amable lectora de los que tengan la paciencia de recorrer estas líneas, que no haya oído el nombre de la Tatuana? Ciertamente que no. Pues ese muy ilustre señor don Antonio Pedro, era nada menos que el Capitán General y Presidente de la Real Audiencia de Guatemala, en la época dichosa en que la Tatuana figuraba; época en la cual ocurrieron en la capital acontecimientos importantes. ¡El gentilhombre fue menos dichoso que la gentilhembra

que dejó su reputación de *zajorina* tan bien sentada, que sus bellaquerías son proverbiales hoy, que han transcurrido ciento cuarenta y un años desde que existió aquella famosa bruja! Con presencia de ese ejemplo, vaya usted lector piadoso, y quémese las pestañas sobre los libros, o gobierne bien a los pueblos, o gane batallas, a riesgo de su pellejo, o descubra una cosa útil a las artes, o publique un tomo de economía política, o escriba cuadros de costumbres, con la grata perspectiva, de que dentro de pocos años no sabrán su nombre los mismos a quienes se arrullará en la cuna con los cuentos de una *zajorina*. ¡Lástima, lector de mi alma, que usted y yo no estemos ya en estado de elegir carrera; que si no, mejor haríamos en recibirnos de *zajorines* en vez de elegir la oscura y nada gloriosa profesión de abogados, literatos, médicos, o cirujanos romancistas!

Un *zajorín* es el personaje más importante de su barrio, y aun de la ciudad que ha tenido la felicidad de darlo a luz. Come, bebe, viste (y sino calza es por que no lo acostumbra), a costa de los *amateurs* que van en busca de sus oráculos. Es el amparo de los que han perdido objetos que desean recobrar, en lo que hace los oficios que debiera desempeñar la policía; es el terror de los ladrones, el único médico hábil para ciertas enfermedades y el consuelo de amantes desesperados que recurriendo a su arte infalible, llegan a conseguir verse correspondidos. Considérese qué mina inagotable de honra y de provecho encierran en su seno esas importatísimas funciones.

Con lucro y con buena reputación las ejercía pocos años hace, en esta capital, un famoso *zajorín* a quien no conocí por otro nombre que el de ño Juan Sietebolsas, apodo este último algo significativo, y que a fuerza de uso, había parado por convertirse en apellido, como ha sucedido con tantos otros *malos nombres*. Vivía este apreciableísimo sujeto en

uno de los barrios, y su pequeña casa no tenía, en lo exterior, nada que la distinguiera de las demás. Ninguna muestra o insignia que indicase la honrada profesión de la buena alhaja que se albergaba adentro. La libertad del trabajo no ha llegado entre nosotros a la altura necesaria para que cada cual pueda hacer público alarde de su industria sin inconveniente. Cuando estemos un poco más civilizados, alcanzaremos ese perfeccionamiento, y veremos sobre casas y tiendas grandes tarjetones de letras doradas y de fantasía en que se lea, por ejemplo: “Fulano de tal, Petardista”; “Zutano, Jugador con trampas”; “Mengano, Conspirador”; “Perensejo, Falsificador”, etcétera. Si ese progreso que se obtendrá muy pronto, según vamos, se hubiese anticipado algunos años, habríamos visto sobre la puerta del sujeto cuyos apuntamientos biográficos estoy trazando, una elegante muestra con esta inscripción: “Juan Sietebolsas, Zajorín”; pero como le tocó nacer en una época de tinieblas, tuvo que ejercitar el oficio con cierto disimulo, adoptando una carrera presentable, para cubrir las apariencias. La profesión ostensible de ño Siete bolsas era la de negociante en máscaras y disfraces, objetos que alquilaba o vendía para los bailes de moros, los diablitos y los *encamisados*. Una admirable variedad de caretas de barro pintado, representando diablos, venados, monos, turcos, viejas, y otros animales tapizan las ahumadas paredes de la casa del *zajorín* alternando con las caprichosas, raídas y ridículas vestimentas correspondientes a los personajes y a las bestias cuyas caras figuraban las máscaras. Todos esos objetos adornaban aquel escenario, digno de las farsas que en él ejecutaba el único y hábil actor de aquella comedia.

Era este un hombre pequeño de cuerpo, ancho de espaldas, un tanto jorobado, ojos vizcos, barba poblada y cana, risa entre estúpida y burlona, de raza indefinible y de traje más indefinible aún que su raza. Lo único que se notaba a

primera vista en el vestido del *zajorín* era una admirable multiplicidad de faltriqueras, pues las llevaba duplicadas en la descomunal chaqueta, en el bombacho pantalón, en el menaguado chaleco, en la camisa nada limpia y creo que hasta en el pellejo como el *tacuzín*; lo cual explicaba el apodo-apellido Sietebolsas. Pero por muchas que fuesen estas, ello es que rara vez estaban vacías, pues el brujo no entendía de ejercer la profesión *gratis et amore*, ni era hombre para servir a nadie al fiado. Tenía establecida una curiosísima tarifa, conforme a la cual cobraba con toda religiosidad sus honorarios. Copiaré para edificación de los lectores, algunas de las partidas de aquel extraño arancel:

Por sacar del cuerpo cabezas y alas de animales.....	2
Por encontrar cualquier cosa perdida.....	3
Por descubrir al ladrón.....	3.4
Por hacer que alguno se enflaquezca y aniquile.....	5
Por lograr que un pretendiente sea correspondido....	1
Por curar una enfermedad.....	6
Por extraer una tortuga entera del cuerpo de una muchacha .....	10

Sería nunca acabar el continuar la lista de todo lo entarifado. Baste decir que el *zajorín* ocupaba el día entero y parte de la noche en sus operaciones y que cada día ganaba más dinero y crédito. Ya contaban de una criatura a quien habían hecho mal de ojo y que él curó completa y fácilmente; la de una esposa que hizo volver a su lado, tierno y arrepentido, al marido infiel, con solo unos polvos desconocidos que le proporcionó el *zajorín*; ya de una muchacha bribona a quien colgó por la oreja del ala de un tejado, sin saberse cómo ni a qué horas; ya de un caballo perdido cuyo paradero indicó; ya de hurtos que nadie había podido descubrir hasta que él

dijo quién era el ladrón y en dónde estaba lo hurtado; ya, en fin, de otros muchos lances igualmente estupendos, que no podían dejar la menor duda de la fuerza adivinatoria de ño Sietebolsas. Llovíanle las consultas y con ellas los provechos, ya en dinero, ya en comestibles, pues el *zajorín* nada rehusaba, y aun cuando no había leído la obra del padre Álvarez, entendía perfectamente aquello del *do ut des, facio ut facias*.

Sin embargo, no hay cosa de esta vida que no esté sujeta a azares. La envidia sigue a la gloria como la sombra al cuerpo, y la fama de ño Sietebolsas el grande, suscitó la emulación de algunos de sus pequeños cofrades, a quienes no dejaban dormir los laureles del *proto-zajorín* que vino a dar al mundo una nueva prueba de que desde el Capitolio hasta la roca Tarpeya no hay más que un paso. Sucedió que un lugareño acomodado, de esos de tragaderas anchas, como para comulgar con ruedas de molino, se sintió hechizado un día de tantos; y habiendo ocurrido en vano al arte de los *zajorines* de su pueblo, dispuso venir a ponerse en manos del de la capital. Doscientos pesos dio anticipadamente a Sietebolsas, el cual se comprometió a dejarlo en pocos días libre de los dolores de las cuerdas y de las convulsiones que le causaba el hechizo, siempre que se sujetase a las operaciones indispensables. El infeliz pasó por todo y comenzó el tratamiento, como dicen los médicos. El primer día le hizo el *zajorín* una incisión en una pierna, con un cuchillo bien afilado, y sacó una cabeza de zopilote. El segundo abrió otra cortadura en un brazo y extrajo un ala de sanate, el tercero hundió el bisturí por el estómago y sacó enmarañas de pelo; el cuarto fueron las incisiones por la espalda y salieron uñas de gato; el quinto, el hombre estaba casi a la muerte con la pérdida de sangre que le ocasionó aquel *maltratamiento*, y no se sabe a dónde habría ido a parar al sexto día, si no hubiera intervenido la justicia, que advertida de lo que pasaba por otro *zajorín* sorprendió

al embustero *in fraganti* y dio con él en la cárcel. El medio muerto lugareño fue a poder de un verdadero cirujano, que por otros doscientos pesos, se encargó de cerrar las heridas, y no sé si de volver a meter la cabeza de zopilote, el ala de sanate y las uñas de gato, puesto que se trataba de deshacer lo hecho por el otro *profesor*.

En cuanto a este, después de dos años de prisión, concluido el proceso, en que salieron a danzar todas sus brujerías, fue condenado a cinco años de presidio, y hasta ahora no le ha proporcionado la zajorinería un medio de evadirse. La casa que fue teatro de tan extrañas escenas, permanece aún cerrada y las máscaras colgadas en las paredes, testigos impasibles de las fechorías de su dueño, están allí aguardando que cumpla su condena, acaso para volver a presenciar operaciones semejantes, porque ño Sietebolsas, una vez puesto en libertad, volverá a ser consultado y será tan *zajorín* como antes. Es demasiado viejo para aprender otro oficio y no hay tampoco muchos como el que ha abrazado por conveniencia y por un entusiasta amor al arte.

## LA CAPA

Esta venerable pieza de ropa, de primera necesidad para nuestros abuelos, ha venido a ser de muy poco uso en el día, suplantada por la menguada esclavina o el exiguo paletó. Por limitadas que sean las pretensiones que uno tenga a pasar por elegante, con dificultad se decidirá a usar de ese abrigo, sacrificado, tal vez inconsideradamente, a las caprichosas exigencias de la moda.

Yo no sé a punto fijo quién inventó la capa. Sé que se usaba antiguamente entre los griegos y en especial por los filósofos de aquella nación. Parece que los romanos la adoptaron en tiempo de los Antoninos, adopción que les agradezco con toda mi alma y por la cual propondría yo, si perteneciera a una sociedad de friolentos y acatarrados, que se levantaran estatuas a aquellos emperadores. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el uso de la capa debe ser muy antiguo, puesto que eso de dividirse la del justo, de hacer cada uno de la suya un sayo y de ocultarse debajo de una mala un buen bebedor, son cosas que ha estado en práctica desde que el mundo es mundo.

Hermano de la capa era el capote, casi igual a aquella en la forma, pero diferente en la sustancia; pues al paso que ella era siempre de paño, él solía ser de barragán. Por lo demás, el capote alcanzó de su dueño un grado de intimidad y de confianza que jamás pudo obtener la capa, pues las cosas más reservadas se las decía uno a su capote y nunca dijo nadie tal o cual cosa *para su capa*.

Entre varios objetos abolengos que conservo con religioso respeto, hay una capa que perteneció a un tío abuelo

mío; capa que ha visto pasar los tiempos y las revoluciones, que figuró en mil aventuras, y que hoy, cargada de años y de desengaños, y cubierta de honrosas cicatrices, está en el guardarropa, ocupando un lugar distinguido entre los trajes declarados inválidos. Como los viejos militares retirados que atrapan el primer lance oportuno para referir sus campañas a cuantos quieren oírlos, la capa de mi tío soltó hace pocas noches la sin hueso, e hizo una especie de autobiografía, que procuraré trasladar al papel con toda la exactitud de un taquígrafo. Antes diré lo que hubo de dar ocasión a aquella charla. Un gabán moderno de mi propiedad, que me había servido bien por espacio de diez años, llegó a quedar inútil y reclamó su jubilación. Yo, que tengo la manía de creer que no es justo lanzar con ignominia al que ha desempeñado sus deberes con la exactitud que le ha sido dable, no planté en la calle a mi veterano gabán; lo envié al cuartel de inválidos, y quiso la casualidad quedase colocado en el clavo de la percha contiguo al que ocupaba la capa de mi señor tío.

La primera noche que aquellos dos trajes abolidos se encontraron juntos, se entabló la conversación que yo escuché, entre dormido y despierto, aunque no con mucho asombro, pues acostumbrado ya a oír que hablan las mesas y otros objetos inanimados, no me pareció muy extraño que dos piezas de ropa rompieran a hablar como dos cristianos. Cuando comencé a percibir el diálogo, tenía la palabra la capa, y decía así:

—¿Por qué te quejas, joven presuntuoso; creíste que habías de pavonearte por más de diez años sobre los hombros de tu dueño, olvidando que las cosas de este mundo son frágiles y perecederas y que nosotros especialmente estamos expuestos a los estragos del tiempo y a los reverses de la fortuna? Pasaron los imperios de Asiria y Babilonia, cayó la soberbia Roma y desapareció Cartago, su orgullosa rival, ¿y querías tú ser eterno? Contémplame a mí, que soy superior a tí por

muchos títulos, y mira el estado a que, más por ajenos que por propios yerros, me encuentro reducida.

Calló la capa, como aguardando a ver qué efecto producían aquellas filosóficas observaciones en su joven interlocutor, quien, entre serio y burlón, dijo:

—Pero buena vieja, usted, si no me engaño, tiene encima sus setenta y tantas primaveras, y ya la pedía la percha; pero yo que he servido solamente diez años y no sin interrupción, sino únicamente en los meses de noviembre y diciembre, y tal cual día de fiesta para ir a misa temprano, ¿no es una iniquidad que me vea reducido a esta inacción forzada, a este retiro entre lo inservible?

—Hablará yo con más respeto si fuera él —replicó la capa—; ¿qué cuentas tienes tú con mi edad, ni qué te importa sea vieja o no, ya que no te has de casar conmigo? Es verdad que llevo muchos años de ver mundo; pero compara la fuerte y fina tela española de que estoy hecha con el miserable paño inglés de que te fabricaron, y no te asombres de que habiendo yo vivido tanto, estemos hoy iguales, poco más o menos. Si gustas de escuchar mi historia, te la referiré fielmente, y cuando no te sea útil, acaso te curará un poco el mal humor que te atormenta.

—Hable usted, *nana*, que ya la escucho —contestó el gabán—; pero procure ser breve; al grano, al grano, y nada de digresiones. La gente antigua (ya que se horripila de que la llame vieja), rabia por hablar y perece por los detalles.

—Veré de no cansarte —dijo la capa—, y comenzó la narración de esta manera:

Soy originaria de Barcelona y comencé a servir en 1798, a un tío abuelo de nuestro dueño actual, don Pedro de Racacarrá, un catalán tan arrevesado como su apellido. A los dos años pasó a las Indias y me trajo consigo; participando yo con él de las fatigas de la navegación, y más de una vez tuve

que sufrir las consecuencias del mareo de mi señor, de quien fui siempre inseparable compañera. Llegamos a esta ciudad de Goathemala, como se llamaba entonces, y el chapetón mi propietario me adornó con un fino galón de oro y con unas vueltas de terciopelo carmesí, conforme a la moda reinante. Concurrí a los toros, al patio de gallos y no faltaba todos los días en una de las tiendas del portal, colgada de un gran clavo, mientras Racacarrá en calzón corto y chupa, despachaba con muy mala cara detrás del mostrador.

Así pasamos pacíficamente algunos años; y una noche, que mi amo andaba algo *desorillado* por el barrio de Candelaria, lo asaltaron seis *lanas*; el catalán que no era flojo, envolvió en mí su brazo izquierdo, y paró las cuchilladas de aquellos bergantes. A cosado por estos y no pudiendo resistir al número, tomó las hebillas de don Diego, como decía cierto traductor del Quijote, y no pudiendo cargar conmigo, me dejó abandonada en medio de la calle. El más listo de aquellos bribones se apoderó de mí, y contentísimo con la adquisición, echó a correr, perseguido por sus compañeros, que intentaban disputarle la posesión de mi persona. Logró escapar, y cuando llegó a su casa me extendió para examinarme bien, y quedó muy ufano al verse dueño de tan buena prenda. Y sin embargo, salí de la refriega con dos heridas de muy regulares dimensiones, que me interesaron los tegumentos. Al siguiente día, el *lana* fue a venderme a un barrio distante, pero ya despojada de mi galón y de mis vueltas de terciopelo. Se trató la compra con un sastre, el maestro Damián Jareta, quien, después de haberme visto y revisto, por el derecho y por el revés, e informándose de si no había sido de algún hético, poniéndome más tachas que las que pudieran achacarse a una mula de alquiler, me compró por quince pesos, que no era ni la cuarta parte de lo que yo valía. Acto continuo, el maestro entró en consulta con su mujer sobre lo

que se debería hacer de mí, y duró dos horas la discusión, que yo escuchaba temblando, extendida sobre la mesa de la sastretería. Jareta, con un *tizate* en la mano, trazaba líneas rectas y curvas sobre mí, calculando si le saldrían calzones y chupas de mis pedazos; y cuando estaba ya casi decidido a meterme la tijera, le dijo su mujer:

—Pero Damián, mira no seas bobo; en lugar de deshacer esa capa tan galana, ¿por qué no te la ponés y la lucís vos, como el maestro Simón Baquet, el zapatero de aquí a la vuelta?

—¿Estás en tu juicio, mujer?, respondió mi nuevo dueño, yo de capa, ¿qué dirán los del barrio?

—Dirán lo que se les antoje, cada uno es dueño de lo suyo, y a bien que tu *pisto* te cueste y a *nadie* le debemos nada. Continás que ya le oí decir el otro día a un señor que todos somos iguales y que ya van a nombrar a los artesanos para que vayan al Cabildo.

—¡Ave María purísima!, dijo el maestro Damián, y se santiguó—, sería algún masón al que le oíste eso, mujer; calla la boca, que las paredes tienen oídos y las cosas están muy delicadas. Dejemos esto mientras lo consulto con la almohada, que a bien que no es puñalada de pícaro y esta capa no come.

Tomada esa prudente resolución, me doblaron y guardaron en un baúl, en donde permanecí tres días encerrada, aguardando que se dispusiera de mi suerte. No pude oír lo que trataron el sastre y su digna consorte; pero lo cierto es que yo salí de mi encierro, y en lugar de ser despedazada, se me curaron las heridas, se me pusieron unas vistosas vueltas de pana verde, y el primer domingo siguiente al de mi rapto, salí a misa en hombros del maestro Damián Jareta, que no cabía en sí del gusto. ¡Hubieras visto el orgullo que yo sentía en mis adentros al advertir que mi posesión hacía feliz a aquel honradísimo artesano! Pero poco nos duró, a él el contento y mí la vanidad. El barrio, la ciudad entera se alborotó con la

capa del sastre. Todo fue burlas, sarcasmos y rechifla. Nos sacaron a él y a mí en una *ensalada*, y para colmo de desgracias, me atribuyeron una epidemia de paperas que por entonces se declaró en la capital, llamándola *la capa del maestro Damián*. Aquello decidió de mi porvenir. El pobre Jareta, corrido, aturullado, decidió deshacerse de mí, y me vendió a un *profesor* de violón, que habiendo sido ya tercero de San Francisco, estaba autorizado para *echarse* capa.

El maestro Cecilio Corchea dio por mí los mismos quince pesos en que había sido comprada, perdiendo el sastre el valor de las vueltas con que me había engalanado. Comencé una nueva vida. Mi dueño me llevaba terciada de izquierda a derecha, dejando libre y descubierto el brazo con que manejaba el arco. Andaba yo siempre en los jubileos, acompañaba por las calles a los *muertecitos* y de vez en cuando figuraba en los *rumbos* de los barrios. Esta circunstancia fue origen de una nueva aventura. Una noche estábamos tocando en un baile de *tacón de hueso* y en lo mejor de la *divertida* se descolgó un militar, convidado por sí mismo que quiso hacerse dueño del rumbo y tratar a los demás al estricote. Se armó camorra; apagaron las luces, y mi amo y yo, no tuvimos más arbitrio que meternos debajo de un escaño, para evitar que nos alcanzara algún porrazo. En lo mejor de la jarana, llegó la justicia, y como el maestro Cecilio calculó que si lo encontraban, era muy probable que lo despacharan a la cárcel, se escurrió de su escondite, y cuando ya salía, me agarró un corchete, queriendo detener a mi señor. Este me sacrificó cobardemente, y se largó dejándome como cuerpo del delito, en poder de los esbirros. El que me capturó, vista mi buena catadura, me tomó cariño y me llevó a su casa, sin meterse a averiguar a quien pertenecía yo. Túvome escondida algunos días, y habiéndome cambiado las vueltas de verdes en celestes, me vendió por doce pesos a un estudiante.

Con este asistí a las clases muy de cuando en cuando y aprendí algo del *suum cuique*, del *jus in ré* y de otros bellos principios que yo veía completamente violados en mi persona. ¡Ah, si solo eso hubiese yo aprendido en aquella perversa compañía! Mi nuevo amo era un mala cabeza y me llevó a algunos sitios que no quisiera recordar. *Horresco referens*. Declaro, sí, en descargo de mi conciencia, que si fui encubridora, fue contra mi voluntad y que jamás estuve contenta en la compañía de aquel protervo. Hízome servir de arma ofensiva en los corredores de la Universidad, cuando se trataba de capotear a algún escolar bobalicón de esos que son las víctimas de sus compañeros; y de defensiva, cuando armaban guerra y menudeaban las pedradas, que yo sufría en lugar de mi dueño. Pocas noches dormíamos en nuestra casa, las más las pasábamos en las ajenas, no pocas bajo el pabellón del cielo, sirviendo yo de cobertor y de colchón, y algunas veces en la *sala de visita* de la cárcel. Cuando pertenecía yo a aquel futuro sabio, me compusieron una mala cuarteta que no dejarás de haber oído, en la que me comparaban a un jardín, por la variedad de colores de los remiendos que me habían puesto. No bien me presentaba yo en alguna reunión, se cantaba al compás de una destemplada guitarra:

*La capa de un estudiante  
Es como un jardín de flores*

lo cual me amostazaba tal vez más a mí misma que a mi dueño. Al fin salí del poder de aquel desalmado, que me empuñó por seis pesos que le prestó un usurero, y no habiendo podido pagar, quedóse este con la prenda. Ya estaba yo tan deteriorada y tan de capa caída verdaderamente, que no me habría conocido la fábrica que me parió.

Mi nuevo poseedor llamábase don Isaac Garduña y me

cuidaba más que a las niñas de sus ojos. Cuando llovía, no me sacaba, porque no me expusiera a morir de un constipado; cuando el sol era muy fuerte, usaba de mí vuelta al revés, para que no acabara de perder el color; evitaba el que me rozara con las paredes, para que no me gastase, y cuando se sentaba, cuidaba de levantarme por detrás, para que no se moliera el paño. En su poder, jamás me puse en contacto con el cepillo, por temor de que se me cayera el pelo, y siempre que venía a colación, no dejaba Garduña de ponderar el alto precio en que me había comprado. Por no haber querido sacarme una noche que caía una llovizna bastante fría, mi pobre amo don Isaac cogió un dolor de costado, y de allí a tres días, pasó a mejor vida, sin haber podido disponer de mí. Hízose almoneda de sus bienes, y entré en el número de los objetos puestos en venta. Los compradores pasaban y repasaban delante de mí, y maldito el caso que me hacían. Iban ya a abandonarme por inútil, cuando he aquí que el último día de almoneda, acierta a entrar mi verdadero y único propietario don Pedro Racacarrá, quien no me conoció de pronto. Llamé al fin su atención; miróme, levantóme en alto, examinó la calidad del paño, y después de un minucioso examen, conoció perfectamente quién yo era. Preguntó cuánto valía, dijéronle que veinte reales, los entregó al momento, y cargó conmigo tan satisfecho de su adquisición, como si fuera yo la capa del preste Juan. *Nueva hija pródiga*, fui recibida con alegría en mi casa solariega. Los parientes y amigos del catalán celebraron mi vuelta después de tantos años, aunque declararon que estaba inconocible y que no era ni sombra de lo que había sido. Más se habrían admirado aquellas buenas gentes de que estuviese viva, si hubieran sabido la serie de aventuras que me habían ocurrido en mis traslaciones del chapetón al sastre, del sastre al músico, del músico al estudiante y del estudiante al usurero. Racacarrá me había comprado por particular afec-

ción, y me concedió mi retiro. Salí únicamente una ocasión en unos entremeses de las monjas, con un calzón y una chupa de mi amo, relegados como yo entre las prendas viejas. Murió el catalán y me legó a su sobrino, que me ha conservado en el lugar en que me ves, en donde vivo hace ya muchos años, alimentando a la polilla que ha jurado acabar conmigo y que al fin se saldrá con la suya. Tal es, joven gabán, mi triste y verdadera historia. Sírvate de consuelo y de enseñanza, y ve como hay en este mundo suertes peores que la tuya.

*Ayer ancha capa fui,  
hoy un pobre andrajo soy;  
aprende gabán de mí  
lo que va de ayer a hoy.*

Después de haber hecho esa parodia de una copla bien conocida, la capa guardó silencio, y como extrañase sin duda que su oyente no dijera ni tus ni mus, lo interpeló diciéndole:

—Y bien, hermano, ¿qué te parecen mis aventuras?

—El otro no respondió, ni era fácil, pues a media relación, se había dormido y roncaba como un lirón. La capa se estremeció de rabia desde el cuello hasta la orilla, y se dejó caer de la percha al suelo, en donde amaneció al día siguiente. Para indemnizarla de la desatención de su necio compañero, yo trasladé al papel la relación que le escuché y la doy aquí, aunque corriendo el riesgo de que más de un lector se quede, a medio cuento, como se quedó el gabán.



## EL TORCIDO

Decía un papa, según cuenta Lesage, que si examinamos bien nuestra conciencia cuando nos sucede cualquiera desgracia, encontraremos que tiene origen en alguna falta nuestra. Antes de que aquel pontífice hubiese pronunciado esa sentencia, para la cual no sé qué lengua emplearla, ya había sentado otro, en latín, el mismo teorema en menos palabras, diciendo: *Quisque suos faber*. Y lo llamo teorema y no axioma, porque para mí, esa proposición no es de las que pueden aceptarse sin beneficio de inventario. ¡Cuántas malas pasadas suele jugar nos la traidora Fortuna, para las cuales, después del más escrupuloso examen de conciencia, no encontramos haber dado causa! ¡Qué de sinsabores y perjuicios nos proporcionan los prójimos, sin que hayamos dado tal vez el menor motivo para ellos! Los hombres que así se ven expuestos a esos reveses, se llaman en castellano desdichados, y nosotros los guatemaltecos, que nos hemos propuesto enriquecer el idioma con palabras nuevas, o dando una nueva acepción a las ya conocidas, los llamamos *torcidos*, adjetivo al cual ningún diccionario, que yo sepa, presta esa significación. Llamamos *derecho* al dichoso, sin licencia de la Academia; y por contraposición decimos *torcido* al desdichado. “Cuando un hombre está *torcido* por persignarse se araña”, se dice aquí comúnmente, con cuyo refrán se da a entender que al desgraciado suelen salirle mal hasta las obras buenas. En nuestra decidida afición al neologismo, hemos ido aún más adelante, inventando el sustantivo *tuerce* para significar la mala fortuna, desgracia, desventura.

Hecha esta explicación, creo que nadie negará que hay hombres *derechos* y hombres *torcidos*, seres a quienes todo sale bien, por más disparates y calaveradas que hagan, y sujetos a quienes persigue el *tuerce* aun cuando quizá pongan cuanto está de su parte para que las cosas les salgan bien. Quevedo acumuló en un gracioso Romance muchas de las desdichas que pueden acaecer a un *torcido*; pero como la mina es de aquellas que no se agotan, sino que mas bien están siempre en bonanza, bien pudo aquel ingenioso escritor, si le hubiera dado la gana, explotar aún más esa fecunda vena.

Entre nosotros hay hombres *torcidos* mujeres *torcidas* negocios *torcidos* proyectos *torcidos* y hasta casas y poblaciones *torcidas*. Es *torcida* la mujer que ha tenido cinco o seis noviazgos que no han cuajado, sin culpa suya; y cuando, como suele suceder, el galán la mantiene engañada hasta la víspera de casarse con otra, no solo es *torcida* sino *retorcida*. Es *torcido* el negocio de los gusanos de seda, y el del algodón y el de la grana han sido para muchos *retorcidos*. *Torcida* es la casa que jamas se alquila y *retorcida* aquella cuyos inquilinos han declarado carga concejil la de proporcionarles domicilio. *Torcida* es una población perseguida de rayos y temblores, y *retorcida* la que da en tener malos mandarines. Sería nunca acabar el hacer la enumeración de las *torciduras* y las *retorcidas* que persiguen en este valle de rabias a los hombres y a las cosas.

Un hijo de cierto amigo mío puede presentarse como ejemplo y prototipo de personas *torcidas*. Al nacer, estuvo a punto de ser ahorcado por una torpeza de la partera. En la fuente bautismal, el cura, que era medio loco, le cargó más de lo regular la dosis de sal, y por poco no le atragantó con aquel símbolo de la sabiduría. El recién nacido recibió el nombre de Próspero, que en sujeto tan *torcido* llegó a parecer después una ironía. A la edad de cinco años, cayó de la azotea abajo y

se rompió una pierna, quedando cojo por toda su vida. En la escuela fue declarado rudo de solemnidad, aunque quizá no lo era tanto, y los maestros, considerando sin duda que aquel niño estaba demasiado cargado de sangre, se propusieron aliviarlo de la que le sobraba, para facilitar así la introducción de las letras. A fuerza de azotes, aprendió a leer y a escribir y salió de la escuela con la persuasión de que era un borrico, tanto lo había oído repetir a sus preceptores y condiscípulos. Con esa convicción estuvo apunto de atascarse en el *quis vel qui*, pero al fin pasó ese tranquiñón y concluyó la gramática latina como Dios quiso. En las clases de filosofía no fue más venturoso Próspero. Dio con un catedrático tan consumado en la dialéctica, que en una conferencia le probó, como tres y dos son cuatro, que tenía rabo. Afligido el estudiante, dijo para sí: “era lo único que me faltaba”, e involuntariamente se pasó la mano por la rabadilla.

*¡Fuerza del silogismo a lo que obligas!*

Concluídos los cursos se presentó al grado, y aunque no era el más ignorante de los pretendientes al bacalaureato, el *torcido* recibió en la votación tres hermosas RR, con lo que determinó dar al diablo los libros y dejando los estudios, se metió de dependiente de una casa de comercio.

Recibido como por favor, Próspero abrió la tienda a las seis de la mañana, barría y vendía hasta las seis de la tarde. Los días de fiesta descansaba yendo a Amatitlán o a la Antigua a desempeñar comisiones del patrón; y cuando estuvo ya más expedito, hizo viajes a Esquipulas, a San Miguel y hasta a Belice.

En uno de tantos tuvo el *tuercé* de encontrarse con una fiebre maligna que por un tris no lo despachó a la sepultura. Nada se había hablado de sueldo; y cuando se decidió a

promover el punto, fue despedido, después de haber hecho balance, resultando deudor de una cantidad por frioleras que había dado fiadas. Como no tenía un cristo, el patrón tuvo la generosidad de no exigirle de pronto el pago, contentándose con una obligacioncita que firmó Próspero, de cubrir la deuda cuando mejorara de fortuna. Esto pasaba allá por el año 1828. No sabiendo qué hacer, le ocurrió sentar plaza, y aunque cojo, fue a la guerra. Anduvo arriba y abajo con el fusil a cuestas, sufriendo derrotas, hambres y desnudeces, hasta que en la acción de San Miguelito tuvo la fortuna de que su ojo derecho se pusiera en contacto muy inmediato con una bala, de lo que resultó haber adquirido nuestro héroe una notable semejanza con Filipo, rey de Macedonia, lo cual no deja de ser un gran consuelo para el que pierde un ojo. Antes de esa aventura, Próspero era conocido con el apodo de “el cojo”, y de resultas del balazo, ascendió a cojo-tuerto, como Olivares a conde duque. No sabiendo qué hacer de su persona, el cojo-tuerto se sintió súbitamente poseído de una irresistible vocación a la vida contemplativa, y entró lego de un convento de frailes de esta capital. Pensó pasar allí el resto de su vida pacífica y santamente; pero el *tuerce* fue a buscarlo en aquel silencioso y triste albergue, como dice un poeta. En 1829 se verificó la expulsión de los regulares, en nombre de la libertad, y el hermano Próspero fue plantado en la calle, debiendo a su poca representación en el convento, el no haber ido a respirar la perfumada brisa de la ardiente Antilla.

Dióse a discurrir qué partido tomaría, y vagando una noche por las calles de la ciudad, acertó a pasar frente a una puerta grande, abierta de par en par, por la cual entraba mucha gente. Era el teatro provisional, en que representaba a la sazón la compañía formada por el español Fedriani. Próspero tenía en la faltriquera lo suficiente para comprar un asiento en el *gallinero*. Entró, vio y resolvió ser cómico. No pu-

diendo hacer el primer galán, fue recibido como primer feo de la compañía. *Debutó* el *torcido* en una tragedia, en la cual todo lo que tenía que decir, en la escena final, era: “suelta esa mano”. Ocho días estuvo repasando el papel, y seguro de haberlo aprendido bien, llegado el caso, adelantóse con mucha prosopopeya, disimulando cuanto pudo la cojera, pero al recitar las palabras, cambió las letras, y en vez de decir suelta esa mano dijo muy serio: *suelta esa mona*. El teatro estuvo a punto de hundirse, tales fueron las palmadas y gritos con que fue saludado el equívoco. Al día siguiente Próspero fue despedido de la compañía por lo de la mona.

El *torcido* ocupó después diferentes posiciones. Fue mayordomo de un nopal, portero de una corporación, aprendiz de boticario, recaudador del impuesto del alumbrado, etc. Le despidieron de la finca, porque durante su mayordomía, se declaró la *bolita* de la portería, porque tardaba mucho en hacer las citas, a causa de la cojera; de la botica, porque vendió una vez tártaro emético por soda refrescante; del empleo de recaudador, porque dijeron que maldito lo que recaudaba. Aburrido y desesperado, pensó un día que no le quedaba otro arbitrio que ahorcarse. Se suspendió de una soga y hasta en eso anduvo *torcido*, pues la cuerda se rompió y no tuvo ni aun la dicha de morir con la mejor de las muertes posibles, según se ha averiguado ya por los informes de los que han muerto ahorcados.

Vista la pertinacia de la suerte que se empeñaba en mantenerlo atado al potro de la vida, Próspero se resignó y resolvió dedicarse a propagar las luces, estableciendo una fábrica de fósforos *sui generis* hechos de astillas de ocote untadas de azufre. El nuevo oficio produjo menos que los otros; por lo cual, Próspero, que recordó haber cursado las aulas, pensó utilizar sus conocimientos literarios. Dedicóse, pues, a escritor público y fundó un periódico que intituló *La Comezón*.

Su idea era ver si por ese medio llegaba a embutirse en un Ministerio, en un Corregimiento, en una Administración de rentas, o aun cuando fuera en una canonjía.

Próspero no conocía más *principios* que los que se sirven en la comida, y todo lo que sabía de *política*, era quitarse el sombrero para saludar a los que encontraba en la calle. El *torcido* defendió los derechos del hombre, adoptó como regla invariable decir blanco, si los que mandaban decían negro; y negro, si decían blanco. Dijo que los mandarines no valían nada, que era preciso quitarlos y poner a *cualquiera* (ese cualquiera era él); que el *país* era un panteón y que cualquiera, lo convertiría, en seis meses, en un paraíso terrenal, sin serpiente. Que no marchaba, y que *cualquiera* lo haría caminar al vapor. En fin, que *cualquiera* realizaría las mejoras como por encanto, si dejaban que *cualquiera* empuñara la *cebolla*. Tuvo ochocientos suscriptores, de los cuales pagaron ocho al cabo del año, quedando los *ceros...* en ceros. *La Comezón* murió, pues, por falta de qué comer.

No sabiendo qué hacerse, discurrió declararse poeta, y por arte del diablo, tuvo la *torcidura* de hacer buenos versos, lo que bastó para que fuesen declarados detestables. Todos los sabios de la ciudad dijeron que sus composiciones no valían un pito, porque ponía punto y coma, en donde había de haber dos puntos; y sobre todo, porque eran un puro plagio, habiendo empleado las palabras *cura*, *violón*, *papel*, *merengue* y *calavera*, que se encontraban en los versos de Martínez de la Rosa, de Meléndez, de Cienfuegos y de no sé cuantos más. La originalidad consiste en no emplear una sola palabra que otro escritor haya usado.

Agotados los recursos, Próspero que había buscado en vano la subsistencia en el trabajo honrado, resolvió echarse por la calle de enmedio (que a la cuenta debe ser peor que las laterales) y se dedicó a la gloriosa carrera de petardista. Pero

fue tan *torcido* que ni la desvergüenza le sirvió, pues nadie quiso fiarle un saco de alacranes. En su desesperación, y no habiendo podido suicidarse, no le quedaba más que un recurso supremo, y apeló a él con resolución heroica: ¡se casó! Como todo había de salirle al revés, le resultó la mujer buena, amorosa, callada y diligente. Lo mantuvo quince días, y cuando ya él contaba con haber fijado la rueda de la voluble fortuna, una noche que regresaba a su casa tranquilamente, lo tomaron por otro y le dieron una cuchillada, que en dos horas lo despachó al otro mundo. Así acabó Próspero, víctima desde la cuna hasta el sepulcro de la implacable suerte. ¡Y luego se dirá que no hay hombres *torcidos*!

Y no solo hombres. Tres veces puse mano a este artículo. Se perdió el borrador, hícelo de nuevo y se lo comieron los ratones; torné a escribirlo, y ya casi concluido, le eché encima la tinta en vez de la arenilla. Al fin salió, y si como es probable, no gusta a los lectores, será en todo y por todo artículo *torcido*.



## LAS CRIADAS

—¿Por qué no escribes un artículo de costumbres con el título de “Las criadas”?, me preguntaba hace pocos días un amigo. Creo que habiendo pasado revista a diferentes tipos de nuestra sociedad alta, media y baja en los cuarenta y tantos cuadros que llevas publicados, no debes omitir, a menos de dejar un vacío notable en esa galería, la pintura de un carácter esencial e indispensable para que, andando el tiempo, pueda formarse idea exacta de esta nuestra presente situación social. Las criadas forman una clase que ha experimentado, tanto como las demás del país y acaso más que algunas otras, la influencia de las ideas y tendencias de la época; y en tal concepto, ese tipo cae plenamente bajo la jurisdicción del articulista de costumbres. Las criadas...

Aquí me pareció conveniente cortar el hilo del discurso al orador, que llevaba trazas de engolfarse en una larga disertación; y así, lo interrumpí diciéndole:

—Las criadas serán todo lo que tú quieras; pero confíeso-te que no había pensado en hacerlas asunto de un artículo. No sé que pueda decirse de ellas que merezca la pena de ser leído.

—¡Cuán engañado estás! —me replicó mi amigo; las criadas se prestan y se dan para un cuadro, y yo voy a suministrarte algunos datos, que aprovecharás si quieres, bajo mi responsabilidad.

—Di, pues, que ya te escucho, contesté, y presto atento oído a la relación de mi interlocutor.

—No ignoras —dijo este—, que pertenezco a una familia de las más antiguas y ricas del país. Cuando yo vine al mun-

do, en 1815, había en mi casa cinco criadas y dos criados, para servir a seis amos, mis padres, mi hermana, mis dos hermanos y yo. No es mi objeto hablarte hoy de la parte masculina de la servidumbre, por lo que nada habré de decirte del cochero y del otro fámulo, contrayéndome a las *muchachas* como las llamaba mi madre, bien que a algunas de ellas les habían cortado el ombligo en la Antigua, mas de veinte años antes de la ruina. Cuando yo nací, dos de ellas eran esclavas y tres lo que entonces se llamaba *hijas de la casa*; es decir, que comían y vestían a costa de los amos, sin llevar salario. Formalotas, hacendosas, aseadas y fieles, hacían real y verdaderamente parte de la familia. Vivían en un pie casi de igualdad con mi madre, a quien habían conocido muy niña, y a mis hermanos, y a mí nos trataban sin ceremonia, de *vos*, acostumbradas a esa familiaridad desde que al nacer nos recibieron en sus brazos. Cuidaban de nosotros con esmero y nos entretenían con largos cuentos, algunos de ellos sin pies ni cabeza, y con adivinanzas que nos parecían indescifrables. De ellas aprendíamos las consejas del *caballito de siete colores*, de la *cucarachita Martina*, de la *Tatuana*, el *Sombrerón* y la *mula sin cabeza* y tantas otras que han sido y son los *mosqueteros*, el *montecristo*, *los miserables*, etcétera, de nuestra primera edad. ¿Quién es el que no ha pasado las horas sin pestañear escuchando esas relaciones que comienzan con el indispensable *habís de estar y estarás* y terminan con el versículo y *me monto en un potro para que me cuenten otro*. ¿Quién ignora el precioso cuento, o más bien balada, del pajarito cuyo pie de cera derritió la piedra calentada por el sol, sol que tapa la nube, nube que se lleva el viento, viento a quien resiste la tapia, tapia que agujerea el ratón etcétera; y así sucesivamente, recorriendo la escala del poder y de la fuerza, hasta llegar a Dios? ¿Cuál es el niño que no ha puesto en tortura su imaginación para acertar quién es el *fraile franciscano que está en el monte campechano*

*o la cajuelita de china que se abre y se cierra y no rechina?* Todos sabemos de memoria esas sencillas narraciones que nos han espantado el sueño, esos acertijos que nos han obligado a darnos por vencidos, cuentos y adivinanzas que conserva la tradición oral y que por medio de las criadas y los niños se transmiten unas a otras las generaciones.

Las cinco criadas de mi casa, tanto las dos de origen africano, como las otras tres que pertenecían a diversa raza, eran repertorios inagotables de cuentos y adivinanzas del género de los que he indicado. En 1823 una ley tan cristiana como filantrópica abolió la esclavitud en nuestro país. Los dueños de esclavos no pensaron siquiera en exigir indemnización de la pérdida de aquella propiedad, y los emancipados no quisieron aprovecharse de la libertad con que se les brindaba. Las esclavas de mi casa continuaron formando parte de la familia. Por algún tiempo en nada se alteró el régimen doméstico; amos y criados pasábamos una vida casi monástica por el retiro y por la obediencia ciega a la voluntad absoluta del jefe de aquella familia semipatriarcal. Pero insensiblemente se fueron relajando aquellos rígidos principios, y en 1840, cuando regresé de un largo viaje a Europa, encontré las cosas completamente cambiadas. No existían ya más que dos de las antiguas criadas de la casa y el resto de la servidumbre era enteramente nuevo.

De las dos que aún quedaban del antiguo régimen, la una era conservadora, y la otra, cediendo al espíritu del tiempo, se había declarado progresista, y aun algo comunista también, según tuve ocasión de notarlo a poco de mi regreso. Esta era confidenta de mi hermana en unos descabellados amores nada menos que con el hijo del antiguo cochero de la casa, improvisado coronel en 1829. Ignoramos aquella intriga, hasta que por desgracia era demasiado tarde para cortarla. Mi hermana, auxiliada por la depositaria de sus secretos, dio tra-

za y modo de casarse clandestinamente con su amartelado coronel y no le volvimos a ver la cara. La criada quiso sin duda guardar algunos *recuerdos* de la casa y se llevó una docena de cubiertos de plata y otros objetos de menor valor. Muerta a poco tiempo, más de pesadumbre que de vejez, la otra doméstica antigua que quedaba, entramos de lleno en el *nuevo régimen*. Tenemos cuatro criadas: la cocinera, la *de adentro*, la costurera y la *china* del hijo de uno de mis hermanos. Contra el consejo de Napoleón, lavamos la ropa sucia fuera de casa. En otro tiempo estaba establecido en la servidumbre el sistema de la inmovilidad; hoy van rodando los cargos entre todas las ciudadanas, como debe suceder en un buen sistema republicano. Cada dos meses, cada quince días y aun algunas veces mas frecuentemente, hay domésticas nuevas, lo cual nos proporciona la satisfacción de no estar viendo siempre las mismas caras. Suele sucedernos lo que a la vieja que rogaba por la conservación de la vida de un mal rey, porque su antecesor había sido peor y temía al subsiguiente; pero no nos vale ese deseo, pues las tales señoras mías no calientan lugar; y ya sea porque es indispensable despedirlas, ya porque ellas acuerdan largarse, lo cierto es que mi casa se ha vuelto, en punto a criadas, un jubileo *porciúncula*. Para no cansarte con los apuntes biográficos de todas las que hemos tenido, te hablaré tan solo de las que están *vigentes*. (Perdóname esta palabra, que no es de cuño legítimo; pero que corre entre nosotros y en otras partes).

Mi actual cocinera, se llama Simona y anda entre los cincuenta y los cincuenta y cinco años de edad. Dice que fue casada en otro tiempo, y se conoce que ha de haber sido así, en unos cuatro hijos que tiene y qué por más señas llevan su mismo apellido. Como no nos incumbe averiguar la vida pasada de la que viene a guisarnos, estando asegurados contra cualquier peligro actual, atendida la edad y catadura de esta

nueva Leonarda, creímos lo de la viudez sobre su palabra. La Simona dice que ha sido cocinera solo de casas grandes, y tiene su rabanillo en poseer el arte, como ella dice, por papeles. Y sin embargo, el caldo que nos pone en la mesa pudiera servir para bautizar con él, apostándose las con el famoso del licenciado Cabra, de que habla Quevedo en la *Vida del Gran Tacaño*. El arroz bien podría, en caso necesario, suplir la falta de perdigones, para cargar una escopeta. La primera vez que vi la carne asada, creí que eran *gajos de cola* y al hincarle el diente, pudo más que el hueso, pues este saltó hecho astillas y ella se quedó como si nada. Todos los guisados exhalan un delicioso olor a humo; los frijoles hacen el oficio de centinelas, siempre parados; la leche está continuamente como día de septiembre, metida en agua, y el almíbar es de *miltomate* por lo barato.

Tal cual es nuestra comida, la dividimos con los cuatro hijos de la Simona y con otros parientes suyos, pues por lo visto, esta mujer está dotada del don de milagros y repite diariamente uno semejante al de la multiplicación de los panes y los peces. Me dirás que ¿por qué no despedimos a esta buena alhaja? Porque cambiarla sería tal vez solo variar de nombre y tener, en lugar de una viuda apócrifa, una casada problemática. Así, lo vamos pasando como Dios quiere, y si no tenemos una excelente mesa, nos ahorramos indigestiones y hacemos alguna penitencia, teniendo ya eso adelantado para la otra vida.

La *de adentro* se llama Pioquinta, nombre raro, si los hay, pues es un femenino que se ha hecho de Pío V, un santo papa. Si a la Iglesia le pareciera bien (que no le parecerá probablemente), declarar santo a Fernando VII, tendríamos aquí Fernandoséptimos, como tenemos Pioquintas. Sea de esto lo que fuere, mi criada *de adentro* se llama así y no hay más que conformarse. Los oficios de la doméstica que ocupa ese empleo se reducen a barrer y limpiar las habitaciones, y hacer

los *mandados*. La Pioquinta barre en en mi casa cuanto encuentra, aunque no sea busura, y *limpia* hasta lo que no está sucio. Tiene la manía de emplear horas de horas en los recados, viniendo así a suceder que la *de adentro* es la criada más de afuera de las que tenemos. Por supuesto tiene un primo que es soldado, y cuidó de advertirlo desde que se acomodó, para que no se extrañara que la buscase. La *de adentro* que no tiene primo, es o porque su cara espanta al miedo, o porque tiene hermano, o cuñado, o tío, en lugar de primo. El pariente de la Pioquinta la atisba a todas horas por las esquinas y en el zaguán; y así, aunque no soy jefe militar, nunca me falta el ordenanza a la puerta. Hay veces que se juntan tres, cuatro o más primos, y como regularmente pertenecen al número de los defensores de la patria, me encuentro impensadamente con guardia a la puerta, como si fuese un capitán general. En esos casos, la *de adentro* es menos de adentro que nunca, y más bien debería llamarse la del zaguán. La Pioquinta lleva sus ahorros a una *cuchubalera* muy formal, con lo que ha redoblado su haber.

Pasemos ahora a la *china*. Como sabes, esta doméstica no se llama así porque sea originaria del Celeste Imperio; pues lo es regularmente de esta capital o de sus inmediaciones. Llámase *china* la mujer que cuida de los niños, como podía llamarse turca, tártara o malaya. En fin, la *china* actual de mi sobrino tiene unos veintidós años, y ha cuidado ya de diez o doce angelitos, en otras tantas casas que ha recorrido. La Prudencia (que este es su nombre), no tiene pizca de ella, y posee, entre otras, dos circunstancias excelentes para el mejor desempeño de sus funciones, a saber: un genio diabólico y un primo endemoniado. Cuando llora Francisquito y ella está de mala veta, cosa que le sucede por espacio de veinticuatro horas en el día, lo pellizca sin misericordia, con lo que el pobre chico anda siempre hecho un consistorio, esto

es, lleno de cardenales. Un día de tantos se la llevó el primo a un *rumbo* y Francisquito caminó también, y estuvo no sé cuántas horas tirado en un rincón, gimiendo y llorando, en tanto que madama bailaba el zapateado, *echando bombas* por lo demás que es de práctica inconclusa en tales reuniones. De aquel sarao volvió la Prudencia con unos cuantos chichones en la cabeza y con la ropa hecha tiras, habiendo se armado trifulca entre ella y otras dos señoritas que sostuvieron a puro puño ser más primas del primo que mi doméstica.

Hablemos, por último, de la costurera. Esta pertenece a la aristocracia de las criadas y ve de reajo a sus honorables colegas. Lleva crinolina y las *naguas* le arrastran una cuarta por la parte de atrás. Gasta botín (adquirido probablemente en buena guerra) con tacón, y ostenta el cabello levantado, formando dos pequeños promontorios sobre la frente, por ambos lados de la crencha o *raya*, como decimos aquí. Mi costurera debe, pues, a la circunstancia de tener cascos, cola y *cachos*, el haber antepuesto un *ni* al *ña* de que disfrutaba *in illo tempore*. Con el tratamiento cambió también el nombre propio, pues de *ña* San Carlos, se encontró convertida en niña Carlota de la noche a la mañana, por la gracia de los palillos, del copete y de la cauda. Esta dama cose por día, y es un misterio que hasta ahora no he podido descifrar, cómo puede la niña Carlota hacer elásticos los dos y medio reales que gana para que alcancen a cubrir su presupuesto. Acaso posea algún secreto químico para sacar todo el provecho posible de la ductilidad de los metales. La costurera lee las novelas que le vienen a la mano y está suscrita a *La Semana*, por la *parte literaria*. Desdeña la tertulia de las otras criadas, que se instala en la cocina y tiene por asunto principal pasar revista a los defectos, verdaderos o supuestos de cuantos amos han tenido, conviniendo siempre en que los actuales son los peores. Llama de usted a los señores y señoras, diciendo que eso

de su *merced* solo se usaba en tiempo de don Quijote, obra que comenzó a leer y no concluyó. Carlota no tiene primo; pero se cartea con un mercader que dice ella la pretende para casarse y que probablemente le remite las donas anticipadas. Pocos días hace entré en mi escritorio y me encontré a esta semiliterata escribiendo muy sí señora en mi bufete, en un pliego timbrado con mi apellido. Al entrar yo, huyó la escritora, dejando abandonada la carta. Como dice un principio de derecho que lo accesorio sigue a lo principal, siendo yo dueño del papel, consideré de mi propiedad lo escrito, y en esa confianza, lo tomé y leí lo siguiente:

*Mi querido niño Antonio: Recibí su apresiable de bayer y tuavía me dura el busto de aberlo bisto. Ande que el domingo me junté en los toros con la chucana de la Rufina y me dijo hun montón, que no fuera tonta que usted lo que quería era jugar con Migo y que como se abia de casar un chancletudo con una de naguas y otras picardias. Que le parese: Yo estoy en lo dicho y solo aguardo que vuelva mi nana (“esa palabra está atravesada por una raya”) mi mamá de lanti-gua para ablarle. La Rufina es muy igualada y saramuya; usted, vaya mañana onde quedamos y reciba el corason de su amante esposa que berlo desea — Carlota Bebedero.*

*Posdata. Hagame la gracia por bida de lo que mas estime de prestarme dos pesos.*

Con presencia de esa epístola, se ha discutido en consejo de familia, si convendrá dar pasaporte a la esposa del mercader y a sus compañeras; pero no podemos quedarnos sin criadas. Se buscarán otras, y como no faltan algunas, aunque raras, honradas y buenas, iremos probando hasta dar con las que nos convengan.

Ahí tienes, pues, lo que son las criadas de mi casa; si preguntas a tus amigas y conocidas, verás que en otras hay también Simonas, Pioquintas, Prudencias y Carlotas; sin hablar de las que revuelven las familias y las vecindades con chismes y de las que pasan la mitad del día en las iglesias, descuidando sus quehaceres, porque entendiendo las cosas al revés, dicen que más vale ser Marías que Martas. Aprovecha esos apuntes, si te place.

Transcrita al pie de la letra la relación de mi amigo, parecióme que estaba hecho el cuadro, y dejándole toda la responsabilidad, como él mismo lo indicó, me lavo las manos, pues no quiero que me salgan las criadas respondonas, ni deseo pleitos con ellas y mucho menos con las cocineras.



## PUROS Y CIGARROS

Acababa yo de leer el interesante artículo sobre el tabaco que se publicó en el número 3 de *La Semana*. Horripilado por la consideración del cúmulo de males que acarrea a la humanidad fumante ese que se ha calificado siempre de vicio inocente, me imaginaba ya ver salir de esa planta aromática, hija preciada en la zona tórrida, cánceres, parálisis, reblandecimientos del cerebro, dispepsias, *delirium tremens* y las demás enfermedades que enumera el terrífico escrito de Mr. Figuiet. Quise distraer algún tanto mi espíritu atormentado, pues (lo digo con vergüenza), soy fumador, fumador empedernido, contumaz y vitando, me arrojé a la calle y me dirigí a Jocotenango.

La alameda estaba, como de costumbre, *ínglima* y sola, circunstancias que me causó mucha satisfacción. Para los soñadores y meditabundos no hay como los paseos públicos a donde jamás va el público. En ellos puede uno delirar a sus anchas, sin temor de que alguna voz humana vaya a arrancarle a sus meditaciones y hacerle encender a la prosa de la vida real.

Si usted, caro lector, es poeta; si está enamorado; si le ha tentado el diablo “por componer el mundo”, como se dice vulgarmente; si quiere usted saber qué clase de gobierno podrá durar en México; si anda usted empeñado en adivinar por qué hacen las mujeres algunas cosas y por qué deja de hacer otras; si se ocupa, en fin, en la solución de cualquiera de esos endiablados problemas que exigen aislamiento, soledad y concentración, váyase usted a Jocotenango. Allí puede usted pasar horas enteras sin que nadie le distraiga, preguntándole

si le gustó la cavatina de la primadona, si ya semilló el nopal, si sintió el temblor o si leyó el último boletín.

Dueño absoluto de los rústicos sofás que cubren los naranjos, me apoderé de uno de ellos, y como sucede siempre que trata uno de arropar un pensamiento de la imaginación, el que me dominaba al salir de mi casa, volvía con persistencia tenaz, como esas moscas atormentadoras que dan en picar la redonda y lustrosa calva de un anciano. La idea de los males que pueden originar el uso del tabaco brotaba en mí entendimiento, por más que me empeñaba en desecharla. En vano traía a la memoria la multitud de fumadores viejos, sanos y sin tacha que he conocido en mi vida. En vano me decía a mí mismo parodiando un pensamiento ingenioso de Voltaire, que si el tabaco es un veneno que mata poco a poco debe ser su acción muy lenta cuando no ha matado a tantos ochentones y setentones que lo toman por boca y narices, en vano recordaba el popular soneto que comienza con estas palabras:

*Tan solamente tú, cigarro amigo,  
Eres amigo fiel y verdadero.*

Y los tres hermosos versos de don Andrés Bello en el que llama al tabaco:

*La hoja...  
Que cuando de suave  
humo en espiras vagarosas huya,  
solazará el fastidio al ocio inerte;*

Nada alcanzaba a distraer mi atención de las aterradoras estadísticas Mr. Jolly. Juré no volver a fumar y dije un adiós eterno a los aromáticos *regalías* y *reinitas* de La Habana. A los malos imitadores hamburgueses, a los agradables

*cojuntepeques*, a los suaves gracianos y los fuertes y picantes *chircagres*. No bien hubo acabado de pronunciar aquella trisísima y eterna despedida, metí la mano en el bolsillo para buscar el pañuelo y enjugar una lágrima. El diablo quiso que me encontrara con la caja de Pandora; esto es, con la purera; olvidé mi juramento y saqué un enemigo como soy “hombre completo”, llevó siempre el eslabón; y así, dos segundos después, arrojaba el viento en bocanadas las espiras vagarosas de que habla el poeta caraqueño. “¡Oh miserable inconsistencia de los propósitos humanos! ¡Oh hábito irresistible que ni el temo de la muerte alcanza desarraigar! ¡Oh vicio funesto...!”.

Esto decía yo saboreando mi deliciosos *cojutepeque*, y no sé hasta dónde había ido con aquellos elocuentes apóstrofes, si el mareo originado por la nicotina, ayudado del calor de la tarde, no hubiese producido en mi entendimiento la más extraña alucinación. A poca distancia del sitio que ocupaba, vi dos pequeños objetos que parecían moverse con cierta celeridad. Eran nada menos que dos cabos, no de escuadra, sino de cigarro el uno y de puro el otro, que se levantaban y tomaban una posición vertical, como dos títeres que entran en escena. Admirado al ver aquel fenómeno que no admitía explicación natural, mi asombro se convirtió en pasmo, pues me pareció escuchar un ligero zumbido como si un *ronrón* revolara en derredor de mi cabeza. Poco a poco aquel rumor vago y confuso fue tomando forma y convirtiéndose en sonidos articulados hasta formar algo muy semejante al lenguaje humano, y que, aguzando el oído y fijando bien la atención, creí percibir y comprender perfectamente. Era nada menos que un diálogo entre los dos cabos.

El de puro tenía la palabra y parecía, por el tono de la voz, muy conmovido.

—Sí —decía a su compañero—, la audacia de estos que llaman periodistas no conoce ya límites; yo mismo lo oí leer

ayer tarde. ¡Maldito artículo! No hay defectos que no tengamos, no hay mal que no causemos y se nos acusa, *¡Horresco referens!*, de envenenadores públicos. Mi último dueño que era un licenciado, leyó aquí el libelo inflamatorio a un amigo suyo y no bien hubo llegado a la mitad del escrito, horrorizado con todo lo que se dice de nosotros, me arrojó, como ves, de dos pulgadas de largo, cuando siempre ha sido costumbre dejarme de media pulgada. Yono hayo en mi conciencia haber causado daño a nadie; mi vida ha sido la más inocente, como lo verás por la breve y sencilla relación que de ella voy a hacerte.

Nací en una de las más ricas vegas de la siempre fiel isla de Cuba y vine a este país junto con otros novecientos noventa y nueve compañeros mártires. Pertenezco a la clase más distinguida entre los de mi raza, tengo muchos, o mucho humo, si quieres, y me pasé por las aduanas sin dignarme saludar a administradores ni vistas, que ni supieron de mi llegada. Me vendieron aquí en una tienda de comercio por más del doble de lo que había costado en Cuba, comprándome a mí y a mis compañeros un caballero que no fumaba. Estuve por mucho tiempo colocado sobre una mesa sin que nadie me tocara, aunque así se hablaba de mí y de mis hermanos, elogiándose nuestras nuevas cualidades y concluyendo siempre con que éramos muy caros. Un día que fue un señor canónigo a visitar a mi amo, salió uno de mis compañeros y fue presentado a su señoría como un valioso obsequio. Otro pasó a poder de un usurero que fue a recordar a mi dueño que estaba para vencerse el plazo de una letra, y de los novecientos noventa y ocho restantes quedamos aguardando que se dispusiera de nuestra suerte. Quiso el destino que el caballero a quien pertenecíamos enfermara de gravedad; llamóse al médico, hizo ochenta y nueve visitas, a mi dueño sanó cuando le estaban aplicando la receta número 864. Mi amo dijo que debía la

vida al doctor N., y recompensó el servicio con mi individuo y otros cuatrocientos noventa y nueve de mis honorables colegas. El doctor, que a la cuenta debe tener sobre nosotros la misma opinión que profesa Mr. Figuier, nos arrojó con mal humor cuando nos vio y dijo horrores contra mi amo. Cada vez que nos veía se le derramaba la bilis al bueno del doctor, hasta que un día nos despachó acompañados de una tarjeta, a casa de un comerciante inglés, a quien debía no sé qué favor. El inglés tomó uno de mis compañeros, lo encendió y después de habérselo aplicado a la boca, lo arrojó con disgusto diciendo que era *good for nothing*; lo que traducido literalmente significaba que no valía un demonio. El inglés tenía tienda y nos puso en venta. Llegó un señor individuo de la Cámara de Representantes, hizo propuesta por nosotros; el inglés habló de lo mucho que le costábamos; sumó el principal, los fletes y los derechos y ambos dijeron tempestades contra el monopolio del tabaco y contra lo excesivo de los impuestos fiscales. Yo escuchaba todo aquello escandalizado, pues me constaba que nada habíamos pagado en la aduana. Por fin, después de muchos dares y tomares, nos compró el diputado por 25 pesos y puso en su purera cuatro de nosotros en amigable compañía con cinco modestos *zacapas*. Así, concurrimos constantemente a las últimas sesiones de la cámara. Cuando mi nuevo dueño se encontraba con alguna persona de su cariño, desenvainaba la petaca, tomaba a uno de mis compañeros y... se lo ponía en la boca, obsequiando al amigo con un zacapa. Ayer se durmió el diablo y yerro de cuenta, me dio a un licenciado, gran fumador, con quien vine a pasear a este pueblo. Cuando el letrado se regalaba conmigo, el otro sacó un papel del bolsillo, se encontró con el artículo sobre tabaco, púsose a leerlo, y no bien hubo mi nuevo dueño oído la tercera parte del escrito me arrojó horrorizado, haciendo voto de no volver a fumar en los días

de su vida. Vesme aquí, pues, condenado al olvido, muerto prematuramente, desacreditado, arruinado en la opinión pública, todo por la aberración de un sabio.

Calló el cabo y se puso a gemir y sollozar, mientras su interlocutor se disponía contestarle, como en efecto lo hizo; diciendo con una agradable voz de *mezzo soprano*:

—Si tú te quejas, ¿qué dirá quien te oye? ¿Qué mal he podido hacer yo, para que se me condene sin oírme? Soy inocente, y pienso probarlo escribiendo mis memorias para lo cual estoy reuniendo datos. Oye algunos de los que tengo ya acopiados. El cabito tosió, escupió y continuó diciendo:

—Soy de raza mezclada. Pertenezco por una parte a una antigua milpería de la sierra de Canales, y por otra desciendo como tú de la isla de Cuba, pues para formarme tomaron a un hermano tuyo que estaba tirado en una calle. Ves, pues, que, aunque paso por plebeyo tengo sangre, o, mejor dicho, tripa noble, y aún somos parientes muy cercanos; perteneciendo yo a la muy extensa y numerosa familia de Tusa y Cabo. Fui con otros muchos compañeros míos a poder de una señorita que por sus muchas y graves atenciones tenía que fumar de comprado y viví algún tiempo en la mayor intimidad con aquella dama. ¡Oh y qué de cosas vi en aquellos días! Con uno de mis hermanos en la boca hizo mi ama promesas y juramentos que se desvanecieron como el humo que salía en aquellos momentos de las entrañas abrazadas de mis compañeros. Muchas noches, rodeada de un enjambre de adoradores, sacaba el manajo que formábamos y nos distribuía entre sus galanes, que no nos habían cambiado tal vez el más valioso presente; a nosotros, pobres mestizos que apenas acertábamos a disfrazar el mal olor de puro apagado con las cáscaras de lima y el poco aguardiente con que habían procurado aromatizarnos.

Una vez mi señora me regaló a un cursante de metafísica que la amaba con delirio. El amartelado se consideraba fe-

liz con poseerme y me envolvió cuidadosamente en papel de seda. Dos meses estuve encerrado en la bolsa del chaleco del metafísico que me sacaba a la luz de vez en cuando, me miraba y me besaba como si fuera una reliquia. Por desgracia, descubrió un día de tantos que tres o cuatro de sus compañeros habían recibido de la dama pruebas de cariño algo más expresivas que un cigarro, y después de haberme estrujado y maltratado me arrojó a un rincón de donde me *pepenó* una criada. Esta me regaló a su cortejo, quien menos metafísico que el metafísico, me pegó fuego aquí, tres días hace y después de haber sacado de mí todo el partido posible, me arrojó por inútil.

Tal es, ¡oh cabo amigo! Mi biografía menos interesante y variada que la tuya. Tuve mala suerte; pero la prefiero a la que tocó algunos de mis compañeros, a quienes vi emplear en su oficio vergonzoso. Vigilada nuestra linda ama por tías viejas, cuyos ojos andaban en la tertulia a caza de cualquier desliz, la joven recurrió al curioso arbitrio de sacar los intestinos a algunos de mis hermanos y sustituirlos con billetes, que pasaban así con toda seguridad a manos de los amantes merced a la engañifa del envase. Hacían, pues, los pobres sin quererlo, el feo oficio de contrabandistas...

—Pido la palabra para una alusión personal, interrumpió a la sazón el cabo de puro y continuó muy alterado:

Si el preopinante, al hablar de contrabandos, quiere aludir a la manera en que mis compañeros y yo fuimos introducidos en esta plaza, le digo que miente y remiente, que es un embustero sin pudor, y que otra vez se exprese con más decoro, con lealtad, porque lo que ha dicho no es parlamentario.

Conocí por aquellas palabras que el orador no había concurrido en balde a las cesiones del cuerpo representativo y ya aguardaba ver entablarse un debate animado, tempestuoso, pues el otro individuo se enderezaba como para aplicar,

cuando acertó a pasar un *cucuxque*, removiendo con los dedos de los pies la basura que cubría el suelo. El ojo perspicaz del méndigo descubrió a los dos interlocutores, alargó la mano y los levantó colocándose el cabo de cigarro en la boca y el del puro dentro de la oreja. Le seguí con la vista durante un rato y vi las columnas de humo que arrojaba el encendido y expirante cabo. El otro habrá tomado seguramente nueva forma, por medio de la extraña metempsicosis que hace servir los últimos restos de un puro para formar los cigarrillos que suelen venderse en las tiendas. La suerte de unos y otros viene a ser, así, después de diferentes vicisitudes, la misma que está reservada a las glorias y dichas de la vida: *el convertirse en humo*.





## JOSÉ MILLA Y VIDAURRE

Nació y murió en Ciudad de Guatemala (1822-1882). Conocido, también, como Pepe Milla. Fue escritor, periodista, historiador y político. En algunas de sus obras utilizó el seudónimo Salomé Jil (anagrama de su nombre). Es considerado el fundador de la novela guatemalteca, además de destacar en la narrativa histórica.

Obras: *Cuadros de costumbres* (1861-1871), *El canasto del sastre* (1864), *La hija del adelantado* (1866), *Memorias de un abogado* (1866), *Los nazarenos* (1867), *El visitador* (1867), *Libro sin nombre* (1870), *Un viaje al otro mundo pasando por otras partes* (1875), *Historia de América Central, desde su descubrimiento hasta su independencia* (1879), *Historia de un Pepe* (1887), entre otras publicaciones periódicas.



## CONTENIDO

Carta del Dr. Alejandro Giammattei a los lectores .....	7
Lecturas Bicentenarias: Un recorrido histórico por las letras guatemaltecas .....	9
Presentación editorial .....	11
José Milla costumbrista .....	17

### CUADROS DE COSTUMBRES GUATEMALTECAS

Las presentaciones (quién soy yo y por qué me doy a escritor de costumbres) .....	31
Nunca más nacimiento .....	37
Los monopolios (proyecto para la creación de una nueva renta).....	45
Un baile de guante .....	53
El chapín .....	61
El guanaco .....	71
Mi casa de los altos .....	77
Las semejanzas .....	85
La temporada.....	91
El martes de carnaval en la Plaza de toros (artículo que no hará reír a nadie).....	99
Saber vivir.....	105
El petardista.....	111
El distraído .....	119
Mis huéspedes.....	125
El paraguas.....	133
Un duelo.....	139

Un amigo.....	147
La feria de Jocotenango .....	155
Un hombre feliz.....	165
Amores crónicos.....	175
El telégrafo.....	185
Las medias naranjas .....	195
Un niño mimado .....	207
Una tertulia .....	217
Los animales domésticos.....	227
Doscientos diez minutos de locura .....	235
Un pobre hombre.....	245
Un día de cumpleaños .....	257
Un litigante .....	267
Historia de una guerra de treinta años.....	277
Padre mercader, hijo caballero y nieto pordiosero .....	285
El cucuxque .....	291
El telégrafo (segunda parte) .....	297
Visita al cementerio .....	303
El lana.....	311
Un hombre de desempeño.....	319
Un enfermo .....	327
Las mudanzas de casa.....	333
El embrollón.....	343
¡Por inocentes!.....	351
El zajorín .....	355
La capa.....	363
El torcido.....	373
Las criadas .....	381
Puros y cigarros .....	391
José Milla y Vidaurre.....	401

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN  
LECTURAS BICENTENARIAS

01 \* *Popol Vuh*

(Traducción de Francisco Ximénez)

02 \* *Rusticatio Mexicana*

Rafael Landívar

(Selección de Francisco Morales Santos)

Traducción de Ignacio Loureda)

03 \* *Poesía Periodismo Personaje*

María Josefa García Granados

(Selección de Enrique Noriega)

04 \* *Poesías*

José Batres Montúfar

05 \* *Cuadros de costumbres guatemaltecas*

José Milla y Vidaurre

06 \* *El despertar del alma*

Enrique Gómez Carrillo

07 \* *Poesía de Luis Cardoza y Aragón*

(Selección de Enrique Noriega)

08 \* *La Oficina de Paz de Orolandia*

Rafael Arévalo Martínez

09 \* *Romances de la barriada*

Manuel José Arce y Valladares

10 \* *Cuentos*

César Brañas

(Selección de Francisco Morales Santos)

11 \* *El Señor Presidente*  
Miguel Ángel Asturias

12 \* *El Resucitado*  
José Humberto Hernández Cobos  
(Estudio preliminar de Delia Quiñónez)

13 \* *La Oveja negra y demás fábulas*  
Augusto Monterroso

14 \* *Antología personal de poesía*  
Margarita Carrera

15 \* *Cuentos de Joyabaj*  
Francisco Méndez

16 \* *Cárcel de árboles*  
Rodrigo Rey Rosa

17 \* *Sq'aqaw yechel aqanej / Gemido de huellas*  
Sabino Esteban Francisco

18 \* *Poemas grises*  
Isabel de los Ángeles Ruano

19 \* *Eva y el tiempo*  
Lorena Flores Moscoso

20 \* *Esta desnuda playa*  
Ana María Rodas

21 \* *La Independencia:  
Su bicentenario (1821-2021)*  
Enrique Noriega



*Cuadros de costumbres guatemaltecas* de José Milla y Vidaurre, se terminó de imprimir en los talleres de Grupo Impresos Unidos S. A. (6.<sup>a</sup> calle 11-17 zona 2, Ciudad de Guatemala) mes de noviembre de 2021, a 200 años de fundación de la República de Guatemala. El tiraje fue de 1,000 ejemplares, impresos sobre papel bond *beige* de 75 g.



**PEPE MILLA**, “padre de la novela guatemalteca” vivió en la Guatemala ya constituida como nación independiente y se dedicó a la escritura en prosa, cuando sus antecesores y coetáneos se decantaban, en su mayoría, por el verso. Cultivó los cuadros de costumbres, descritos por César Brañas como:

*Un género ligero que en su mismo nombre insinúa su definición: Artículos periodísticos llenos de observaciones y movimientos en que se bosquejan las costumbres del medio social, puntualizando sus características sustanciales y más acusadas, y por lo regular con finalidades expresas o tácticas de enmendarlas haciendo fija la atención de sus aspectos ridículos mediante la sátira o la moralidad, la sátira moral.*

En sus cuadros, Milla caricaturiza a la sociedad sin subestimar sus particularidades. “El chapín” es, probablemente, uno de los más conocidos, pues sigue siendo un reflejo de nuestras costumbres y, así como en muchos otros, el lector esbozará una sonrisa de complicidad tras su lectura.

**LECTURAS BICENTENARIAS** es una colección conmemorativa impulsada por el Ministerio de Cultura y Deportes a través de Editorial Cultura y del Banco de los Trabajadores. Los libros seleccionados conforman una pequeña muestra de las obras fundamentales de la literatura guatemalteca de los últimos siglos; con la intención de alimentar el catálogo de la red nacional de bibliotecas públicas de Guatemala, así como para el deleite de los lectores que deseen conocer su presente, a través de las voces de grandes mujeres y hombres que trascendieron a su tiempo por medio de la palabra que hoy nos convoca, para nombrar a este país desde el entramado de la memoria colectiva.

ISBN: 978-9929-774-45-2



9 789929 774452



GOBIERNO de  
**GUATEMALA**  
DR. ALEJANDRO GIAMMATTEI

MINISTERIO DE  
CULTURA Y  
DEPORTES



**BANTRAB**